

mientras tanto

107

Verano 2008



MINISTERIO
DE CULTURA

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades en España, para la totalidad de los números editados en el año 2008.

consejo editorial Alfons Barceló, Lourdes Benería, Ernest Cañada, Juan-Ramón Capella, Xavier Domènech, José Antonio Estévez Araujo, Josep González Calvet, Antonio Giménez, José Luis Gordillo, Elena Grau, Antonio Izquierdo, Carles Mercadal, Julia López, Miguel Ángel Lorente, Antonio Madrid, Xavier Pedrol, Alejandro Pérez, Gerardo Pisarello, Albert Recio, Víctor Ríos, Jordi Roca, Joaquim Sempere, Héctor C. Silveira Gorski, Giaime Pala, Verena Stolcke, Enric Tello, Josep Torrell

consejo de redacción de esta entrega Juan-Ramón Capella, Xavier Domènech, Antonio Giménez, José Luis Gordillo, Antonio Madrid, Carles Mercadal, Giaime Pala, Xavier Pedrol, Gerardo Pisarello, Albert Recio, Josep Torrell

© **dirección redacción** Fundación Giulia Adinolfi - Manuel Sacristán
Apartado de Correos 30059, Barcelona

edita **Icaria** ✿ editorial
Arc de Sant Cristòfol, 11-23 / 08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

dirección suscripciones Apartado de Correos 857, Barcelona

cubierta y grafismo Josep Maria Martí

imprime Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer 1, Capellades (Barcelona)

Fotocomposició Text-gràfic

Depósito legal B-35.842-79

ISSN 0210-8259

publicación trimestral de ciencias sociales

la revista admite colaboraciones en cualquiera de las lenguas peninsulares

ÍNDICE

Maria Rosa Borràs, <i>in memoriam</i>	5
---	---

NOTAS EDITORIALES

¿El final del neoliberalismo?	11
Europa sí, Europa no	16

Aproximaciones anómicas al campo del género

Homosexualidad, masculinidades, e identidad gay en la tardomodernidad: el caso español	
Oscar Guasch	27
¿De la desconstrucción a la (re)esencialización? Género, heterosexualidad obligatoria y minorías sexuales	
Laurentino Vélez-Pellegrini	49
Reconstruir la identidad masculina: una obligación política	
Daniel Gabarró	99
La identidad de género: dos reflexiones desde una perspectiva <i>trans</i>	
Andrea Planelles	121

Marxismo y desarrollo, Bob Sutcliffe	133
<i>Pane lucrando. Octavi Pellisa y el quehacer remunerado,</i> Josep Torrell	155
Se ha apagado una voz imprescindible. <i>En recuerdo de David Anisi</i>	165
RESEÑAS	
La diversidad sexual en el embudo de la identidad de género Antonio Giménez Merino	171
Ghandi. Una antología Pere Ortega	175
CITA	181



Impreso en papel ecológico
(libre de cloro).

Maria Rosa Borràs: *in memoriam*

El último día del pasado mes de agosto fue también el último de la vida de nuestra querida amiga y compañera Maria Rosa Borràs, vinculada desde muy joven a la izquierda social de este país, y a la que tantos de nosotros, lectores, hemos tenido ocasión de encontrar en numerosas iniciativas emancipatorias. Para las gentes de la redacción de *mientras tanto*, Maria Rosa ha sido un punto de referencia central en las tareas editoriales y de concepción y elaboración de esta revista. En realidad ha sido mucho más que eso. Por tal razón queremos compartir nuestra pena con vosotros, aun a sabiendas de que todo lo que se diga sobre Maria Rosa resultará pobre e insuficiente para describir a una mujer de personalidad muy compleja y ejemplar, a una inteligente y voluntariosa militante roja.

Maria Rosa Borràs fue probablemente la primera persona en apreciar el magisterio de Manuel Sacristán, profesor suyo de filosofía cuando ella cursaba bachillerato. Sacristán, en cuya amistad permaneció toda la vida, no fue la única influencia protocomunista en su formación —en la época de referencia el filósofo aún no se había acercado al partido—: Maria Rosa tuvo también como profesora particular de griego a Ascensión Sanz de Arellano, una militante comunista, miembro del Comité Central del Psuc en los años cuarenta. No puede extrañar por eso que Maria Rosa Borràs fuera la primera mujer que entrara a formar parte de la organización universitaria, naturalmente clandestina, del Psuc. Pronto se unieron a ella otras mujeres: Juliana Joaniquet, Nisa Torrent, Pilar Fibla, Carme Miró, Elisa Vallès y un cada vez más largo etcétera.

Maria Rosa fue protagonista involuntaria de una de las primeras detenciones en el seno de la organización universitaria comunista barcelonesa. La pillaron repartiendo octavillas para la Jornada Nacional de Protesta convocada por el PCE junto con un compañero. Soportó torturas y palizas que le

dejaron importantes secuelas, alguna de las cuales tendría que soportar toda su vida; pero logró lo más importante para un comunista: *no hablar*, no darle a la policía la ocasión de detener a otros. Vino después una prudente etapa de exilio en la República Democrática Alemana. Maria Rosa aprovechó el tiempo para profundizar en los estudios de filosofía que han constituido su especialidad, y también para el aprendizaje de lenguas, en particular la alemana y la inglesa, gracias a lo cual podría sobrevivir como traductora a su regreso a Barcelona.

Ese regreso, mediados los años sesenta, comportó la renovación de su militancia política; lo que antes era actividad de unos pocos, escasísimos, había pasado a ser, gracias al esfuerzo de esos pocos, actividad de una pequeña multitud. En ella Maria Rosa revelaba, justamente, la atención y el respeto por las cosas pequeñas y modestas necesarias: por ejemplo, la atención por las reglas que buscaban la seguridad en la práctica política ilegal. Enseñaba y transmitía los principios de la actividad política clandestina. En esas tareas desplegaba, por otra parte, un sentido del humor particularmente inventivo, más bien negro, que se situaba en las antípodas del sectarismo que todo grupo cerrado suele segregar. Un humor contenido, nada exhibicionista, discreto: ese humor y esa discreción la caracterizarían siempre. Las pequeñas cosas, a poco que se repare en ellas, no lo son tanto. No era pequeña cosa, por otra parte, que en el «paro forzoso» que supone para una madre criar y llevar adelante a una hija —lo que es todo lo contrario que el «paro»— encontrara tiempo no sólo para militar sino también para un solvente trabajo como traductora; o que, militando, entre tantas urgencias, buscara crear un grupo de estudios de filosofía para militantes. Para Maria Rosa Borràs la reflexión era uno de los puntos de apoyo de la creatividad política.

Las responsabilidades de Maria Rosa en el Psuc fueron varias, ligadas a la responsabilidad —por elección— de una célula de «intelectuales» y a diversas «comisiones» de trabajo. Como partícipe de una de ellas, la «comisión de unidad», representó al Psuc ante otras fuerzas políticas y agrupamientos sociales y tomó parte activa en la constitución de la *Comissió Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya*, el primer organismo político unitario de la oposición antifranquista.

Pero si esta representación del Psuc se enmarca en lo que podríamos llamar «política por arriba», la iniciativa de Maria Rosa estaba puesta sobre todo en la «política por abajo»: a ella, y al pequeño grupo de mujeres comunistas encabezado por Giulia Adinolfi, se debe la iniciativa de impulsar el *Moviment Democràtic de Dones*, seguramente la primera iniciativa feminista del comunismo en nuestra cultura.

Con la recuperación de las libertades políticas Maria Rosa pudo finalmente obtener una cátedra de filosofía de instituto y dedicarse a la elaboración de una tesis doctoral sobre la filosofía moral de Kant, su filósofo favorito. Su paso por la enseñanza la llevó a la dirección de un IEM y luego a tareas de inspección, desesperantes para ella dada la cobertura política que los gobiernos de la derecha catalana daban a los centros religiosos incumplidores. De esa época datan numerosas publicaciones sobre materias educativas.

La crisis del movimiento comunista fue vivida por Maria Rosa Borràs sin desmoralizarse, sabiendo atenerse a lo esencial de su impulso moral y social. En la redacción de *mientras tanto* la suya era una voz central. Sus colaboraciones en esta revista y en *mientras tanto electrónico* la muestran tal como era: austera, precisa, inteligente, con un punto de vista moral y político siempre inobjetable.

Maria Rosa Borràs y su compañero, Antoni Montserrat, figuraron entre los refundadores del Psuc, del *Psuc-viu*, de cuya secretaría política formaron parte, y donde Maria Rosa se inventó de nuevo una militancia comunista renovada hasta que una cruel enfermedad la puso fuera de juego. Continuó el diálogo con otros en un *blog* que puede encontrarse en internet y que constituye también, bien leído, un excelente retrato suyo.

Compartimos el dolor de su compañero Antoni, que estuvo siempre a su lado a lo largo de una dolorosa y cruel enfermedad, tras casi cuarenta años de convivencia; de su hija Esther, que ha heredado, o más bien compartido, tantos rasgos del carácter y de la idealidad de su madre; de su nieto Raül, todavía demasiado pequeño para entender que ha tenido una grandísima abuela. Estamos de duelo. La echamos de menos y nunca podremos olvidarla.

LA REDACCIÓN

Reproducimos a continuación las palabras de Ester Boix Borràs pronunciadas en la ceremonia de despedida de Maria Rosa, hermosas palabras que expresan la continuidad generacional en la lucha por la emancipación.

Encara que les paraules no puguin canviar els fets, si m'agradaria intentar expressar allò que la Maria Rosa em va transmetre i que m'ha donat sempre la força per viure amb optimisme, fins i tot quan optimista pot semblar sinònim d'ingenu. Sé que em serà difícil evitar un sentimentalisme que la meva mare ràpidament hagués rebutjat, amb el seu constant sentit de l'humor, una ironia i humor negre que et fulminava en poques paraules. Malgrat això vull agrair-li tot el que m'ha donat, tant si em volgués escoltar com si no. Perquè m'agradaria creure que algun dia els seus desitjos es faran realitat, i la seva lluita i la de tots nosaltres aconseguirà transformar la nostra societat en una societat justa per a tothom.

La Maria Rosa era excepcionalment generosa i valenta. Tenia una valentia immensa que ens va contagiar a molts, i ens va donar forces, per a ser a vegades fins i tot temeraris. Una valentia imprescindible i necessària per a poder fer front al nostre món. Un món present injust, però que si el mirem en la perspectiva del passat, i som capaços de descobrir-hi els seus petits avenços, es converteixen en la base de l'optimisme de canvi del present, encara que un futur utòpic ens sembli tant llunyà.

La força que li va permetre viure amb valentia i transmetre la seva valentia, provenia del seu compromís social i polític rigorós. La única manera possible de viure és no perdre mai la nostra dimensió individual en relació a una nova dimensió de la humanitat, que sols és possible a partir del context històric i del compromís polític i social. Aquesta dimensió històrica sempre ha tingut una força incomparable front a qualsevol individualisme i aïllament personal. Amb la seva feina en el camp de l'ensenyament públic i la seva lluita política, mai va deixar de contribuir en la societat que l'envoltava, demostrant la necessitat de la filosofia que proporciona a les nostres decisions individuals una dimensió més àmplia, que s'estén irreversiblement als altres, i la humanitat en el seu conjunt. En paraules de la seva tesi doctoral sobre Kant: «un concepte d'home que dona sentit a la seva existència».

Aquest compromís i rigor intel·lectual és l'únic que pot fer front a la nostra impotència front les injustícies, i front la força irracional de la naturalesa que destrueix cegament allò que ha construït. Responsabilitat front els demés i responsabilitat històrica. La nostra obligació moral, per tant, de participar en la lluita per a aconseguir un món més just. El compromís intel·lectual pot arribar així a tenir una força il·limitada en el temps.

Continuarem lluitant per un altre món. T'estimem molt.

ESTER BOIX

Aunque las palabras no pueden cambiar los hechos, sí me gustaría intentar expresar aquello que Maria Rosa me transmitió y que me ha dado siempre la fuerza para vivir con optimismo, incluso cuando optimista puede parecer sinónimo de ingenuo. Se que me será difícil evitar un sentimentalismo que mi madre hubiera inmediatamente rechazado, con su constante sentido del humor; una ironía y un humor negro que te fulminaba en pocas palabras. Pese a ello, quiero agradecerle todo lo que me ha dado, tanto si me hubiera querido escuchar como si no. Porque me gustaría creer que algún día sus deseos se harán realidad y su lucha, y la de todos nosotros, conseguirá transformar nuestra sociedad en una sociedad justa para todos.

Maria Rosa era excepcionalmente generosa y valiente. Tenía una valentía inmensa que nos contagió a muchos, y nos dio fuerzas para ser incluso, a veces, temerarios. Una valentía imprescindible y necesaria para poder hacer frente a nuestro mundo. Un mundo presente injusto, pero que si lo miramos con la perspectiva del pasado, y somos capaces de descubrir sus pequeños avances, se convierte en la base del optimismo de cambio del presente, pese a que un futuro utópico nos parezca tan lejano.

La fuerza que le permitió vivir con valentía y transmitir esa valentía procedía de su riguroso compromiso social y político. La única manera posible de vivir es no perder nunca nuestra dimensión individual en relación a una nueva dimensión de humanidad que sólo es posible a partir del contexto histórico y del compromiso político y social. Esta dimensión histórica siempre ha tenido una fuerza incomparable frente a cualquier individualismo y aislamiento personal. Con su trabajo en el campo de la enseñanza pública y su lucha política nunca dejó de contribuir en la sociedad que la rodeaba, demostrando la necesidad de la filosofía que proporciona a nuestras decisiones individuales una dimensión más amplia que se extiende irreversiblemente a los otros y a la humanidad en su conjunto. Con palabras de su tesis doctoral sobre Kant: «un concepto de hombre que da sentido a su existencia».

Este compromiso y rigor intelectual es lo único que puede hacer frente a nuestra impotencia frente a las injusticias y frente a la fuerza irracional de la naturaleza que destruye ciegamente aquello que ha construido. Responsabilidad frente a los demás y responsabilidad histórica. Nuestra obligación moral, por tanto, de participar en la lucha para lograr un mundo más justo. El compromiso intelectual puede llegar así a tener una fuerza ilimitada en el tiempo.

Continuaremos luchando por otro mundo. Te queremos mucho.

ESTER BOIX

mientrastanto.e

Mientras tanto está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual. Quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

suscripciones@mientrastanto.org

NOTAS EDITORIALES

¿EL FIN DEL NEOLIBERALISMO?

I

Escribir notas en tiempos de crisis tiene poco riesgo, especialmente cuando se escribe para una publicación atemporal como mi querida *mientras tanto*. Seguro que cuando se publiquen estas líneas la realidad ya las habrá desmentido. Especialmente cuando la crisis sucede al ritmo de las últimas semanas.

El terremoto financiero de las últimas semanas y las propuestas y demandas de intervención del Gobierno estadounidense plantean abiertamente la cuestión de si estamos asistiendo al fin de una fase del capitalismo. La que se inició con Reagan y Thatcher, y se gestó en la década de los setenta, cuando la izquierda fue derrotada por vía política, cultural y militar.

Impone la larga lista de grandes instituciones financieras que día a día quiebran, son absorbidas por otras empresas, intervenidas por los poderes públicos...: Lehmann Brothers, Merrill Lynch, Bear Stearns, Freddie Mac, Finne Mae, AIG, Goldman Sachs, Morgan Stanley, Wachovia, HBOS, B&B, Fortis, Dexia, Hypo-Bank... Y las que posiblemente seguirán cuando el lector revise estas páginas. Basta mirar el lugar que ocupaban en los últimos rankings publicados de *Fortune* o *The Banker* para tomar conciencia de la magnitud del cataclismo.

Pero quizás lo que realmente impacta más es la demanda generalizada de intervención estatal. Como clamaba hace pocos días el Presidente de la CEOE Diaz Ferrán (propietario del grupo Marsans- Air Comet) «creo en la libertad del mercado, pero en la vida hay coyunturas excepcionales. Se puede hacer un paréntesis en la economía de libre mercado, en su demanda de una ayuda financiera masiva a las empresas por parte del Estado» (publicado en *El País* 18 de septiembre). La misma que imploran los grandes financieros estadounidenses del Tesoro y la Reserva Federal. La misma que, ironías del destino, estaba dispuesto a conceder George Bush y su secretario del Tesoro Paulson y que aún está en el alero.

La crisis actual afecta sin duda a varias de las líneas de flotación del modelo neoliberal. En primer lugar al corazón del sistema financiero. La crisis ha liquidado uno de los núcleos del nuevo sistema financiero puesto en pie tras la desregulación sucesiva de los mercados: la banca de inversión especializada en la intermediación de la infinitud de activos financieros creados por la desregulación. En los últimos cinco años se han producido numerosos escándalos financieros, empezando por las sonoras quiebras de Enron y World Comm y siguiendo por los *affaires* de los fondos de inversión, los seguros fraudulentos, la manipulación del mercado de divisas, en la que no sólo fueron sancionados alguna de las víctimas de la crisis actual (Lehman Brothers, Bear Stearns, AIG), sino también varios de las que, de momento, salen consolidadas del proceso como Citi Bank of America, Morgan Stanley, JP Morgan... Las mismas intermediarias hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac ahora intervenidas ya habían sido sancionadas en 2003 y 2004 por manipulaciones financieras. Sólo cuando el desastre era inevitable se ha producido una intervención en serio y, como muchos analistas opinan, ni va a ser eficaz ni justa. En segundo lugar, ha volado por los aires la quimera del mercado autoregulado o su plasmación en la regulación mediante instituciones mercantiles, como las auditoras o las empresas de evaluación de riesgos. Tampoco eso es nuevo, las primeras ya estuvieron en el ojo del huracán en la crisis de Enron (y provocó la defunción de la mayor auditora mundial, Arthur Andersen) y el fracaso de las empresas de «rating» es conocido, al menos, desde la crisis financiera asiática en 1997, aunque en estos 10 años largos siguieron «regulando» el mercado financiero con sus evaluaciones. Pero lo que las tormentas anteriores permitieron soslayar ahora es ya imposible de esconder. No sólo el rey está desnudo, también sus asesores aúlicos y sus corifeos.

II

Nadie cuestiona que vamos a entrar en una fase de mayor intervención pública. Que los neoliberales han quedado completamente tocados tras este fracaso. O más bien después de esta traca, pues el estallido simplemente culmina un largo

proceso de explosiones financieras y fracasos clamorosos (el crac bursátil de 1987, el efecto «tequila», la crisis rusa, la asiática, la de los punto.com, las ya citadas Enron y World Com...). Un fracaso que no sólo ha tenido lugar en el campo de la economía financiera sino que también ha tenido sus contrapartes en el mundo real; por ejemplo en el de la privatización de los ferrocarriles británicos o la gestión de catástrofes como la del Katrina. La cuestión no es tanto si va a haber más o menos intervención sino de qué tipo.

Las primeras respuestas no permiten augurar que los cambios radicales estén a la vuelta de la esquina. Tras el estallido de la burbuja inmobiliaria hace un año la respuesta dada tanto por la Fed (Reserva Federal de Estados Unidos), el BCE (Banco Central Europeo) y el Bank of England se ha centrado fundamentalmente en proveer de liquidez a los bancos e instituciones afectadas. La Fed, con mayor tradición de realizar políticas heterodoxas y más acuciada por sus bancos también ha procedido a sustanciales reducciones de los tipos de interés. Ninguna de las dos medidas han servido para provocar un vuelco en el ambiente económico, aunque posiblemente hayan servido para dilatar el «tempo» del estallido. Pero, como los keynesianos ya vieron hace setenta años, el comportamiento empresarial, incluido el de los banqueros, está dominado por impulsos y sensaciones a corto plazo, más que por un conocimiento profundo y una visión a largo. Y esta percepción sigue siendo válida para entender la crisis actual. Si no, no hay forma de entender cómo profesionales del sector inmobiliario seguían proyectando grandes inversiones cuando para todo el mundo era evidente que a aquellos (y estos precios) era imposible que se vendiesen tantos pisos. O como era factible que sesudos banqueros concedieran tanto crédito a personas tan poco solventes. No es un problema de avaricia, de un grupo de locos codiciosos que alteran el sistema, sino de fallo sistémico que hace ya bastantes décadas que se detectó y que la contrarrevolución neoliberal consiguió encerrar en el armario.

La segunda respuesta, cuando la situación empieza a ser realmente crítica es la propuesta ya anunciada de compra masiva de activos devaluados por parte del estado, incluidas ayudas a las fusiones bancarias como forma de salvar el sistema. Aunque los sucesivos regulaciones a las que el Congreso y el Senado norteamericanos están introduciendo en el regateo del plan han limado los aspectos más descarados del proyecto, sigue siendo fundamentalmente un plan de inyección de dinero público para mantener a flote el sistema financiero. Y no hay garantías de que este sistema financiero salvado de la quema (en el supuesto que la inyección propuesta fuera suficiente) no vuelva a las andadas en los próximos tiempos, mientras persistan los graves desequilibrios y problemas de la vida real (los bajos ingresos de la mayoría, la hiperproducción inmobiliaria, etc.) que están, en parte, en la base de la crisis. La crisis es en primer lugar financiera, de un sector hipertrofiado gracias a las políticas

neoliberales, pero ello no puede hacer olvidar que hay una interrelación clara entre esta esfera y el resto.

Más allá de los aspectos particulares del plan de ayudas, cambiantes día a día, hay tres aspectos que parecen muy preocupantes en el proceso actual. En primer lugar, que pese al fracaso del sector financiero la intervención pública sigue viéndose con recelo. Y todas las medidas de intervención que se aprueban para el sector oscilan entre la intervención temporal o el mero papel de comprador de papel mojado. Aunque a corto plazo el ajuste tuviera éxito, el sector financiero volverá a acabar en manos privadas (como ya ocurrió en México cuando se nacionalizó el sector por completo) y con ello las especulaciones financieras que han llevado a la crisis actual y que han generado un nivel sin par de desigualdad. En segundo lugar, que las referencias a la regulación financiera, al menos las que se han empezado a discutir, se reducen a refuerzos en los mecanismos de garantías y controles, pero no cuestionan de momento la propia estructura del sistema financiero actual: la proliferación de activos, el papel de las bolsas y los mercados financieros, los modelos de inversión especulativa tipo «hedge funds»... Lo que hace falta no es una mera introducción de normas de tráfico más racionales, sino un completo replanteamiento del papel del sector financiero en el conjunto de la economía mundial. Y tercero, aunque no menos importante, está el hecho de que la propia crisis está propiciando un nuevo proceso de concentración de capital y de conformación de grupos financieros aún mayores. Los grandes bancos U.S.A. —Citi, JP Morgan, Bank of America— y algunos europeos —Barclays, Santander...— están reforzando su estructura con la compra a precio de saldo de los activos de los bancos quebrados. Se trata, especialmente en el caso de los tres grandes norteamericanos, de empresas que ya han experimentado anteriormente fusiones y se han reconvertido en conglomerados financieros con múltiples patas, cuya actuación ha sido en muchos casos tanto o más corrupta que la de los bancos caídos en combate, y cuyo reforzado poder impide ser optimistas en las posibilidades de adopción de transformaciones profundas del sistema financiero.

III

El sector financiero está en el centro del capitalismo neoliberal. Pero la financiarización no contempla la enorme variedad de transformaciones experimentadas en las tres últimas décadas. Hay al menos tres grandes cambios que han ido paralelos al proceso de financiarización: la globalización bajo pautas de regulación neoliberal, la privatización de aspectos importantes de la gestión pública y la reorganización de las estructuras empresariales en forma de redes con control vertical.

En las tres las políticas públicas han jugado un papel crucial, puesto que las reglas del juego que han permitido estos procesos se han fijado a través de políticas Y, al menos en el segundo caso, el sector público es crucial a la hora de proveer los fondos y las modalidades de negocio.

No me voy a entrar en el análisis detallado de cada uno de estos procesos que hemos ido comentando en diversos artículos y notas. Simplemente recordar que en los tres influyen poderosamente en el reparto mundial de riqueza y poder, en la forma como se producen bienes y servicios, en la capacidad de acción y control colectivo sobre los procesos productivos. Y que, hasta el momento, ninguno de estos tres campos está sujeto a una presión crítica como la que experimenta la cuestión financiera. Por ejemplo en los últimos números de nuestra edición digital (y en este mismo número, tras esta nota) José Antonio Estévez ha analizado detalladamente el avance de la destrucción de derechos sociales mediante la implementación de la directiva Bolkenstein y la torticera interpretación de las leyes por parte del Tribunal Europeo de Justicia. Del mismo modo que las privatizaciones, la gestión externa y las subvenciones sin control avanzan día a día como mecanismo de rentabilidad asegurada para un selecto grupo de grandes empresas, como indica la actual presión del lobby pro nuclear encaminado a sacar buena tajada en el río revuelto de la crisis energética y el calentamiento global. Y poco que añadir a la evidencia de las enormes posibilidades de discriminación salarial, de política antisindical y de externalización de costes sociales que practican las grandes empresas a través de los procesos de externalización y subcontratación. Y sin un cambio sustancial en estos tres planos tampoco podemos esperar cambios sociales sustanciales en nuestra vida cotidiana. Una vez más hay que contemplar a la vez la economía financiera y la real y entender que se trata de dos esferas interconectadas que difícilmente cambiarán por separado.

IV

Entramos en un período de fuertes turbulencias y sufrimiento humano. Especialmente en los países desarrollados. De enormes incertidumbres y políticas evanescentes. Los grupos de poder consolidados en treinta años de neoliberalismo seguirán presionando por la adopción de políticas favorables a sus intereses, trabajaran a favor de las inercias y el traspaso de los costes sociales al resto de la sociedad. Sea en forma de rescates financieros, de subvenciones a actividades social y ecológicamente dañinas, o de derribo de más derechos sociales. Nuestra patronal, siempre tan dispuesta a sacar tajada, ya ha recordado que la salida de la crisis pasa por abaratar el despido. Los políticos y sus consejeros están además totalmente desconcertados sobre la senda a seguir. Tantos años de prédica neoliberal, de triunfalismo capita-

lista, les ha hecho incapaces de pensar en otras alternativas. No sólo de corte radical sino, incluso, en los términos reformistas del pensamiento keynesiano.

Y tampoco los perdedores, las clases trabajadoras y las clases medias empobrecidas parecen estar en condiciones, a corto plazo, de luchar por políticas coherentes. En tiempos de incertidumbre y pérdida de estructuras sociales colectivas el populismo en sus diferentes versiones tiene terreno abonado para triunfar.

Pero ninguna crisis social se ha resuelto a corto plazo ni la alternativa ha estado visible desde el primer momento. El neoliberalismo no ha muerto, pero la crisis abre un espacio para acabar con él. Dos condiciones son básicas. la generación de un núcleo de propuestas de acción y análisis alternativos y la capacidad de movilización social. Ambas requieren de mucho esfuerzo y poco sectarismo. Esfuerzo por dar sentido coherente, trascendencia y recorrido social a críticas y alternativas que en parte ya existen pero que requieren de mediaciones y reflexión para convertirlas en verdaderas propuestas-fuerza para el cambio. Esfuerzo por aclarar hacia donde debe encaminarse la transformación social a la luz del carácter complejo de la crisis actual (social, ecológica, de genero, global...). Esfuerzo por reconstruir redes de solidaridad y acción, por volver a situar la acción colectiva en la experiencia vivencial de millones de personas. Empezando por articular respuestas frente a los nuevos ataques a los derechos sociales y los daños sociales que la propia crisis generará. Hoy más que nunca, necesitamos conjugar, articular, elaborar colectivamente respuestas a un problema que vamos a padecer los que nunca hemos contado como actores principales.

El neoliberalismo no ha muerto. Ayudémosle a bien morir. Y evitemos que su derrumbe arrastre a la sociedad a un periodo de barbarie (que culpa tendrán los bárbaros de cargar con el sambenito) del que ya atisbamos más de una muestra. **A.R.A.**, *1 de octubre de 2008.*

EUROPA SÍ, EUROPA, NO

Durante el pasado verano hubo dos noticias que son un claro exponente del tipo de políticas que los socialistas españoles están apoyando en la Unión Europea y que, a la vez, ponen claramente de manifiesto que las decisiones de mayor trascendencia económica se toman a nivel europeo y no en las instituciones de los estados.

Por un lado, el día 15 de agosto, el Consejo de Ministros, presidido por José Luis Rodríguez Zapatero adoptó un programa de medidas para hacer frente a la crisis económica. Una de ellas consistía en acelerar la transposición de la directiva europea de servicios. Por otro lado, el día 7 de ese mismo mes, *El País* informó en un suelto que «varios países [entre ellos España] rechazan que la UE controle la innovación financiera».

I. La «directiva de servicios» (como la han denominado los medios de comunicación españoles) o, para ser más precisos, la «directiva 2006/123 relativa a los servicios en el mercado interior» no es otra sino nuestra vieja conocida la «directiva Bolkestein», llamada de ese modo por el apellido del Comisario europeo que la promovió inicialmente.

Los problemas que plantea esa norma son principalmente tres: el relativo al principio del país de origen; la cuestión de si se va a utilizar la excusa de la libre competencia para llevar a cabo una privatización de los servicios públicos (pues ése es el meollo de la discusión sobre la libre circulación de servicios en el seno de la Organización Mundial del Comercio) y la desregulación del sector servicios.

Por lo que respecta a las dos últimas cuestiones parece, por un lado, que no va a haber privatizaciones por esta vía pero, por otro lado, está claro que, con la directiva, los poderes públicos ven restringido de manera muy considerable su poder para regular la actividad del sector servicios. En lo que hace referencia al principio del país de origen (como ya se señaló en una nota publicada en el boletín electrónico de mt correspondiente al mes de septiembre), éste es uno de los mecanismos posibles para implantar la libre circulación de servicios en el territorio de la UE. De acuerdo con este principio, una empresa de servicios se regiría por las normas del país donde tenga su sede oficial y los estados en que desarrolle su actividad deberían respetar esa normativa. El proyecto de la directiva Bolkestein optó decididamente por el principio del país de origen: éste quedó explícitamente establecido en el artículo 16 del mismo.

Ese artículo y el mecanismo que establecía fueron uno de los objetivos centrales de las movilizaciones contra la directiva, que culminaron en las grandes manifestaciones de febrero de 2006 en Estrasburgo, sede del Parlamento Europeo. Se temía que la nueva regulación propiciase la práctica del dumping social por parte de las empresas. Finalmente, el texto de la directiva eliminó la expresión «principio del país de origen», pero no excluyó explícitamente su aplicación. De hecho, el principio se mantiene de manera implícita. No hay más que ver las restricciones que se imponen a los estados a la hora de regular la actividad de empresas de servicios extranjeras en el nuevo artículo 16 titulado ahora «libre prestación de servicios».

Uno de los aspectos más importantes del principio del país de origen es el que hace referencia al derecho laboral: ¿qué legislación laboral se debe aplicar: la del país donde la empresa tiene su sede o la del país donde sus trabajadores prestan los servicios?

En una primera aproximación, parece que la directiva permite que los estados exijan el cumplimiento de sus normas laborales a las empresas que presten servicios en su territorio, con independencia de dónde radique su sede. Así, en el texto se dice literalmente que «la presente Directiva no afecta al Derecho laboral», y eso incluye «el derecho a negociar, celebrar y aplicar convenios colectivos y a emprender acciones sindicales.» No obstante, la legislación laboral, los convenios o los conflictos colectivos deberán ser «conformes al Derecho comunitario».

Esa cláusula de conformidad causa una cierta extrañeza por varias razones. En primer lugar, la UE no ha ejercido competencias relevantes en materia laboral a excepción de garantizar la igualdad entre hombres y mujeres en el trabajo. Esa es una de las manifestaciones de la falta de dimensión social de la integración europea. De hecho, en estos últimos tiempos, la incursión europea más relevante en este campo ha sido la sonada propuesta de directiva que prevé aumentar la duración de la jornada laboral hasta 60 horas semanales.

Por otro lado, la cláusula de que al aplicar la legislación laboral se debe actuar «conforme al Derecho comunitario» resulta redundante, pues el derecho europeo tiene primacía sobre el estatal. Es como si en un estatuto de autonomía se dijese determinadas competencias deben ejercerse de manera «conforme a la constitución»: eso se da por supuesto, ya que jurídicamente la constitución prevalece sobre los estatutos.

Desde mi punto de vista, el sentido que tiene la coetilla en este caso es subrayar la posibilidad de que la aplicación del derecho laboral estatal se vea sometida a restricciones que provengan de otras normas europeas, como, por ejemplo, los artículos que garantizan la libre circulación de servicios en los tratados. De esa manera, se deja la puerta abierta a la labor interpretativa del tribunal de justicia europeo. Y la posición de ese órgano es claramente favorable al principio del país de origen.

Para poner de manifiesto la importancia de esta grieta en el derecho laboral de los estados, basta un ejemplo reciente:

El 18 de diciembre de 2007 el tribunal de justicia europeo resolvió una cuestión prejudicial que se le había planteado. El pleito se originó en Suecia. En ese país, una empresa constructora de Letonia estaba edificando una escuela

y pagaba a sus trabajadores letones unos salarios muy inferiores a los reconocidos en los convenios colectivos de la construcción suecos. Los sindicatos suecos llevaron a cabo acciones de conflicto colectivo que obligaron a la empresa letona (llamada «Laval») a cerrar. Esta llevó el asunto a los tribunales y el juez de turno planteó al tribunal europeo si la acción de los sindicatos suecos era o no conforme al derecho europeo. La resolución del tribunal de justicia de la UE señaló que no era conforme al derecho europeo que «una organización sindical pueda intentar obligar, mediante una medida de conflicto colectivo consistente en un bloqueo de las obras, como la controvertida en el asunto principal, a un prestador de servicios establecido en otro Estado miembro a iniciar con ella una negociación». Las normas europeas que se citan son dos artículos de los tratados europeos relativos a la libre circulación de servicios y una directiva de 16 de diciembre de 1996.

Esa directiva, la 96/71/CE, regula específicamente la situación de los trabajadores desplazados para prestar un servicio en el territorio de otro Estado miembro. Y esta materia está excluida de la directiva Bolkestein en virtud de lo señalado en su considerando 86: «La presente Directiva no se aplica a las condiciones de trabajo y empleo que se aplican a trabajadores desplazados para prestar un servicio en el territorio de otro Estado miembro.»

A esos dos flancos abiertos para limitar la aplicabilidad del derecho laboral de los estados miembros (la compatibilidad con la libre circulación y los trabajadores extranjeros desplazados) se suma un tercero: la directiva Bolkestein considera como «prestadores» de servicios no sólo a las personas jurídicas, sino también a las personas físicas. Con ello se deja abierta la puerta a la «deslaboralización», es decir a la posibilidad de que una empresa contrate trabajadores en régimen de autónomos en el país en que tiene su sede, para que trabajen en otro país en que los salarios son más altos o las condiciones laborales más rigurosas. Decir, por tanto, como se ha dicho, que el principio del país de origen ha sido eliminado de la directiva constituye una notoria falsedad. La puerta al dumping social sigue estando abierta.

II. Por lo que respecta a la segunda noticia, el titular que la encabeza produce, cuando menos, sorpresa. No se entiende qué razones puede alegar el gobierno español para alinearse con quienes «rechazan que la UE controle la innovación financiera». Pues, de todos es sabido que es precisamente esa «innovación» la que ha actuado de detonante de la actual crisis financiera internacional.

En efecto, el virus que ha contagiado a los bancos ha sido el resultado de la titulización de las llamadas «hipotecas basura». Las deudas hipotecarias se convirtieron en unos bonos tan complejos que ni los propios bancos que los compraban sabían exactamente qué estaban adquiriendo. Pero, como algunas de las más importantes agencias de *rating* les concedieron la máxima calificación en cuanto a fiabilidad y como daban sus buenos intereses, muchas entidades financieras compraron esos bonos. Cuando los titulares de las hipotecas se vieron asfixiados por las cuotas y no pudieron refinanciar su deuda a causa del parón inmobiliario estadounidense, empezaron los impagos y se desmoronó el castillo de naipes.

En el caso de Europa esa crisis ha costado al Banco Central Europeo, es decir, a los contribuyentes, varios cientos de miles de millones de euros que se han «inyectado» en el sistema financiero (es decir, prestados a bajo interés a los bancos). Para los titulares de hipotecas, que constituyen una parte considerable de la población en nuestro país, la crisis y el consiguiente encarecimiento del crédito (a pesar de las «inyecciones») ha tenido como consecuencia la subida de unas cuotas que, en muchos casos se encontraban ya en el límite de lo que las familias podían pagar. Y para los particulares que tienen sus ahorros en fondos de inversión o que pagan un plan de pensiones privado, la caída de las bolsas ha puesto en peligro sus ahorros o su jubilación. Ante esas circunstancias, resulta cuando menos extraño que no se dé ninguna explicación de por qué el gobierno español se opone a una mayor regulación de la actividad de las actividades financieras.

Pero examinemos con mayor atención la noticia del 7 de julio: a partir de ella, podemos estirar del hilo y, —con no poco esfuerzo—, sacar el ovillo de lo que está ocurriendo en la UE en relación con la regulación de los mercados financieros.

Según el periodista que redacta el suelto, el gobierno español ha manifestado su oposición respecto del borrador de una medida «que incluye prohibir a los bancos de la UE que compren instrumentos con riesgo transferible, a menos que las emisoras que se los traspasen retengan el 10% de estos productos como medida de seguridad». En efecto, la Comisión europea abrió el 30 de junio de 2008 un periodo de consultas sobre la reforma de una directiva del año 2006 relativa a la regulación de las entidades financieras. Este periodo terminaba el 18 de julio. Con fecha 10 de julio (curiosamente, tres días después de que apareciera la noticia en *El País*) el director general de política financiera del ministerio de economía y hacienda español envió una carta a la Comisión (cuyo contenido se puede consultar en la web de la UE) en la que se oponía a la reforma. La razón que alegaba es que la norma obligaría de modo indirecto a las entidades financieras europeas a retener el 10% de las deudas que titulizasen

y eso iría en detrimento de su competitividad. Sin embargo, desde la perspectiva de alguien que no es experto en la materia, la medida parece sensata (quizá incluso demasiado tímida): exigiría, por ejemplo, que si un banco quiere emitir títulos negociables respaldados por sus hipotecas deberá retener el 10% de los mismos. Y eso parece una manera de asegurar que quien emite los títulos está sujeto al mismo riesgo que el que los compra.

Pero esta propuesta forma parte de una batería de medidas más amplia. Por un lado, la modificación de ese artículo se integra en una reforma más amplia de las directivas que actualmente regulan los requisitos de capital que deben cumplir los bancos (esta propuesta ha sido objeto de otro proceso de consulta, en el que el gobierno español no consta que se haya manifestado); por otro lado, estos cambios en los requisitos de capital se inscriben en un proyecto más amplio de reforma de la regulación de las instituciones financieras.

Así, el comisario de mercado interior y Servicios, Charlie McCreevy (nada menos que el sucesor de Bolkestein) declaró el 4 de julio que era necesario regular a nivel europeo la actividad de las agencias de *rating* y que se proponía presentar una propuesta en ese sentido. Y el 15 de julio dio la charla inaugural de una audiencia pública, organizada por la comisión europea, sobre productos financieros para pequeños inversores. En su intervención señaló la necesidad de una mayor transparencia por parte de los bancos cuando venden este tipo de productos a sus clientes (en este mismo seminario, algunos de los asistentes afirmaron que los propios bancos muchas veces ni siquiera saben muy bien qué es lo que están vendiendo).

Da la impresión de que detrás de todas estas iniciativas se encuentra el designio de crear un mercado único de servicios financieros (pues este tipo de actividades están excluidas de la directiva Bolkestein). Pero la Comisión no parece haber elegido el principio del país de origen y la desregulación, sino que todo apunta hacia una regulación (algo) más estricta de las actividades financieras a nivel europeo. Y eso es así a pesar de que el comisario McCreevy fue quien adoptó las medidas de ajuste que permitieron a Irlanda entrar en el euro y quien impulsó de manera decidida la directiva Bolkestein. Es decir, todo lo contrario de una persona con trayectoria intervencionista.

Como se puede ver, estas cuestiones tienen una enorme trascendencia. La cantidad de dinero público que engulle el sistema financiero en una situación de crisis hace que los presupuestos destinados a programas sociales por los gobiernos aparezcan como simples minucias. Sin embargo, a pesar de la importancia económica, social y política de esas cuestiones, hay una absoluta falta de información sobre las mismas y no se realiza ningún debate público acerca de las diversas opciones en presencia.

¿Qué posición tiene el gobierno español acerca de la cuestión de regular de forma más estricta el funcionamiento del sistema financiero a nivel europeo? Los ciudadanos no lo sabemos. El ejecutivo no ha informado a la opinión pública acerca de cuál es su postura sobre estos asuntos. Pero si el botón de la carta remitida a la UE vale como muestra, entonces es que no es favorable a una mayor regulación. Y, después de lo ocurrido en la segunda quincena de septiembre en Estados Unidos, esa postura resultaría completamente intolerable.

III. Si juntamos las dos noticias con que abrimos esta nota y las traducimos a un lenguaje más asequible el resultado podría ser el siguiente: para salir de la presente crisis el gobierno no considera necesaria una mayor regulación del sistema financiero, aunque sí una desregulación y flexibilización del mercado laboral en el sector servicios. Es decir, los bancos pueden seguir operando como hasta ahora, sin mayores responsabilidades ni controles, mientras que el estado renuncia a la reglamentación de la actividad del sector servicios y reduce las ya escasas garantías laborales para los trabajadores de ese ámbito. Es como si el gobierno dijera: «vamos a mantener los privilegios de los bancos y a flexibilizar más el mercado de trabajo», aunque, obviamente, no lo dice así. Lo que declara es que van a acelerar la transposición de la directiva de servicios sin manifestar públicamente nada acerca de sus intenciones en relación al sector financiero.

Todo ello pone de manifiesto que la ocultación, el engaño, la falta de información y la ausencia de un debate público acerca de las decisiones que se toman en la UE han llegado a un extremo absolutamente escandaloso dado el incremento de las materias en las que interviene la Unión y la enorme trascendencia de sus decisiones. En estas condiciones, decir que la UE padece de un «déficit democrático» resulta un eufemismo tan falseador de la auténtica realidad como lo sería afirmar que bajo el régimen franquista los españoles experimentaron un «déficit de libertades». **J.A.E.**, *septiembre 2008*.

Aproximaciones anómicas al campo del género

En el nº 102 de *mientras tanto* se proponía abordar la problemática del género desde un punto de vista que permitiese integrar discursivamente la cuestión de la opresión patriarcal, tal y como ha sido abordada por el feminismo, con la de las prácticas heterosexistas que suponen formas intensivas y difusas de discriminación sobre las llamadas «minorías sexuales» (gays, lesbianas, transexuales, bisexuales, travestidos y también los heterosexuales cuya personalidad no responde a las características de género que se espera de ellos).^{*} Esta aproximación relacional o inclusiva al género respondía a dos tipos de problemas. Por una parte, la dificultad de reconducir las múltiples maneras de pensarse hombre o mujer dentro de los corsés identitarios del género que impregnan el actual dispositivo institucional. Por otra parte, la constatación de la excesiva tendencia a la *ghettización* o autorreferencialidad en los estudios y en la praxis política de los distintos grupos sociales oprimidos en razón de su sexo o de su género, que a pesar de compartir un aspecto de fondo (la crítica de la normatividad de género patriarcal) carecen de relaciones orgánicas entre sí. La tendencia de nuestro tiempo a observar problemáticas complejas exclusivamente desde las propias preocupaciones está presente también en el ámbito de la autoorganización de los oprimidos por razón de un sistema sexo-género dominante en el que, sin embargo,

^{*} A.G.M. «La construcción política y jurídica del género. Reflexiones desde una perspectiva inclusiva», *mientras tanto*, nº 102, pp. 113-130.

todos estamos atrapados. Ejemplo de ello es el viraje de un sector importante del feminismo de los problemas concernientes a la igualdad y la conquista de la libertad de las mujeres (sobre la base de una desnaturalización de la «feminidad») hacia la problemática de la identidad y el diferencialismo (que de nuevo remite a aspectos clásicos como la maternidad), de la que se colige la necesidad de legislaciones *ad hoc* para cada uno de los problemas en juego. Con ello se corre el riesgo de acentuar la percepción social de que *hay un género en disputa* fruto de demandas atinentes a personas «problemáticas» (las mujeres) o «anormales» (gays, lesbianas y transexuales).

Globalmente, todas las prácticas sexistas pueden ser vistas como derivados de una normatividad de género que se estructura a través de la binarización y dicotomización de los sexos y los géneros. Como explican Óscar Guasch y Laurentino Vélez-Pelligrini en los textos que siguen, la misoginia y la homofobia históricamente consideradas son dos caras de una misma moneda: la representación de la humanidad construida por el hombre moderno (el varón heterosexual, blanco y propietario) para asegurarse su supremacía en el espacio público.

Del mismo modo que el análisis del sexismo practicado por las corrientes representativas de las minorías sexuales asume como punto de partida el clásico cuestionamiento feminista del sistema de género patriarcal, el feminismo debería considerar seriamente la importancia de la homofobia, la lesbofobia y la transfobia en la construcción del sujeto patriarcal, como dichas corrientes minoritarias se han encargado de poner de manifiesto desde los años 70. Su aportación analítica principal consiste en el desarrollo del concepto de «heteronormativismo» como sistema global de construcción del género en el que tienen cabida no sólo el patriarcalismo sino el resto de formas de discriminación sexual. La normatividad heterosexista, a través de la esencialización del sexo y los géneros masculino/femenino, impone una *normalidad* en virtud de la cual la «virilidad» se da por *aprobématica* en relación a la «feminidad», a la homosexualidad (entendida como una virilidad afeminada), al lesbianismo (entendido como una feminidad masculinizada) o al transexualismo (definido como un trastorno de identidad). Y sin embargo, como se verá a continuación, el varón *normal* o *aprobématico* no es más que una construcción social que sólo tiene sentido en conexión con la existencia de otras personas consideradas como inferiores por su sexo, por su sexualidad o por su identidad sexual. Como nos

explica el activista de la masculinidad crítica Daniel Gabarró, explicitar esta cuestión permite ver la «masculinidad» como un reproductor constante de insatisfacción entre los propios varones, la consciencia de lo cual resulta imprescindible para una reeducación igualitaria de los mismos.

La asunción crítica por parte de un número significativo de varones de su lugar «estructural» en el sistema tradicional del género sería en este sentido un objetivo primordial. Atento a la relación de fondo entre formas diversas de violencia social como la machista contra las mujeres y las agresiones homófobas, Gabarró defiende una serie de políticas preventivas que vayan a la raíz de los problemas, antes que a la reparación de daños ya producidos mediante sanciones administrativas o penales. Se trata de un buen ejemplo de la posible complementariedad de enfoques hoy divergentes, pues la coerción de género reducida exclusivamente al problema de la violencia física sobre las mujeres está despolitizando el problema básico y mucho más amplio de la dominación masculina, que apunta más hacia la cuestión de las formas dominantes de socialización de los varones que a la existencia de hombres con una patología extrema.

El surgimiento, desde principios de los años ochenta, de los teóricos de la «masculinidad» (fundamentalmente desde la psicología, la antropología, la sociología y la historiografía, campos a los que ulteriormente se ha sumado con fuerza la crítica del arte) y de los teóricos *queer* de la «anormalidad» sexual ha supuesto un verdadero impulso para el estudio del sistema sexo-género desde una perspectiva de personas-en-relación. Estos estudios y la praxis política que los ha acompañado han aportado un mayor conocimiento de los elementos de fuerza y de debilidad de la razón patriarcal, mediante la puesta en primer término del problema de la homofobia como principio organizador de lo masculino y verdadero talón de Aquiles del sujeto patriarcal. Sin embargo, resulta a su vez problemática la tendencia defensiva de los oprimidos por la normatividad de género consistente en esencializar la diferencia sexual, *como si* la identidad de género pudiera abstraerse de aspectos como la raza, la procedencia geográfica, la cultura o el poder económico de las personas. En el caso de las minorías sexuales, esta tendencia se manifiesta en una doble actitud defensiva: frente al sujeto viril dominante y frente al feminismo diferencialista, lo que apunta justamente al carácter interrelacionado de los aspectos mencionados antes (como ejemplifica la queja de mu-

chas mujeres lesbianas o transexuales en torno a su minoración laboral en relación a las mujeres heterosexuales). Conscientes de este problema, los artículos de Guasch, Vélez Pelligrini y Gabarró establecen numerosos puentes para un diálogo plural en el campo del antisexismo.

El último de los trabajos que contiene esta sección reúne dos de las numerosísimas intervenciones políticas de Andrea Planelles en torno a la transexualidad. La mutabilidad del género es un objeto de estudio de gran interés para revelar como el género ha sido objeto de una construcción social y política unilateral, en términos de una identidad fija o *normal*. Planelles nos habla de ello a partir de la patologización de la transexualidad por la ciencia y por el derecho, poniendo de manifiesto las limitaciones del legislador español a la hora de abordar la problemática personal que han de atravesar las personas cuyo sexo biológico no encuentra acomodo en sus cabezas y que deciden poner orden a esta disfunción.

De hecho, es común a todos los textos que siguen la distancia adoptada respecto a las reformas legales para combatir la desigualdad de género puestas en práctica en la pasada legislatura. Se critica especialmente su encapsulamiento en las estructuras binarias clásicas que impiden dar una respuesta a la enorme diversidad interna caracterizadora del mundo interior de las minorías sexuales (la *diferencia dentro de la diferencia*), así como la consiguiente extensión de derechos por el procedimiento de universalizar instituciones heteronormativas como el matrimonio, poco coherentes con la mencionada diversidad y con la alteridad propias de la sexualidad anómica.

El carácter crítico de estos textos lo es en relación a los universos en los que se hallan insertos, y no solamente frente a la institución de la «heterosexualidad obligatoria». Por lo que contribuyen, de este modo, a la necesaria ruptura con el aislacionismo introspectivo característico de buena parte de los estudios de género.

mientras tanto, octubre de 2008

Homosexualidad, masculinidades e identidad gay en la tardomodernidad: el caso español*

OSCAR GUASCH**

Introducción

La homosexualidad no existe antes del siglo XIX; es entonces cuando la medicina crea y caracteriza las *perversiones sexuales* descomponiendo y clasificando la categoría religiosa de *sodomita*. La *homosexualidad*, como el resto de *perversiones*, es definida como trastorno, patología, o error en el desarrollo emocional. Sin embargo, la homosexualidad de hoy en día poco tiene que ver con el engendro de antaño. En sentido estricto, la homosexualidad ya no existe. Los médicos la inventaron y han sido las instituciones que controlan quienes la han suprimido (en este caso la Organización Mundial de la Salud). A principios del siglo XXI la homosexualidad ya no es una enfermedad.¹ Pese a ello, el concepto de *homosexualidad*, las palabras dichas al respecto, las teorías elaboradas para explicarla, los tratamientos aplicados para curarla, las leyes dictadas para perseguirla, y las resistencias desarrolladas por sus protagonistas (la identidad gay) subsisten todavía. Puede que la homosexualidad ya no exista, pero muchas personas calificadas como homosexuales siguen sufriendo por ello. En cualquier caso, hay que redefinir la *homosexualidad*. Y hay que hacerlo en perspectiva crítica. Hay que pensar, analizar, y estudiar la homosexualidad como una forma culta y erudita de

* Una versión de este texto apareció en Guasch (2007).

** Profesor de Sociología en la Universidad de Barcelona. Autor de numerosos trabajos de investigación en torno al género, la sexualidad y las masculinidades, entre los cuales *La crisis de la heterosexualidad* (Laertes, 2007).

1. Con la excepción de la llamada *homosexualidad egodistónica*, que es la de quienes no la aceptan en sí mismos.

homofobia. En términos históricos, la invención *científica* de la *homosexualidad* es equiparable a las teorías racistas sobre la negritud, que a lo largo de los siglos XIX y XX, se presentaron como teorías científicas. En ese sentido, la homosexualidad es una forma científica de homofobia.

Identidad gay, matrimonio, y gueto

Son personas homosexuales quienes, a falta de un nombre mejor, por pereza, convicción o imposición, siguen empleando ese término para nombrarse a sí mismas y a sus prácticas sexuales. Pero la mayoría son conscientes de que el término en cuestión ha perdido buena parte de su sentido primigenio. Otra causa que explica que siga habiendo homosexuales es la represión. Muchas personas homosexuales son encarceladas, torturadas, despedidas, asesinadas, violadas, maltratadas, o insultadas por serlo. Pero es poco riguroso y simple hablar de homosexuales como si fueran un grupo homogéneo. Tampoco las personas heterosexuales se parecen demasiado entre sí. La gente que *entiende*² tiene mucho en común; en especial la historia de su represión y el proceso de interiorización de la homofobia. Pero creer y argumentar que *homosexuales* y *gays* son grupos homogéneos con alto poder adquisitivo cuyos miembros se comportan como compradores compulsivos preocupados por el arte y la cultura, y por la belleza propia y ajena, también es una forma de homofobia. Se trata de una homofobia frívola que cuenta con la complicidad ignorante de los medios de comunicación que practican la supuestamente progresista *corrección política* y que es difundida de forma interesada por la prensa gay que actúa de altavoz al respecto.

Pese a todo, España es un oasis de libertad para las personas *gays* en medio del desierto homófobo. No es fácil ser *gay* en México, en Estados Unidos, en Rusia, ni en Afganistán.³ Tampoco es sencillo ser *gay* en España, pero a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de países cristianos y musulmanes, aquí la muerte y la cárcel son amenazas menos cotidianas y más improbables. En España, las personas que *entienden* pueden crear parejas estables que tienen reconocimiento estatal. El Estado español es pionero en la lucha contra las agresiones y la discriminación; si bien la homofobia ambiental y la violencia (física y simbólica) que comporta se mantienen casi inalterables. En España, quienes

2. *Entienden* todos los varones que, en algún momento de su biografía, han tenido relaciones eróticas con otros varones; para ser una persona que *entiende* es irrelevante tanto la frecuencia como la intensidad con que tales relaciones tienen lugar (Guasch 1987a).

3. Sobre la situación social de la diversidad sexual en el mundo pueden consultarse tanto los informes anuales específicos que elabora Amnistía Internacional como los que presente la ILGA (Internacional Gay Lesbiana).

entienden no son molestados por la policía y tienen derecho tanto a besarse como a andar abrazados en público (aunque pocos lo hacen por temor a ser insultados).⁴ En España, existe prensa *gay*, programas de radio *gays*, librerías *gays*, restaurantes *gays*, agencias de viajes *gays*; y también hay escritores, políticos, catedráticos, militares, y sacerdotes *gays* que desarrollan sus actividades con mayor o menor fortuna y acierto, pero sin ser molestados (explícitamente al menos) por causa de su afectividad. Ante un panorama como el descrito escribir sobre el éxito gay parece incontestable.

En la España del siglo XXI las personas gays tienen la convicción de ser libres. Pese a que solo pueden ser gays a tiempo parcial y en espacios acotados para ello. Les es permitido amarse y ser visibles en contextos predeterminados ajenos e invisibles (aunque accesibles) al resto de la población. Quienes cruzan las fronteras de las reservas adaptadas a la gente gay, se exponen a violencia clara o sutil de quienes no lo son. España es un oasis gay en el desierto homófobo. La calidad de vida de la gente gay en España es similar e incluso mejor que la calidad de vida de los gays de las sociedades más avanzadas. Pero el gueto sigue siendo el espacio social básico que conforma la realidad gay. El gueto funciona como un campo de refugiados (Pichardo 2003) al que muchos gays acuden huyendo del infierno local en que vivían. Sin embargo, el gueto impone toda clase de límites a quienes lo pueblan. Son fronteras simbólicas, sociales y espaciales que cuentan con sus propias alambradas (sutiles, pero no por ello menos eficientes).

El gueto urbano cumple una importante función de control social. Pero también tiene funciones económicas. Aunque sean de mala calidad, en el gueto se crean puestos de trabajo para quienes no los encuentran en otras partes. Otra cosa es defender la pertinencia de vivir para siempre en un campo de refugiados, publicitándolo, además, como el paraíso feliz que prometieron los profetas de la liberación gay. Este modo *carnavalesco* de pensar el mundo gay cuenta con el aplauso y la complicidad ignorante de una izquierda anodina y sin ideas que aplica ineficaces (pero *correctas*) políticas de gestos hacia el mismo, y que todavía no ha entendido que el problema jamás fue la homosexualidad, sino la homofobia. La homofobia (que se oculta ahora bajo una capa de corrección política) permite que las personas *gays* sean toleradas por una sociedad paternalista que les obliga a vivir en áreas bien delimitadas,

4. En España todas las personas tienen el derecho a tener relaciones sexuales en espacios públicos sin ser amonestados por las fuerzas de seguridad (siempre y cuando no haya menores de edad presentes). El delito de *escándalo público* no se construye, pues, teniendo en cuenta los espacios en los que acontece la acción, sino en función de la protección de los menores, si bien no queda claro de qué hay que protegerlos.

pero que no les permite hacerlo en todos los espacios sociales. Esa tolerancia (que no es respeto) se concreta y se hace visible gracias al gueto. El gueto jamás es voluntario. El gueto es una estrategia de los grupos subalternos para sobrevivir en un medio hostil.

Hay muchos varones que *entienden*. Pero no todos se convierten en *gays*. Hay ciertas condiciones sociales que facilitan (o no) ese proceso de transformación; y es preciso explicar cuáles son y qué características tienen. Los varones que *entienden* y que hacen pública tal condición, disponen de diversas estrategias para escapar a las presiones sociales (la homofobia) derivadas de ello. La más visible de esas estrategias es transformarse en *gays*. Pero que sea la estrategia más visible no implica que sea la más eficiente. Los recursos y las energías dedicadas a hacerse *gay* tienen elevados costes biográficos para las personas que optan por hacerlo (aunque pocas veces son evaluados por quienes los pagan). Hacerse *gay* suele implicar una radical redefinición de los escenarios familiares y laborales, y también de las redes de amistad. La emigración a las grandes ciudades suele ser el modo en que se concreta todo ello.

Hacerse *gay* es, en cierto sentido, una huida que implica una elección que conlleva renunciaciones. Es por eso que muchos varones homosexuales solo ejercen de *gays* a tiempo parcial. Ello les permite mantener, en la medida de lo posible, sus redes familiares y laborales, al tiempo que amplían y redefinen sus redes de amistad. Vivir como *gay* a tiempo parcial (durante los fines de semana, las vacaciones, y las fiestas de guardar) sirve para escapar a la presión del entorno y para compartir una parte del tiempo con el grupo de iguales. Pero en ningún caso es una solución definitiva, ya que la homofobia persiste en sus entornos habituales y aguarda el regreso de los turistas de fin de semana. Los *gays* a tiempo parcial utilizan los recursos del gueto como válvula de escape. Pero ello no hace desaparecer la presión social que padecen, ni tampoco hace visible su estilo de vida. En otras palabras, la *homofobia* y el *heterocentrismo* permanecen inalterables. La función social de esta estrategia social de gestión del amor entre hombres es mantener encerrados en el gueto a quienes lo practican.

Hay que insistir en que el gueto, más que un espacio urbano, es sobre todo un espacio social y simbólico. Adecuarse a las expectativas que la sociedad heterocéntrica tiene sobre lo *gay* también es una forma de gueto que marca las fronteras de lo socialmente posible. Algunos *gays* se acogen a esa forma de gueto para minimizar la homofobia ambiental. Desde los años ochenta, el ejemplo más frecuente de esa clase de estrategias lo brinda el antiguo *marica* cuando se transforma en *gay* y acepta los rasgos que socialmente se le atribuyen en tanto que *gay*: ser *sofisticado* y *moderno*, y entender de decoración, gastronomía, moda y revistas del corazón, además de ser simpático, ocurren-

te y guapo. La estrategia es dejar de ser *marica* y transformarse en *gay*. Pero no se le permite ir más allá ni tampoco escapar de los estereotipos sociales homófobos que definen al gay. El modo en que la sociedad heterocéntrica permite la existencia de la realidad gay es claramente subalterna. De este modo, la identidad gay, que fue pensada como un instrumento para superar la homofobia y las fronteras de género que conlleva, se convierte en una más de las alambradas del gueto.

Quienes emigran a los guetos urbanos son jóvenes y jóvenes adultos. Acuden en busca de empleo y de una vida mejor. Pero al poco tiempo descubren que la orgía erótica interclasista prometida en el mito *gay* es un recurso que se agota con facilidad a la hora de organizar la vida cotidiana y afectiva. El mito erótico gay es biográficamente insostenible. La pobre calidad de las relaciones humanas que se producen en el gueto causa desazón entre quienes lo habitan. Si a ello se le añaden los bajos salarios, la economía sumergida, y la precariedad laboral, se obtiene un contexto en el que la clase social es un elemento clave que condiciona la viabilidad económica (pero no la emocional) de quienes viven como gays a tiempo completo en los guetos urbanos. Las relaciones y las emociones basura son recurrentes en el día a día de estas personas. Y es que el gueto urbano, como cualquier otro espacio (iglesias, estadios de fútbol, o bibliotecas) condiciona las actitudes y las conductas de quienes los ocupan. Con el tiempo, muchas personas comprueban que han sucumbido a una falsa promesa, porque la vida que se les permite en el gueto tiene poco que ver con las expectativas que tenían al respecto.

La mala conciencia y la estúpida empatía *progre* con que sectores de nuestra sociedad contemplan a los grupos subalternos, provoca que se proyecten en ellos una supuesta solidaridad interna de la que, en realidad, carecen. La antropóloga Norma Mejía (2005) explica bien esto último respecto a las personas transexuales y respecto a las *putas*. De igual modo, la sociedad española cuestiona la solidaridad interna de los grupos inmigrantes ante el hacinamiento en viviendas, los casos de realquilados que pagan más que el alquiler real, el fenómeno de las *camas calientes*, o la subcontratación de tareas en el caso de la limpieza industrial. La intersolidaridad *gay* también es un mito, tanto como lo son la presunta *mafia rosa* o el denominado *lobi gay*. El mercado no tiene patria. Ni tampoco conciencia. Así que emigrar al gueto es una apuesta arriesgada y muchas personas son devoradas por él.

En España, vivir públicamente como persona *gay*, es casi imposible para quienes trabajan en la educación, en el sector sanitario, en la construcción, o en los cuerpos de seguridad. Tampoco los ejecutivos o los miembros de los consejos de administración de las empresas lo tienen mucho más fácil. La discriminación, la autocensura, y la violencia simbólica o física contra las

personas que *entienden*, no depende de la clase sino del género; es decir: de la homofobia. La homofobia es una forma de violencia de género que el feminismo de Estado no asume como tal y que, hasta el momento, el movimiento gay ha sido incapaz de redefinir como algo que afecta a todos los hombres (sea cual sea su opción sexual). Es preciso insistir en esto último: la homofobia afecta a todos los hombres que incumplen las normas de género que el patriarcado ha previsto para ellos. La homofobia, como el racismo, interpela a toda la sociedad. La homofobia afecta a todos los varones sin excepción amenazándolos con degradarlos al estatus de *maricas* o a sus equivalentes estructurales, entre otros: *calzonazos*, *nenazas*, o *cobardes*.

El movimiento político gay ha fracasado en su lucha contra la homofobia y ha quemado sus naves en la defensa de la cuestión del matrimonio. En España, para conseguir ciertos derechos ciudadanos, las personas *gays* deben renunciar a sus estilos de vida afectiva y vivir de manera heterocéntrica. Centrar las reivindicaciones gays en torno al matrimonio (que, por supuesto, es un derecho) elude enfrentar el verdadero problema (la homofobia), fomenta la desmovilización, y genera el sentimiento social de que por fin se termina con la discriminación. Es cierto que el denominado matrimonio gay permite acceder a pensiones, indemnizaciones y otros recursos que, hasta ahora, estaban fuera del alcance de las parejas gays. Pero la realidad de los afectos gays y lésbicos va mucho más allá. Hay gays y lesbianas que constituyen unidades domésticas (de asistencia y de consumo) con personas que no son sus parejas. Estas personas ni cobran indemnizaciones ni pensiones de viudedad, ni tienen derecho a seguir viviendo en pisos de alquiler si el contrato estaba a nombre de los muertos. El matrimonio gay no cubre la gran diversidad de las relaciones gays-lesbianas, ni económicas ni afectivas. Sin embargo, la importancia de esas realidades en la vida cotidiana de tales personas no puede minimizarse. El llamado matrimonio gay reduce la diversidad real (económica y afectiva) de gays y de lesbianas y la uniformiza en términos heterocéntricos.

La responsabilidad implica análisis y compromiso; y si bien ser gay (o ser lesbiana) no garantiza un espíritu reflexivo (ni siquiera solidario) resulta triste (y peligrosa) tanta inconsciencia. No se trata de nostalgia. Al contrario: se trata de defender el derecho de inventar (y recrear y difundir) nuevas formas de relación interpersonal en vez de copiar las vigentes (hegemónicas, pero ya fracasadas). Gays y lesbianas ocupan un lugar idóneo en la sociedad, están por todas partes, son una red, y pueden aportar ideas, estilos de vida, y otras formas de amar. Los gays y las lesbianas tienen potencial como ejemplo y sustento de la diversidad. Sin embargo, sus líderes (pero no solo ellos) defienden y asumen instituciones arcaicas (el matrimonio) que encorsetan la pluralidad real de los afectos (sean estos lésbicos, gays o heterosexuales). Las

actuales políticas gays proclaman falsos consensos que incitan a las personas gays a asumir y repetir estilos de vida ajenos, y a defender y aceptar el matrimonio como vía de acceso a derechos que corresponden a las personas como ciudadanas (y no como gays ni como lesbianas). Es poco democrático reducir la diversidad afectiva a un contrato que fuerza a la vida cotidiana a adecuarse a la ley (en vez de ser al revés).

El movimiento gay ha fracasado en su lucha contra la homofobia porque ha sido incapaz de incorporar al resto de varones a la misma. Sin embargo, hablar de éxito o de fracaso es relativo porque ambos dependen de los objetivos y de los referentes que se emplean para la evaluación. Si se toma la situación de partida, las estrategias políticas gays han logrado parte de sus metas: descriminalizar y (en menor medida) desmedicalizar las opciones sexuales y conseguir cierto reconocimiento de las instituciones y amplia tolerancia social.⁵ Sin embargo, siguen en agenda la equiparación de derechos y el respeto social. Pero la homofobia, en tanto que producto interclasista que afecta a todos los varones sin distinción, todavía no ha sido cuestionada por el conjunto de la sociedad, ya que sigue percibiéndose como algo que solo atañe a los gays. Apropiarse de la homofobia como si fueran sus víctimas exclusivas, no parece que sea un éxito gay. Pero sí es posible contar como éxitos algunas contribuciones gays al conjunto de la sociedad. Al respecto, cabe señalar el modelo de gay de gestión del sida y de la inmigración.

En España, las personas gays están mostrando que es posible recibir la inmigración sin muchos problemas y con pocas tensiones. Mientras en muchos centros de ocio nocturno abiertos al público general se prohíbe la entrada a personas por su aspecto étnico,⁶ en los locales de ocio gay sucede al revés. Magrebíes, gitanos, peruanos, colombianos, todos pueden pasar. Tan solo se les exige respeto y se les informa de que acceden a un lugar gay. Quizás parezca irrelevante poder o no entrar a un determinado local, pero a quienes han sido discriminados por el color de su piel o por su aspecto étnico no se lo parece. Es una razón de orgullo ciudadano constatar el modo en que los nativos *gays* están acogiendo la diversidad étnica y cultural. También la manera como las personas *gays* gestionan el sida es otro ejemplo que la sociedad debería imitar.

Entre la ciudadanía heterosexual, con demasiado frecuencia, ser seropositivo conlleva la muerte social. En las revistas editadas por las personas sero-

5. Sobre actitudes sociales respecto a la homosexualidad en España véase Calvo (2003).

6. Un ejemplo al respecto es la muerte de un ciudadano nacido en Ecuador en el centro de ocio *Maremagnum* (de Barcelona), golpeado y arrojado al mar por quienes debían velar por su vida (los encargados de la seguridad).

positivas⁷ se leen decenas de relatos de hijos, madres, o amigos, repudiados y excluidos del mapa social y de parentesco por su seropositividad. Algo poco probable entre *gays*. Respecto al sida, y en el seno de las redes sociales *gays*, existe un corte generacional. Las personas *gays* más jóvenes no han vivido (a diferencia de sus mayores) el doloroso rosario de muertes de los primeros ochenta. Pese a ello, el respeto y la inclusión, caracterizan el modo en que las personas *gays* tratan a las personas seropositivas (*entiendan* o no). A las personas infectadas se las ama (o se las detesta) al margen de su seropositividad. La sociedad tiene mucho que aprender del respeto y del cariño con que las personas *gays* gestionan la seropositividad de sus semejantes (sean o no sean *gays*).

Otra contribución notable que las personas *gays* pueden hacer al conjunto de la sociedad es mostrar como la separación del sexo y de la afectividad permite juegos lúdicos y narrativa irónica sobre el deseo que, a través del sentido del humor, contribuye a hacerlo menos trascendente. Al igual que los movimientos libertarios de los setenta, los *gays* son capaces de separar sexo y afecto. Esto último, lejos de ser valorado como una contribución (incluso entre los *gays* más jóvenes) cada vez más es tratado como una característica negativa que hay que ocultar o disimular (algo impensable en la década de los ochenta). Es posible que la irrupción del sida sea una de las razones que expliquen este cambio en la valoración de lo que (peyorativamente) se denomina *promiscuidad sexual*⁸; pero también es preciso considerar otro tipo de cuestiones. Las personas *gays* no están aisladas y son permeables a las influencias de la sociedad. El intercambio y la interconexión son la norma a la hora de explicar el tipo de relaciones que los *gays* mantienen con su entorno. En consecuencia, las transformaciones de tipo reaccionario que en las últimas décadas afectan al conjunto de la sociedad española también hacen mella en la manera en que los *gays* gestionan su afectividad.

De maricas a gays. Un largo camino hacia ninguna parte

En los primeros ochenta, para el movimiento de liberación gay, la identidad y el gueto eran tan solo instrumentos para terminar con la homofobia y con la discriminación. El proyecto político original del movimiento gay español es muy distinto del proyecto *gay* neoliberal contemporáneo. Los objetivos del movimiento *gay* de antaño buscaban transformar la identidad masculina ex-

7. Ojea la revista *Lo más positivo* permite acercarse a las prácticas y a los discursos de las personas infectadas por el VIH de forma humana, rigurosa, simpática e integradora.

8. La promiscuidad sexual no supone aumentar el riesgo de infección por sida. Es posible tener muchas relaciones sexuales sin infectarse (siempre y cuando se trate de sexo seguro). Sobre las consecuencias de la gestión médica del estigma del sida puede verse Guasch (1992).

tendiendo tanto la ironía de género como el sexo (y el amor) entre varones al conjunto de los mismos. Según este punto de vista, no habría homosexuales ni heterosexuales, sino tan solo hombres que *entienden* y otros que no. Los que *entienden* se dividen en dos grupos: quienes asumen (con más o menos entusiasmo) su amor y su deseo por los hombres; y otros que niegan y reprimen tales afectos. Con la extensión hegemónica del modelo identitario gay, el amor entre hombres deja de ser definido como algo que les incumbe a todos, para convertirse en algo tan solo propio de *gays*.

Alfred Kinsey prueba (justo después de la II Guerra Mundial) que homosexualidad y heterosexualidad no son realidades opuestas sino más bien un *continuum*. Sin embargo, las necesidades identitarias gays en los Estados Unidos de América del Norte, ocultaron las lecciones de Kinsey. En los años sesenta y setenta del siglo pasado, los gays estadounidenses precisaban invisibilizar sus diferencias internas para competir con éxito en la lucha por los recursos mediáticos, económicos y simbólicos. En consecuencia, el amor entre hombres dejó de ser pensado como algo generalizado y estructural, pero casi siempre negado y reprimido, para pasar a un modelo identitario binario, claustrofóbico y simplista, en el que habría dos grupos homogéneos distintos: heterosexuales y *gays*. El primer y más claro fracaso de la alternativa *gay* (en relación a la masculinidad dominante) es su incapacidad para exportar y legitimar el amor entre hombres al conjunto de los mismos.

El modelo identitario gay se hace hegemónico en España a lo largo de los años ochenta del siglo XX como estrategia de resistencia contra un tipo de homofobia agresiva, poco sutil y nada elaborada. La necesidad de la masculinidad hegemónica de definir personas y grupos como *otros* a los que oponerse (para definirse a sí misma), se plasmó en dos figuras muy claras: el *marica* y el *maricón* (Guasch 1987b). Esta forma de entender la masculinidad incorrecta precedió al franquismo, pero fue el nacionalcatolicismo quien fijó sus límites.⁹ Se basó en una visión estereotipada del género (de una simpleza sexista incluso divertida, salvo por el dolor que ocasionó) que definía de forma estricta el conjunto de las posibilidades sociales de género previstas en varones y mujeres. El *soldado español* para los hombres (tanto en su versión arcaica de legionario, como en su actualización de miembro de las C.O.E.),¹⁰

9. Al respecto véase Roca (1996).

10. Se trata de las Compañías de Operaciones Especiales, comandos bien entrenados que, a diferencia de la *Legión* (que son fuerzas de choque) actúan sobre todo en la retaguardia enemiga. En el imaginario social y castrense ambos cuerpos son igualmente masculinos (a diferencia de, por ejemplo, los ingenieros que se ocupan de las comunicaciones) pero a los miembros de las C.O.E. se les supone una preparación técnica (artes marciales, estrategias de supervivencia, uso de tecnologías sofisticadas) de la cual los legionarios carecen.

y las *Damas* de la Cruz Roja para las mujeres, son metáforas (castrenses, en ambos casos) del destino que la sociedad española de la época propuso para unos y otras.

En este contexto de imposición de identidades de género estereotipadas y ridículas (pero socialmente eficientes), las imágenes culturales de la masculinidad impropia en los hombres se adecuaban bien al marco cultural homófobo y sexista que relacionó escasa virilidad con pasividad, y afeminamiento. La cadena simbólica que revisa Viñuales (2002) y que liga sexo biológico con género, prácticas sociosexuales, y clase de deseo, funcionaba ya entonces con escasos problemas. De este modo, la sociedad de la época supuso que un macho de la especie humana debía ser viril, practicar el coito vaginal y desear e intentar seducir a las mujeres. De igual modo, quedó establecido que una hembra humana debía ser femenina y, en consecuencia, jamás tomar iniciativas sociales y mucho menos sexuales (en ambos casos las prostitutas serían una excepción). En esta cadena simbólica, del binomio sexo-género derivaban de forma *natural* tanto las formas de deseo (lo que los médicos llaman *orientación sexual*) como las conductas y actitudes sociosexuales concretas: pasividad social y sexual en las mujeres (y a ser posible candidez inocente) e iniciativa social y sexual en los varones (además de cierto aire chulo y tramposo).

La estructura de esta cadena simbólica aún sigue vigente. Por eso el análisis de las posiciones que en ella ocupan varones y mujeres es un mapa que permite entender qué sucede cuando algunas personas no encajan en el modelo. La existencia de disidentes puede colapsar el sistema y por ello se activan dispositivos de control social para evitarlo. La categoría de *marica*, es el mecanismo usado para integrar al varón poco viril en un sistema representacional en el que lo importante es el género (y no la orientación ni las prácticas sexuales, ni tampoco el sexo *biológico*). El género es el elemento central de la cadena simbólica que describe Viñuales. Así pues, y pese a su sexo *biológico* (se trata de un macho de la especie humana) el varón con déficit de hombría es asignado al género femenino (con los roles, actitudes, y apariencias pertinentes). Es *marica* quien no cumple con las normas y expectativas de género previstas para los hombres; y esto sucede al margen de sus preferencias y gustos sexuales. Tanto en el franquismo como en la actualidad, la etiqueta de *marica* amenaza a todos los varones por igual (al margen de su opción sexual) y les impulsa a adecuarse a las normas de género. Por una cuestión de honor ningún *hombre de verdad* admite ser tratado como un *marica*. Por analogía, se identifica al *marica* con la mujer. Y es ahí donde aparece la conexión entre sexismo y homofobia, porque los *hombres de verdad* jamás admiten ser tratados como mujeres. La identidad social atribuida al *marica* se adecua bien a esa estructura binaria de género y la refuerza. El

marica es una desviación funcional porque permite a todos los varones (sea cual sea su opción sexual) afirmar su género normativo negándolo en él.

Al contrario que el *marica*, el *maricón* quiebra la cadena simbólica que une sexo, género, clase de deseo y prácticas sexuales. Según esta cadena, un *macho* de la especie humana debe ser masculino, desear a las mujeres, e intentar penetrarlas. Pero el *maricón* colapsa el sistema de género porque tanto su deseo como las prácticas que se le atribuyen van más allá de lo previsto. El *maricón* (supuestamente macho, viril, y *activo*) se adecua bien a las expectativas de género previstas para los hombres; pero comete la peor de las trasgresiones posibles: traicionar el acuerdo tácito entre hombres que proscribía que estos se amen, se deseen, o se penetren entre sí. Durante el franquismo y la transición, *marica* y *maricón* son pensados con las tecnologías de género de entonces. La imagen cultural del *marica* implica su desmasculinización. El caso del *maricón* es distinto porque pervierte los fundamentos del sistema y de ahí su necesaria y radical estigmatización. El *maricón* posee los marcadores de género (roles, apariencia, y actitud) prescritos para un hombre; pero desafía la norma que prohíbe a los varones desearse entre sí. El *maricón*, a diferencia de lo que sucede con las mujeres y con su remedo (los *maricas*), puede acceder a los espacios masculinos sin ser detectado. Nada subleva tanto a los *hombres de verdad* como saber que un *maricón* comparte sus vestuarios. El *maricón* es peligroso para el sistema de género al hacer posible el deseo entre varones sin adecuarse al modo en que la sociedad lo permite.

La sociedad española del tardofranquismo esperaba del *marica* que fuese limpio, ordenado, aseado, educado, pródigo en afeites y, sobre todo, hábil en tareas domésticas consideradas impropias en un hombre. Se esperaba del *marica* lo mismo que se espera de las mujeres: domesticidad. El sistema adjudicaba a los *maricas* idénticos marcadores de género que a las mujeres. Vista la forma *heteroreal* (Sabuco y Valcuende 2003) de percibir, pensar y presentar al *gay* en la España del siglo XXI puede adelantarse una conclusión: el *gay* contemporáneo es una actualización del *marica* franquista y de la transición. Con el agravante de que, hoy en día, la presentación *heteroreal* de las personas *gays* cuenta con la complicidad interesada de quienes podrían cuestionarla. Donde antes estuvo el *marica* ahora está el *gay*; y, uno y otro, implican una infantilización *heteroreal* del amor entre varones. Al menos en España, hay que entender la actual función social de los *gays*, de forma análoga a la tuvieron los *maricas* (Guasch 1991) del tardofranquismo y de la transición. Hoy en día, la presentación *heteroreal* de las personas *gays* cuenta con un contexto de mercado que fomenta el consumo identitario, de manera que todo lo *gay* se ha convertido en imagen de marca.

La normativa de género tardofranquista toleraba que un varón amara a otro siempre y cuando se adecuase a las expectativas sociales previstas para tales casos, y se comportara como *marica*. Hoy en día sucede lo mismo. A los hombres se les permite amar y desear a otros varones siempre y cuando lo hagan como gays: tal y como la sociedad espera que amen, deseen y vivan los gays. El *maricón* creaba las condiciones de posibilidad para la existencia de lo que más se temía. Al contrario, las construcciones culturales del *marica* (entonces) y del *gay* (ahora) refuerzan el sistema de género. El *maricón* interpelaba y cuestionaba el sistema de género *desde dentro* (porque, en apariencia, cumplía sus prescripciones) y era capaz de colapsarlo ya que mostró sus contradicciones internas. Algo que el *gay* contemporáneo es incapaz de hacer porque se ha integrado del todo en el sistema simbólico de género *heteroreal*.

Desde la transición, el *maricón* es una especie en extinción. Ahora solo quedan *maricas* y, por supuesto: *gays*. De estos últimos, hay tantos y son tan abundantes, que han expoliado los recursos simbólicos hasta el punto de impedir que los hombres puedan amarse entre sí sin ser *gays*. La actual identidad-basura *gay* crea tal sobresignificado sobre el amor entre hombres que cualquiera que ame a otro, de forma inmediata, es clasificado como *gay* (aunque no quiera). Se trata de un proceso imparable (y reduccionista) que define de forma unívoca y claustrofóbica la identidad de las personas, y que impide y bloquea la extensión del amor entre hombres al conjunto de los mismos. No todos los hombres que aman a otros son gays.

Minorías sexuales, tolerancia y respeto

El poder no es malo, ni bueno; es inevitable, relacional, y contextual. Nadie tiene todo el poder todo el tiempo. Y tampoco nadie está sometido de forma permanente. En otras palabras: los grupos subalternos también tienen poder. La idea de que el poder es malo por naturaleza tiene su origen en el supuesto de que los dominados, por serlo, son mejores que quienes mandan. Se trata de una concepción sesgada, infantil, y poco elaborada del poder. La *corrección política* ha contribuido a reforzar un punto de vista según el cual negros, mujeres, inmigrantes, discapacitados, pobres, o gays, son *inocentes* por ser víctimas de discriminaciones y afrentas. Si bien es cierto que las biografías de los dominados posibilitan más que otras generar críticas sobre el entorno social que padecen, también es cierto que lo posible no siempre se vuelve real.

Las sociedades occidentales tienen una larga tradición en contemplar a los *otros* como portadores de valores que deben imitarse para frenar la propia

decadencia y corrupción comunitaria. Esta tradición, que inaugura Tácito en *La Germania*, está también presente en el mito del buen salvaje que Rousseau contribuye a fundar. Se trata de una postura intelectual que, a posteriori, influye a la *teología de la liberación*, a buena parte del feminismo, a la *pedagogía de los pobres* de Paulo Freire, y al movimiento ecologista (por citar algunos ejemplos). De esa corriente histórica de *longe dureé*, se sigue una definición y clasificación de las sociedades y culturas, de las personas y de los estilos de vida, de corte maniqueo, dicotómico y simplista. Según esto, los romanos, la civilización occidental, los varones, y las clases medias consumistas, para salvarse, deben aprender las lecciones que los *otros* les brindan. Sin embargo, ser pobre, mujer, primitivo o bárbaro, no es garantía de nada; si bien la mala conciencia de los apóstoles de la corrección política les lleva a afirmar (de forma implícita y sutil) lo contrario. Los grupos subalternos, por serlo, no son mejores que los dominantes (habría que definir qué es ser mejor o peor). De lo anterior se sigue que tampoco las personas gays tienen por qué ser portadoras de valores dignos de ser imitados. En la actualidad, es más bien al contrario porque, si nuestra sociedad está enferma, el modelo gay hegemónico es uno de sus síntomas más inquietantes.

Tener relaciones sexuales acostadas la una al lado de la otra (pero jamás encima) y sin penetración fue por un tiempo (y para algunas sigue siendo) el modo *correcto* de sexualidad diseñado por el primer feminismo lesbiano. Se trataba de evitar en el amor entre mujeres las (a su entender) estructuras de dominación del patriarcado visible en el acto sexual. Idéntico pánico al poder y a sus manifestaciones sociales y cotidianas se encuentra en el feminismo conservador y su cruzada contra la pornografía y la prostitución (que más bien parece una cruzada contra las prostitutas). Mediante el eslogan de «la pornografía es la teoría y la violación es la práctica», el feminismo ultramontano define a los hombres como poco más que mamíferos prisioneros de sus hormonas, relacionando la ficción (cinematográfica o literaria) con los delitos sexuales y las agresiones a las mujeres. Es algo así como confundir la telebasura con la realidad. También las trabajadoras sexuales (mujeres con criterio) padecen las presiones de este feminismo contrario al poder que entiende que la prostitución es un acto de violencia contra las mujeres (digan lo que digan quienes sí tienen la experiencia de esa realidad: las prostitutas). Estas últimas, ya solo piden que las dejen en paz (además de seguridad social, laboral y sanitaria).

Los grupos subalternos no precisan que nadie vaya a salvarles, ya que tienen criterio y también tienen poder. Se trata de un poder con una calidad distinta del de los grupos dominantes. El poder de los subalternos habita zonas oscuras que escapan del control social normativo. El caso de las lesbianas que se presentan socialmente como amigas (pese a vivir juntas como amantes) es un

ejemplo al respecto. La invención y reinención de estilos de vida distintos de los normativos, son formas de resistencia a la dominación que crean espacios de libertad. Esos ámbitos escapan al control social (al menos al principio) y enriquecen el lenguaje (que debe crecer para nombrarlos). Resistir implica plantear una realidad más diversa y plural, algo que las personas gays podrían hacer (si quisieran) porque también tienen poder. En esta sociedad los gays tienen poder. Son hombres. Suelen ser blancos. Y viven en el primer mundo. Todo eso implica poder y privilegios de los que otras personas carecen. Aunque el poder aplasta y oprime, al hacerlo también genera crea resistencias. Un modo de resistencia es que los grupos subalternos propongan y defiendan ante la sociedad (y sobre todo ante sí mismos) sus propios modelos; algo que las personas gays ya no están en condiciones de hacer, empeñados como están en imitar estilos ajenos.

En Cataluña, la concepción del poder como algo detestable, es impulsada sobre todo por el cristianismo de base (posconciliar) y por el eurocomunismo *kumbayá* encarnado en el PSUC.¹¹ La mala conciencia («pequeño-burguesa») de la progresía catalana encarnada en lo que ha venido en llamarse el espacio político socioconvergente (versión catalana del franquismo sociológico) fomenta una visión paternalista de los grupos subalternos y les permite cierto grado de integración (siempre y cuando renuncien a ser como son, o no lo muestren demasiado). La *corrección política* con que se trata en Cataluña las distintas oleadas migratorias (castellanoparlantes primero,¹² y extracomunitarias después) son un ejemplo de la renuncia que se pide a los *otros* como peaje de su aceptación. Pero en el fondo persiste cierta altanería autosuficiente que tiende a olvidar que siempre emigran los mejores y que, en consecuencia, sus aportaciones son más que relevantes para la sociedad de acogida. La Barcelona canalla, libre y libertaria que contagió al resto de España entusiasmo y pasión por la sociedad abierta, ha sido sustituida por una Cataluña neorrural y borracha de diseño.

En Cataluña, la *corrección política* se emplea como estrategia para disimular y maquillar la superioridad con que los nativos del espacio socioconvergente contemplan a los inmigrantes. Y la manera en que la sociedad catalana gestiona la cuestión gay es análoga al modo en que gestiona la inmigración. También a las

11. El PSUC (o *Partit Socialista Unificat de Catalunya*) es la versión catalana del Partido Comunista Italiano. Fue un vivero de cuadros políticos que más tarde pueden encontrarse tanto en el socialismo de diseño propio del *Partit dels Socialistes de Catalunya*, como en el paternalismo nacional y convergente encarnado por Jordi Pujol. Tampoco hay que olvidar los ministros y ministras de gobiernos de derechas que fueron militantes del *PSUC*.

12. Una visión crítica del denominado *pujolismo* en Cataluña (parcial y subjetiva en tanto que tal) se encuentra en Vélez-Pelligrini (2003).

personas gays se les pide cierta etiqueta (que vistan de manera adecuada, no formen escándalos, y procuren imitar los estilos de vida socialmente prescritos) como forma de pago por la tolerancia social que se les ofrece. La tolerancia nada tiene que ver con el respeto. Este último, implica aceptar sin condiciones la humanidad de los otros (y los derechos de ciudadanía que por ello les corresponden). Al contrario, la tolerancia es un acto mediante el cual los grupos dominantes se otorgan el privilegio de conceder lo que no les pertenece. Todo ello conforma un escenario que fomenta aceptar las reglas de juego impuestas por los grupos hegemónicos (encarnadas en la *corrección política*) y la consiguiente renuncia a las particularidades del estilo de vida de las personas gays o que *entienden*. La *corrección política* ha penetrado de tal forma el talante social de Cataluña, que ha convertido una sociedad que fue contestataria en una masía donde nunca pasa nada, y en la que el sentido crítico (y también el sentido del humor) constituyen bienes escasos.

Para entender las políticas gays catalanas resulta útil considerar la procedencia social de sus líderes. Excepto un aristócrata (ya retirado), la mayoría de líderes *gays* catalanes proceden y se forman en movimientos cristianos de base o bien en el (actualmente) comatoso PSUC (*Partit Socialista Unificat de Catalunya*). La extracción social de los líderes *gays* catalanes junto a la hegemonía de la *corrección política* en el país, ayudan a entender por qué desde la cultura *gay* catalana oficial se renuncia a la memoria ácrata, transgresora y canalla de personajes medio *charnegos* como Nazario u Ocaña. El espíritu de las Ramblas sustituido por el incienso del seminario y por la consigna del comité central. Es imposible comprender la política gay actual sin tomar en cuenta lo descrito. Y es que al fin y al cabo la realidad gay *oficial* en Cataluña es consecuencia de la sociedad que la origina. Todo esto es relevante porque este modelo *correcto* ha sido exportado con éxito desde Cataluña al resto del Estado, donde los colectivos centrales (o mediáticos) del movimiento gay dependen del apoyo de las administraciones (sean locales o autonómicas) para sobrevivir, y se han convertido en correa de transmisión y ejecución de las políticas partidistas diseñadas para el mundo gay.

Tanto el movimiento gay catalán como el español, han sido vampirizados por los partidos de izquierda que han creado sus propias *comisiones por la libertad sexual*. El dinero dedicado a la lucha contra el sida financia el movimiento gay hegemónico y permite controlarlo. Pero Cataluña no solo ha exportado la falta de independencia (y de espíritu crítico) del movimiento gay. También ha exportado la *corrección política* como forma de gestión de la sexualidad no convencional, y la idea de que Chueca o el *Gayxample* son realidades a proteger y expandir. Tolerancia y gueto, en vez de respeto. Renuncia a los propios valores y asunción de los ajenos; consumidores (la llamada peseta rosa) en vez de ciudadanos; todo ello resume bien la situación gay actual.

Para contextualizar el estilo gay hegemónico y sus imágenes asociadas, hay que tomar en cuenta tres procesos sociales de tipo local, regional, y global, que han transformado la vida cotidiana en los últimos años. Las administraciones Aznar extienden la idea nacionalista de que España es un país de *primera* y logran que parte de los miembros de las clases bajas se comporten como nuevos ricos. La suerte y el éxito de algunos en el mercado inmobiliario, la idea de que «todo vale si no te pillan» y de que es posible enriquecerse sin esfuerzo, junto a la gran visibilidad de inmigrantes pobres, contribuyen a reforzar tales ideas. En segundo lugar, en Europa, prosigue el proceso de conversión de ciudadanos en consumidores siguiendo el modelo estadounidense. Y finalmente, hay que considerar también el proyecto estratégico del Partido Republicano de Estados Unidos, que persigue intensificar el proceso de analfabetización política y emocional de la población. Comportarse como nuevos ricos, endeudarse para consumir, y analfabetismo político y emocional, son tres rasgos fundamentales en la *definición de mercado* de la realidad gay actual (sobre todo entre los más jóvenes). Una definición de mercado en la que la imagen ha sustituido a la identidad.

Las personas siempre están actuando para ofrecer la mejor imagen de sí mismas adecuada a cada contexto social concreto. Las personas modifican su imagen en función de lo que se espera de ellas. Hay toda una corriente sociológica basada en tales premisas. El *interaccionismo estratégico* (Goffman 1981a, 1981b, 1980, y 1979) afirma que las personas son actores. Según eso, la espontaneidad en la vida social es más bien poca. Al contrario, las personas planifican y desarrollan estrategias para relacionarse con los demás. Tales estrategias se organizan en torno a una *lucha por la información* en la que se busca obtener el máximo de datos sobre los demás, procurando ofrecerles solamente la información seleccionada para ello. De lo anterior se siguen dos conclusiones: primero, que la manipulación de la información y la mentira son básicas en las relaciones sociales; y segundo, que si las personas conceden tanta importancia a la imagen es porque saben que por ella serán evaluadas. De ahí que la hegemónica y heteroreal forma de presentación pública de homosexuales y gays sea tan exitosa entre ellos.

Es preciso distinguir imagen de identidad. En las sociedades simples la imagen (vestidos, tatuajes, escarificaciones, peinados, movimientos del cuerpo) funciona como una proyección externa de la identidad. Lo mismo sucede en las sociedades preindustriales. En esos ámbitos, las personas tienen claro quienes son, porque ello les viene dado por la cultura y por la estructura social. Se trata de sociedades con poca movilidad social, en las que el lugar que se ocupa en el mapa del parentesco y en la comunidad, permiten pocas desviaciones entre lo que se es y lo que se aparenta. Cierta grado de desviación entre identidad e imagen es inevitable porque en todas partes las perso-

nas son evaluadas mediante estereotipos que simplifican la realidad (los estereotipos son una suerte de caricaturas que la *re-presentan*). Sin embargo, tanto en las sociedades simples como en las preindustriales, el grado de desviación entre imagen e identidad es pequeño porque las personas suelen ser lo que sus sociedades esperan que sean: a menor complejidad social menores posibilidades de desviación y menos desajustes respecto a la norma.

Pero adecuarse al cumplimiento de la norma no construye identidad (si acaso la maquilla y disimula). La identidad es la respuesta a una cuestión de pertenencia y también de intimidad. La identidad es el modo en que las personas se interpretan y se definen primero, ante sí mismas y, después, frente a los demás. En las sociedades de cambio social lento (las simples y las preindustriales) la identidad no es un problema, ya que las personas apenas cuentan con recursos propios para pensarse a sí mismas de un modo distinto a como su sociedad lo hace. En tales contextos, las cuestiones identitarias se plantean muy poco y, cuando eso sucede, las respuestas suelen ser claras y merecen la credibilidad de quienes preguntan. En las sociedades donde no se producen rupturas radicales con la tradición las preguntas identitarias obtienen respuestas sólidas: «soy una madre», «soy un guerrero», «soy un anciano».

La desviación entre imagen e identidad es mucho más frecuente en las sociedades industriales porque en ellas la cantidad y calidad de las interacciones sociales es de tal complejidad que, de forma continuada y exponencial, surgen nuevas formas de estar y nuevas palabras para nombrarlas. En la fase actual de desarrollo del capitalismo, la desviación entre identidad e imagen desaparece porque la segunda deja de ser una proyección exterior de la primera, de manera que el envoltorio sustituye al contenido. La imagen pierde su sentido instrumental y se convierte en destino, meta y objetivo. En el capitalismo actual, tanto en las interacciones sociales como en los mapas simbólicos, la imagen deja de ser una estrategia para comunicar la identidad, y se convierte en un fin por sí mismo. La imagen permite confirmar estereotipos sobre grupos y personas que se usan para circular rápido por la realidad social simplificándola. De este modo, las personas creen saber a qué atenerse en sus relaciones con los otros a partir de evaluaciones rápidas que suelen confirmar ideas preconcebidas (basadas en la ignorancia) respecto la gente evaluada. Por eso quienes son sometidos al escrutinio social intentan no defraudar las expectativas que se tienen sobre ellos. Tiene sentido que las personas se ocupen de su imagen, porque saben que por ella serán evaluadas. El problema es que nuestras sociedades priorizan la imagen hasta llegar a confundirla con la identidad.

Organizar las biografías (personales y grupales) en torno de la imagen implica pensar y sentir al albur de contextos externos que son, por definición, frágiles y cambiantes. La epidemia de melancolía (o de depresión, si se pre-

fiere) que azota nuestras sociedades tiene que ver con ello. En las biografías personales, vivir a través de la imagen supone un estado de dependencia respecto al *qué dirán* que genera ansiedad para lograr beneplácito y reconocimiento social. El imperio de lo frívolo y superficial es tan potente que apenas deja espacio a los valores que constituyen los pilares de la identidad. En nuestra sociedad, existe una analogía entre el modo en que las personas se piensan a sí mismas (a través de la imagen) y el modo en que muchas personas gays buscan legitimarse ante la sociedad. En ambos casos se renuncia a los valores que conforman la identidad, para buscar el aplauso externo construyendo una imagen adecuada a lo socialmente esperado y aceptable.

Nuestra sociedad está enferma porque renuncia a la identidad y la sustituye por la imagen. La identidad implica compromiso (sobre todo ante uno mismo) y una vida cotidiana acorde con lo que se cree. La identidad supone vivir de dentro hacia fuera. Hay que pensar la identidad y la imagen como procesos y no como estructuras; sin embargo, la primera es más constante y más sólida porque se elabora a medio y largo plazo; siendo el corto plazo patrimonio de la imagen. En resumen, vivir sin identidad y renunciar a los valores en función de lo socialmente correcto, es una forma de traición personal y colectiva que genera tristeza, depresión y vacío. Por eso nuestra sociedad está enferma. Y la imagen gay hegemónica es uno de sus síntomas más preocupantes.

La actual imagen gay hegemónica, aceptada sin chistar por quienes cuentan con instrumentos para cuestionarla (líderes gays y prensa gay) presenta una sutil (pero intensa) homofobia. Frivolidad, promiscuidad a veces, narcisismo exhibicionista siempre, y un supuesto mayor poder adquisitivo (que niega las diferencias de clase, etnia, religión y edad entre gays) son los rasgos básicos de este modo homófobo de pensar a la homosexualidad masculina. Ser gay parece tan maravilloso que se insta a muchos varones a imitar ese estilo hegemónico para adquirir cierto aire de distinción (tan propio de los varones gays) y así pulir sus torpes maneras (ha habido varios programas televisivos al respecto).

La identidad gay es inevitable mientras exista cierto umbral de homofobia. La identidad gay es la respuesta política lógica a la discriminación que sufren quienes se apartan de las normas. La identidad gay y su traducción social y urbanística (el gueto) tienen sentido para que quienes son insultados tengan espacios sociales y físicos donde reconstruirse a sí mismos compartiendo y narrando con sus pares experiencias de discriminación y de injurias. «El proceso de conscientización fue utilizado por el movimiento negro en Estados Unidos de los años sesenta [...] era un espacio en el que la gente podía reconocer el dolor y el sufrimiento que habían soportado al aprender a

verse a través de los ojos de la sociedad dominante, pues con ello aprendieron a menospreciar su experiencia y su cultura, afirmar [...] que lo negro es bello era desafiar tanto las estructuras externas de la opresión como las diferentes maneras en que habían sido interiorizadas por los propios negros» (Seidler 2000: 189). La imagen devaluada de los negros fue sustituida por una identidad orgullosa de serlo. Algo semejante hicieron las mujeres, los gays, las lesbianas, y los pueblos colonizados. Se trataba de repensar en positivo lo que los grupos hegemónicos habían manoseado. Se trataba de asumir el dolor y perdonarse sus errores. Por eso resulta lamentable la degradación y el deterioro de la identidad gay actual y su sustitución por la imagen. En este proceso se priva a las personas de un espacio de reflexión, y se niegan y se ocultan las experiencias de estigma y de dolor en medio de la fiesta inconsciente. En España, la identidad gay ya no existe. Solo queda el espejismo de lo que pudo llegar a ser si no hubiera sido traicionada por la política y absorbida por el mercado.

Los errores son inevitables. Pero el compromiso es posible (difícil pero viable). Hay demasiado silencio sobre la frívola deriva que caracteriza la vida cotidiana gay actual. Frivolidad, superficialidad, ausencia de compromiso, y ninguna responsabilidad (ni con uno mismo ni con los demás). La realidad gay actual encarna como nada el triunfo del proceso de alfabetización política y emocional (diseñado por los apóstoles del neoliberalismo conservador) que busca convertir ciudadanos en consumidores irresponsables. La dolorosa (pero digna) resistencia de *maricas* y *mariconas* de antaño ha sido traicionada por quienes visten a la última moda y practican la *respetabilidad*. Se dedican a mendigar algo de tolerancia y aceptación social al grito de «somos normales y queremos casarnos y adoptar». Hay mucha renuncia y traición detrás de estas palabras. Porque la meta jamás fue lograr la condescendencia de nadie, sino alcanzar la libertad (o, al menos, pequeñas libertades cotidianas).

Conclusiones

La versión hegemónica del *gay* contemporáneo es una forma reciclada de *marica*. Los estereotipos sociales adjudican al *gay* idénticas características que al *marica*. Se supone que los *gays* (como el clásico *marica*) siguen la moda, tienen gusto en el vestir, son limpios y educados, saben cocinar, y entienden de decoración. El *gay* es una forma actualizada del *marica* quien, por su parte, es un remedo de las mujeres (porque al *marica* se le adjudicaban similares marcadores de género). *Locas* y *maricas* se adecuaron a lo que la sociedad esperaba de ellos como una estrategia de supervivencia en un contexto de homofobia dura. El *gay* contemporáneo hace lo mismo (adecuarse

a lo que la sociedad espera de él) para escapar de un contexto de homofobia blanda. La sociedad permite la presencia social de la versión hegemónica del *gay* actual (publicitada por los apóstoles de la *corrección política* y por la prensa *gay*) siempre y cuando no cruce determinadas fronteras y se comporte tal y como la sociedad espera que lo haga. El precio de la tolerancia que paga el *gay* es su adecuación al estereotipo (exactamente lo mismo sucedía con el *marica* de la transición). No todos los hombres que aman hombres aceptan pagar tales peajes. *Maricas* y *maricones* han sido devorados por el mercado y transformados en *gays*. Estos últimos ya solo son consumidores de identidad basura y ejemplifican el fracaso *gay* a la hora de aportar tanto nuevos modelos masculinos, como nuevos estilos de vida cotidiana al conjunto de la sociedad.

A la inoperancia de la identidad *gay* como instrumento de cambio social en torno a las masculinidades, hay que añadir dos factores que contribuyen a una cierta sensación de fin de la historia. En primer lugar, la cronificación del VIH ha difundido la impresión social de que el sida/VIH ha dejado de ser un problema, olvidando la importancia de las consecuencias que los tratamientos tienen en quienes los toman; en especial se tiende a obviar su toxicidad. En segundo lugar, la banalización de la homofobia está asociada a la idea de que las leyes bastan para acabar con la discriminación y el estigma. En este contexto, parece lógico plantear nuevos objetivos a medio y largo plazo que permitan aprovechar los logros alcanzados gracias al movimiento *gay*. Una propuesta al respecto es que desde el movimiento *gay* se lidere el combate contra la homofobia, pero esta vez implicando al conjunto de los hombres en el proyecto. El movimiento *gay* cuenta con recursos teóricos y políticos para hacerlo.

Bibliografía

- CALVO, Kerman (2003), «Actitudes sociales y homosexualidad en España» en Oscar Guasch y Olga Viñuales (eds.) *Sexualidades. Diversidad y control social*. Barcelona, Bellaterra.
- GOFFMAN, E. (1981a), *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1981b), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1980), *Internados*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1979), *Relaciones en público*. Madrid, Alianza Universidad.
- GUASCH, Oscar (2007), *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. Barcelona, Editorial Bellaterra.

- (1992), «Riesgo y cultura. Determinantes culturales en la Definición médica de los grupos de riesgo ante el sida» *Quaderns d'Antropologies*. Monogràfic Antropologia de la Medicina: 55-60.
- (1991), *La sociedad rosa*. Barcelona, Anagrama.
- (1987a), «Del sodomita al entendido. La interacción homosexual en los espacios públicos» *Jano* 33, 772: 78-89.
- (1987b), *De la peineta al cuero. Los homosexuales en la Cataluña actual*. Tesis de Licenciatura. Tarragona, Universidad de Barcelona.
- MEJIA, Norma (2006), *Transgenerismos. Ensayo de etnografía extrema*. Tesis de Doctorado. Barcelona, Universidad de Barcelona.
- MENÉNDEZ, Eduardo L. (2002), *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona, Editorial Bellaterra.
- PICHARDO, José Ignacio (2003), «Migraciones y opción sexual» en Oscar Guasch y Olga Viñuales (eds.) *Sexualidades. Diversidad y control social*. Barcelona, Editorial Bellaterra.
- ROCA, Jordi (1996), *De la pureza a la maternidad. La construcción del género femenino en la postguerra española*. Madrid, Ministerio de Educación y Cultura.
- SABUCO, Assumpta y VALCUENDE, José María (2003), «La homosexualidad como representación hiperbólica de la realidad» en Jose Maria Valcuende y Juan Blanco (eds.) *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Talasa.
- SALADIN, Bernard (1986), «Du foetus au chaman: La construction d'un troisième sexe inuit». *Etudes Inuit*, 10, 1-2: 25-113.
- SEIDLER, Víctor (2000), *La sinrazón masculina*. México D.F. Paidós.
- VÉLEZ-PELLEGRINI, Laurentino (2004), «Gays y lesbianas: entre la asimilación y el derecho la la diferencia» *El viejo topo*, 197: 37-47.
- (2003), *El estilo populista. Orígenes, auge y declive del pujolismo*. Madrid, El Viejo Topo.
- VIÑUALES (2002), *Lesbofobia*. Barcelona, Bellaterra.

¿De la desconstrucción a la (re)esencialización? Género, heterosexualidad obligatoria y minorías sexuales

LAURENTINO VELEZ-PELLIGRINI*

Introducción

La realidad nos informa del hecho de que todos los individuos nacemos «sexuados» (hombres provistos de un pene y mujeres de una vagina). Aunque ni siquiera en este caso haya una certeza irrefutable sobre el carácter *natural* de los sexos biológicos, en especial si introducimos variables analíticas y figuras como la de los intersexuales. Si el estatuto «*natural*» de los sexos no se puede dar por sentado, menos todavía el de los géneros. Estos últimos no existen como algo esencial, puesto que lo que impera son actos vinculados a ellos. Como nos lo recuerda Judith Butler «apuntada» por Foucault, predomina también un acuerdo colectivo sobre la creación de esos actos y un consenso no menos colectivo sobre la necesidad de sancionar a aquellos sujetos que se nieguen a acomodarse a los mismos. Aun siendo un «invento» cultural, dichos actos han conseguido perpetuarse gracias a la credibilidad que les otorgamos.¹ Creemos en los actos de género porque a través de su ritualización y dinámica repetitiva acaban sedimentando una serie de normas que exterior-

* Sociólogo, pedagogo y activista en la lucha por los derechos civiles de las minorías sexuales. Entre sus publicaciones: *El estilo populista. Orígenes, auge y declive del Pujolismo* (Montesinos, 2003); *Minorías sexuales y sociología de la diferencia. Gays, lesbianas y transexuales ante el debate indenterario* (Montesinos, 2008). En la actualidad trabaja en la preparación de un nuevo libro sobre el pensamiento de Judith Butler y la influencia de la teoría *queer* en España.

1. Butler J; *Gender Trouble. Feminism and Subversion of identity*, Routledge, New-York, 1999.

rizan un determinado significado. Ritualizaciones, repeticiones y perpetuaciones sujetas a su vez a un instrumento añadido de regulación: la institución de la heterosexualidad obligatoria y su proceso de control social sobre los dispositivos del deseo.

Observada en perspectiva histórica y sólo de manera panorámica, se concluye que la lucha reivindicativa del movimiento gay, lesbiano y transexual que tomó cuerpo tras las revueltas del *Stonewall*, se concretizó durante la Revolución Sexual y acabó renovándose durante la experiencia de la pandemia, tuvo en su horizonte político la *desconstrucción* de las representaciones jurídicas, sociales, culturales y simbólicas en torno a las categorías de sexo, género y sexualidad, en las que es localizable la genealogía misma de los discursos homófobos. El interrogante que servidor plantea es si, a la vista de la evolución del movimiento gay, o mejor dicho, de la involución y empobrecimiento político que derivó del debate sobre el matrimonio y lo que de forma hueca y redundante se conoce como «Nuevos Modelos Familiares», no se está objetivamente tornando a «*esencializar*» unas representaciones heterosexistas sobre el sexo, el género y la sexualidad que hasta la fecha habían sido denunciadas por los sectores radicales de las minorías sexuales como simples fetiches simbólicos. Por decirlo de forma suave, si a través de los ramplones discursos *asimilacionistas* y *respetabilistas* no se contribuye a reconfirmar e incluso a legitimar las dudas sociales sobre la inteligibilidad cultural de la homosexualidad. En suma, a consolidar de manera indirecta las raíces de la homofobia en sus formas primarias o sutiles.

El binarismo de sexo y género en el discurso de la modernidad

La homofobia (que es, cómo no, el verdadero sujeto del problema para las minorías sexuales y el origen de su discriminación social) no puede ser dissociada de la comprensión del edificio político, jurídico, normativo, social, cultural y simbólico en base al cual se alzó precisamente la institución de la heterosexualidad obligatoria.

Tradicionalmente el discurso «ideológico» emanado de ésta última ha estribado en argüir que la diferencia entre hombres y mujeres y la canalización de los dispositivos del deseo hacia un sujeto de sexo opuesto son consustanciales a la *condición humana*. Diciéndolo de otra manera, resultan hechos transhistóricos, insertos en el patrimonio genético de los individuos y, por lo tanto, «*naturales*». Sin embargo, al decir que tanto los binarismos de sexo como los de género son inherentes a la *condición humana*, se acaba confirmando la existencia de un constructo social, es decir, la intervención del discurso y no de la naturaleza. La idea de «*condición humana*» guarda una

estrecha relación con la de *condición moderna*. Lo que lleva a la inevitable conclusión de que la asociación mecánica que de costumbre se establece entre sexo, género y sexualidad sólo puede ser interpretada como el resultado de una producción histórica y civilizatoria cronológicamente bien localizable.

El espíritu racional que nació con la modernidad, en tanto que nueva forma de pensar, se caracterizó por su alejamiento de las efusiones místicas medievales, la secularización y el fin del sometimiento del hombre a lo divino. La idea de un individuo gobernado por la razón y esencialmente libre determinará un nuevo orden en la percepción de la realidad. El Humanismo no sólo se erigirá en la base misma de la libertad intelectual, sino también en la fuente de inspiración a través de la cual el individuo moderno se dará los elementos para emitir juicios de valor de orden político, moral, social, cultural, estético y científico. Estos últimos tomarán cuerpo a través de todo un repertorio de clasificaciones y categorizaciones que se articularán precisamente por la vía del proceso de binarización y dicotomización: Bueno/malo; Bello / Feo; Soberano/ Súbdito; Estado/ Sociedad; Razón/Pasión. Uno de los principales méritos de la conocida obra de Eve Kosofsky Sedgwick sobre los mecanismos disciplinarios de silenciamiento operados a través del discurso moderno sobre la sexualidad consistió en tomar como punto de partida analítico ese mismo proceso.² Los resultados de la investigación anatómica que causaron furor en la Europa renacentista fueron de hecho los primeros en ser sometidos a una interpretación binarizante y dicotomizante, de la que emanará la figura de los sexos biológicos hombre/mujer y cuyo ámbito de demarcación será la manifestación orgánica del aparato reproductivo: un pene (hacia fuera)/una vagina (hacia dentro). El binarismo de sexo y género vino dado por lo tanto como la emanación de un marco descriptivo, comprensivo e interpretativo de la realidad social que las diversas ramas de las ciencias sociales y jurídicas, así como la psiquiatría y la sexología, acabarán teorizando y legitimando a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

El pensamiento de la Ilustración y las posteriores revoluciones liberales de finales del siglo XVIII que inspiraron sus ideales en el mismo, son los que van a establecer los cimientos de la regulación política, jurídica y formal de las identidades y los roles de género en base a una clara delimitación de las fronteras entre la esfera pública (morada de la Razón «masculina») y la privada (nido de las pasiones y de la naturaleza «femenina»). Buena parte del pensamiento feminista ha señalado a ese respecto la incongruencia de la Ilustración y de un liberalismo revolucionario que al mismo tiempo que pretendían liberar a los hombres de la naturaleza volvían a las mujeres rehenes de

2. Sedgwick, E Kosofsky; *Epistemología del armario*, Barcelona, Ediciones La Tempestad, 1998.

la misma destinándolas a la procreación y al papel de madres. Francia, Estado-Nación por excelencia y santuario de los valores universales, fue el caso paradigmático del proceso de exclusión de las mujeres de los asuntos de *la Comunidad de los Ciudadanos*. Estas últimas se habían hecho notar en las tribunas y los clubs de la Revolución, dejando buen ejemplo de ello las figuras de Olympe de Gouges y Madame Roland. Notorio fue también el papel de las mujeres en las logias francomasónicas, nido de conspiraciones de una ya económicamente muy poderosa burguesía presta a tomar la batuta del cambio político y civilizatorio. Aunque bajo la tutela varonil y la denominación de «*Masonería de adopción*», cabe pensar por ejemplo en la logia el «*Candor*», cuya primera Gran Maestra llegó a ser la duquesa de Bourbon y de la que formarán parte las mujeres ilustradas de la aristocracia, entre ella la Princesa de Lamballe, Madame de Vaudremont o Madame de Vilette, dama erudita y conocida por su íntima amistad con Voltaire. En España fue famosa la logia «*La Matrietense*» que nació en pleno reformismo borbónico bajo los auspicios del duque inglés Felipe de Wharton y de su esposa María Teresa O'Byrne. Aunque tras la abdicación de Fernando VII y la influencia de los «afrancesados» las logias pasaron a estar bajo el dictado del país vecino, la francmasonería no dejó de atraer a mujeres comprometidas en la Guerra de la Independencia y la proclamación de las Cortes de Cádiz, entre las que merece la mencionar a Isabel Gorowski o a la marquesa de Chincón. Las mujeres de las más influyentes familias de comerciantes se convertirán por su parte en las maestras de ceremonias de los salones en los que se conglomeraban los más ilustres representantes de las ciencias, las artes y las letras así como todos los tratadistas en filosofía política y moral que acabarán estableciendo las bases intelectuales y jurídicas del futuro Estado liberal. El hecho es que entre finales del siglo XVIII y principios del XIX se verán soltadas las amarras del Antiguo Régimen convirtiéndolas en una fuerza de impulso y aceleración del movimiento revolucionario.

La modernidad política va a ser sin embargo y sobre todo la historia de un secuestro del *Segundo Sexo* dado que el periodo post-revolucionario hará que las mujeres tornen a encontrarse controladas y alejadas de un poder que habían contribuido a arrebatar a los representantes del Antiguo Régimen. La separación entre el Espacio Público y el Privado, y que se constituyó simbólicamente en la división y la segregación de los géneros, arrancó de la idea de que hombres y mujeres hablaban dialectos diferentes que les impedía entenderse y por lo tanto compartir la gestión de los grandes asuntos que afectaban a la *Comunidad de los Ciudadanos*. La prueba de cómo los procesos de binarización y dicotomización de los géneros irán impregnando a la *Res Pública* y a la realidad social está en el definitivo triunfo en el imaginario colectivo de la oposición entre el hombre nuevo, laico y republicano y la mujer ignorante, repleta de religiosidad, a la que el hombre debía negar la

igualdad democrática por temor ante su conservadurismo moral e intelectual. Su veto a la participación en los temas políticos no es un fenómeno sólo vinculado a la formación del Estado liberal post-revolucionario, sino una herencia directa del *Ancien Régime* y de la que la Ley Sálica había sido la máxima expresión. Como ha señalado la teórica feminista francesa Geneviève Fraisse, la Revolución Francesa fue un caso ejemplar de los mecanismos de renovación de la dominación masculina al compás de la modernización de la vida política. La ya mencionada separación de las esferas de lo Público y de lo Privado será sobre todo representación imaginaria para asegurar precisamente esas renovadas formas de dominación masculina. En efecto, tanto los hombres de la Ilustración como los propios revolucionarios darán una respuesta a esa profunda angustia de los hombres ante la imposibilidad de no encontrar en la mujer la otra parte de sí mismos que aseguraba su poder.³ La esfera privada también se constituirá en el espacio de reproducción de los mecanismos de control sobre la sexualidad y el cuerpo. Se consideraba de hecho que una excesiva participación de las mujeres en los asuntos públicos sólo podía convertirse en un peligro y atentado a las relaciones amorosas. Tanto en el momento de la Revolución como durante la formación y consolidación del Estado Nacional-industrial, surgirán claro está mujeres excepcionales con opiniones políticas innovadoras y talento personal en variados géneros, convirtiéndose incluso en interlocutoras agudas y privilegiadas de muchos hombres. Pese a todo, su exclusión del Espacio Público será debida al hecho mismo de que la figura de la mujer «excepcional» acabará siendo objeto de una reapropiación por parte del discurso masculino. La mujer culta, erudita, y capaz de su exponer su propia «Razón» en las discusiones sobre temas relacionados con los intereses de la comunidad política es admirada en su originalidad siempre y cuando no perturbe el orden público, no tolerándose que esa misma originalidad se transformase en una regla.

A pesar de haber sido vetada su presencia en el Espacio Público, el *Segundo Sexo* desempeña todavía un papel socialmente reconocido en ese marco privado, como es el de la procreación, crianza y educación de una progenitura destinada a convertirse en ciudadana y a servir al Estado y a la sociedad. Si el hombre hace las leyes, las mujeres aseguran las costumbres. Rousseau, al que la teoría feminista siempre tomó por el padre fundador de la Razón Patriarcal y el pensamiento misógino moderno, consideró que con dicha función las mujeres se convertían en la «preciosa mitad» de la República. El déficit analítico de este feminismo crítico con un pensamiento ilustrado que estableció de forma temprana las bases de la representación masculina de la humanidad ha consistido, sobre todo, en pasar por alto una reflexión sobre la

3. Fraisse, Geneviève; *Muse de la Raison*, París , Gallimard, 1995.

otra cara de la misoginia que se articuló a lo largo de la modernidad política. De difícil omisión resulta el hecho de que la Ley Sálica encontró su espejo y contrapartida homófoba en los escritos de los primeros teóricos franceses del Estado moderno del estilo de Bousset, quien advertirá contra la sodomía como abominación que de no ser extirpada conduciría al Estado a la corrupción y la ruina. Llegado el siglo XVIII Voltaire y Montesquieu son los primeros en hacer la apología directa de la homofobia, antes de que Thomas Jefferson, en plena Declaración de Filadelfia, defendiese pura y simplemente la castración de los sodomitas.⁴ Resulta paradójico a ese respecto que hayan sido los primeros teóricos de la tolerancia, opuestos a la persecución de los individuos por la naturaleza de sus ideas y creencias, los defensores de la división de poderes y los adversarios de la arbitrariedad del Estado, quienes acaben estableciendo las fuentes modernas de legitimación filosófica, moral y política de la violación de una libertad individual tan esencial como la libre opción sexual.

El Código Napoleónico (cuya huella se dejará sentir en España a lo largo de todo el siglo XIX) abolirá las leyes del Antiguo Régimen contra la homosexualidad. Pero el hecho mismo de que ésta desapareciese de los Códigos Penales no significó que su propia práctica no fuese objeto de penalización a través de otras figuras como por ejemplo el delito de escándalo público. Pertinente es recordar que esta noción estuvo estrechamente relacionada con los mecanismos de control social e institucional sobre la sexualidad. Durante la discusión del PACS a finales de los años 90, juristas y sociólogos del derecho no dejaron de hecho de embarcarse en un acalorado debate con el mundo del activismo gay y lesbiano sobre la codificación de la homosexualidad como delito por parte del sistema penal francés. Es cierto que huelga en éste ninguna mención explícita o implícita a la homosexualidad, pero menester es recordar que la inexistencia jurídica de un hecho dinamiza su propia ilegitimidad social. En la cultura política y en el orden constitucional francés no sólo huelgan, sino que están expresamente prohibidas las referencias a las adscripciones de orden racial, étnico o de sexo. Esta ausencia nominativa desde un punto jurídico está en plena coherencia con la brutal política asimilacionista que emprendió el Estado jacobino en base a un universalismo abstracto a partir de 1789 y que acabará de consolidarse con la proclamación de la Tercera República a finales del siglo XIX. Sin embargo, bueno es llamar la atención sobre el hecho de que la invisibilidad jurídica de las adscripciones ha ido a la par de la producción social del racismo (ilustrado por la aguda y arraigada arabofobia del francés medio), un oscuro antisemitismo que tomó cuerpo con *l’Affaire Dreyfus* a finales del siglo XIX y se concretó con el régimen colaboracionista de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial y una

4. Spencer Coli, *Histoire de l’homosexualité de l’Antiquité à nos jours*, Le Préx aux Cleres, 1998.

larga tradición de misoginia y anti-feminismo que hizo de Francia uno de los países que con más retraso otorgaron el derecho al voto a las mujeres.⁵ Por lo tanto, se confirma que el silencio jurídico puede ser interpretado como el reverso del desprecio social. No mencionar a un sujeto equivale a no reconocerle ni existencia, ni dignidad. La misma pauta fue seguida en España, donde los homosexuales como tales nunca fueron expresamente evocados, pero sí se convirtieron en la dina de las franquistas Ley de Vagos y Maleantes y de la tristemente famosa Ley de Peligrosidad Social.

Aun a pesar de que la misoginia y la homofobia han ido social e históricamente de la mano, la actitud de la sociedad y del Estado hacia los homosexuales y las mujeres fue asimétrica en muchos aspectos. Con independencia de su exclusión de la sociedad política, la mujer irá adquiriendo un papel creciente en la sociedad civil y empezando a ser tenida en cuenta por ella, como lo ilustra por ejemplo el reconocimiento de su derecho a la herencia y al poder económico. La caracterización adscrita en cambio a los homosexuales es la ausencia de un rol funcional y socialmente valorado. La homosexualidad no sólo entra a formar parte de los crímenes *contra natura*, sino que además pasará al ámbito de lo «inservible» a ojos del Estado y de la sociedad. Los políticos del siglo XIX (incluso los de ideología liberal o socialista) encarnarán la viva representación del hombre masculino y viril, ideal compartido tanto por los dirigentes de los sistemas democráticos como por los regímenes totalitarios de uno u otro signo. La tolerancia despreciativa de la que gozaron durante largo tiempo los modistos o los artistas homosexuales en los círculos de la alta sociedad del siglo XIX y XX fue debido al hecho mismo de que la frivolidad con la que eran relacionados no perturbaba ni el orden público, ni un sistema social cuyos diversos ámbitos, desde el económico hasta el cultural, se articularon alrededor de una temprana consolidación de los procesos de binarización y dicotomización de los sexos y los géneros.

La heterosexualidad obligatoria como dispositivo institucional

La materialización simbólica de los procesos de binarización y dicotomización de los sexos y los géneros va a quedar asegurada, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, a través de un dispositivo institucional cuyos pilares lo constituirán la familia (que acabará siendo objeto de una regulación jurídica por vía de la cual se formularán los estatutos legales alrededor del matrimonio y las relaciones de parentesco y filiación en base a una sexualidad «normativizada» y controlada), el ejército (que impondrá un modelo hegemó-

5. El derecho femenino al voto fue concedido en 1946 y tras la Liberación.

nico de masculinidad a los hombres basado en los valores de valentía y heroísmo, entrenándolos en las relaciones tutelares donde la figura del padre autoritario quedará como la síntesis) y la escuela (instrumento de socialización y externalización de la idea moderna de conciencia nacional, pero también ejemplo paradigmático de la segregación de los sexos y los géneros).⁶

Concebida como la Institución Nacional por excelencia sobre la que recaerá la responsabilidad de forjar ciudadanos, la escuela merece un apartado analítico más pormenorizado sobre todo por el papel determinante que jugó en lo que concierne a los mecanismos de integibilización del orden simbólico en el que ha hundido sus raíces la homofobia. En relación precisamente a éste último el famoso uniforme escolar (expresión de los valores universales de igualdad encarnado por la escuela pública) no sólo pretendió ocultar los problemas estructurales y los desniveles de renta y bienestar imperantes en la sociedad, sino que además se puso en el horizonte neutralizar cualquier ambigüedad identitaria que se saliese de la categoría de «niño» y «niña». Una indumentaria impuesta por las clases dominantes o las clases medias adscritas a los valores de orden y autoridad cuyo carácter unidimensionalizador pretendió extirpar cualquier vestigio de diversidad entre la población escolar. El uniforme borrará formas de vestir que no correspondan con la heterosexualidad y el binarismo de sexo y género inserto en ella. Dicho proceso de segregación de los géneros y de simultáneo encierre de cada uno de ellos en una serie de identidades, roles y sistemas normativos no se limitó al mundo de la enseñanza obligatoria, sino que ya conquistó formas tempranas en el universo de las guarderías.

Históricamente la educación infantil empleó tiempo en gozar de interés público, no estando en la agenda política del feminismo burgués, ni en la mente de unas clases acomodadas que confiaban el cuidado de su progenitura a sus empleados de servicio doméstico y de la que la emblemática «niñera» se convertirá en la figura social. Factor que explica el hecho de que el nacimiento institucional de la asistencia infantil tuviese que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX, condicionada por el contexto histórico y social de la industrialización y la salida en escena de la «mujer trabajadora». La escuela infantil en la Inglaterra post-victoriana partió de una voluntad de rescate moral-filantrópico de los hijos de una clase obrera a la que se tenía por promiscua e inmoral. A ese respecto, las famosas *kindergarten* (guarderías) encontraron su articulación en base a un sistema de

6. Sobre un análisis más en profundidad de esta cuestión, me permito remitir al lector a Vélez-Pelligrini, L.; *Minorías sexuales y Sociología de la diferencia. Gays, lesbianas y transexuales ante el debate identitario*, Barcelona, Montesinos, 2008.

valores también ampliamente determinado por las clases altas y medias altas.⁷ La progresiva inversión pública y el proceso de sustitución de la acción filantrópica y privada albergó el objetivo de asegurar un mínimo de estabilidad social mediante un trabajo de adiestramiento en los valores dominantes de los menores procedentes de los medios sociales modestos. El crecimiento de la guardería se produjo sobre todo en el período de entre guerras a la par del creciente interés por la psicología infantil y el concepto de desarrollo mental secuencial. En esos instantes las clases medias tomaron conciencia que la «casa» y el hogar familiar se tornaban insuficientes como espacio para la adquisición de las habilidades sociales por parte de los menores. Lo que explica en gran parte el interés que empiezan a experimentar las clases medias por la educación pre-escolar. Debe señalarse otro factor de orden político-histórico como es la constitución de la industria de guerra que emergió durante la Segunda Guerra Mundial. Pese a que el retorno de los hombres restituyó a las mujeres en el hogar, el desarrollo económico de los 50 y 60 devolvieron a las guarderías su papel al estar ciertos sectores de la industria necesitados de la mano de obra femenina. La guardería fue así una figura «sustituta» de la familia cuyo sistema de funcionamiento se desarrolló a imagen de ésta. Constancia de ello queda al observarse la codificación de las prácticas de puericultura y educación infantil, que se organizaron partiendo de la binarización y dicotomización de las habilidades motrices y cognitivas desde el más temprano proceso de socialización. La discursiva sobre las identidades y los roles de género arrancó del supuesto «ideológico» y del constructo social según los cuales los niños eran más enérgicos que las niñas. Se estimuló a creer que las diferencias en cuanto al género no eran simplemente anatómicas, sino que estaban asociadas con la conducta, las destrezas y los intereses. Desde ese punto de vista se generó una prematura identificación de género y autoclasificación.

La dimensión en la que ese binarismo de géneros librado de cualquier ambigüedad se hizo notar con más fuerza fue la de la organización de los juegos y de los tiempos de ocio no lectivos. Los procesos de socialización y externalización colectiva de los sistemas normativos partieron del supuesto que los juegos debían invitar al encuentro y a la complicidad incluso en aquellos más competitivos y basados en las formas de «violencia controlada» teorizada por Norbert Elías. El juego adquirió por ejemplo un lugar central en los mecanismos de interacción y relación afectiva entre «padres» e «hijos». No sólo porque entrenaba a los niños en su comunicación con el mundo de los adultos, sino también porque contribuía al proceso de conso-

7. Browne, N.; France, P.; *Untying the apron strings: antisexist provision of the under-fives*, Open University Press, 1986.

lidación de las relaciones de parentesco y filiación insertas en la familia nuclear y dictadas por la institución de la heterosexualidad obligatoria. Lo que vino a denominarse el juego «dirigido» desempeñó un papel de primera envergadura en la socialización del niño en base a los sistemas normativos estructurados alrededor de los binarismos de sexo y género. El juego de peleas que el niño acostumbró a ejercer con su padre y en el que éste último fingía ser derrotado y desarmado, alimentará en el hijo un sentimiento de fuerza y poder que establecía los preámbulos de su futura masculinidad en la edad adulta. La participación en cambio de la niña en las tareas del hogar, como por ejemplo el ayudar a la madre a secar los cubiertos, preparaba a la menor a un irremediable destino de género femenino, sintetizado en la figura de la eficaz, ordenada, entregada y abnegada ama de casa, buena esposa y madre.

Los estímulos a la incorporación al grupo conllevó por otra parte despertar en el niño el gusto por la vida colectiva, haciendo del principio asociativo, cooperativo o competitivo un elemento básico del vínculo social y generando de esta manera tempranos dispositivos de comprensión y aprendizaje de los sistemas normativos socialmente impuestos. El sentimiento de exclusión experimentado por el niño apocado, afeminado o añado explica en gran parte los problemas de sociabilidad que muchos gays y lesbianas han tenido en la vida adulta, sobre todo al ser privados de autorrepresentaciones positivas. Lo que vinieron a denominarse juegos *simbólicos de imitación* de la realidad fueron también para el niño una fuente de entretenimiento, diversión y relación afectiva con terceros. Cabe recordar que el *juego simbólico* siempre ha sido uno de los más primordiales instrumentos pedagógicos de la intervención educativa. Si bien estos mismos fueron objeto de una aguda sexualización. Huella de ello dejó la construcción de juegos «para niños» y «para niñas», su normatización social y cultural y su propia transformación en pauta de consumo de masas. La fuerte asociación entre las dimensiones culturales de un proceso civilizatorio articulado alrededor de los binarismos de género y la racionalización económica hizo que las mismas marcas de juguetes (incluso las dedicadas a la fabricación de juegos educativos) tuviesen una amplia responsabilidad en la constitución y perpetuación de los estereotipos. En efecto, psicólogos industriales y especialistas en marketing comercial demostraron escaso sentido crítico frente a la «demanda» del mercado, limitándose a consolidar respecto a las pautas de consumo un orden simbólico hegemónico. Por ejemplo, los juegos manipulativos destinados al desarrollo motor del niño se encontraron constituidos en base a una presunción heterosexista según la cual niños y niñas hacían un uso distinto de sus habilidades físicas y se guiaban por los dictados de un sistema cognitivo biológicamente determinado e innato. Los *juegos de presentación*, que tienen por meta que se reconozcan y autoreconozcan los miembros del grupo y aprendan su nombre, reforzaron

procesos nominativos e identificativos que aseguraban la asociación de un sexo y un género. Elemento que aclara por qué en las disputas y peleas entre niños el arma más humillante y ofensiva fuese la feminización del nombre de pila. El propio universalismo del que se suponía que era portadora la educación infantil no impidió, por otra parte, que niños y niñas se reservasen territorios para sí mismos y que aquellos que se veían susceptibles de ser compartidos terminasen teniendo uso muy diferente según un género u otro. Eso tanto en lo que concierne las aulas como los espacios al aire libre. Una muestra elocuente fue el hecho de que las niñas usasen las áreas exteriores con menos frecuencia que sus compañeros chicos, en especial en lo que hace referencia a las estructuras en las que se practicaban ejercicios como el trepo o los juegos competitivos.

El reemplazo generacional experimentado por los cuerpos docentes y la entrada en escena de los defensores de una pedagogía crítica sensible ante las cuestiones de segregación de género, sobre todo a la altura de los años 70, chocó con factores estructurales y ausencia de medios materiales para la puesta en práctica de la innovación en el corazón de las aulas. La aguda falta de recursos económicos (que se irá acentuado durante los años 80 con el advenimiento de las políticas neoliberales, el desinflamiento del Estado del Bienestar y la desinversión pública en el sistema educativo) contribuyó a paralizar la sustitución de los materiales didácticos. Las políticas de austeridad que pusieron los gobiernos conversadores y de izquierdas indistintamente determinaron la permanencia en las aulas de juegos e imágenes caducas y sexistas. El obligado uso de libros, muebles, imágenes y mapas con tintes racistas y sexistas tuvieron de hecho un efecto acumulativo en las imágenes y representaciones estereotipadas de la realidad social que acabaron haciéndose niños y niñas. Tendrán que llegar los años 90 y las reformas educativas inspiradas por la tradición pedagógica *constructivista* para que se fuese fomentando el desarrollo de la conciencia crítica en el alumno respecto a las construcciones sociales de la realidad, en especial en lo que hace referencia a los papeles sociales. En los Estados Unidos no han sido pocos los movimientos *Queer* integrados por profesionales de la enseñanza secundaria que han luchado contra la «armarización» de los profesores gays e incluso contra la tendencia de muchos de ellos a caer en posicionamientos asimilacionistas y condescendientes con el heteronormativismo, asumiendo los estereotipos masculinos del profesor autoritario. Han sido importantes, por ejemplo, la defensa de políticas educativas de *desgénero*. Lo que no puede impedir de subrayar que estas propuestas innovadoras basadas en el adiestramiento de profesores y alumnos en los actos de transgresión chocan frontalmente con las estructuras de una institución escolar que ha tenido y sigue teniendo un papel de primera en el proceso de externalización de la institución de la heterosexualidad obligatoria. Por consiguiente, en los mecanismos de discriminación de las mino-

rías sexuales que todavía persisten hoy en nuestro país y de los que los trabajos de Jesús Generelo, Guillermo Galofré y José Ignacio Pichardo han brindado jugosa información.⁸

El curioso y comentado fracaso escolar entre los adolescentes varones del sistema educativo español guarda relación directa ya no sólo con el tradicional anti-intelectualismo de la juventud, cuyo análisis sociológico tiene su genealogía en los primeros trabajos de Talcott Parsons y la tradición funcionalista, sino también en el rechazo a una institución feminizada a la que los jóvenes adolescentes faltan el respeto y desafían la autoridad como confirmación de su propia virilidad.⁹ Es notorio que en el imaginario colectivo de la comunidad escolar y del grupo de iguales formado por los adolescentes fuera de los espacios formales del aula, el estudiante aplicado y con honorable curriculum evaluativo llevó encima durante largo tiempo un estigma que quedará sintetizado en la figura del famoso «empollón». Este último fue por excelencia el personaje gris, feo, «pelotas» despreciado por sus compañeros, excluido de las salidas «entre amigos», «colegas» o «copains» durante los fines de semana, de los cumpleaños o de los guateques, eternamente solitario, sin masculinidad y fracasado en la conquista de la chicas en el mercado sexual y afectivo entre adolescentes. El propio mito del gay brillante, intelectualmente inquieto, refugiado en los estudios y destinado al mundo de las artes o las ciencias humanísticas conserva una relación directa con ese «afeminamiento» e inferiorización de los valores del intelecto y con actividades creativas como la escritura que por lo habitual eran tildadas de «mariconadas».

La educación popular, la civilización del ocio y la cultura de masas como reproducción del orden simbólico

Los cambios en las estructuras materiales, sociales y económicas y la emergencia de una política de justicia redistributiva que acabó ampliando los canales de acceso a los bienes colectivos no impidió que las estructuras simbólicas permaneciesen intactas. La prueba está en que el nacimiento de la llamada *educación popular* (producto del desarrollo del Estado del Bienestar) reprodujo los mecanismos de binarización alrededor de los cuales se había vertebrado la socialización escolar en sus aspectos formales. La educación no formal apareció como complemento del sistema de enseñanza reglado e instrumento de democratiza-

8. Genero, J; Pichardo, J.I; Galofré, Guillem, *Adolescencia y sexualidades minoritarias*, Ediciones Alcalá, 2008.

9. Gabarró, D, *Reconstruir la identitat masculina: una necessitat política*, Barcelona, Clavell, 2007.

ción de los bienes culturales y tiempos de ocio en la sociedad del bienestar y que hundirá sus orígenes en la *pedagogía de los desheredados* de Freire.

Máxima expresión del proyecto democrático de *educación popular* fue la figura de la ludoteca. La palabra «ludoteca» es una derivación del latín *ludus* (juego) y *theke* (caja) y cuya traducción etimológica podría ser la de «caja o colección de juegos». Desde el momento mismo de su instauración social, las ludotecas fueron concebidas desde un punto de vista pedagógico como espacios abiertos, de disfrute para los niños y adolescentes de los estratos más modestos en sus horas libres y desencorsetadas de los sistemas normativos formales imperantes en la institución escolar. Sus instalaciones se constituyeron en base a una infraestructura básica dentro de la cual se organizaban recursos y materiales de cara a la programación y puesta en aplicación de una serie de juegos que contribuían al desarrollo motriz, cognitivo e intelectual de aquellos menores más necesitados de apoyos por sus propios orígenes sociales. El paulatino reconocimiento institucional de estos espacios de expansión personal y colectiva se vio acompañado por la articulación de una organización formal sobre todo en lo que hace referencia al sistema de administración y gestión de recursos. Más allá de las dimensiones burocráticas y los mecanismos de racionalización, programación y planificación estratégica que caracterizaron a la ludoteca, su función social estribó ante todo en enseñar a los ciudadanos habilidades en la gestión de los tiempos libres y a partir de ahí, crear las condiciones para su constitución como sujetos. A la promoción de las actividades creativas y capaces de despertar el espíritu crítico de los individuos se sumó la intención de forjar una conciencia colectiva frente a las tendencias anómicas. La ludoteca se guió desde luego por unos valores universalistas de igualdad que apuntaron a hacer accesible el juego y el juguete al conjunto de la población, apuntando a los sectores sociales y económicos más periféricos. La parte «social» de la misma quedó bien sintetizada en el esfuerzo realizado en pro de la integración de las personas con deficiencias motoras, sensoriales o intelectuales, cuyas dificultades para el disfrute de los bienes colectivos tendió a tornarse más persistente precisamente en los sectores modestos. Frente a la aguda estigmatización y marginación social de los colectivos fuera de «norma», misión de la ludoteca fue favorecer la socialización en los hábitos de convivencia, diversión compartida y autonomía personal. Factor que no fue impedimento para que ella misma se viese atrapada en los procesos de binarización y dicotomización impuestos por la modernidad.

La evolución de la propia figura de la animación sociocultural también quedó encuadrada en demarcaciones que por momentos tendieron más bien a segregar que a integrar, que era en principio su objetivo último. Su auge coincidió con el periodo de entreguerras, acabando de consolidarse en el contexto de los cambios políticos, sociales y económicos que acontecieron en la sociedad occidental tras la Segunda Guerra Mundial. La animación sociocultural adquirió

legitimación institucional a partir de los años cincuenta y a la par de los avances tecnológicos, el crecimiento urbano y la emergencia de lo que vino a denominarse la *société masé*. El anonimato y la homogenización de los ciudadanos, el desarraigo, la inadaptación y pérdida de identidad cultural en los grandes centros urbanos, el aumento del tiempo desocupado, la quiebra de las estructuras tradicionales y del reagrupamiento familiar, así como la sacralización del éxito económico que conllevó la famosa sociedad de la opulencia, fueron factores que contribuyeron a aumentar su papel social. Si bien su impacto colectivo siguió insertándose en el marco de bien asentados estereotipos identitarios. En un país pionero en la creación de esta figura de la intervención sociocomunitaria como es el caso de Francia, la animación sociocultural se vio durante los años 80 (década en la que nació la cuestión *Banlieux*) ampliamente dominada por unos profesionales de sexo masculino y en algunos casos por actividades muy «sexuadas», que al mismo tiempo que pretendían responder a los problemas sociales de integración descuidaban las cuestiones simbólicas que estaban en el origen mismo de las desigualdades y las discriminaciones de género. En efecto, la necesidad de topar con profesionales provistos de una capacidad de empatía ante una juventud sobre todo masculina sacudida por la crisis económica y el paro, la deestructuración y degradación de los barrios, sin expectativas de futuro, tentada por la violencia o la delincuencia, dieron lugar a la emergencia de animadores socioculturales muy virilizados y con don de liderazgo.¹⁰ Pero al mismo tiempo que éstos hicieron de su personal carisma un eficaz instrumento en el rescate de grupos situados en los márgenes, asegurando un trabajo de integración sociocomunitaria y retejiendo los vínculos entre el sistema institucional y el actor social, también contribuyeron a reproducir representaciones y autorrepresentaciones del sexo y del género tradicionales. El machismo, la discriminación y la violencia de género continuaron (y siguen hoy muy presentes) entre la juventud de los barrios pobres. Sea entre la población autóctona o entre el colectivo inmigrante, los jóvenes adolescentes ejercieron su control sobre sus hermanas, estableciendo relaciones de dominación con sus parejas y creando nidos de misoginia y homofobia.¹¹ *matraquer des pédées* («machacar a los maricas») se constituyó de hecho en uno de los entrenamientos predilectos de las bandas juveniles procedentes de los barrios obreros en crisis, allí donde se revelan los límites de alcance de las actividades recreativas de convivencia y participación configuradas por los virilizados animadores socioculturales. Digno es recordar que las agresiones homófobas en las *Banlieux* se convirtieron en pan de todos los días durante la primera etapa de la Era Mitterrand, época de inhibición institucional ante el fenómeno de la pandemia.

10. Duber F; Lapeyronnie, D, *Les quartiers d'exil*, París, Editions du Seuil, 1992.

11. De Rudder, V; *Auochtones et immigrés en quartiers populaires*, París, Ciém L'Harmattan, 1987.

Las fiestas populares que se celebraban en los pueblos o en los barrios quedaron sometidas a la secularización, adquiriendo un carácter pagano basado en la individualización, pero sus ritos no faltaron a la cita con la reproducción de las dicotomías. Las actividades lúdicas organizadas con motivo de las festividades fueron de hecho pensadas como exaltaciones de virilidad por parte de los varones y de feminidad por parte de las mujeres. Ejemplo de ello fue la figura del «maestro de ceremonias» (siempre varón y alzado) y de la «Reina» de la fiesta (habitualmente femenina, bella y pasiva). Extrañeza genera el que la felicidad pública de los festejos populares se transformarse con frecuencia en fuente de disgustos o de desgracia privada. Los actos temerarios con los fuegos artificiales o las peleas entre varones bajo el efecto del alcohol y con riesgo, a veces con resultados fatales, sirvieron para integrarse en esos consensos de la masculinidad a los que ha aludido Pierre Bourdieu.¹² Desafíos como correr delante de los toros durante el *San Fermín* o alcanzar el iceberg de los *castellets* durante la *Diada* fueron obligaciones que se impusieron los mozos de la casa a cambio no verse pegados en sus espaldas el estigma de la cobardía. Nota a no olvidar es que las fiestas populares se erigieron también en un espacio de desigual control social sobre la sexualidad masculina y femenina. El rito del joven adolescente o del hombre adulto provisto de ramo de flores y sobre todo, de coche, encargándose de ir a buscar a su compañera de baile o novia, garantizándole a los padres de éstas seguridad, protección y sobre todo restitución al hogar a una previamente negociada o impuesta hora, desborda la mera escena romántica que tanto brindó el cine norteamericano de los 50. Reflejo de la no libre disposición de los cuerpos y de sus impulsos sexuales según se tratase del hombre o de la mujer, quedando sujetos a una libertad limitada en el caso de la mujer. Ser codiciado como pareja de baile y computar conquistas fue expresión de salida victoriosa de los varones de los clubes o las salas de fiestas. Salir con un chico y retornar con otro era delito de lesa humanidad para cualquier joven celosa de su reputación ante el vecindario y medio social y familiar. La popular figura del *pendón verbenero* quedó asociada a cualquier joven que afirmase su individualidad. La obligatoriedad del matrimonio tras una relación sexual poco precavida y con resultado de embarazo ilustraron los mecanismos de control social que la sociedad impuso incluso hasta los años 70.¹³

12. Bourdieu, P, *La domination masculine*, París, Éditions du Seuil, 1998.

13. A título de inciso hay que señalar que la famosa *discoteca* de los 70, sus atrevidas pistas de baile compuestas de luz y sombra en las que se destortillaban los cuerpos al son de los temas eróticos de Donna Summer o de las provocadoras proclamas de Gloria Gaynor, así como sus cómodos e íntimos reservados (que acabaron destronando a los clandestinos asientos abatibles de los coches o los desérticos huertos y pajares) pusieron de manifiesto no sólo una profunda revolución en la cultura del ocio, sino también en las relaciones entre los géneros.

Los mismos progresos en materia de legislación laboral que acarrió la democracia industrial, la reducción de la jornada de trabajo, la regulación legal de los tiempos de reposo y la conquista del ansiado periodo vacacional remunerado giraron de manera extensiva alrededor de la familia y el heteronormativismo. El romántico *amor de verano* inserto en la biografía de numerosos adolescentes y fuente de inspiración de los cantautores de moda durante los años 60, demostraron cómo incluso la civilización del ocio y del tiempo libre venía dictada por los procesos de externalización institucionales: tanto las fiestas populares como el veraneo se establecieron como «tiempos liberados» que permitían hacer incursiones y probar suerte en mercados afectivos (y con la liberalización de las costumbres, sexuales) cuyo desenlace lógico (o al menos esperado) era el encuentro en el altar.

Así pues, tanto la familia como el ejército, el sistema escolar, la educación «no formal», la sociedad salarial y la civilización del ocio y del tiempo constituyeron vectores de socialización que aseguraban la reproducción de los procesos de binarización y dicotomización de todos los aspectos de la vida colectiva. Por lo tanto, que determinarán también el orillamiento social de las minorías sexuales. Resulta a ese respecto paradójico que la misma sociedad (que quedó acuñada bajo el término de Economía Social de Mercado) y que se basó fundamentalmente en una democratización y ensanchamiento de los espacios de participación, integración e inserción social, se convirtiese al mismo tiempo en aquella misma que irá alentando redes de clandestinidad de ciertos colectivos, expulsándoles del tejido social y obligándoles a crear sus propios espacios de sociabilidad. La formación de los guetos homosexuales dedicados al ocio y el consumo no dejó de reflejar en ese sentido la brutalidad del doble mecanismo de integración y de exclusión en el que se basó la sociedad moderna. Bien que no es menester detenerme aquí en dicha cuestión, sí me reafirmo en la posición sumamente crítica que ya adopté en relación al uso demagógico y arrojadizo del término «gueto» para referirse a los espacios de sociabilidad gays, lesbianos y transexuales, sin analizar de manera previa los factores de discriminación y exclusión que la sociedad contemporánea ha ido alimentando.¹⁴

Este articulado simbólico-institucional del que se ha hecho telegráfica descripción se irá consolidando a lo largo de la historia contemporánea, consagrándose en la era de la abundancia y el consumo de masas que coincidió con los años 50 del siglo XX. La popularidad en los Estados Unidos y en Europa Occidental de series televisivas como *Embrujada* o de personajes de dibujo animado como *Los picapietra* informa del impacto colectivo de un

14. Vélez-Pelligrini (2008).

modelo cultural organizado alrededor de los binarismos de sexo y género, circunscrito por roles y normas bien codificadas, y del que la figura de la feliz «familia americana» se erigirá en el arquetipo. El breve inciso que haré ahora en la cultura de masas sirve de ejemplo para ilustrar cómo la institución de la heterosexualidad obligatoria va a hacerse con el conjunto de la vida colectiva, asegurándose así su inquebrantable inteligibilidad cultural incluso a través de los personajes de ficción que irán entrando en los hogares sobre todo a través de ese gran artificio del siglo XX: la televisión.

Desde su nacimiento, la pequeña pantalla se convirtió en uno de los gigantes sociales que más van a contribuir a la socialización del espectador y su identificación con el modelo cultural institucionalmente establecido. El anterior mencionado ejemplo de *Los picapiedra* no lo ha sido al alzar, sino por su propia representatividad de los códigos imperantes en una época. *Los picapiedra* (*The Flagston*) fueron creados por William Hanna y Joseph Barbera a solicitud de la compañía tabacalera Winston para un spot publicitario, siendo catapultados a la fama por la cadena norteamericana de televisión ABC, que acabó por convertirlos en unos de los personajes más populares de los años 60. El hecho de que *Los picapiedra* quedasen contextualizados en una lejana era prehistórica dejaba constancia de cuál era la voluntad de naturalizar y esencializar un modelo familiar que en realidad tenía sus génesis tan sólo en la formación del Estado Nacional y el ascenso al poder de una clase social bien determinada. Habrá que esperar hasta la segunda mitad de los años 60 para que vayan apareciendo en la *caja tonta* otra clase de personajes más críticos con la construcción social de la realidad. Ejemplo de ello será la figura de *Mafalda*. Ideada en 1963 por el dibujante argentino Joaquín Salvador Lavado (más popularmente conocido como Quino), *Mafalda* se erigirá no sólo en la antítesis de la famosa *Olivia* (que en su relación con *Popeye* había reflejado a la perfección los valores culturales y los discursos ideológicos sobre las relaciones de dependencia y subordinación entre los géneros), sino también en un sujeto contestatario frente a los héroes viriles que habían dominado los comics ya a principios de los años 30. Desde el *Capitán Trueno*, pasando por *Superman*, hasta llegar a *Batman*, el superhéroe transmitirá un mensaje bien claro sobre el rol de género masculino, convirtiéndose en el punto referencial del niño como ideal de virilidad y fuerza física. Feminista y protestataria frente al clima de la Guerra Fría, los regímenes dictatoriales y las injusticias sociales, el personaje de *Mafalda* se convertirá a través del recurso a un humor ácido que ahondaba en lo absurdo y en la estupidez de la condición humana en uno de los grandes iconos de la crítica cultural hacia las sociedades occidentales de la post-guerra. Pero lo más significativo (y eso fue precisamente lo que le dio un toque de singularidad) es que Quino acabará creando a uno de los grandes referentes del feminismo y de la izquierda en la puesta en entredicho de las construcciones sociales y las normas alrededor

de las identidades y los roles de género. Lo que no resta cierta gracia si se recuerda que *Mafalda* había estado destinada a convertirse en el reclamo de un spot publicitario de lavadoras en la muy conservadora argentina de los 60. Se entiende por lo tanto que *Mafalda* se transformase en uno de los primeros blancos del machismo exacerbado y militar de la dictadura de Videla. Quino inauguró toda una tradición crítica en el campo de las series de dibujos animados que acabará teniendo su mejor síntesis en la familia *Simpson* inventada en 1987 por Matt Groening y cuyos personajes terminarán haciendo una aguda e impertinente sátira de la sociedad norteamericana de los años 80 y 90. Los *Simpsons* fueron en su origen una serie de cortos vinculados a *The Tracey Ullman Show*, pero cuya popularidad les irán haciendo adquirir autonomía hasta convertirse en su forma actual. No es en absoluto anecdótico el hecho de que los personajes de Groening surgiesen en plena era Reagan-Bush, dominada por el ultraconservadorismo social y político y los discursos de la derecha religiosa. Aunque la cultura del medio pelo que se impuso tras la Segunda Guerra Mundial incentivó en muchos aspectos al atolondramiento y la pérdida de cualquier sentido crítico respecto a la realidad social, bueno es subrayar excepciones que fueron reflejando el cambio cultural a ritmo lento de las sociedades occidentales.

Del constructivismo a la Liberación Sexual

Interrogante que no puede en absoluto omitirse es cuál fue el papel de las ciencias sociales y más en particular de la sociología (instrumento analítico e interpretativo de la realidad cuyo nacimiento coincidió con la formación del Estado Nacional y de las instituciones modernas) en los procesos de binarización y dicotomización que están en el origen de los discursos homófobos contemporáneos. Si su intervención en los procesos de control social fue significativa, es de justicia recalcar que ni la sociología norteamericana ni la europea tuvieron nunca formalmente al homosexual como objeto de indagación, ni siquiera en tanto que expresión de una conducta «desviada». Disciplinas como la sociología de la sexualidad y del género son de hecho un fenómeno y ámbito de investigación reciente que hay que situar en el contexto de la influencia ejercida por el feminismo, los movimientos de liberación sexual, los nuevos métodos de planificación familiar y el impacto del Sida. El hecho de que la variable «homosexualidad» no formase parte de los grandes temas de la teoría sociológica no es impedimento para apuntar que la organización simbólico-institucional en el que ésta apoyó su idea misma de «Sociedad» e «integración social» alimentó de manera indirecta los aludidos discursos homófobos modernos. Hay que subrayar que los procesos de diferenciación funcional, la formación de la estructura social moderna y categorías analíticas como «clase», «estatuto» y «poder» giraron alrededor

de binarismos y dicotimización de sexo, de género y de roles que contribuyeron indirectamente a dar carta de validez a los trabajos de patologización que la psiquiatría y la sexología fueron trazando a través de sus diagnósticos respecto a los comportamientos sexuales «no normativos». En efecto, estas dos últimas transformaron en «anormalidades» psíquica y biológica lo que en realidad sólo eran actos que desbordaban las orillas sociales arbitrariamente establecidas por los sistemas institucionales y los agentes de socialización. Ejemplo primario aunque bastante ilustrativo del efecto que tuvo la interrelación indirecta entre ciencias sociales, sexología y psiquiatría, es que ante el comportamiento inhabitual de un individuo, se le suele reprochar a éste en términos coloquiales e informales de *estar loco*. De esta manera la normativización social precede y codifica a la disfunción neurológica.

Los enfoques analíticos y descriptivos binarizantes y por lo tanto descalificantes y excluyentes cuyo origen moró en la filosofía moderna y que encontrarán su prolongación en la mencionada teoría sociológica contemporánea se van a encontrar sobresaltados por los estruendos que empezaron a producirse en los años 60 y 70 frente a una realidad civilizatoria que aun a pesar de haber basado sus postulados en la universalidad del progreso y proclamado la defensa de la emancipación colectiva, nunca había dejado de contradecir sus propios ideales generando mecanismos de exclusión y segregación. La década de los 70 supuso en efecto una revisión en profundidad de las categorías que habían servido de utensilio de interpretación de la realidad social. Conciencia crítica que tomó cuerpo en primera instancia en el propio campo de las ciencias sociales, en especial de la sociología, pero que acabará encontrando su particular expresión en los diversos ámbitos de las ciencias humanísticas, de la producción literaria y de la creación artística. En icono de esa «autorrevisión» se convertirán las Teorías de la Etiquetaje, la etnometodología y el interaccionismo simbólico liderados por Matza, Garfinkel y Goffmann, cuyos trabajos van a suponer una clara inflexión respecto a la tradición funcionalista. Estos últimos romperán con los esquemas y las categorizaciones justamente binarizantes y dicotomizantes a través de las cuales la Sociología Académica había establecido las nociones mismas de integración/desviación, poniéndose en jaque todos los procesos disciplinantes y los mecanismos de control social a través de las «Instituciones Totales» que ésta había legitimado. El éxito de público de una producción cinematográfica del estilo de *Alguien voló sobre el nido del cuco* (1975) de Milos Forman ayudó no sólo a catapultar hacia el estrellato al magistral Jack Nicholson, sino también a despertar la reflexión del propio público sobre las arbitrariedad en que se basaban los procesos categoriales. El hecho de que los personajes de la película apareciesen como sujetos con capacidad de razonamiento y coherencia en sus manifestaciones y que finalmente acabasen organizando una auténtica rebelión contra la arbitrariedad del personal hospitalario terminará

sembrando serias dudas sobre los objetivos criterios que delimitaban la noción de *locura* y a un poder médico cuya legitimidad empezaba a ser puesta en cuestión. El film de Forman albergó a ese respecto un marcado espíritu goffiniano, en la medida que recobraba buena parte de la crítica que el sociólogo norteamericano había formulado al encuentro de las estructuras de poder de la institución psiquiátrica y que será de nuevo reformulada por Michel Foucault en su célebre *Histoire de la Folie*.

El auge de innovadoras técnicas de investigación social como la «Historia de Vida» (cuyo objetivo consistió sobre todo en otorgar voz a los socialmente más orillados) tornará a dejar de manifiesto la disociación entre la experiencia de los actores sociales y los sistemas de categorización, codificación y nominación que se habían impuesto a través del proceso de construcción social de la realidad. Pionero fue a ese respecto el trabajo de Garfunkel sobre el transexual *Agnés*, quien pondrá luz sobre las arbitrariedades de las demarcaciones rectilíneas mediante las cuales se habían establecido las identidades de sexo y género. El método de la «Historia de Vida» dejará huella en España respecto a la cuestión de la homosexualidad en el tardofranquismo y primeros años de la Transición, sobre todo a través de los trabajos de Baldomero Montoya, Alfonso Pérez García o Mariano Soriano Gil. Aunque su rigor metodológico nunca fue a la par del que hicieron gala los representantes del interaccionismo simbólico y conllevaron un alto grado de estilo periodístico, estos trabajos (basados en testimonios personales) sí ayudaron a otorgar voz a los representantes de un colectivo que por fin estaba en condiciones de hablar por sí mismo y no por delegación.

La monumental *Historia de la Sexualidad* de Michel Foucault, la popularidad de textos como *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi padre, a mi hermana y a mi hermano* o *Herculine Barbin* empujaron por su parte a formular una severa crítica política y cultural al encuentro de los dispositivos jurídicos que habían reglamentado y controlado el deseo y la sexualidad, rompiendo con los conceptos de género que habían funcionado como entes reguladores. Notorio fue también el impacto de la lingüística estructuralista de Ferdinand de Saussure y Roland Barthes que denunció el carácter ideológico del lenguaje y las relaciones arbitrarias entre el significante y el significado, poniendo en jaque los procesos nominativos sobre los que se habían alzado los discursos de la modernidad. A lo que hay que añadir la psicología evolutiva de Piaget, que por su parte rompió con todos los determinismos alrededor del desarrollo cognitivo infantil en gran medida basados en mecanismos de temprana dicotomización y binarización en función del sexo y género de la identidad del menor. En el campo precisamente de la sociología de la educación y de la cultura se hizo notoria la influencia de la obra de Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, sobre todo porque puso en la picota la

institución escolar como reproductora de desigualdades sociales, acabando por ejercer posteriormente una notable influencia en la pedagogía crítica de corte *constructivista*. Desde la perspectiva de la sociología de la acción, importante llegó a ser también la producción teórica de Alain Touraine, el cual, desde un enfoque marxista renovado empezó a reflexionar sobre el papel de los actores socioculturales como fuente de oposición a los aparatos de gestión tecnocrática y que llegará a ser uno de los grandes referentes teóricos e intelectuales tanto de líderes del Mayo del 68 al estilo de Daniel Cohn-Bendit como de algunos de los animadores de los Nuevos Movimientos Sociales a lo largo de los 70. La obra de Touraine fue sin duda una de las más representativas en la crítica de la noción de «Sociedad» que se había impuesto con el funcionalismo y las diversas teorías sistémicas de la integración y quizás una de las que mayor esfuerzo realizaron desde el campo sociológico por comprender el movimiento feminista de los 70. Coincidiendo con la emergencia de los Nuevos Movimientos Sociales de los 70 y primeros años 80, Touraine y el grupo de jóvenes investigadores formados en la sensibilidad del Post-Mayo del 68 constituyeron un innovador método de investigación social que vino a ser conocido como *Intervención Sociológica* y cuyos objetivos consistieron en facilitar la autocomprensión de los actores sociales como sujetos y artífices de movimientos sociales que pusiesen en cuestión las orientaciones culturales de los sistemas históricos dominantes.

Los años 70 fueron igualmente época de auge de la antropología cultural y de desmantelamiento de las categorizaciones que la civilización occidental había impuesto alrededor de las nociones de parentesco y de la filiación encuadradas en el marco del matrimonio y la reproducción. La antropología de los años 60 ya se había esforzado en poner en evidencia que la función psicológica ejercida por la figura del parentesco y la supuesta seguridad que éste proporcionaba a aquellas personas que experimentaban la necesidad de conocer sus raíces no era otra cosa que un fetiche cultural propiamente heterosexista. No cabe duda de que ello incidió en gran parte a la deslegitimación de los mecanismos de estigmatización que históricamente habían caído encima de la madre soltera y de la figura del bastardo o del hijo ilegítimo. La influencia del freudomarxismo, con Marcuse, Reich y Fromm a su frente, de la anti-psiquiatría lacaniana a través de las obras de Deleuze y Guatarri, realizará una aportación teórica e intelectual fundamental a la Revolución Sexual de los 70, al erigirse en un punto de referencia para los movimientos de liberación sexual en la denuncia de los procesos disciplinantes impuestos por la civilización occidental.

El campo artístico no permaneció inmune ante este nuevo clima intelectual de los 60 y 70, produciéndose en su seno la emergencia de corrientes (en especial la protagonizada por artistas mujeres y feministas) que formularon

una severa crítica de los binarismos de género y de las formas patriarcales de dominación falocrática que a menudo habían estado incluso insertas en la mentalidad de las vanguardias, los galeristas y en las propias obras de arte. Representantes de esta tendencia fueron sobre todo en los años 60 Niki de Saint Phalle, las japonesas Shigeeko Kubota, Yayoi Kusama y Yoko Ono, así como la austriaca Valie Export, las cuales ejercieron de sujetos contestatarios frente la dimensión misógina de las vanguardias surgidas en el periodo de la post-guerra, desde el expresionismo abstracto hasta el accionarismo, pasando por el *Pop Art*. La crítica feminista en el ámbito artístico encontrará su expresión más singular en la década posterior sobre todo a través de experiencias de movimientos insertos en la *Performance* y de la que *Womanhouse* terminará siendo su máxima exponente. *Womanhouse* consistió en una serie de instalaciones de vanguardia y de contenido feminista que se desarrollará en Los Angeles en una destartalada mansión situada en un barrio elegante. Iniciativa de veinte estudiantes en arte del *Feminist Art Program de California* y del *Institut of the Arts de Valencia*, el proyecto correrá a cargo Judy Chicago y Miriam Shapiro. *Womanhouse* estribó ante todo en una reflexión e interpe-lación política y cultural sobre la división de los espacios, en particular de los domésticos, que habían encerrado a las mujeres en toda una serie de roles sociales, permitiendo a las artistas meditar sobre las profundas raíces del sistema patriarcal en una sociedad capitalista de consumo. En distinta órbita a la de la *Womanhouse* otras artistas como Gina Pane o Ana Mendieta centraron su obra artística en temas como la violencia ejercida sobre el cuerpo de la mujer sobre todo a través de la violación sexual. De esta manera el ámbito artístico protagonizado por mujeres supuso toda una inflexión respecto a las temáticas clásicas de unas vanguardias que siempre la habían presentado como un sujeto pasivo de la violencia de género.¹⁵ El mundo de las vanguardias volvió a entrar en un proceso de despolitización a la altura de los 80, para reanudar con el radicalismo a la par de la emergencia de la pandemia y de lo que vendrá ser conocido como la corriente del *Body Politics*, de la que el artista Pep Espaliú se transformará en su máximo representante antes de su muerte.

Esta metamorfosis de las ciencias sociales, humanísticas y artísticas ha de ser contextualizada en el marco de las convulsiones políticas y sociales que simultáneamente van a ir produciéndose en Europa Occidental y en Estados Unidos a partir de los años 60, cuyo punto de inicio se encontrará en las primeras protestas estudiantiles en todas las grandes universidades nor-

15. Sobre esta cuestión remito a la brillante y de casi obligada lectura obra de Juan Vicente Aliaga, *Orden Fállico. Androcentrismo y violencia de género en las prácticas artísticas del siglo XX*, Akal, 2007.

teamericanas y de la que serán culminación los acontecimientos del Mayo del 68. En máxima figura de los Nuevos Movimientos Sociales se alzarán sobre todo el feminismo de nueva generación y que tomará cuerpo en Francia a través del emblemático Mouvement de Liberation des Femmes (MLF) y de la National Organisation for Women en los Estados Unidos. La esclavitud doméstica, el matrimonio obligatorio, el derecho al aborto y la planificación familiar, y la lucha por la codificación penal de la violación constituyeron los principales capítulos de un resurgente movimiento de mujeres de inspiración radical que trajo al panorama político, intelectual y académico a las que llegarían a ser los grandes iconos de la teoría feminista como Monique Wittig, Christine Delphy, Luce Irigaray, Helene Cixous, Marie Jo Bonnet, Antoine Fouquet, Michelle Cause y Anne Zelensky. Las revueltas de *Stonewall* en 1969 asentarán las bases de los propios movimientos de liberación sexual de los años 70 cuya expresión política más elocuente quedará concretizada en Estados Unidos con el *Gay Liberation Front* y el *Front Homosexuel d'Action Revolutionnaire* en Francia. Sin duda la concreción política de los procesos de desconstrucción va a quedar sintetizada en dos documentos. Primero a través del primer *Manifeste contre la normalité*, explícito alegato gay contra la heterosexualidad obligatoria. El documento apareció en París en 1971 de la mano del Front Homosexuel d'Action Revolutionnaire y a instancia directa de la revista *Tout!* dirigida por Jean-Paul Sartre. En un estilo similar la revista *Recherches*, dirigida por Felix Guatarri, lanzará un número monográfico en 1974 bajo el provocador título de «Trois milliards de pervers» con el apoyo de personalidades tan notorias como Michel Foucault, Jean Genet y Gilles Deleuze. Aunque su influencia se revelará desigual según cada país, los dos manifiestos determinarán definitivamente la orientación ideológica y cultural del movimiento gay y lesbiano. Su huella se dejará de hecho sentir en los documentos del MEHL (Movimiento Español Homosexual de Liberación), que irá superando el reformismo homofílico del grupo *Aghois* (a su vez bajo la imprenta del grupo francés Arcadie liderado por André Baudry) y en el *Manifest* fundacional del FAGC. Otras experiencias se harán notar en España, sobre todo en Madrid, como fue el caso la Agrupación Mercurio (que evolucionó del reformismo a posiciones revolucionarias), el Movimiento Democrático de Homosexuales (próximo al PCE), el Frente Homosexual de Acción Revolucionario (FHAR) que pretendió erigirse en una contrapartida un tanto caricaturesca de su homólogo francés, o el Frente de Liberación Homosexual de Castilla (FLHOC). Sin olvidar formas de organización en el marco de las llamadas Nacionalidades Históricas como fue el caso del Euskal Herriko Gay Askapen Mugimendua (EHGAM) en el País Vasco, contrapartida del FAGC en Cataluña. El País Valenciano y Baleares también llegarán a darse sus propias expresiones militantes a través del Front d'Alliberament Homosexual dels Països Valencians (FAHPV) o del Front d'Alliberament Gai de les

Illes).¹⁶ El movimiento gay no escapó obviamente a las obsesiones «nacionalitarias» que dominó a un sector del movimiento antifranquista y acabó segmentando el movimiento político de las minorías sexuales en nombre de esa dichosa así como política y jurídicamente incongruente noción de «plurinacionalidad» que el delirio nacionalista catalán y vasco acabaron imponiendo. Aunque no pueda ser tomado como la única causa, los famosos *hechos diferenciales* terminaron teniendo sus efectos en la frágil cohesión de lo que más tarde llegará a ser la Coordinadora de Liberación Homosexual del Estado Español (COFLHEE). La coletilla «Estado español» resultó a ese respecto una imposición de catalanes y vascos y el derivado de la influencia de una ideología nacionalista de apariencia progresista pero de esencia reaccionaria que alimentó un visceral anti-españolismo entre numerosos gays y lesbianas en Cataluña y País Vasco.

Las tensiones en el seno del COFLHEE no fueron, todo hay que reconocerlo, de origen nacional-identitario. Los desencuentros se produjeron a raíz de cuestiones «propias» y de ello dejará constancia la despedida de las lesbianas, mucho más identificadas con el feminismo que con el movimiento gay. Muestra de ello llegó a ser el Col·lectiu de Lesbianes del FAGC, que terminó desvinculándose de éste último para integrarse al final en la Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español (COFEE). La tendencia se manifestó diametralmente opuesta al recorrido del lesbianismo francés, que en cambio no faltó en denunciar la lesbofobia heterosexista imperante en el Mouvement de Liberation des Femmes (MLF) y de la que derivarán las famosas *Gouines Rouges* animadas por Marie Jo Bonnet y Monique Wittig. La relación de las *Gouines Rouges* con el FHAR nunca dejó de revelarse un tanto tormentosa, sobre todo porque también en Francia los gays eran relacionados en los años 70 con el poder masculino y porque los impulsos misóginos tampoco dejaban de manifestarse por momentos entre los artífices de la *Revolution par le Phallus*.¹⁷

Más allá de las polémicas y de los transfuguismos internos que se produjeron en el seno del activismo, trazando fronteras a veces infranqueables entre las tendencias «reformistas», «radicales» y «revolucionarias», y del propio carácter absorbente de los partidos y sindicatos que protagonizaron la Transición (que acabaron devorando a los movimientos sociales y civiles que prota-

16. Llamas R; Vila, F, «Spain: Passion of life. Una historia del movimiento lesbiano y gay en el Estado español», in Buxán Bran , X .M (comp); *Conciencia de un singular deseo*, Laertes, 1997.

17. En conversaciones con la propia Marie Jo Bonnet en los años 90, coincidiendo con mi militancia en Act-Up-Paris, la célebre teórica lesbiana y feminista me precisó el importante papel de las *Gouines Rouges* en el FHAR, reivindicando incluso un estatuto de «fundadoras».

gonizaron las luchas en el tardofranquismo) el movimiento gay consiguió hacerse presente en la vida colectiva y superar el retraso histórico respecto a otros países en los que siempre habían existido desde finales del mismo XIX grupos homofílicos. El mismo surgimiento de figuras transgresoras representadas por líderes gays como Armand de Fluvià, Jordi Petit o Eliseo Picó, por teóricos como Alberto Cardín (máximo exponente intelectual del anti-asimilacionismo), artistas como Ocaña y Nazario, literatos como Lluís Fernández, Terenci Moix y Biel Mezquides o de cineastas como Eloy de la Iglesia y Pedro Almodóvar, ilustraban la capacidad de articulación discursiva del colectivo gay incluso en un país como España en el que las circunstancias políticas de la dictadura y la propia homofobia imperante incluso en los partidos y organizaciones de izquierdas antifranquistas habían limitado el margen de maniobra de las minorías sexuales. Prueba del progresivo acceso al espacio político y social del colectivo gay fue la emergencia de revistas como *Party*, *El Debat Gai*, o *La Pluma*.¹⁸ El clima intelectual en la España de los 70 también favoreció el hecho de que revistas de debate cultural dirigidas por «heteros» acabasen teniendo en su seno a nutridos grupos gays como fue el caso de *Ajoblanco*, *Diwan* y *Viejo Topo*. *Viejo Topo* fue de hecho quien más en la vanguardia se situó respecto a esta cuestión. Huella de ello dejó la editorial Ucronía, que se adelantará de largo a Laertes y la famosa colección «Rey de Bastos» y que publicará los primeros trabajos de Alberto Cardín, como *La revolución teórica de la pornografía*, que llegó a ser uno de los iconos de la producción del antropólogo asturiano.¹⁹ Las publicaciones «gays» gozaron evidentemente de menos medios que en otros países, conformándose con tiradas y recursos materiales más modestos. Punto de referencia obligada por la «intelectualidad gay» española de aquel momento fue desde luego la revista francesa *Gaipied*. Fundada en 1970 por Jean Le Bitoux, activista y teórico procedente del FHAR, *Gaipied* (cuyo nombre fue sugerido por lo que parece por el propio Michel Foucault) nació en el clima de «liberalización» que conllevó la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing en una Francia que veía nacer la ley sobre el aborto a instancia de la liberal Ministra de Sanidad Simone Weil, popularizarse el anticonceptivo, extenderse la planificación familiar entre los menores y promulgarse leyes contra la violación. *Gaipied* se convirtió en el «ahijado» político del rotativo *Liberation*, arrastrando tras de sí todas las sensibilidades del Mayo del 68 y la Revolución Sexual de los 70,

18. Para una evolución de los círculos intelectuales gays en nuestro país, queda como obra clásica el trabajo de Alberto Mira, *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España*, Egales, 2004.

19. La negativa del director de *Viejo Topo* y de *Ucronía*, Miguel Riera, a publicar *Lo que queda de España* de Federico Jiménez Losantos (ya en el inicio de su periplo hacia la extrema-derecha) y las intrigas vengativas tanto del famoso periodista como de Alberto Cardín y Biel Mezquides contra el editor provocaron la ruptura de Riera tanto con Jiménez Losantos, como con Cardín y Mezquides.

teniendo entre sus más notables colaboradores a Guy Hocquehem, el dibujante Copi, el antropólogo Jean-Paul Aron, al siempre comprometido Jean-Paul Sartre y cómo no, a Michel Foucault. El momento feliz de *Gaipied* coincidió sobre todo con la década de los 80, cuyos aires de libertad vinieron condicionados por la Era Mitterand. Años de libertad que tuvieron en España su contrapartida en el triunfo de los socialistas en 1982 y el advenimiento de lo que vendrá a denominarse la *Movida* madrileña. Con independencia de la crisis interna que fue experimentando el movimiento gay y lesbiano y de la desmovilización política que vino a producirse en un clima de agudo individualismo y hedonismo narcisista, quedará huella de la capacidad de la que habían hecho gala las minorías sexuales para transgredir y poner en cuestión a la institución de la heterosexualidad obligatoria y las representaciones del sexo y el género que ésta había impuesto a lo largo de la experiencia histórica de la modernidad y en base a toda una serie de dispositivos y formas de violencia simbólica. La figura del «invertido» o del «marica» que estaba en el corazón del imaginario colectivo empezará en efecto a mutar. Los procesos de «identitarización» alrededor de lo masculino y de lo femenino que se habían articulado desde el discurso psiquiátrico y sexológico, así como desde las propias esferas institucionales, en base a la defensa del matrimonio y la familia empezarán a encontrar resistencia e inversión por parte de un colectivo ya no parece dispuesto a erigirse en un sujeto pasivo de los mecanismos de etiquetaje y estigmatización.

Del body builders a Tom of Finland

Los años setenta y parte de los ochenta van a incidir en la nueva representación que ofrece de sí misma la homosexualidad masculina y que estribará en una ruptura con la figura de la *loca*, (estereotipo heterosexista). La cuestión no estuvo huérfana de controversias en el seno mismo del activismo, sobre todo entre los representantes de las corrientes «radicales» (que reclamaron la herencia de la cultura *camp* y la defensa del afeminamiento como forma de protesta cultural) y los sectores «revolucionarios» (que partieron del hecho de que el gay afeminado era un producto más de los propios procesos de identitarización operados por la institución de la heterosexualidad obligatoria). Pese a que los años setenta se erigieron en el momento de gloria del travestismo, se irá imponiendo una imagen más masculinizada de los gays. En efecto, se partió del supuesto que los discursos sobre la masculinidad no podían seguir siendo el monopolio discursivo de la institución de la heterosexualidad obligatoria. El término «marica» suponía la existencia de una media mujer o en cualquier caso, la ausencia de un *verdadero hombre*. El distanciamiento respecto a la cultura *camp* quedó en gran medida condicionada por la necesidad que muchos activistas tuvieron de disputarle

al heterosexismo la representaciones sobre la masculinidad. De esos cambios en términos de representación dejará buena síntesis la popularidad de los *comic-trip* de Tom of Finland entre la comunidad homosexual.

La producción de Tom of Finland como dibujante hunde sus orígenes en la revista *Physique Pictorial*, publicación de culturismo que contribuyó durante los años 50 a la creciente popularidad de los *body builders*, modelo idealizado del varón semental con voluminosos atributos sexuales cuyas figuras sociales solían ser el *cowboy*, los granjeros y los policías. Importante fue también en Tom of Finland la influencia de los trabajos de George Quaitance, que se basaron por lo esencial en una combinación de temas romanos y cuestiones contemporáneas como el oeste, los indios y los vaqueros. Uno de los personajes que dieron fama a Tom of Finland fue el de *Kake*, hombre musculoso y superdotado que acabó transformándose en el gran punto de referencia de la representación estética de una nueva comunidad gay que a la altura de los 70 y tras las revueltas de *Stonewall* ya se sentía mucho más segura de sí misma y provista de sus propios héroes.²⁰ Está establecido que el movimiento gay de los 70 recurrió de largo a los cómics de Tom of Finland para materializar su propia parodización y, como ya se ha dicho, quitarse de encima los estereotipos homófobos.

El proceso desconstruccionista que se produjo en los 70 quedó encarnado en el papel fundamental que le tocará jugar a la pornografía gay y que estribará sobre todo en trasladar a la pantalla los comics. Las escenas de amor y sexo entre «auténticos» hombres (desde militares hasta obreros de la construcción) incidirá precisamente en la falacia de la «norma de género» alrededor de la masculinidad y la sexualidad masculina. La conocida visibilidad y voluminosidad de los atributos sexuales en el uniforme masculino (sujeto de picaresca social sobre lo que en términos coloquiales se ha venido a denominar el «paquete»), no dejó de estar relacionada con un dispositivo simbólico de binarizaciones, dicotomizaciones, normas y ritos de género que relacionó la entrada en la carrera militar con el requisito de lo que la jerga popular identificó como tener «tener muchos cojones». El hecho de que los actores porno se pusiesen el ornamento de un teniente-coronel enmedallado, protagonizando escenas de sexo con reclutas recién llegados al cuartel, no era en absoluto inocente puesto que reflejaba una intencionalidad discursivamente desmantelante respecto a los roles masculinos y las relaciones de poder entre los propios hombres. El aspecto transgresor del trabajo de parodización de la virilidad que se materializará a través de los cómics de Tom of Finland y de

20. En relación a esto, ver también la muy interesante obra de José Miguel Cortés, *Hombres de mármol códigos de representación y estrategias de la masculinidad*, Egales, 2004.

las pornoviriles producciones moró en el dispositivo mismo de reapropiación del conjunto de las representaciones sobre la masculinidad que habían triunfado con la Ilustración y la Revolución Industrial y de las que brindaron una perfecta síntesis los géneros pictóricos, escultóricos y fotográficos a lo largo de la era contemporánea.

En efecto, el siglo XVIII inaugurará a través del arte neoclasicista toda una serie de técnicas y criterios estéticos basados en la glorificación de la virilidad, haciendo exaltación de la fortaleza y la musculatura como encarnaciones de la perfección corporal. Acaso habría que recordar que el neoclasicismo supuso de hecho una vuelta de tuerca respecto al Barroco, estilo al que se consideró excesivamente sensual, afeminado y producto de la frivolidad encarnada por una aristocracia parasitaria y vinculada a unos regímenes absolutistas decadentes. Hecho notorio a ese respecto es que los valores republicanos fuesen incluso puestos en relación con la masculinidad, quedando la imagen de Hércules como expresión ejemplar del valiente y heroico hombre revolucionario. Sugerente es recordar que la definitiva consolidación del Estado-Nación «belicista» va coincidir además con un periodo en el que también triunfará el hombre «espectáculo» y en el que la musculatura y la corpulencia serán objetos de admiración social. Valores colectivos que quedarán plasmados en la obra escultórica de Auguste Rodin. El naciente arte fotográfico (que se irá consolidando en medio de no poca censura y leyes contra la obscenidad) aprovechará su popularidad social para regar las raíces del imaginario social alrededor del hombre viril y enérgico, sobre todo de las escenas de desnudos.²¹

Periodo dominado por las revoluciones nacionales y la articulación política y burocrática de unos Estados-Nación que se preparaban para la primera gran guerra moderna de 1914, el siglo XIX fue una etapa que vio implantarse el gusto por los deportes estrictamente masculinos basados en la violencia y la competición y de los que los combates de boxeo y los partidos de football se erigirán en los iconos. Entretenimientos en sus orígenes reservados a las clases privilegiadas, su progresiva difusión social los transformará con el tiempo en las formas de ocio hegemónicas entre las clases populares y en un componente esencial de su identidad colectiva. Fútbol y boxeo acabarán convirtiéndose en la simbiosis de la virilidad y de la fuerza física en el universo homófobo de los varones adscritos a la clase trabajadora. Nacido en el siglo XVIII bajo la figura del pugilismo, el boxeo se convirtió en la principal expresión de la violencia masculina «regulada» que conocerá la modernidad política y social. Si el pugilismo fue sobre todo una forma de combate sin guantes, cara a cara y cuerpo a cuerpo, así como desprovisto de cualquier norma,

21. Cortés (2004).

el boxeo va a verse sometido a una fuerte reglamentación. Sus principales puntos quedarán establecidos a instancia del marqués de Queensberry (entusiasta patrocinador de este deporte) y del famoso pugilista Jack Broughton (vinculado a los «Camaradas de John»). El hecho mismo de que dicha práctica deportiva fuese encartonada por un fuerte sistema normativo dejó demostrado que la violencia entre varones (considerado como un natural instinto animal de supervivencia) estaba en realidad inserta en un mecanismo de construcción y discursivización de los cuerpos. Asimismo también en un trabajo codificativo de jerarquización que segmentaba a los propios varones. La clasificación y categorización de los participantes en los combates (paja, minimosca, supermosca, gallo, supergallo, pluma, superpluma, ligero, superligero) no hizo otra cosa que confirmar cómo los ideales de fuerza o debilidad respondían a preceptos sociales que giraron alrededor de nociones de poder y dominación. La capacidad para «medirse con» y vencer el miedo está inserta justamente en esa discursiva del poder. Las formas de violencia entre varones «no reglamentadas» han consistido en desafiar temerariamente a contrincantes de superioridad física convirtiéndose el cuerpo a cuerpo entre hombres de desigual potencia física en una metáfora delirante de la lucha entre David y Goliath. Mientras las peleas físicas entre las mujeres de las clases populares (lo que vino a ser conocido como «agarrarse del moño» o «disputa de verduleras») eran por lo general un espectáculo cómico y objeto de risas varoniles, el cuerpo a cuerpo entre hombres quedó en cambio como una especie de epopeya de la virilidad. El uso de los puños fue de hecho condición indispensable para que dicho cuerpo a cuerpo adquiriese la categoría de una «verdadera pelea» que aseguraba el reconocimiento social tanto del sujeto vencedor como del vencido. Si la violencia de hombre contra mujer u hombre heterosexual contra el homosexual se basó en actos de dominación y humillación, la brutalidad entre «verdaderos hombres» se convirtió en una cuestión de honor. Estatutariamente el boxeo se alzó de hecho en la encarnación del triunfo social para muchos jóvenes originarios de medios modestos. No es extraño que en el siglo XX. Mohammed Alí y Joe Frazier apareciesen como el ideal de los adolescentes negros y pobres y sin otra expectativa en el horizonte que el confinamiento en los guetos.

Este universo civilizatorio estuvo en el punto de mira de la pornografía de los 70. A través de la erotización de la violencia y la transformación de las salas de entrenamiento de los gimnasios en espacios escénicos dominados por el encuentro sexual entre «auténticos» hombres, la pornógrafos llegarán a poner en cuestión las formas de masculinidad que se habían alzado durante la era victoriana. Más allá de su carácter de fantasma erótico para muchos gays consumidores de pornografía, el «polvo tras un combate» que escenificaron muchas estrellas del género desmantelaba discursivamente las relaciones de violencia y poder entre los hombres que la modernidad había impuesto.

Del sex-symbol femenino a la estética de la fealdad: la lesbiana *busth* como crítica cultural

Ese proceso desconstruccionista de «virilización» paródica tuvo su contrapartida en el campo del lesbianismo político respecto a las representaciones en torno a la feminidad. La emergencia en el espacio social de los años 70 de la lesbiana fea, de pelo corto, provista de gafas de culo de botella y de una indumentaria hortera y desaliñada conllevó su propio lado transgresor en la medida que supuso una profunda crítica al encuentro de las representaciones masculinas sobre la indumentaria y la belleza femenina. El acto de «afeamiento» no era en absoluto inocente. Cabe recordar que el descubrimiento del cuerpo anatómico que acaeció en medio del espíritu humanista del Renacimiento fue a la par de su proceso de simbolización, sobre todo a través de la vestimenta, que no sólo asegura el buen decoro y el sentido del pudor, sino que además configura la «norma de género». El propio siglo XX se erigió en el momento apoteósico de la alta costura, adquiriendo los sofisticados diseños de los años 30 la categoría de creación artística. Pensada para un mercado reservado a los estratos sociales más privilegiados y económicamente pudientes, el mundo de la alta costura condescendió con los valores culturales de su clientela conservadora. El imaginario colectivo quedó impregnado por la idea de que el vestido largo, negro y escotado seguía siendo la encarnación misma de la elegancia y la belleza femenina. La máxima expresión del refinamiento y la elegancia la representará por supuesto la producción de la emblemática y controvertida Coco Chanel, síntesis de genialidad creativa y de reaccionarismo político, quien llegará a mantener dudosas relaciones con el nazismo y el régimen de Vichy. Diseñadoras transgresoras y políticamente algo más «fumables» como Elsa Schiaparelli (cuyos diseños estuvieron bajo la influencia del surrealismo) o Vivienne Westwood, en cambio, nunca fueron en realidad capaces de transgredir las «normas de género» que dominaron la vestimenta. Aquello que vino a llamarse «vestirse bien», no significó sólo tener buen gusto, ser elegante, refinado y con adecuado criterio en el momento de combinar ropa y complementos, sino vestirse en función a los dictados de lo que la sociedad entendía por ropa de «hombre» y ropa de «mujer». Lo que demuestra cómo la estética, que fue uno de los pilares del proceso de individualización que contrajo la modernidad, también funcionó como un instrumento de «alistamiento» en las filas trazadas por los mecanismos de binarización y dicotomización que han caracterizado nuestra vida colectiva. La crítica de ese concepto de belleza femenina encontró su máxima expresión en el proyecto performativo *Lipstick Bathroom* de la artista vinculada al movimiento del *Womanhouse* Camille Grey. La obra consistió en una sala de baño enteramente pintada de rojo, incluido el espejo y el lavabo, y que a través de la saturación y el agobio visual que generaba en el espectador pretendía elaborar una metáfora sobre la presión social sufrida por las muje-

res con motivo del ideal colectivo de belleza femenina.²² Esa «estética de la fealdad» que estuvo en el corazón de una parte del lesbianismo político radical fue recuperada discursivamente por el post-feminismo de adscripción *Queer* surgido en los años 90 de la mano de Eve Kosofsky Sedgwick. Cuando ésta anunció que ella también había «Salido del Armario» como feminista «heterosexual» y como mujer «gorda» reformuló una crítica precisamente de las construcciones sociales patriarcales alrededor de la belleza femenina y que dejaba sin reconocimiento social a todas aquellas mujeres que no reuniesen las condiciones de sujeto erótico. La famosa *Butch* (camionera) albergó en efecto una profunda crítica de la representación de la feminidad en la sociedad o, como hubiese dicho Monique Wittig, de ese travestismo y disfraz maldito impuesto por el infierno heterosexual.

Comprensible resulta que en sintonía con la denuncia de la mujer-objeto una de las figuras más denostadas por el lesbianismo radical (y por el feminismo «hetero») fuese la famosa Brigitte Bardot, sex-symbol del cine de los años 60 y parte de los 70, fantasma sexual de cuarentones encarcelados por un matrimonio insulso, protagonista de películas estúpidas y con papeles que no lo eran menos y que en la madurez (ya sin rentabilidad para los productores de cine) terminará convirtiéndose en ridícula defensora de especies animales en vía de extinción. Mujer con cuerpo de diosa y cerebro de mosquito, Bardot acabará como la campeona del despotrique público contra los árabes, los maricones y las bolleras, tomando públicamente partido por el neonazi Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen. Bardot provocó sonrojo en la Francia de los 90 tras la publicación de sus «memorias», no sólo por las sandeces de tufo xenófobo y homófobo en ellas escritas dentro de un clima de preocupante ascenso electoral de la extrema-derecha, sino porque reanudaba con la idea dieciochesca (pero esta vez en discurso post-moderno) de que toda mujer bella y deseable debía confinar su estupidez en el espacio privado, satisfacer sexualmente al hombre y olvidarse de las cosas del Estado. Películas eróticas de los años 70 como pudo ser *Emmanuelle* (que a diferencia de los muy heterosexistas y misóginos films protagonizados por Bardot, escenificará por primera vez el encuentro sexual entre mujeres) tampoco cosecharon gran entusiasmo, sobre todo porque Linda Cristal seguía encarnando al ideal machista de belleza femenina y los actos lésbicos figurando como simples perversiones destinadas a satisfacer los fantasmas del varón. El erotismo y la pornografía lésbica nunca generó en ese sentido unanimidad, convirtiéndose en sujeto de agudo debate político a principios de los años 80, sobre todo a raíz de las controvertidas posiciones anti-pornografía (desde un curioso aunque sin duda involuntario codo a codo con la extrema-derecha religiosa nor-

22. Aliaga (2007).

teamericana) de teóricas como Deborah Dworkin y Catherine McKinnon.²³ Aunque esta discusión no tomó en España la envergadura que acabó adquiriendo en los Estados Unidos (sobre todo a causa de la muy tardía liberalización de las costumbres y desmantelamiento de los tabúes alrededor de la sexualidad), su eco se ha dejado sentir sobre todo a través de los trabajos críticos de teóricas como Raquel Osborne, investigadora pionera también en temas como la prostitución.

Pierre Bourdieu y las masculinidades subalternas

Aunque algunos de los discursos y las representaciones que se habían dado los gays y las lesbianas en forma de crítica cultural a la heterosexualidad empezaron a convertirse (como veremos a continuación) en nuevos estereotipos heterosexistas a finales de los años 90, mal podría ignorarse la existencia de un periplo por parte de las minorías sexuales centrado en la crítica y «desconstrucción» de los binarismos y las dicotomizaciones impuestas por la experiencia histórica de la modernidad. Si bien, sus límites empezaron enseguida a dejarse entrever, como lo demuestra el progresivo distanciamiento respecto a las autorepresentaciones que habían brindado los gays de los años 70.

A las controversias sobre la pornografía que habían estallado en el corazón mismo del lesbianismo radical, hay que sumar la progresiva despolitización de aquella otra producida en el campo gay y que acabará transformándose en una simple fuente de negocio y enriquecimiento para el *Gaybusiness*. El porno gay se vio poco a poco acompañado por una desvirtuación de las representaciones paródicas de la virilidad que habían encarnado las escenas de sexo entre «verdaderos hombres». La teatralidad que rodeó la estética *Queen* y *Village People* y los sucesivos *Rambos* de pacotilla que fueron apareciendo en los primeros años del reaganismo, se vio en efecto sucedida por un mecanismo de reapropiación heterosexista del gay «macho» o de lo que Alberto Mira denominó irónicamente la *musculoca*.

Esta nueva figura del gay gimnástico que terminó por tomar por asalto los portales de Internet de reclamo y connotación sexual ha dado lugar a múltiples interpretaciones. Por ejemplo, se manejó la hipótesis de que había sido una reacción a las mórbidas representaciones del gay seropositivo y físicamente degradado y con la que los medios de comunicación habían hecho un morboso juego. Una tesis que merece escucha, pero que analizada de cerca se manifiesta del todo errática. Necesario es recordar que el movimiento de lu-

23. Osborne, R., *La construcción social de la sexualidad*, Cátedra, 1996.

cha contra el Sida articuló su *Bodies Politics* precisamente sirviéndose de las imágenes de hombres enfermos, degradados, con aspecto de haber salido de un campo de exterminio y moribundos, para recordar la desidia de las instituciones sanitarias. La amalgama discursiva que se hizo entre el Genocidio nazi y la inoperancia de los gobiernos frente a la pandemia sólo fue posible recurriendo a estas representaciones. Las propias manifestaciones tuvieron un tono mortuario. Gestos como el de entenderse colectivamente en la vía pública con los brazos abiertos, creando el efecto óptico de un campo de cadáveres abandonados estribaron en recordar el lado exterminador y criminal de las instituciones. El cuerpo seropositivo es sobre todo el cuerpo herido, rematado y destruido. Cuando Act-Up-París acusa públicamente a las autoridades del Estado «*D'avoir du sang dans les mains*» («Tener sangre en las manos») categoriza el atraso institucional en materia de prevención como un «crimen político». Contrariamente a lo que se ha pretendido desde algunas laderas, la imagen frívola de la *musculoca* se situó en las antípodas de las representaciones de las que se sirvió el discurso sobre la Seropositividad Política. Acaso se tendría que plantear la hipótesis, desde luego mucho más plausible, de que la *musculoca* fue, más que el resultado del Sida, el de la despolitización de la pandemia y la entrada en crisis de los movimientos sociales y políticos que habían emprendido la lucha contra el cuerpo médico y las instituciones sanitarias.

La omnipresencia en las publicaciones mal llamadas «comunitarias» de finales de los 90 de estos chicos musculosos, con gestos y actitudes de connotación violenta, autoritaria y dominante (que no sólo no incomodó a la sociedad heterosexual sino que incluso cosechó la tolerancia colectiva hacia «cierto tipo de homosexuales») vino en efecto a dejar en el camino no sólo las problemáticas de la Seropositividad Política, sino también el proceso desconstruccionista de los 70. Esto hizo que la propia producción de Tom of Finland acabase siendo objeto de no pocas reservas y de una lectura y reinterpretación crítica entre algunos teóricos *Queer* de nuestro país, sobre todo por su excesiva exaltación de una estética machista e incluso fascistoide. Por no hablar, claro está, de su apología de la violencia y la dominación, que parecía prohibir cualquier relación de amistad, sensualidad y sensibilidad entre los hombres.²⁴ Representantes de esta corriente crítica han sido durante los últi-

24. Lo que también vino a estar en las antípodas de un movimiento de lucha contra el Sida que consiguió tejer lazos de solidaridad comunitaria en medio de una profunda diversidad. El hecho de que al saludarnos los activistas de Act-Up-París nos diésemos un beso en los labios no sólo reafirmaba nuestra condición de *maricones* desde una declarada guerra gestual y simbólica a los típicamente viriles apretones de mano y palmadas en la espalda entre los hombres heterosexuales, sino que además sustituíamos la *camaradería* por el *amor entre hombres*.

mos años, por ejemplo, los críticos de arte José M. Cortés y Juan Vicente Aliaga, cuya producción empezó a lo largo de la década de los 90 a preocuparse por las representaciones del Sida en el ámbito de las artes pictóricas y escultóricas y posteriormente a interesarse por el propio papel de la violencia de género y de las formas de poder falocrático en el interior de las mismas. Notorio es que estos autores han trasladado su crítica hacia las representaciones hipervirizantes de la masculinidad al propio ámbito filosófico y literario, sometiendo a severa revisión las idealizaciones del Superhombre en las que se inspiraron sin ir más lejos la producción poética de Whitman, los relatos de ficción de Herman Melville como *Billy Bud*, el *Supermacho* de Alfred Jarry y *Tarzán de los monos* de Edgar Rice Burroughs. También las obras de Cocteau y Jean Genet, cuyos personajes encarnaron la camaradería viril, así como la figura del misógeno y homófobo héroe apoloneo basado en la fortaleza. Una figura del Superhombre que quedará esplendorosamente encarnada en el arte nazi, cuya simplicidad y clara oposición al elitismo de las vanguardias de entreguerras servirá para brindar a las masas los ideales de virilidad, belleza y perfección corporal en base a los cuales se articulará el discurso político sobre la superioridad racial aria y al mismo tiempo la futura política de exterminación masiva del Estado hitleriano. Notorios han sido también en ese sentido los trabajos de Oscar Guasch²⁵ o del ya mencionado Daniel Gabarró.

La distorsión en la que acabó cayendo la virilidad «paródica» y la constancia de que lo que en principio había aparecido como fuente de transgresión política y cultural se estaba convirtiendo en el origen de nuevas formas de homofobia, explica en gran medida el debate que terminó produciéndose en los años 90 sobre la masculinidad, en especial bajo la influencia de las tesis constructivistas de Pierre Bourdieu. Los límites políticos de las copias paródicas conllevó en efecto la necesidad de volver a reformular la crítica de la «masculinidad» tradicional (cuya imitación por parte de los varones homosexuales había acabado por perpetuar y reforzar su inteligibilidad cultural y extensión social), para plantear la alternativa de «masculinidades» alternativas y subalternas. La catastrófica situación de los países del Este tras la caída del Muro de Berlín, la ferocidad que caracterizó la guerra en los Balcanes, la crueldad de los enfrentamientos inter-étnicos en Rwanda, el culto a la muerte, la violación sistemática de las mujeres, el desprecio hacia los derechos humanos, así como las nuevas formas de violencia que irán extendiéndose entre los jóvenes adolescentes y difundiéndose en los canales y circuitos de las nuevas tecnologías como Internet y los videojuegos condicionó en gran medida muchos de estos cambios de percepción respecto a unas *políticas de la parodia* que acababan resultando de mal gusto e incluso insultantes. Terminaba en

25. Guasch, O., *Héroes, científicos heterosexuales y gays*, Bellaterra, 2006.

efecto apareciendo grotesco el hecho de que se pretendiese hacer parodia imitativa de una serie de representaciones que estaban en el origen del brutal rebrote de una violencia de género al encuentro de las mujeres, que en el caso concreto de España acabó indignando y movilizándolo a los medios de comunicación, a la opinión pública, a la clase política y al propio legislador.

La rabia en el cuerpo: el discurso de la Seropositividad política en la encrucijada del movimiento de lucha contra el Sida

No puede dejarse de tomar en serio la rápida capacidad que tuvieron las estructuras institucionales y simbólicas organizadas alrededor de los binarismos de sexo y género y de la heterosexualidad obligatoria para arreglar las grietas y cerrar los boquetes que les habían dejado los movimientos políticos y sociales del Post-Mayo del 68. Las nubes que empezaron a posarse sobre los logros de la Revolución Sexual y los procesos de desconstrucción de las «normas de género» vinieron muy condicionadas tanto por el clima de despolitización y desmovilización que se produjo en el colectivo gay y lesbiano a la altura de los 80, como por la oleada de neoconservadurismo político que logró imponerse durante esa misma época con el advenimiento del reaganismo en los Estados Unidos y del thatcherismo en Gran Bretaña. La emergencia de la «Nueva Derecha» y de movimientos fundamentalistas como la *Moral Majority* no sólo apareció en escena al carro de un revanchismo moral con el declarado y enarbolado objetivo de restablecer los valores puritanos de rectitud (en particular mediante la defensa del retorno a la utopía capitalista del Estado mínimo, a la familia más tradicional basada en el matrimonio y la procreación y a medidas prohibicionistas en materias como el aborto) sino que además coincidió con un nuevo e inesperado fenómeno: el Sida.

Aquello mismo que la prensa amarilla y el conjunto del sensacionalismo mediático de los 80 denominó el *Cáncer Gay* y que finalmente vendrá a ser conocido bajo la nominación de Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, trastocó buena parte de las seguridades y certezas que se habían establecido alrededor de la salud y la enfermedad a lo largo de toda la experiencia histórica de la modernidad. Uno de los rasgos definitorios de las sociedades occidentales en el transcurso del siglo XIX y parte del XX había radicado en el triunfo sobre el sufrimiento humano y la muerte. Los progresos científicos y médicos que inauguró la modernidad estribaron en una confianza ilimitada en la Razón y en el control y neutralización de todos los efectos que pudiese tener la naturaleza en el ser humano. En una civilización en la que habían sido erradicadas las epidemias, en el corazón de las cuales se había impuesto el higienismo, en la que la calidad de la salud pública garantizaba la longevidad y aseguraba el reemplazo generacional en la población y en la que la

institución hospitalaria y la figura del médico adquirirán un reconocimiento social generalizado, la enfermedad dejará definitivamente de aparecer como una fatal providencia. A diferencia de lo sucedido en otras culturas, la muerte es de hecho un tema tabú. La popular expresión, «Que nos falte de todo menos la salud» reflejará los valores de una sociedad que en su temor del sufrimiento y de la muerte depositará toda su confianza en la medicina y la ciencia, así como en los progresos terapéuticos y farmacéuticos. Factor que aclara el que el sistema sanitario de titularidad pública y su cobertura económica y financiera por parte de la Seguridad Social haya sido uno de los pilares del Estado del Bienestar. Evidentemente también una de las cuestiones más delicadas de abordar en los debates políticos y en las contiendas electorales, sobre todo en un marco coyuntural dominado por discursos ideológicos sobre el desinflamiento de las administraciones del Estado y de sus sistemas de protección social en beneficio del mercado.

El concepto moderno de salud pública supuso también una clara inflexión civilizatoria, ya que el miedo a las catástrofes colectivas había desaparecido del espíritu de los ciudadanos, depositarios de una confianza ilimitada en las instituciones, en el Estado y en la idea de progreso. Lo que supondrá un cambio de rumbo sustancial respecto a las epidemias de la era medieval, consideradas como el resultado de una fuerza providencial de origen religioso. El hecho de que el Sida volviese a aparecer como una «enfermedad de masas» en su expresión pre-moderna (cuya rápida extensión se produjo de manera dramática en los países en vías de desarrollo) abrió los cauces de un neo-oscurantismo alentado desde la extrema-derecha religiosa y del que se convertirán en representantes los televangelistas emanados de las tinieblas de la América profunda. Pese a lo desafortunado del título, la compilación de Alberto Cardín *Sida: ¿Maldición bíblica o enfermedad letal?* reflejó el ambiente de regresión política de unos años 80 en los que las sociedades occidentales terminaron alzándose con sus propios «integrismos».²⁶ El Sida fue en efecto presentado por los sectores ultraconservadores como un castigo divino por «delito de género» y crimen *contra-natura*. Ilustración de ello es que la década de los ochenta fue una época de renovación de la homofobia y de las dialécticas de la injuria, pero sobre todo y ante todo de reestigmatización del gay. La morbosidad con la que los medios de comunicación de los 80 difundieron imágenes de gays infectados por el VIH y el machacón hincapié que se hizo en la impotencia de la medicina y en la rápida expiración de los enfermos, contribuyeron en gran medida a dar alas a la superchería de este neo-oscurantismo que parecía anteponer la Ley Divina sobre la fuerza de la Razón.

26. Cardín, A.; De Fluvià, A., *Sida: ¿Maldición bíblica o enfermedad letal?*, Barcelona, Laertes, 1985.

Es una obviedad que el clima político e ideológico arriba descrito no apareció ni como el más propicio, ni el más susceptible de concienciar al colectivo gay y lesbiano. No sólo en Estados Unidos (que vio sentarse en el sillón del despacho oval a unos de los presidentes más reaccionarios de la historia política de la República Imperial), sino también en Francia, dominada por la demagogia del miedo (recurso de una derecha neofascista liderada por el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen) y una persistente homofobia institucional (nunca reconocida, pero sí sutilmente practicada). La animosidad generalizada hacia un gobierno socialista cuya desastrosa política económica había estado a un paso de situar al país vecino al borde de la bancarrota y la creciente alimentación de temores colectivos por parte de una extrema-derecha que no faltó en hacer la amalgama entre los efectos de la inmigración, la delincuencia, la drogadicción, la pandemia y la homosexualidad paralizaron al Estado en materia de prevención. Polémicas y comentadas fueron las posiciones del conocido periodista Paul Bowles, afín a la Nueva Derecha francesa de Alain Benoist, que llegó a escribir en el periódico conservador *Le Figaro* que el *droit à la différence* (lema de una manifestación organizada en la plaza de la Concordia por SOS Racismo en protesta contra el creciente ascenso electoral del Frente Nacional) era el producto del «Sida mental» que estaba afectando a la juventud francesa. Bien que el energúmeno estaba lejos de ser representativo de la siempre tan educada derecha periodística francesa, su artículo no dejará de reflejar el ambiente reinante en el país vecino y que, obviamente, no podía generar otra cosa que la reacción autodefensiva del colectivo gay. En España la presencia de un gobierno socialista y el clima individualista de la primera etapa de la Era González no impidió que cundiese en el ambiente un estado de ánimo bastante similar al imperante en Francia y en los Estados Unidos. La perplejidad del gay se tradujo en consecuencia, en más de una ocasión, en una especie de indiferencia pasiva. En un momento en el que la derogación de la Ley de Peligrosidad Social apenas si tenía unos años, en el que se había conseguido a duras penas que la homosexualidad fuese descategorizada por la OMS de las lista de enfermedades y patologías y en el se iban conquistando espacios de libertad y de sociabilidad conocidos bajo el nombre de «El Ambiente» la incredulidad y las actitudes de desidia del colectivo gay y lesbiano frente al fenómeno epidémico parecían poseer su peligrosa lógica.

La tardía reacción del movimiento gay frente a la pandemia ha sido uno de los temas tabúes en el ámbito del activismo, siendo un buen reflejo de ello la encarnizada polémica que desató en Francia el libro de Frédéric Martel *Le rose et le noir*.²⁷ Más allá de la mala fe que desprendió este autor y de la que

27. Martel, F., *Le rose et le noir. Les homosexuels en France de 1968 à nos jours*, París, Editions du Seuil, 1996.

dejó ejemplo el cúmulo de exageraciones que caracterizaron su trabajo sobre temas como el de la responsabilidad por activa y por pasiva de los líderes de la Revolución Sexual de los 70 y del *Gaybusiness* en la extensión de la pandemia entre las minorías sexuales, cierto es que el movimiento de lucha contra el Sida sólo logró reconstituirse como verdadero actor político y social a finales de los 80 y principios de los 90.

La lenta constitución del movimiento de lucha contra el Sida tiene su génesis en las primeras formas de auto-organización que se crearon en los Estados Unidos a partir de la segunda mitad de los años 80, sobre todo bajo la batuta de líderes carismáticos como Larry Kramer y Randy Shits y a los que se debe la paternidad de la *Gay Men Health Crisis*, embrión de lo que acabará siendo *Aids Coalition To Unleash Power*, la indómita Act-Up. El efecto magnético que tuvo el movimiento gay norteamericano desde la revuelta de *Stonewall* contribuyó en gran medida a la constitución de sus versiones en Europa occidental, en especial en Francia. Act-Up-París será fundada por el periodista de *Liberation* y crítico de música Didier Lestrade, dando lugar a la emergencia en el espacio público de nuevos líderes de enorme carisma como fue el entrañable Cleews Vellay (quien hasta su muerte en 1994 cohesionó y garantizó la popularidad del movimiento en la sociedad francesa) o el combativo Philippe Mangeot, activista vinculado a la revista *Les Cahiers du Combat* animada por un cierto número de «*Normaliens*». Si Vellay consiguió a través de su carisma conectar con los gays de *a pie*, cosechando la adhesión e incorporación a Act-Up-París de personas que en principio jamás se habían planteado implicación alguna en el activismo, Philippe Mangeot, quizás más elitista y distante con los militantes de base, otorgó un tufillo intelectual a la asociación que irá entreabriendo en Francia la puerta de entrada a la Teoría *Queer* en Francia. Al lado de Act-Up-París cohabitó el movimiento AIDES bajo la iniciativa del compañero sentimental de Michel Foucault, Daniel Defert, y que si bien encontró su inspiración en la versión británica de la ya mencionada *Gay Men Health Crisis*, también bebió políticamente de la herencia de los *Groupes d'Information sur les Prisons* (GIP) y de los *Groupes d'Information sur les Malades* (GIM) fundados por el propio Foucault en los años 70 a la par de la publicación de obras como *Surveiller et Punir* y *Histoire de la Folie*. La experiencia del movimiento de lucha contra el Sida no se basó tanto en la tradicional dicotomía entre «radicalismo» y «reformismo» (tal y como deja pensar el errático análisis de Frederic Martel), sino en un movimiento político y social que combinó contestación con negociación institucional, primando una u otra dimensión según las circunstancias.

En España la contrapartida del movimiento de lucha contra el Sida encontró su primera manifestación en los *Comités Ciudadanos*, plataforma animada por colectivos de gays y lesbianas que optaron por tomar las riendas del asunto

al margen de un mundo asociativo que, al igual que en el resto de Europa, no acabó de reaccionar ante la pandemia en gran parte rehén de la perplejidad, la duda y el impacto de nuevas formas de homofobia que retroalimentaban la ya recalcada actitud autodefensiva de las minorías sexuales. Pese a la habitual debilidad del movimiento gay en la Península se terminaron sin embargo dando experiencias singulares como la Radical Gay y Lesbianas sin Dudas, que se identificaron y reivindicaron como imitaciones políticas de Act-Up-París y Ac-Up-New-York. La versión catalana del movimiento ideado por Larry Kramer en Estados Unidos y Didier Lestrade en Francia se articuló alrededor de Act-Up-BCN, aunque ésta última quedó sobre todo vinculada al histórico FAGC única voz crítica que se situó en materia de Sida al margen del subvencionismo y el asistencialismo despolitizado y clientelista respecto a un gobierno autonómico que arrastró los pies en materia de política informática y preventiva sobre el VIH. Notorio es a ese respecto el silencio y la condescendencia de la que hizo gala la Coordinadora Gay y Lesbiana de Catalunya, así como el propio y respetabilista Casal Lambda en relación a la política sanitaria privatizadora y de corte neoliberal que desplegó el gobierno conservador de Convergència i Unió.

Tanto la Radical Gay como LSD nacieron en el contexto del barrio madrileño de Lavapiés. La ubicación tuvo una fuerte carga simbólica en la medida que éste último encarnó los valores de un multiculturalismo abierto y de una diversidad identitaria no fragmentadora que parecía disipar los medios sociales ante la invasión de los *bárbaros*. Los atentados del 11-M pegaron sobre las espaldas del barrio la etiqueta maldita del fundamentalismo islámico tras descubrirse la vinculación de algunos vecinos de origen árabe con la masacre de Atocha. Lo que no debe hacer olvidar que Lavapiés había sido antes de la matanza un nido de izquierdismo, feminismo, lesbianismo y toda suerte de grupos contestatarios. El gesto simbólico de la Radical Gay y de LSD al situarse en un barrio definido por su multiculturalidad y tradición en la protesta política también tuvo su expresión en la elección por parte de Act-Up-París de sus locales de asamblea: la antigua sede de la revista *Gaïpiéd* (ya desaparecida) y el anfiteatro de l'Ecole des Beaux-Arts en la rue Bonaparte, lugar en el que el FHAR acostumbró a celebrar sus propias reuniones en los años 70. El hecho confirmaba la reivindicación y la recuperación de toda una tradición y una herencia política.

Aunque el grupo fundacional y dinamizador se concentró sobre todo en el corazón de la revista *Non Grata*, LSD adquirió numerosos nombres a la vista de la multitud y diversidad de gente que acabó reuniéndose en el barrio de Lavapiés: además de Lesbianas sin Dudas, también Lesbianas Se Difunden, Lesbianas Sexo Diferente, Lesbianas Sin Destino, Lesbianas Sospechosas de Delirio, Lesbianas Sin Dios y toda una variedad de apelativos que connota-

ron la confrontación directa con una realidad que se consideraba opresiva. Movimiento caracterizado por la diversidad de aspiraciones de sus miembros, LSD nació originariamente como un grupo motivado por la creación artística y fotográfica que popularizó lo que llegó a conocerse como *fanzines* y de la que derivaron las impactantes exposiciones *Es-Cultura Lesbiana* y *Menstruosidades*. Estas últimas pretendieron sobre todo tornar visibles los cuerpos en su diferencia y que llegó de hecho a ser uno de los temas centrales del proceso de politización del cuerpo que emprendió el movimiento de lucha contra el Sida en base a los postulados de lo que vino a ser denominada la Seropositividad Política. LSD fue en gran medida una reacción contra un movimiento feminista español en realidad insensible ante el hecho lesbiano y contra las falsas dicotomías entre igualdad y diferencia. Una tendencia que también tuvo su contrapartida en Act-Up-París, movimiento que resistió con fuerza a la cruzada que en Francia se libró en los años 90 contra el diferencialismo, siempre tildado de esencializador, segregador y guetizante, cuando en verdad estaba vehiculando un amplio movimiento de democratización cultural centrado en la multiplicidad de las subjetividades (incluida la gay y la lesbiana). Factor que deslegitimó las acusaciones de comunitarismo autoritario lanzadas desde una burda postura *asimilacionista* por Frédéric Martel y las comisiones gays y lesbianas vinculadas al Partido Socialista francés. Como ha recordado Fefa Vila, cabeza visible de este movimiento, LSD fue un movimiento hiperidentitario que consiguió escapar del autoencierre comunitario y del esencialismo, precisamente porque al mismo tiempo que se afirmaba también se descentralizaba la identidad. Signo de que esas identidades eran sometidas a revisiones constantes, a construcciones, desconstrucciones y reconstrucciones es que LSD llevó por lema «Definete y cambia».

Alrededor de LSD y de la Radical Gay se fue constituyendo igualmente todo un movimiento intelectual compuesto por teóricos, ensayistas e investigadores sobre el que recaerá el mérito de introducir la teoría *Queer* en España. Cabe resaltar a ese respecto figuras de Ricardo Llamas, al que se le atribuye la paternidad de las primeras producciones sobre la cuestión, así como trabajos que llegarán a hacer época, sobre todo los relacionados con las dimensiones identitarias de la Seropositividad Política.²⁸ El desaparecido Francisco. J. Vidarte, quien será uno de los principales ponentes en España de las teorías de la desconstrucción de inspiración derridiana y a quien corresponde la paternidad del primer seminario en el ámbito universitario español sobre la teoría *Queer*. Beatriz Preciado, derridiana de pro y que aunque a caballo entre Francia y los Estados Unidos contribuirá en España a la reinterpretación

28. Llamas, R., *Construyendo Sidentidades Estudios desde el corazón de una pandemia*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

del construccionismo materialista de Monique Wittig. A los que hay que sumar Javier Sáez y David Córdoba García, Sejo Carrascosa, Carmen Romero Bachiller, Alfonso Ceballos Muñoz, Désiré Rodríguez, Helena Rodríguez, Marcelo Soto, Eduardo Nadal, Pablo Pérez Navarro y la propia Fefa Vila. Un conglomerado de teóricos, perfiles y ámbitos disciplinarios diversos, pero que contribuirán a la difusión de la teoría *Queer* desde el campo de la filosofía, la sociología, la antropología social, el psicoanálisis, la teoría literaria y la crítica filmica y teatral.²⁹

Pese a haber sido una fuerza de impulso significativa para las facciones más reivindicativas del activismo gay y lesbiano que surgieron bajo la batuta del movimiento de lucha contra el Sida en la década de los 90, las reservas sobre la originalidad de los presupuestos teóricos de la corriente intelectual *Queer* no estuvieron ni han dejado de estar presentes. Ello es debido al hecho de que muchas de las tesis defendidas por sus ponentes remontaban ya al periodo de la post-guerra y más en concreto a la aparición de los postulados anti-esencialistas defendidos por Simone de Beauvoir en *Le Deuxième Sexe*, como es sabido posteriormente recreados por Michel Foucault y Monique Wittig a la altura de los 70.³⁰ No corresponde aquí sacar a colación discusiones sobre si la teoría *Queer* ha sido un río de innovaciones alrededor o si se trata solo de un océano de «apropiaciones», en suma, de un conglomerado de simples «reseñas» de teorías de sobra conocidas en Europa occidental. Tampoco es menester embarcarse en actos amonestativos al encuentro de la supuesta deshonestidad de esta corriente al presentar como «propios» contenidos teóricos que en realidad son de patencia «ajena». Cabría llamar a ese respecto la atención sobre el hecho de que los tics «apropiativos» no son exclusivos de la teoría *Queer* sino más bien generales en un mundo académico norteamericano empeñado en brindar lecciones a los europeos en todas las ramas de las ciencias sociales y humanísticas. Más allá de estas estériles controversias (que parecen pasar por alto que toda teoría es el resultado «interpretativo» y «reinterpretativo» de precedentes teorías y que por lo tanto ninguna de éstas es nunca del todo original) de recibo es reconocer un hecho: la importancia política, primero del movimiento *Queer* emanado de los márgenes de la comunidad gay, lesbiana y trans, y segundo de una movida intelectual y académica que le dio concreción discursiva entre finales de los 80 y segunda mitad de los 90. El tema no es baladí si se tiene en cuenta que esa concreción

29. Una síntesis de este movimiento intelectual puede encontrarse en Córdoba D.; Saéz, J.; Vidarte, P., *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, Madrid, Egales, 2005.

30. Entre los representantes más críticos de esta corriente figura Oscar Guasch, quien ha puesto en cuestión lo que según él es un plagio, apropiación, monopolización y a veces malinterpretación de la herencia académica *construccionista*.

discursiva coincidió con una oleada de neoconservadurismo que pretendió restablecer los tradicionales arquetipos alrededor de la masculinidad y la feminidad, redisciplinar la sexualidad como simple instrumento reproductivo y reforzar la discriminación de los comportamientos no «normativos». Es en ese clima de rearme político de los sectores sociales ideológicamente más reaccionarios que habría que situar el valor de un edificio teórico que consistió, quizás no en «descubrir», pero sí en «recordar» la arbitrariedad de los vínculos lineales establecidos entre «sexos», «géneros» y sexualidad.

La alianza que se forjó entre LSD y la Radical Gay en los años 90 fue también el producto de las mutaciones que se fueron produciendo a raíz de la pandemia en las relaciones internas entre gays, lesbianas y transexuales. La mixticidad del movimiento de lucha contra el Sida supuso una revisión de fondo de las tesis separatistas (imperantes sobre todo en el campo lesbiano de los 70) y una decidida apuesta por una política de coaliciones que se extendió, por lo menos en el caso de Act-Up-París, al mundo de los toxicómanos, de las prostitutas y de algunos ex-reclusos de instituciones penitenciarias implicados en las medidas de prevención del VIH en las prisiones. Accesoriamente también se crearon grupos de trabajo como la Comisión *Planete*, volcadas en problemáticas como las disparidades Norte-Sur en relación a la pandemia. Act-Up-París desarrolló una labor importante en el control sobre la política anti-inmigratoria de los gobiernos conservadores franceses, jugando un papel significativo en las protestas y las movilizaciones sociales por la derogación de la Ley Pasqua promulgada por el neogaullista gobierno conservador de Edouard Balladur. Los progresos terapéuticos que se fueron produciendo a partir de la segunda mitad de los 90, el sincretismo del cuerpo médico, la actitud siempre titubeante de las autoridades sanitarias públicas y el eterno espectro de la rapiñera industria farmacéutica obligó a Act-Up-París a ir abandonando algunas temáticas que desbordaban su capacidad estratégica y a recogerse de nuevo en la cuestión de los tratamientos. Lo que vino a denominarse el «*recentrage thérapeutique*» generó no pocas tensiones en el seno de este movimiento y la deserción de un cierto número de activistas que habían visto en él un instrumento de vehiculación de un sinfín de utopías de variado origen y problemáticas. Si bien, el tan amonestado *recentrage thérapeutique* devolvió al movimiento de lucha contra el Sida a su razón de ser de origen. Es decir la puesta en cuestión cultural de todo un sistema sanitario y de unas relaciones de poder entre la profesión médica y el paciente, sobre todo a través de una politización del cuerpo seropositivo de la que ya se hizo una breve descripción más arriba. La política de alianza entre LSD y la Radical Gay quedó justamente condicionada por la necesidad de contestar los discursos oficiales y normativos sobre las prácticas sexuales, reinventándolas y reformulándolas desde ángulos menos encorsetados. LSD y Radical fueron los dos primeros movimientos en España en organizar jornadas sobre *sexo seguro*, contestando al mismo tiempo las actitudes autoculpabilizadas y

neomoralistas de algunas asociaciones que se dedicaron a difundir discursos ridículos sobre la estabilidad de las parejas, triste preámbulo del futuro debate sobre el matrimonio que acabó tomando cuerpo en el 2005.

La idea de «sexo seguro» (que en ningún caso puede considerarse como un antónimo político y cultural del «seguro constante») gozó de una amplia difusión en países como Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia. En el París de los 90 fueron frecuentes las secciones sobre prácticas y formas de experimentación sexual que relativizaban la dimensión anal del encuentro entre varones. Lo que a veces se denominó en tono de guasa «Clubs de pajas» (dando a entender una supuesta dimensión frustrante de la práctica masturbatoria) sirvió en muchos casos para devolver una vida sexual a gays infectados por el VIH. Estigmatizados por ciertos discursos culpabilizadores y torturados por los peligros de los factores de sobrecontaminación que podría acarrear el fallo de instrumentos de prevención como el preservativo, muchos gays seropositivos encontraron en estos espacios nuevas formas de vivir la sexualidad y experimentar el placer, sustituyendo las tradicionales prácticas penetrativas por formas de sensualidad no menos agradables y novedosas. Acaso habría que recordar que la obsesión de muchos homosexuales por la penetración como único vehículo de culminación del acto sexual, como sólo rito calificable de *polvo*, está en relación directa con el poder falocrático heteronormativo y las relaciones de dominación que lo circunscriben. El placer desexualizado del que habló Michel Foucault sobre todo en relación a las prácticas S/M se insertó en ese sentido en la puesta en cuestión de ese mismo falocratismo. Pero más allá de los ritos la idea de *sexo seguro* partió tanto en Act-Up-Paris, en la Radical Gay como en LSD, de una concepción de los individuos como sujetos sexuales políticos y no como meros sujetos sexuales privados. Fernando Villaamil ha investigado de forma pormenorizada el impacto y desarrollo de las políticas preventivas y prácticas de riesgo y analizado brillante y acertadamente la cuestión de la Seropositividad Política en España y su incidencia en la reformulación de los mecanismos identitarios en el seno del colectivo gay, lesbiano y transexual.³¹ A pesar de que la cuestión de los «Nuevos Modelos Familiares» haya sido el instrumento de usurpación por parte de los sectores *asimilacionistas* de la voz del colectivo gay, lesbiano y transexual, mal puede ocultarse la importancia, incluso en España, de la cuestión de la Seropositividad Política.

Las acciones de la Radical Gay y de LSD fueron ciertamente menos espectaculares que las de Act-Up-París (que consiguió ser temida por el grueso de la clase política, de los altos funcionarios de la sanidad pública, los médicos y

31. Villaamil, F., *La transformación de la identidad gay en España*, Los libros de la Catarata, 2004.

la industria farmacéutica con motivo de su importante proyección mediática y popularidad social.) Act-Up-París estuvo a un paso de arruinar definitivamente la carrera política del dirigente socialista Laurent Fabius a raíz del escándalo en Francia que rodeó el asunto de la Agencia Nacional de Transfusiones Sanguíneas, provocando la caída de altos funcionarios y la exclusión del ejercicio profesional de algunos médicos.³² Vanguardia del movimiento gay en los años noventa, Act-Up-París no tuvo asociación en Francia que le hiciese sombra y si el clientelismo ente los partidos de la izquierda y las corrientes *asimilacionistas* no estuvieron ausentes en el país vecino, cierto es que éstas últimas se cuidaron bien de un enfrentamiento directo con los actores del movimiento de lucha contra el Sida. Desde luego, si algo hay que decir es que tanto Act-Up-París como AIDES consiguieron erigirse en un movimiento social central en la sociedad, que les convertirá en uno de los actores sociales más importantes surgidos en la escena social después de la entrada en crisis de los Nuevos Movimientos Sociales del Post-Mayo del 68. Movimiento que se definió sobre todo por un principio de identidad (la realidad alienante del cuerpo seropositivo), de oposición (que consistió en el proceso de conflictualización política y social de las relaciones con el poder médico y el sistema sanitario) y de totalidad (consiguiendo poner en jaque las representaciones y orientaciones culturales alrededor de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte). Resulta paradójico a ese respecto que los sectores *asimilacionistas* hayan acusado con tanta frecuencia a Act-Up-París de fomentar el autoencierre comunitario, cuando las problemáticas de la Seropositividad política y el proceso de politización del cuerpo sufriente influyó con creces en numerosas asociaciones de enfermos. En efecto, estos últimos empezaron a tener instrumentos de autodefensa frente al poder arbitrario del cuerpo médico y las desigualdades sociales generadas por un mundo de la investigación y de la industria farmacéutica guiados por los criterios del mercado. Si los sectarismo no estuvieron ausentes (sobre todo a medida que los progresos de los protocolos terapéuticos empezaban a agotar las problemáticas que se habían erigido en la razón de ser de los discursos sobre la Seropositividad política), no es menos cierto que Act-Up-París y el conjunto de los actores políticos, sociales y culturales que se inspiraron de ella constituyeron un movimiento singular e irrepetible.

El contexto y la suerte política que le tocaron vivir a LSD y a la Radical Gay fueron otros: el omnipresente clientelismo de la izquierda parlamentaria con

32. Se trata de uno de los mayores escándalos públicos y políticos conocidas por la Francia de los años 80 y 90. El origen del mismo estuvo en los errores técnicos cometidos de la Agencia Nacional de Transfusión Sanguínea en un proceso masivo de transfusiones de sangre infectada por el VIH, con resultado de millares de víctimas que acabaron poniendo en la picota al Ministerio de Sanidad, a varios funcionarios de alto rango y al entonces Primer Ministro del gobierno socialista de François Mitterrand, Laurent Fabius.

las asociaciones hegemónicas en base al subvencionismo de la *sopa boba* dificultaron en mucho la acción de estos dos grupos. Los cuales, sin embargo, lograron hacerse un hueco mediático y emprender, a pesar de todo, acciones de una cierta proyección al encuentro de las autoridades sanitarias. Su relativa marginalidad en términos de presencia pública (en beneficio de una *homocracia* cuya hipermediatización siempre fue equivalente a su falta de representatividad y legitimidad a ojos de una parte importante del colectivo gay, lesbiano y transexual), no debe hacernos olvidar que tanto LSD como la Radical Gay, así como las temáticas de los *fanzines* y de revistas como *Non Grata* o *De un plumazo*, guardaron el mérito de hacer que muchos se percatasen de la miseria del mundo asociativo español y de la posibilidad de acciones estratégicas alternativas. Desgraciadamente, las posibilidades de su materialización empezaron a ser cada vez más remotas a medida que se fueron extinguiendo movimientos como los que acaban de ser descritos y acercando el nuevo siglo XXI.

¿Hacia una (re)esencialización del orden simbólico?: el matrimonio gay y lesbiano como claudicación cultural

Uno de los temas que más han acaparado la atención de la opinión pública en este *otoño político* que ha ido conociendo el movimiento gay y lesbiano desde la crisis y la salida de escena de los muy contestatarios movimientos de lucha contra el Sida a finales de los años 90, ha sido sin duda el del reconocimiento civil y jurídico de lo que ha venido a conocerse bajo el término de «Nuevos Modelos Familiares» y cuya articulación jurídica acabó concretizándose legislativamente en el 2005 a través de la reforma del Código Civil.

La expresión «Nuevos Modelos Familiares» se acuñó durante la primera mitad de los años 80 por una serie de sociólogos de la familia formados en la jerga política e ideológica del Mayo del 68 que tuvieron en el horizonte la puesta en jaque del modelo dominante representado y legitimado por la teoría funcionalista: la familia legítima nuclear. Pese a que los modelos de convivencia entre personas del mismo sexo nunca estuvieron en los objetos de indagación de las corrientes más innovadoras de la sociología de la familia, la expresión «Nuevos Modelos Familiares» no tardó en ser objeto de una reapropiación por parte de ciertos sectores del colectivo gay y lesbiano. A ello hay que añadir la propia aportación que se hizo desde el campo gay mediante el recurso a algunas fuentes teóricas y cuyo principal ponente llegó a ser el historiador medievalista y activista gay John Boswell.³³ La cuestión colateral

33. Boswell, J., *Las bodas de la semejanza*, Munick Editores, 1996.

del derecho a la adopción por parte de parejas del mismo sexo vino condicionada, por su parte, por los debates sobre las relaciones entre naturaleza y cultura en la delimitación simbólica del parentesco y la filiación.

Factor de sorpresa social en medio de una vida colectiva impregnada por las regulaciones establecidas por la institución de la heterosexualidad obligatoria, la cuestión del «matrimonio gay y lesbiano» derivó en el planteamiento de dos interrogantes. En primer lugar, en relación a su lado pretendidamente transgresor. No era descabellado el que se manejase la hipótesis de que al liberar al «sexo» del «género» se operaba un proceso de desconstrucción de los binarismos y las dicotomizaciones que la sociedad daba por inherentes, confirmándose así la «no naturalidad» de la familia nuclear clásica basada en la mixticidad. El planteamiento inverso arguyó en cambio que el «matrimonio gay y lesbiano», a través de su propia estructura imitativa de la familia nuclear clásica, no hacía otra cosa que reconfirmar la legitimidad histórica de las «normas de género», dejando a los «sexos» rehenes de roles y funciones jerarquizadas, contribuyendo, aunque sólo de manera indirecta, a *esencializar* esos mismos binarismos y dicotomizaciones que estaban en el corazón de la heterosexualidad obligatoria. Aunque sin dejar de tener en consideración la originalidad de la primera hipótesis (que siempre fue teórica y en ningún caso sujeta a la observación de los actores sociales implicados) el segundo planteamiento se revela a no querer más plausible y anclado en la realidad. En efecto, las imágenes de respetabilidad (en algunos casos con un carácter un tanto cómico) que pretendieron brindar los abanderados del famoso «matrimonio» sembraron y siguen sembrando serias dudas sobre la existencia de intencionalidad transgresora alguna.

La propia y controvertida cuestión del derecho a la adopción fue de hecho abordada desde una voluntad de no desestabilizar los conceptos y las construcciones sociales sobre el parentesco y filiación que estuvieron en el corazón mismo de las estructuras jurídicas de la heterosexualidad obligatoria. Todo ello a pesar del agudo cuestionamiento de los que habían sido objeto precisamente estos «constructos» desde los mismos años 70. La observación de los hechos deja en evidencia cómo fueron desaprovechadas las baterías argumentativas que hubiesen podido aportar figuras sociales de los años 90 como las madres de alquiler, los niños probetas, las prácticas como la donación de óvulos o el uso de nuevas tecnologías de intervención sobre los procesos biológicos de reproducción. Elementos todos ellos que contribuían a redelimitar conceptualmente lo que debía entenderse por padre, por madre, por hijo o por familia. Al faltar la diferencia de sexo, y por lo tanto la condición biológica del parentesco y de la filiación que estableció la heterosexualidad obligatoria a través de la propia institución familiar, los sectores *asimilacionistas* creyeron poder superar las reticencias de la sociedad mediante un

trabajo compensatorio de reproducción de las «normas de género». Los «carnets de honorabilidad» que las parejas de gays y de lesbianas acreditaron desde un punto vista mediático, prestándose a los ritos de las unidades familiares clásicas, dejan constancia de ello. La piedra de escándalo no es la tendencia de estos sectores *asimilacionistas* a presuponer la vía del matrimonio como único espacio de solidaridad intergeneracional y socialización (presunción a la que habrían dejado de dar crédito incluso las parejas mixtas) sino su contribución a la reafirmación y *esencialización* de la institución de la heterosexualidad obligatoria. Lo que no deja de ser una expresión de surrealismo político a la vista de la orientación que históricamente siempre tomó el movimiento gay y lesbiano y que estribó en cambio en la *desconstrucción* de todos los mecanismos y representaciones simbólicas e institucionales que esa misma heterosexualidad obligatoria había impuesto y que estarán en el origen justamente de la homofobia moderna.

Objetivo de este artículo ha sido a ese respecto realizar un recorrido sociohistórico por estos fetiches institucionales que se constituyeron de forma temprana con el advenimiento de la experiencia de la modernidad. En segunda instancia, también analizar la voluntad del movimiento gay y lesbiano (a través de una lucha repleta de luces y sombras, con progresos y regresiones, con medias victorias y medio derrotadas) de denunciarlos precisamente como tal. Como hubiese dicho Monique Wittig, como un régimen de poder y dominación inserto en las estructuras del falocapitalismo, más que como un orden natural. Boquiabiertos se quedarían hoy la propia autora del *Pensamiento heterosexual*, Michel Foucault, Guy Hocquenghem y otros gurus de la Revolución Sexual o, entre nosotros, Alberto Cardín, figura con pros y contras, cuya lamentable posición alrededor de la cuestión del Sida contrastó con su más que pertinente, inteligente y aguda actitud política e intelectual anti-*asimilacionista*.

Cuando el llorado Cleews Vellay hacía ostentación de su amaneramiento de *pédal* (maricona), utilizando el género femenino y refiriéndose a su compañero sentimental como *Mon époux* (mi esposo), provocando las risas de los compañeros de Act-Up-París y el sonrojo del público heterosexual, todos sabíamos que lo que estaba siendo objeto de risas no era él, sino los ornamentos simbólicos y lingüísticos que utilizaba. Sus palabras eran en efecto una burla a algo que la sociedad parecía imponer y que los maricas y las bolleras de Act-Up-París nos permitíamos (incluido Cleews Vellay) no tomar en serio. La sátira que Cleews realizó de sí mismo y la burla que simultáneamente hacía de una sociedad homófoba que veía en él el estereotipo del *maricón sidoso* fue un rito de *desconstrucción*. No intelectual y *patricio* (que en cambio sí fue función de los «*Normaliens*»), sino simple y *pario*. Cleews Vellay no era un erudito, sino un sujeto de a pie y autodidacta que se ganó el respeto, la admiración y la amistad del grueso de los activistas. Si Eve Kosofsky

Sedgwick «salió del armario» como mujer «gorda» y reclamó su trozo de tierra en la sociedad frente a la anoréxica modelo del mundo de la alta costura, si Gloria Anzaldúa y Audre Lorde «salieron del armario» como lesbianas chicanas y negras haciendo oír su voz frente al racismo blanco del feminismo e incluso de un sector de las minorías sexuales, con Clews Vellay «salieron del armario» muchos gays afeminados, seropositivos, de orígenes social y económicamente modestos y sin grandes oportunidades en la vida. Aquellos mismos que hoy en día la mal llamada prensa «comunitaria» y los artífices de la «identidad basura» pretenden volver a *armarizar* desde el culto a la frivolidad, el consumismo exacerbado, el individualismo narcisista y la insolidaridad. A través de la simplicidad de este panadero, huérfano de padre y de origen pobre, muchos gays, lesbianas y transexuales recuperaron su autoestima, aprendiendo a defender el valor de sus proyectos de vida, por cierto, sistemáticamente negados por la institución de la heterosexualidad obligatoria. Clews Vellay quedará sin lugar a dudas como uno de los líderes más populares y carismáticos de la historia política del movimiento gay y lesbiano.

Le mariage ont s'en fou! fue sin duda la frase que más pronunciamos, conscientes de lo absurdo de una reivindicación que difícilmente podía hacernos olvidar la brutalidad con la que la enfermedad más cruel jamás conocida por la humanidad y la historia de la medicina había arrasado con muchos compañeros y los inocentes de ese container del mundo que ha venido a ser denominado «países en vías de desarrollo». Razón tuvo el muy *Queer* y antiguo «Radical Gay» Sejo Carrascosa cuando en tono sarcástico afirmó que él «*No se quería casar con un maricón, sino divorciarse del virus*».

Todo tiene su momento y es cierto que la Seropositividad Política tuvo el suyo, destinado a ir agotándose a medida que sus problemáticas iban subiendo al Espacio Público. El éxito o el fracaso de un movimiento social se categoriza según sea su capacidad de hacer institucionalizar sus demandas. El Sida sigue causando sus estragos, pero el hecho de que el Estado y las instituciones hayan convertido la enfermedad en un problema de interés general y la hayan plenamente integrado en las políticas sanitarias o el hecho mismo de que el poder médico y la industria farmacéutica ya no sean tan intocables, demuestra el éxito de un movimiento social. La situación de los seropositivos en el siglo XXI ya no es la misma que en 1980, de la misma manera que la suerte de la clase obrera en el siglo XXI no es idéntica al del el siglo XIX, ni el de las mujeres actuales al de los años 50. Esta referencia a la Seropositividad Política no es por mi parte el producto de una «autoparálisis» ideológica o de una nostalgia política. Sino el de la voluntad de recordar los ideales y estrategias de cambio social y cultural del movimiento gay y lesbiano. Su discurso singular, rico de ideas, contrasta hoy con el miserabilismo político e intelectual de eso que ha venido a denominarse «Nuevos Modelos Familiares».

En el momento en el que son escritas estas líneas queda pendiente la sentencia del Tribunal Constitucional. Hace falta la posesión de una ardua formación jurídica para aventurarse a pronosticar, aunque sea de forma intuitiva, la dirección que pueda llegar a tomar la esperada sentencia. Es obvio que un pronunciamiento por parte del Tribunal Constitucional adverso al legislador podría tener consecuencias graves en la arena de un treguado debate partidista y que acabaría reanudándose dentro y fuera de las instituciones parlamentarias. Pero no es menos obvio que los efectos sociales cuantitativos sobre el colectivo gay y lesbiano se revelarían de alcance muy limitado: no ha habido una precipitación masiva a los ayuntamientos para formalizar administrativa y ritualmente estos «matrimonios», ni tampoco montañas de expedientes de solicitud de derecho en adopción. Hecho que siembra serias dudas sobre cuál era la demanda «sociológica» entre las minorías sexuales de estas dos reivindicaciones abundante y exasperantemente cacareadas por las corrientes *asimilacionistas*. En retorno, puede tener efectos políticos cualitativos serios y significativos: la deslegitimación de las demandas del colectivo LGTB, dándose por sentado su desinterés e irrecibibilidad en el Espacio Público. Deriva preocupante a la vista de la constatada persistencia en el tejido social de sendos mecanismos de discriminación al encuentro de los gays, las lesbianas y los transexuales en amplios y variados aspectos de la vida colectiva. Lo cual nos obliga a los sectores *diferencialistas* que con más virulencia nos hemos opuesto a esta heteronormativizante ley a desear lo que hemos rechazado, viéndonos atrapados en las garras de un chantaje moral bajo el reproche de haberle hecho la cama a la derecha y a los sectores más reaccionarios y homófobos de la sociedad.

Mala noticia sería que la misma sociedad española terminase vinculando única y exclusivamente nuestros derechos a la sentencia del TC, haciendo tabula rasa de la variedad de temas y anhelos que caracterizan a las minorías sexuales: que en sentido contrario a la opinión expuesta por los voceros de las raquílicas posiciones *asimilacionistas* desbordan con creces la reduccionista, intelectualmente insulsa y políticamente paralizante cuestión de los llamados «Nuevos Modelos Familiares». De ser así, no cabe duda de que habremos no sólo acometido una de las mayores claudicaciones culturales (al *esencializar* mediante ritos imitativos lo que los activistas de las generaciones anteriores habían *desconstruido*, es decir los binarismos de sexo y género que están insertos en los articulados simbólico-institucionales de la heterosexualidad obligatoria y por lo tanto de la homofobia) sino además acabado por dar un supuesto paso hacia adelante y dos verdades y tangibles pasos hacia atrás.

Reconstruir la identidad masculina: una obligación política

DANIEL GABARRO*

Introducción

Poner en duda la identidad masculina tradicional es una obligación para todas las personas que deseamos construir una sociedad más justa hacia todos sus componentes. Lo afirmo con contundencia puesto que esta identidad masculina tradicional se encuentra hoy en la base de muchos conflictos sociales. La identidad tradicional machista es, hoy por hoy, una de las causas más importantes de multitud de problemas que vive nuestra sociedad.

No se trata, como algunas personas afirman, de un tema individual. El tema no es que los hombres como individuos vivamos una crisis debido a nuestro papel personal en la vida concreta de cada uno, sino que se trata de un desajuste social que, obviamente, se expresa también en nuestras vidas individuales.

Por ello, no debemos caer en la tentación de convertir este tema en un tema psicológico en el que cada hombre tenga que buscar su propia solución. Debemos comprender que se trata de un tema social que tiene consecuencias sociales: no sólo afecta a algunos hombres sino a la totalidad de los mismos y, no hace falta remarcarlo, también a la totalidad de las mujeres. La máxima del feminismo «lo personal es político» también debe aplicarse a aquí. Es,

* Psicopedagogo, investigador en género e igualdad y cofundador de la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (AHIGE). Ha publicado recientemente *Reconstruir la identidad masculina: una necessitat política* (Clavell, 2007).

por tanto, imprescindible mirar al hombre desde la perspectiva de género. El hombre no se ha construido al margen de ninguna sociedad, sino en el seno de la misma; así pues también su identidad como tal debe leerse en perspectiva de género, es decir que gran parte de su conducta se entiende por las expectativas sociales que los han precedido y que han integrado como propias por el simple hecho de tener pene.

Por otro lado, es imprescindible comprender que en el discurso dominante sobre género existe una ausencia sospechosa: no se habla suficientemente del hombre y de la forma cómo se construye su identidad. En un movimiento triler bastante sospechoso hemos llegado al acuerdo tácito de que, cuando hablamos de género, debemos hablar fundamentalmente de mujeres. Me parece algo tan equivocado como hablar de la necesidad de cambiar de modelo social y económico sin hablar nunca de los grandes capitales; algo tan extraño como en un tema sindical hablar sólo de las personas trabajadoras y nunca de la empresa; o como, al hablar del apartheid de Sudáfrica, evitar mencionar la raza blanca.

Francamente, me parece extraño que se olvide o se evite hablar de los hombres y de la manera cómo se construye la identidad masculina tradicional machista puesto que precisamente es esta identidad sobre la que se sostiene el machismo y gran parte de las injusticias que genera.

Este artículo intenta aportar luz sobre el papel de los hombres, cómo comprenderlo y cómo re-construirlo para que sea socialmente menos conflictivo y personalmente más realizador. Me parece fundamental empezar a evidenciar la forma en que los hombres nos construimos como tales para que podamos hacerlo de una manera alternativa.

No estoy negando la diferencia entre hombres y mujeres, pero creo que no debemos focalizarnos en las diferencias sino en las similitudes, del mismo modo que me parece erróneo focalizarnos en los diferentes colores de piel existentes para clasificar a los humanos según su raza.

Por el mismo motivo, me parece nefasto tener modelos rígidos sobre cómo deben ser los hombres y cómo deben ser las mujeres. Creo que debemos avanzar hacia una sociedad donde haya formas plurales de ser hombres y formas plurales de ser mujeres y en la que, además, esas formas nos inviten a ser más iguales desde la diferencia individual y única de cada persona. Romper la dicotomía rígida entre hombres y mujeres para alcanzar una sociedad compuesta de personas es, en última instancia, el objetivo a alcanzar.

Necesitamos una nueva sociedad en la que hombres y mujeres (entendidos como un abanico amplísimo de formas de ser) colaboren desde la igualdad,

la diversidad y el respeto mutuo. Para llegar a esta nueva sociedad es imprescindible acabar con el machismo puesto que su mera existencia rompe los principios de equidad entre las personas. Por lo tanto es fundamental reflexionar sobre cómo los hombres construimos nuestro poder e intentar indicar maneras para construirnos de forma diferente.

Espero que este artículo aporte algunas ideas para avanzar en esta dirección.

El modelo dominante de masculinidad: la identidad hegemónica

Una amiga me contaba que, en el instituto, los chicos que realmente tenían éxito entre las mujeres heterosexuales eran aquellos a los que calificaba de «canallas»: quienes tenían un papel más tradicionalmente «machito». En el instituto, me contaba, los chicos sensibles y sensatos tenían un papel secundario: eran aquellos a los que ellas contaban sus penas, aquellos en los que podían confiar sus secretos... pero los que realmente tenían éxito eran los canallas.

Esta misma afirmación la confirmaban, hace pocas semanas, un grupo de chicos y chicas de una organización política juvenil. Ellos se quejaban de no comerse un rosco a causa de una identidad masculina comprensiva, sensible e igualitaria. Mientras que los canallas de su entorno acababan llevándose a la cama a la chica escogida.

¿Por qué? ¿Cómo explicar este fenómeno? ¿Es un fenómeno puntual y adolescente sin mayor importancia? ¿Se trata de un problema aislado o refleja algo de mucha mayor envergadura?

En realidad, esta anécdota está señalando a un punto nuclear de nuestra sociedad: esta señalando a lo que consideramos un «hombre de verdad», nos indica el arquetipo masculino de nuestro imaginario social. No es una anécdota sin importancia lo que estas y estos adolescentes cuentan, sino un reflejo de los valores dominantes en nuestro inconsciente, en nuestro imaginario social.

Cuando pensamos en «un hombre de verdad» nos viene a la mente algo más parecido a John Wayne, a James Bond 007 o a Arnold Schwarzenegger en *Terminator* que a un modelo nutritivo e igualitario de hombre. De hecho, al intentar localizar modelos cinematográficos de masculinidad positiva e igualitaria podemos darnos cuenta que no tienen categoría de mito.

No es un azar: es fruto de mucha educación y mucha insistencia. Desde la cuna llevamos contando a nuestras niñas y niños que los príncipes son fuertes y duros y matan dragones para, finalmente, casarse con las princesas. Las

masculinidades alternativas ocupan otros lugares en este universo simbólico: el de amigos, el de escuderos, el de mago o el de sabio solitario... papeles poco apetecibles en general según la opinión de muchos y muchas adolescentes. Lamentablemente, en el imaginario colectivo no pueden convivir dos mitos ocupando el mismo lugar: necesitamos reconvertir el mito del «hombre de verdad» para que los adolescentes deseen ser este hombre sincero, asertivo, tierno e igualitario que una sociedad machista necesita para transformarse.

Sin embargo, la modernización de los cuentos no parece avanzar mucho en igualdad; de hecho, los cuentos modernos, es decir, los dibujos animados que diariamente ven nuestros menores hoy día (*Songoku, Shin Shan, Bola de Drac...*), reproducen el mismo modelo masculino machista con pocas variaciones. Así que cada tarde, gran parte de nuestra población infantil recibe su dosis diaria de lo que significa ser hombre, del papel principal que la violencia juega en la identidad masculina hegemónica y, por tanto, de la forma como deberán comportarse si desean ser hombres de verdad en el día del mañana.

En la cotidianidad habitual (en los cuentos, en los dibujos animados, en los mensajes no verbales, en la forma de vestirlos, en los juguetes que les ofrecemos, en las interacciones verbales y en un largo etcétera) estamos transmitiendo el mensaje implícito de lo que significa ser varones, de lo que significa ser «un hombre de verdad».

El problema fundamental es que la transmisión de los valores masculinos se realiza de forma inconsciente. Digo que esta transmisión inconsciente es el problema fundamental porque sólo podemos modificar los temas que reconocemos como tales de forma consciente. El machismo se transmite de forma inconsciente: a través de gestos, de miradas, de tonos de voz, de cuentos, de metáforas, de canciones... Mientras no lo hagamos de forma consciente no podremos hacerlo de un modo distinto.

Es imprescindible que reflexionemos sobre la manera en que transmitimos a nuestros niños lo que quiere decir ser hombres: sólo entonces podremos cambiar su significado.

En general, hacemos creer a nuestros niños que su identidad se basa en el hecho de ser distintos a las niñas, superiores a ellas y que tienen la obligación de usar la violencia como forma adecuada de resolver conflictos. Si no lo hacen pueden ser acusados de ser unos gallinas, unos cobardes: de no ser lo bastante hombres.

Socialmente invertimos muchos esfuerzos en procurar que comprendan que los niños y las niñas son distintos. La primera pregunta que se hace a una

embaraza es, precisamente, ésa: si está esperando un niño o una niña. Una vez nacidos realizamos, la mayoría de veces de forma inconsciente como ya hemos dicho, distintas acciones para transmitirles la idea de que niños y niñas son distintos: pendientes para niñas y no para niños, falditas para ellas y no para ellos, flores para ellas y no para ellos, corazones y color rosa para ellas y no para ellos, y un largo etcétera. La forma técnica de llamar a esta división de la realidad que transmitimos es *sexismo*: el mundo se divide en dos (y sólo dos) sexos.

Esta primera diferencia no es inocente. Remarcar dicha diferencia es tan peligroso como remarcar las diferencias de los colores de piel entre los humanos. Es obvio que existen diferencias biológicas entre hombres y mujeres, como también es obvio que existen diferencias biológicas entre negros y blancos (la cantidad de melanina en la piel es, evidentemente, una diferencia biológica). Pero focalizar nuestra diferencia en la cantidad de melanina o en las diferencias genitales y hormonales es poner la base a una segregación que tendrá consecuencias importantes. Esta es la segunda enseñanza que transmitimos a nuestros niños: ellos son superiores a las niñas.

Me gustaría llamar la atención sobre este último punto: no se trata de que las niñas y los niños sean distintos. La intención última de separar en niños y niñas es establecer una jerarquía: los niños son superiores a las niñas. Se hace de forma inconsciente, pero no por ello es menos peligroso. Al contrario, al ser inconsciente no puede cambiarse (porque se nos hace invisible) y, por tanto, puede ser muchísimo más peligroso ya que no podemos defendernos de ello.

Lógicamente, si los niños son superiores a las niñas quiere decir que éstas son, necesariamente, seres inferiores. Por este motivo es humillante para un niño (y para los hombres) usar faldas, pintarse las uñas, usar zapatos de tacón o cualquier otro artefacto que sea específicamente femenino: pierde su estatus. Sin embargo, ni las niñas, ni las mujeres pierden su estatus si hacen «cosas de hombres», al contrario: están recuperando un lugar que también les pertenece. Si miramos este tema desde una perspectiva racial¹ tampoco era humillante para las personas de raza negra hacer lo que hacían los blancos, pero éstos no podían (puesto que los degradaba) hacer lo que hacían los negros. Dividir la población humana en dos bloques, los superiores y las inferiores, es realmente una forma poco adecuada de prepararse para una sociedad libre e igualitaria.

1. Es, simplemente, un ejercicio imaginativo puesto que, como la antropología ha demostrado, las razas como tales no existen.

El patriarcado se construye sobre esta creencia de superioridad masculina que, todavía hoy, seguimos transmitiendo a nuestros niños. Obviamente, el patriarcado es la manera culta de referirnos al machismo: una visión del mundo en la que el hombre ocupa el lugar central y la mujer el subsidiario.

No deseo alargarme más en cómo se enseña a ser hombre en nuestra sociedad, pero remito a las lectoras y lectores que deseen profundizar en el tema a dos de mis libros —uno en catalán y otro en castellano, parecidos pero no idénticos— sobre Identidad Masculina, ambos consultables en mi web www.danielgabarro.cat. Solamente dejar clara una última idea fundamental: todavía hoy seguimos transmitiendo socialmente UN único modelo de cómo ser «un hombre de verdad», que ocupa el centro de nuestro imaginario social. Este es el motivo por el cual, todavía hoy, los jóvenes canallas tienen más éxito sexual que los jóvenes que han construido masculinidades alternativas.

Por tanto, mientras no cambiemos en nuestro imaginario social lo que quiere decir ser «un hombre de verdad» los adolescentes chicos con masculinidades alternativas a la tradicional, machista o hegemónica seguirán *sin comerse un rosco* mientras que los canallas tendrán a su disposición la pastelería entera.

Quizás alguien piense que esta diferencia entre hombres y mujeres, este remarcar las diferencias biológicas, es un problema menor. Pero este «pequeño problema» es la punta del iceberg de un problema mucho mayor: la masculinidad hegemónica, machista o tradicional es la que impide la igualdad entre hombres y mujeres, es la que oprime a las mujeres y, también, la que maltrata a los varones con identidades masculinas alternativas. Además, se ha convertido hoy día en una de las causas fundamentales (aunque no la única) de la mayoría de los problemas sociales actualmente candentes.

Ahora lo analizaremos con más calma, pero antes quiero avanzar una buena noticia: precisamente que tenga costes tan elevados es la buena noticia puesto que ello facilitará la alianza entre sectores sociales muy distintos que trabajarán para transformar esta identidad masculina machista. Su final está cerca porque perjudica a la totalidad de las mujeres, a la mayoría de los hombres y porque recrudece muchos conflictos sociales. En el siguiente apartado analizaremos cuáles son los costes sociales de esta masculinidad hegemónica, machista o tradicional.

Los conflictos o costes de la masculinidad hegemónica

También en este punto voy a procurar ser breve, puesto que la intención de este artículo es, simplemente, ofrecer una primera aproximación. Sin embar-

go, invito a las personas interesadas en ampliar esta información a hacerlo con los libros citados y localizables a partir de mi web personal.

Cuando miramos muchos de los conflictos actuales desde la perspectiva de género de la identidad masculina tradicional o machista, éstos adquieren un nuevo significado. La gran aportación de esta visión es que nos ofrece pistas para poder reinterpretar más cuidadosamente muchas realidades que hasta ahora sólo pueden explicarse parcialmente. Por tanto, nos ofrece la posibilidad de poder incidir en la realidad de una forma nueva para transformarla.

No estoy afirmando que la aplicación de la perspectiva de género masculina explique, *per se*, la totalidad de una serie de conflictos y comportamientos culturales, pero sí afirmo que sin aplicar esta perspectiva, la realidad no puede interpretarse correctamente. Por este motivo es imprescindible aplicar estos criterios de reinterpretación de la realidad a muchos fenómenos que, hasta ahora, ignoraban esta aportación.

Del mismo modo que con la enriquecedora perspectiva de género que los feminismos han aportado hemos podido entender y superar muchos mecanismos de opresión; también gracias a la perspectiva de género que la identidad masculina ofrece podremos entender muchos conflictos y muchas desigualdades que, hasta ahora, no han podido ser superadas. Pongamos unos pocos ejemplos:

— **Población penitenciaria:** según los recientes datos del 2007 de la Generalitat de Catalunya, más del 90% de la población penitenciaria está compuesta por hombres. Dicho de otra manera, el hecho de ser hombre aumenta diez veces la probabilidad estadística de formar parte de la población penitenciaria del país.

No se trata de ninguna novedad: hace decenios que esta diferencia entre géneros es un hecho, además, esta misma proporción (desproporción, en realidad) entre géneros se da en todo el estado y en toda Europa.

Esto nos lleva a concluir que no puede pensarse que estas cifras son fruto de ningún azar, sino de la forma cómo los hombres (al menos algunos), se construyen a sí mismos. Por tanto, si miramos nuestras prisiones nos sentiremos obligados a actuar para transformar un modelo de masculinidad que tiene semejante coste. Creo que tanto el ministerio de justicia como las correspondientes consejerías deberían tomar buena nota para abordar este tema con perspectiva de género.

— **Fracaso y desadaptación escolar:** en España² el porcentaje de población entre 16 y 35 años que sólo ha acabado los estudios primarios o la primera etapa obligatoria de secundaria es, en conjunto, de un 35,2 %. Sin embargo, si lo desglosamos por sexos vemos que esto afecta al 41,5 % de los varones y a un 28,3 % de las mujeres.

Por otro lado, un 29,1% de los y las jóvenes abandonan la escuela obligatoria cuando acaban la primera etapa de la educación secundaria. Pero si examinamos los datos segregando por sexos vemos que mientras un 23,5 % de las chicas abandonan los estudios al llegar al final de la ESO, este abandono se protagoniza por un 34,2 % de los chicos.

Sin embargo, lo más importante respecto a estos datos es darse cuenta que, en realidad, marcan una tendencia que parece observarse en la mayoría de los países de cultura occidental.

Hoy en día muchos chicos adolescentes piensan que la manera adecuada de demostrar que han crecido y son «hombres de verdad» es oponiéndose al espacio académico al que ven como un espacio de valores femeninos.

De esta manera, los chicos que han interiorizado los valores machistas de la identidad masculina (somos diferentes y superiores a la mujeres) abandonan la educación porque si continuasen en el mundo «feminizado» de la educación significaría que ellos no son lo bastante hombres.

También detrás de las conductas disruptivas de muchos estudiantes en las aulas hay un tema de género: la mayoría de estudiantes que se relacionan con sus compañeros y compañeras, así como con el profesorado, desde el menosprecio, la falta de respeto e, incluso, la violencia son varones en su inmensa mayoría.

Quiero volver a remarcar que no se trata de un azar estadístico sino de un aprendizaje social que debemos cambiar: ser «hombre de verdad» debe ser otra cosa. Por lo cual es una obligación de los poderes políticos educativos plantearse como objetivo prioritario la transformación de la identidad masculina tradicional por otras maneras de ser «hombre de verdad» que permitan más libertad individual y menores costes sociales.

Un último ejemplo, la **sinistralidad laboral**: según el sociólogo francés Pierre Bourdieu³ muchos accidentes laborales pueden atribuirse a que los trabajado-

2. Cifras publicadas en *El País*, el 20 de setiembre de 2005.

3. *La domination masculine*, Seuil, París, 1998 [trad. cast. *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000].

res varones no quieren implementar las medidas de seguridad establecidas porque temen ser criticados (o perder la consideración) del resto de los varones del grupo. De esta manera, muchos trabajadores subutilizan las medidas de seguridad en el trabajo como una forma de demostrar su «hombría» ante el resto de los machos presentes porque, como muchos estudios demuestran, la hombría debe refrendarse continuamente delante de los iguales ante el temor de perderla y degradarse.

Lógicamente, hasta que las autoridades de Trabajo no desmonten estas creencias en los trabajadores será difícil que los accidentes laborales por imprudencia disminuyan. Por tanto, también desde la perspectiva de la seguridad laboral cambiar la masculinidad tradicional es un tema relevante.

Podría seguir con muchos otros ejemplos que remarcasen la necesidad de que las autoridades públicas aborden la perspectiva de género de la identidad masculina: para comprender mejor fenómenos como la adicción a drogas duras, los accidentes de tráfico por imprudencia (cometidos por hombres que usan el coche para demostrar su «hombría»), la inmensa mayoría de delitos con uso de violencia... y un largo etcétera.

Pero lo importante no son los ejemplos, sino el darse cuenta del hecho de que muchos de los conflictos actuales no pueden entenderse si no se ponen en relación con el modelo de hombre machista que la identidad masculina tradicional propone.

Lo importante es darse cuenta de que el modelo de hombre machista puede cambiarse porque es un modelo cultural, y, en tanto que aprendido, susceptible de ser transformado.

Lo importante es darse cuenta de que la identidad masculina tradicional machista está detrás de muchos conflictos sociales actuales y que, hasta ahora, esta obviedad ha pasado desapercibida, por lo que nadie ha pensado en transformarla. Al cambiar esta identidad gran parte de los conflictos actuales perderán virulencia. Lo importante es comprender que la identidad masculina tradicional es un enemigo social que la mayoría de la sociedad agradecería que fuera superado.

Propuestas para una política de género ampliada

Pero como las cosas no se hacen solas es fundamental que se empiecen a diseñar políticas explícitas y activas para cambiar esta masculinidad tradicional machista.

Debemos empezar a exigir a los poderes públicos que empiecen a pensar e implementar actuaciones dirigidas al cambio de la masculinidad tradicional machista. Como en tantas otras cosas, la misma acción nos indicará qué actuaciones tienen mejores resultados y cuáles resultan poco eficaces.

Sin embargo, en este artículo se proponen una primeras pistas para poder iniciar el camino hacia la transformación de los aspectos más socialmente conflictivos de la masculinidad machista hegemónica.

Primer paso: despertar las alianzas

El primer paso en este camino para implementar acciones políticas para hombres es *despertar las alianzas*. Con este concepto quiero destacar la idea que, hoy en día, el cambio de la masculinidad machista es un objetivo deseable para la inmensa mayoría de la población.

Cuando la identidad masculina machista o tradicional esté realmente superada, la sociedad toda habrá realizado un paso de gigante hacia la igualdad. Los beneficios de este cambio alcanzarán a la práctica totalidad de la población, tanto a hombres como a mujeres.

Sin embargo, en este momento casi nadie habla de la necesidad de implicar a los hombres en el camino de la igualdad, casi nadie tiene en cuenta que, para ello, el modelo masculino machista debe ser modificado y, en consecuencia, casi nadie está realizando actividades para cambiarlo.⁴ Casi nadie remarca que, al igual que las mujeres deben entrar en el ámbito público, los hombres debemos entrar en el ámbito privado y ser responsables de nuestro bienestar emocional y del de nuestro entorno...

El primer objetivo, pues, es romper esta falta de conciencia; por ello hablamos de «*despertar*». Es imprescindible conseguir el apoyo de la mayoría de la población y de los poderes públicos: debemos despertar a la población y a las instituciones para que sean conscientes de que la masculinidad tradicional es un modelo a transformar. No hacerlo implica ser incapaces de atajar la raíz del problema. No basta con ser consciente de que la identidad masculina machista

4. Las excepciones son algunos Ayuntamientos como el de Jerez, que desde hace años tiene una política activa por una nueva masculinidad, así como algunas acciones puntuales de otros consistorios en esta dirección: Sitges, Lleida, Masnou... También la existencia de algunas asociaciones de hombres para la igualdad rompe con este desierto. En especial cabe destacar a AHIGE, Asociación de Hombres por la Igualdad de Género. Puede visitarse su página web en www.ahige.org donde se verá las distintas acciones que tiene en marcha.

genera numerosos problemas. Debemos comprender que sin cambiar dicha identidad machista, gran parte de los problemas actuales no pueden ser resueltos.

Por suerte, transformar la identidad masculina machista interesa a la práctica totalidad de la población y de los departamentos de la administración: justicia, educación, economía, interior, sanidad... Hay que transmitir la idea de que la mayoría de las mujeres y de los hombres estamos unidos en el proyecto de construir una sociedad más libre e igualitaria. Si no implicamos a los hombres en este camino y trabajamos por una transformación de la masculinidad, será imposible recorrer el camino de la igualdad.

Despertar las alianzas se refiere, pues, a este proceso de concienciación hacia toda la sociedad y, en especial, hacia las administraciones públicas para que éstas inicien acciones políticas conscientes para transformar la masculinidad machista, todavía hegemónica en el imaginario social. Todas las acciones de sensibilización son bienvenidas: cursos, seminarios, libros, artículos, debates, presencia en los medios de comunicación...

El esfuerzo que en este momento está ofreciendo el Ministerio de Igualdad es una excelente noticia y un claro ejemplo en esta dirección. Las cosas se mueven, estamos despertando las alianzas, estamos promoviendo una visión del mundo que incluye políticas activas para transformar a los hombres machistas. Esta visión del mundo trabaja a partir de la obviedad de que para construir una sociedad igualitaria debemos transformar el papel social de las mujeres y de los hombres, de modo que ambos puedan ser libres y colaboren entre ellos para vivir en una sociedad realmente justa.

Segundo paso: marcar tres ejes de acción política

¿Pero cuáles deben ser los siguientes pasos? ¿Qué hacer una vez se ha sensibilizado a la administración? ¿Qué acciones concretas deberían implementarse? ¿Existen unos grandes ejes que puedan guiar nuestras acciones? ¿Cuáles deberían ser?

En mi opinión, toda acción política debe implementarse en tres ejes distintos que se complementan entre sí:

a) Eje intelectual

En este eje se deben conectar todas aquellas acciones de investigación y de explicación teórica que promuevan la mejor comprensión de cómo los hombres construimos nuestras identidades, del papel que cada tipología de mas-

culinidad juega en el entramado social, de cómo se construyen las creencias sociales y de la forma en que los valores sociales son asumidos como propios por los individuos.

El filósofo francés Foucault indicaba que, para eternizarse, el poder debe estar oculto. Nuestra misión debe ser la contraria: hacer emerger los mecanismos que hoy en día permiten que los hombres se crean (y se hagan creer) superiores en el imaginario social, para transformar dicha creencia. El papel de las Universidades y de las personas dedicadas a la investigación social será fundamental para arrojar luz sobre este punto.

El objetivo fundamental de este eje es obtener información exacta de cómo transformar la identidad masculina machista. Sin conocimiento no es posible la transformación de la realidad, así pues, dediquemos recursos humanos y financieros al conocimiento de la realidad: este debe ser el primer eje de cualquier política de cambio.

Algunos ejemplos concretos de este ámbito:

- a) Potenciar los estudios de género desde distintas perspectivas académicas dentro de la formación universitaria, haciendo especial énfasis en la necesidad de abordar también el papel masculino dentro de dichos estudios.
- b) La posibilidad de crear, dentro de las bibliotecas públicas, secciones de libros y estudios sobre el tema.
- c) Potenciar jornadas, encuentros, presentaciones de estudios y similares.
- d) Encargar estudios e investigaciones sobre distintos temas que ayuden a comprender los mecanismos de nuestra sociedad: cómo se construye la imagen de la masculinidad hegemónica, cómo crear un nuevo referente social de hombre igualitario, etc.
- e) Posibilitar los intercambios entre personas expertas en inmigración, igualdad, feminismo, drogas, educación... La realidad es interdependiente y merece la pena abordarla de forma multifactorial para multiplicar el conocimiento que nos ayude a mejorar y transformar la realidad.
- f) Potenciar estudios que cuestionen las bases biológicas de las diferencias y que muestren de qué manera se han construido las diferencias que consideramos naturales. Haciendo también especial incidencia en lo que se viene a definir como «libres elecciones» para determinar hasta qué punto son libres o están marcadas por una educación altamente influida por el género.

b) Eje emocional:

Este eje debe reunir toda una serie de acciones que busquen potenciar el mundo interior de las personas y, muy especialmente, de los hombres.

Nuestra sociedad está formada por personas concretas que tienen derecho a llevar a sus vidas personales las mejoras que unas masculinidades no machistas implican.

Cuando, en AHIGE —la asociación de hombres por la igualdad de género— se afirma que «todo hombre tiene una revolución interior pendiente» y que «los hombres ganamos con el cambio, ganamos con la igualdad», se está haciendo referencia a este eje emocional.

En esta línea de trabajo deberían impulsarse acciones para la creación de grupos de hombres:⁵ grupos que sirvieran para reflexionar, para mirar su interior, para equilibrar la propia vida incorporando la parte emocional, el compromiso doméstico, el cuidado de las personas como objetivo y experiencia propia.

El objetivo es conseguir un hombre conciliado tanto con su fuerza y energía como con sus sentimientos y emociones. Recuperar para el hombre el espacio doméstico, el espacio íntimo, el espacio de los sentimientos compaginándolos con el espacio laboral o externo. No se trata de renunciar, sino de ampliar. Se trata de ofrecer espacios para crecer y transformarse.

Debe entenderse que esta transformación es una transformación personal que nadie puede hacer por uno mismo. Por tanto, la administración debe promover aquellos grupos y espacios que faciliten la transformación personal de sus ciudadanos hombres. Sólo cuando los hombres concretos se transformen la sociedad en su conjunto también se transformará. Naturalmente será imposible que toda la población realice esta «revolución pendiente», pero será suficiente con convertir a los que sí la han realizado en el modelo de lo que realmente debe ser «un hombre de verdad» para que las transformaciones positivas se trasladen al conjunto de la sociedad.

Es decir, convertir estos «nuevos hombres», estos «hombres completos» —en contraste con el hombre machista que es incompleto puesto que carece de conexión con su mundo interno y carece de compromiso en el mundo del

5. Como los grupos de reflexión y crecimiento que desde AHIGE se promueven, como «sopa de hombres» o «amanida d'homes» en Catalunya. Se trata de espacios donde los hombres se encuentran para reflexionar qué quiere decir ser hombre en el siglo XXI.

cuidado— en el modelo social a seguir, potenciarlo para que ocupe el centro del imaginario social.

Desde el ámbito político deben plantearse acciones que ayuden a los hombres a vivir en contacto con sus emociones y como corresponsables de sus propias vidas y de las personas de su entorno. Para muchos hombres la emocionalidad es un área que les está negada. Por tanto, vivirla y recuperarla es un objetivo claro. Sólo estando en contacto con los propios sentimientos se puede ser empático y se puede avanzar hacia una sociedad más libre e igualitaria.

Conquistar las emociones, reconciliarse con el propio interior, no es un objetivo para la masculinidad machista, sino su talón de Aquiles, la puerta de acceso a unas masculinidades alternativas, más ricas, más positivas y menos conflictivas socialmente.

Ejemplos de acciones dentro de este eje:

- a) Creación de centros de recursos específicos para hombres, atendiendo sus necesidades de todo tipo: sanitarias, legales, psicológicas, con tareas de asesoramiento y de apoyo al cambio personal.
- b) Fomento del tejido asociativo de hombres por la igualdad que favorezca la formación de referentes positivos de masculinidad igualitaria. Impulso a la aparición de grupos de hombres en cada barrio y establecimiento de redes de grupos como la fórmula mejor para el desarrollo, en marcha de aceite, de este movimiento.
- c) Apoyo a la celebración de encuentros de grupos de hombres y mujeres, como los que actualmente tienen lugar en Andalucía y Catalunya, que sirvan para hacer visible que una nueva forma de diálogo y de entendimiento entre los sexos es posible.
- d) Desarrollo de campañas de sensibilización que transmitan el mensaje adecuado al conjunto de la población masculina, visibilizando las ganancias que hombres y mujeres obtenemos con la igualdad.
- e) Impulso a la aparición de redes de padres igualitarios, que sirvan de referente para el resto de los padres.
- f) Desarrollo de redes de jóvenes igualitarios, así como también de otros colectivos, que también sirvan de referente en su ámbito.
- g) Ofrecer y promover nuevos mitos sociales basados en un hombre igualitario. Potenciar cuentos, canciones, películas, series de televisión, publicidad, etc. donde este nuevo hombre igualitario sea el centro.

c) Eje de acción

Finalmente, será imprescindible realizar acciones cuyo objetivo sea el modificar la realidad: acciones legislativas, acciones para modificar los currículums escolares, acciones para cambiar determinadas costumbres, acciones para incidir en poblaciones determinadas (inmigrantes, tercera edad, jóvenes...), programas para modificar los límites sindicales o empresariales o laborales vinculados con los patrones masculinos machistas y un largo etcétera.

Estas acciones deberían emprenderse teniendo en cuenta las aportaciones que las personas investigadoras de la identidad masculina determinasen. No se trata de actuar a ciegas, sino de actuar guiadas por el conocimiento que el eje intelectual ofrezca.

Es evidente que, como deducción implícita, se deberían incluir apartados específicos en los Planes de Igualdad, con dotación presupuestaria y de recursos humanos concretos. Cabe señalar que, en lo referente a los recursos, el desarrollo de estas acciones en ningún caso debe significar detrimento de las actuales políticas de igualdad.

El dinero no puede salir del actual Instituto de la Mujer —que debe seguir aumentando su presupuesto— sino que debe obtenerse de otros puntos: en tanto que el cambio va a beneficiar al mundo educativo, educación debe aportar presupuesto; en tanto que tráfico va a salir beneficiado, también debe aportar dinero; en tanto que sanidad también se beneficiará... Si despertamos las alianzas será fácil que los sectores beneficiados vean la necesidad de contribuir económicamente: no hacerlo les saldría más caro.

Si el primer paso, el que hemos denominado *despertar las alianzas*, se ha realizado correctamente, las distintas administraciones habrán visto que el cambio hacia una identidad masculina diversa y positiva es un objetivo que les beneficia en múltiples puntos. Por ello debería ser relativamente sencillo que dedicasen partidas presupuestarias nuevas.

Como ejemplo de acciones concretas de este eje podríamos indicar las siguientes:

- a) Creación de los organismos adecuados para la gestión de las políticas de igualdad dirigidas a los hombres en las distintas administraciones: estatal, autonómicas y locales.
- b) Formación de profesionales para llevar a cabo la intervención social en este campo. Creación de las bases de acceso y de las oposiciones para acceder a estas plazas, incluyendo una formación específica en temas de masculinidad, género e igualdad.

- c) Programas específicos dirigidos a colectivos concretos de hombres: presos, adolescentes, hombres que están a punto de ser padres, los condenados por ejercer maltrato, los que se acaban de separar de su pareja, los que pertenecen a una determinada etnia⁶ o religión...
- d) Coordinación de las administraciones implicadas: interior (accidentes de tráfico, violencia de género, conductas predelictivas...), educación (fracaso escolar, conductas disruptivas...), defensa, sanidad, servicios sociales... Diseño de planes globales incluyendo a nivel local todos estos aspectos.
- e) Coordinación con los sindicatos y con las empresas de cada territorio en la elaboración y puesta en marcha de políticas de igualdad en el ámbito laboral. Trabajo en colaboración con los sindicatos para la promoción del cambio de los hombres entre los trabajadores.
- f) Asegurar que las escuelas e institutos ofrecen a los chicos experiencias reales de cuidado de los demás y que se ofrecen de manera que pueda integrarse como un valor propio y no únicamente femenino.
- g) Supervisar los libros de texto educativos para que los modelos de masculinidad que se ofrecen sean ricos y variados, evitando ofrecer un único modelo de hombre guerrero y sin sentimientos.
- h) Programas de formación de las personas que son referentes sociales: deben conocer los riesgos de la masculinidad machista y sus expresiones, para posicionarse en contra. Es necesario que todos los cargos electos del país (diputados/as y regidoras/es de los ayuntamientos) tengan una mínima formación en este tema. Incluir también a los y las técnicas de las áreas de igualdad de toda la administración.
- i) Programas universitarios generales que hagan explícita mención de los temas desde una perspectiva de género, con especial incidencia en las carreras con finalidades de atención directa a las personas.
- j) Programas de salud para evitar las patologías ligadas a la masculinidad y, a la vez, evitar que las mujeres —al ocupar el espacio público que les corresponde— caigan en el error de adquirir hábitos poco saludables que hasta ahora eran predominantemente masculinos (el aumento del tabaquismo y del alcoholismo entre las mujeres es un ejemplo claro de este punto).
- k) Programas para desvincular la violencia de la resolución de conflictos. El mensaje clave es que la violencia es el recurso de las personas fracasadas.

6. Es imprescindible ofrecer a cada uno de estos grupos un camino propio que los reconozca y que parta de su propia realidad, pero que les lleve a construir una identidad masculina emancipadora y socialmente no conflictiva.

Este mensaje debe llegar con nitidez a toda la población y, de forma muy especial, a los adolescentes chicos de nuestras escuelas e institutos.

- l) Entendiendo que los insultos son un mecanismo social de control que impide la libertad de los individuos, promover programas para desactivar los insultos actualmente existentes en nuestra sociedad y, en general, basados en una crítica contra la sexualidad, la inteligencia o la belleza. Potenciar que cada persona sea ella misma al margen de su edad, inteligencia, sexualidad o belleza. Desactivar el poder destructor y coercionador del lenguaje, especialmente de los insultos.
- m) Potenciar la resolución de conflictos a través de estrategias no violentas. Promover programas de enseñanza de estas estrategias de solución de conflictos en diversos ámbitos: laborales, escolares, asociativos...
- n) Luchar contra las dos bases fundamentales del machismo: la misoginia y la homofobia de forma conjunta. Promover acciones que visibilicen que lo femenino no es humillante para el hombre, como promover el uso de falda entre los hombres dando ejemplo desde la clase política y deportiva del país (por ejemplo, promoviendo el mes de la falda para hombres y que los alcaldes, diputados, ministros, presidentes del gobierno y autonómicos, así como las estrellas deportivas, vistieran esta prenda durante un mes para quitarle la connotación de humillación y abrir así un discurso público sobre lo femenino como forma de «marcarlas a ellas como inferiores»).

Mientras ciertas conductas sean degradantes para los hombres éstos tenderán a situarse por encima de las mujeres y no se alcanzará una verdadera igualdad. No se trata de cuestiones anecdóticas, sino de símbolos que indican la frontera existente entre hombres y mujeres, entre lo masculino y lo femenino.

Ejemplos reales y todavía más...

Las distintas acciones que se sugieren alrededor de los tres ejes propuestos de conocimiento, de cambio de actitud y de cambios concretos son meramente orientativas. De hecho, la misma práctica debe abrir nuevos horizontes.

En este momento tenemos en el estado español distintas acciones, aunque pocas, que pueden servirnos de orientación puesto que son ejemplos reales de actuación. Su papel pionero e inspirador es innegable. En primer lugar cabe destacar el programa «Hombres por la igualdad» del Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, dentro de la Delegación de Igualdad y Salud. Este programa fue pionero en España, puesto que nació en el año 1999. Entre sus actuaciones más importantes cabe destacar:

- Una página web de referencia sobre el tema: www.hombresigualdad.com
- Intervenciones con niños y niñas. Destaca el taller de coeducación y flamenco dirigido a niños de etnia gitana.
- Promoción de grupos de hombres igualitarios.
- Campaña de paternidad.
- Concursos de relatos.
- Concursos de fotografías por la igualdad.
- Campaña contra la violencia machista (lazo blanco).
- Co-participación en proyectos europeos de corresponsabilidad.
- Impulso a Jornadas, espacios de reflexión y similares.

Otro ejemplo mucho más reciente es el vasco, que ha promovido el proyecto Gizonduz desde Emakune (el Instituto de la Mujer de Euzkadi⁷). Este proyecto nace en noviembre del 2007 y señala como fundamentales los siguientes tres objetivos:

1. Incrementar el número de hombres sensibilizados a favor de la igualdad entre mujeres y hombres.
2. Incrementar el número de hombres con formación en materia de igualdad entre mujeres y hombres.
3. Aumentar la corresponsabilidad de los hombres en el trabajo doméstico y de cuidado de las personas.

Este proyecto espera conseguir cambios concretos evaluables. En concreto hablan, textualmente, de:

- Aumentar en un 20% el tiempo dedicado por los hombres al trabajo doméstico y de cuidado.⁸
- Duplicar el porcentaje de hombres que han compartido con su pareja el permiso de maternidad/paternidad.⁹
- Elevar al 10% el porcentaje de hombres sobre el total de personas beneficiarias de las ayudas del gobierno vasco para la reducción de jornada y excedencias para el cuidado de personas.¹⁰

7. Reitero mi opinión contraria a financiar programas para hombres desde los Institutos de la Mujer, aunque entiendo que en un primer momento puede ser una forma de dar un primer impulso al tema.

8. Según los datos de la *Encuesta de Usos del Tiempo, 2003* del Eustat, los hombres dedican de media al día 1:32 horas al trabajo doméstico.

9. Según datos del *Anuario de Estadísticas Laborales y de Asuntos Sociales* del Ministerio y Asuntos Sociales, el 3,8% de los hombres han compartido con su pareja el permiso de maternidad/paternidad en 2006.

10. Según datos del Departamento de Justicia, Empleo y Seguridad Social, los hombres representan el 6,12% del total de las personas beneficiadas en 2006 de las ayudas para la reducción de jornada y excedencias para el cuidado de personas concedidas por el Gobierno Vasco. Todo ello a pesar de que desde 2002 se prevén mayores cuantías en el caso de que sean los hombres quienes se acojan a estas medidas de conciliación. Así, el porcentaje de los hombres sobre el total de personas beneficiarias ha pasado de 5,2% en 2002 a 6,12 % en 2006.

Otro ejemplo altamente inspirador (dejando claro que no estamos abordando la totalidad de iniciativas que existen al respecto en España) es el de AHIGE, Asociación de Hombres para la Igualdad de Género. Muy resumidamente, veamos las acciones que, actualmente, viene realizando y que pueden servir de pista inspiradora para realizar políticas activas de transformación masculina. Cabe destacar que AHIGE mantiene tres líneas básicas de actuación:

- *La personal*: promoviendo grupos horizontales de hombres para el encuentro y la reflexión. Estos espacios han facilitado la modificación de la conducta y la vida personal de muchos de los hombres que han participado.
- *La técnico-sociológica*: para conocer mejor la condición masculina y desarrollar acciones de comprensión e intervención social para favorecer un cambio positivo de la masculinidad.
- *La social*: con la intención de crear nuevos referentes sociales basados en una masculinidad igualitaria y ofrecer campañas y servicios concretos que la promuevan.

Las principales actividades de esta asociación de hombres por la igualdad son:

- Los grupos de hombres.
- Cursos y talleres sobre género, igualdad, masculinidad, de relaciones intergénero, de inteligencia emocional, autoestima para hombres y de paternidad responsable.
- Intervenciones con hombres con problemáticas relacionadas con la agresividad y la violencia (programa Gandhi).
- Programas de salud y masculinidad.
- Exposición «homocircus» sobre los retos masculinos hoy día.
- Promoción de la red Igualitaria, una red social de jóvenes igualitarios y contra la violencia machista: blog, fanzine, encuentros, grupos de reflexión...
- Programas de intervención en institutos: proyecto IgualES.
- Red Igualitaria a favor de la igualdad y contra la violencia de género.
- Talleres para escuelas de primaria.
- Encuentro anual de jóvenes por la igualdad.
- Proyecto CO-responde para el fomento de la corresponsabilidad familiar masculina.
- Campaña «el silencio nos hace cómplices» contra la violencia de género.
- Encuentros anuales de hombres y mujeres por la igualdad.
- Encuentros de grupos de hombres por la igualdad.
- Espacio «diálogos» para intercambiar opiniones y conocimientos entre mujeres y hombres por la igualdad.

- Curso virtual:¹¹ «Intervención con hombres desde la perspectiva de género».
- Boletín virtual «hombres igualitarios» y revista virtual «Orfeu».
- Página web www.ahige.org con numerosa información sobre temas de igualdad y masculinidad.

Marco político internacional¹²

Las acciones y los ejemplos anteriores deben enmarcarse dentro del mandato que ofrecen dos organismos internacionales de referencia para el Reino de España: la ONU y la Unión Europea. Estos dos organismos instan a promover acciones concretas para la implicación de los hombres en el camino de la igualdad.

El informe de la ONU se titula «El papel de los hombres y los niños en el logro de la igualdad de género» y fue aprobado por la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer (CSW) el 12 marzo de 2004 en Nueva York y presentado por el Secretario General de la ONU, el señor Kofi Annan. Este documento establece el marco internacional para las actuaciones públicas de esta materia. El documento remarca que la participación de los hombres debe estar coordinado y ser compatible con la potenciación del papel de la mujer e insiste en que, en ningún caso, la utilización de recursos en programas dirigidos a los hombres debe hacerse en detrimento de los recursos actualmente destinados a las mujeres.

Por otra parte, el Consejo de la Unión Europea, en su sesión número 2.767 del 1 de diciembre del 2006, aprobó el documento titulado «Los hombres y la igualdad de género» que había sido discutido en Helsinki el 5 y el 6 de octubre del mismo año. Este documento nace desde la consideración que, para la Unión Europea, la igualdad de género es un principio fundamental y uno de sus objetivos a conseguir. Entre sus conclusiones destaca la que observa que, para conseguir una mayor igualdad, debe prestarse más atención a los hombres, indicando que deben remarcarse aquellos aspectos que significan ganancias para los hombres y para la población en general. El documento acaba invitando a los estados miembros de la UE a prestar atención a ambos géneros a la hora de emprender medidas y proyectos destinados a fomentar la igualdad de género.

11. Muy recomendable para las personas que deseen tener una buena formación inicial en este tema. Puede consultarse la página web de Ahige para más información: www.ahige.org.

12. Según mi modesto conocimiento, los primeros que han empezado a difundir estas importantes referencias de legislación internacional sobre el tema han sido los responsables del curso virtual sobre políticas para hombres que Ahige realiza virtualmente. Lo menciono como reconocimiento a su labor y para remarcar la excelente calidad del mismo. Lo que aquí hago constar es un resumen de la información que ofrecen al respecto en dicho curso.

Conclusiones finales

Los hombres debemos asumir las responsabilidades históricas ante las injusticias que ha generado el machismo. Esto significa asumirlas a título individual, pero también a nivel colectivo. Debemos reconstruir nuestra forma individual de ser hombres. Para ello, el apoyo institucional es primordial. Colectivamente, debemos promover cualquier acción que facilite unas nuevas identidades masculinas no misóginas, ni homófobas. Es imprescindible construir hombres realmente igualitarios para poder construir una sociedad justa y libre.

La transformación de los hombres y su incorporación al camino de la igualdad es un tema político y social: lo personal es político. Se trata de una obligación política y social porque tiene consecuencias sociales que no deben ser ignoradas.

A partir del momento en que se evidencia que la identidad masculina tradicional conlleva, necesariamente, la misoginia y la homofobia y que, además, implica costes educativos, de seguridad pública y penitenciarios, sanitarios, laborales y otros, cambiar la identidad masculina tradicional se convierte en responsabilidad de los poderes públicos. No actuar contra la identidad masculina machista, conociendo sus costes, nos convierte en cómplices de la injusticia y del malestar social.

Una vez señalado el problema su solución deja de ser una opción o una posibilidad para convertirse en una responsabilidad política, en una obligación política.

Un mañana mejor empieza a construirse hoy. Adelante.

La identidad de género: dos reflexiones desde una perspectiva *trans*

ANDREA PLANELLES*

La patologización de la transexualidad

Con demasiada frecuencia psiquiatras y psicólogos hablan de los «transexuales» sin haber siquiera mantenido un solo encuentro de trabajo con ellos, para intercambiar puntos de vista.

Sin embargo, están capacitados para tomar decisiones equivocadas y de consecuencias desastrosas sobre este colectivo. Conozco a alguien que nació con una malformación congénita conocida entre los médicos como «Síndrome de Rokitanski», sin cavidad vaginal y sin útero, pero con una vulva y con caracteres sexuales secundarios bien característicos. Siendo adolescente, su padre consultó a los médicos especialistas, que consultaron a su vez la opinión de una psiquiatra, que desde lo alto de su saber, zanjó: «es una niña», y decidió que se la educase como tal, que se le hiciese una *terapia* de reafirmación femenina, que siguiese un tratamiento hormonal feminizante y que se la convenciese, en suma, de lo que la experta había decidido. El problema surgió cuando, años después, la supuesta niña (que jamás había respondido bien al aberrante tratamiento psiquiátrico) desarrolló una identidad de género masculina, pero a causa de la psicoterapia intensiva no lo hizo hasta después de la pubertad, lo que, debido al tratamiento hormonal, le forzó a sufrir intervenciones quirúrgicas que hubiesen sido innecesarias sin la aparición de la especialista.

* Presidenta de la Fundación para la Identidad de Género: www.figinternet.org.

La pregunta es obvia: ¿están los psiquiatras y psicólogos legitimados para decretar cuál es el género de alguien? ¿Pueden indicar a alguien y a su entorno cuál es su posición en la erótica? ¿Se les debe permitir jugar a expertos en este tema? La respuesta es «no» y eso concierne a todos y a cada uno. Un psicoanálisis no identifica el género de nadie, y nadie puede usurpar la definición propia de cada persona.

Pero, ¿qué ha pasado para que hayamos llegado a una situación en la que se acepta desde muchas instancias (incluso entre algunos *trans*) la potestad de psiquiatras y psicólogos en un asunto tan ajeno a ellos como es la definición de la identidad de género? Gran parte de la culpa la tiene una desafortunada frase de Harry Benjamin: «¿Si por caridad o en nombre del buen sentido no podemos modificar la convicción (de que hay error sobre el sexo) para adaptarlo al cuerpo, no deberíamos, en ciertas circunstancias, modificar el cuerpo para adaptarlo a la convicción del paciente?».

El que fue considerado durante años un pionero y el máximo experto mundial en transexualidad (hoy se sabe que no fue así), jamás tuvo el menor atisbo acerca de que las personas *trans* estaban totalmente sanas, y simplemente habían definido un género distinto al que más frecuentemente definen quienes tienen una configuración similar a la suya. H. Benjamin las vio como enfermos mentales hacia los que había que mostrar comprensión y caridad, ayudándoles a vivir su ilusión (que él consideraba una desviación patológica) para evitar que se infligiesen daño, o que llegasen al suicidio.

La psicopatología y la psiquiatría se fundan sobre «el poder que detenta la medicina de decidir el estado de la salud mental de un individuo». Ya en 1954, Michel Foucault denunciaba la propensión de los psiquiatras «a considerar la enfermedad como un proceso objetivo y al enfermo como una cosa inerte donde se desarrolla el proceso». Tomando estas dos definiciones como premisa, la lectura de los textos y opiniones de psiquiatras y psicólogos sobre transexualidad y transgenerismo, adquiere un sentido siniestro. Y en las mismas condiciones, la revisión de las Leyes y sentencias que afectan a las personas *trans* pone de manifiesto la psicoddependencia a que se somete al colectivo, y la patologización de un hecho que en el resto de seres humanos se considera natural.

En realidad, «lo trans» ofrece a psiquiatras y a psicólogos una irrefutable prueba de su extravío en la psicopatología, como se hará patente cuando, en breve, los manuales de diagnósticos DSM-V y CIE-11 dejen de considerarlo patológico. En ese momento, lo que había sido definido como «enfermo» por estos *profesionales* pasará, por arte de magia, a ser definido como «sano», sin que haya cambiado ni la persona afectada ni su proceder.

Hay una anécdota que relata el activista *trans* norteamericano Pat Califia, que hace buena la máxima de que romper los prejuicios es el trabajo de toda una vida. Tuvo una experiencia que le resultó muy instructiva. Descubrió que una mujer que conocía desde hacía bastante tiempo era transexual. Ese descubrimiento le sorprendió, convencido de su habilidad (común en el colectivo) para localizar bien tanto a los *trans*, como a los *gays*. Aquella mujer no tenía intención de ocultarlo, sino que pensaba que Pat ya lo sabía. Pero su sorpresa llegó al darse cuenta de que desde entonces la miraba de forma diferente. De pronto sus manos le parecían demasiado grandes, su nariz rara, ¿y qué decir de la nuez de Adán? ¿No tenía una voz un poco grave para una mujer? ¿No era terriblemente autoritaria, exactamente como un hombre? Y, ¡qué peludos eran sus antebrazos! Cuando se sorprendió pensando esto, comprendió con tristeza que la transfobia es muy difícil de erradicar.

El género no es solamente un problema teórico o político. De todos los temas personales, éste es el más personal de todos. El miedo a los *trans* está en cada uno directamente ligado al miedo a su «yo» de sexo opuesto.

La transexualidad es una confrontación de los roles que cada persona siente y asume como parte de su identidad con los que la sociedad espera de ella según la anatomía (sexo genital) que tenga. Por tanto, ésta sería la etiqueta social usada históricamente para clasificar y posibilitar su marginación y/o inclusión/inmersión en un proceso de normalización (operaciones, procesos de hormonación, psiquiatrización, etc.) de las personas que la ciencia médica denomina transexuales. Es obvio que, hoy en día, fruto de la extensión y regularización que ha adquirido este término, puede entenderse la transexualidad como un sentimiento de identidad; incluso de modo reivindicativo. Por eso es necesario comentar que la diversidad de realidades de las personas *trans* es un hecho fehaciente y a tener en cuenta.

Por otro lado, la inducción a estas personas hacia sistemas de regulación conlleva la psiquiatrización de la transexualidad; algo aberrante en estos tiempos, en que ya no cabe considerar a la transexualidad como un tipo de enfermedad, sino que más bien son quienes inducen a la psicologización y marginación de las personas *trans* los que tienen un problema de aceptación de la diversidad. Por tanto, la psicología y psiquiatría tratan de curar una problemática de psicología social de un modo erróneo: atienden a quienes entienden su identidad fuera de la heteronormatividad sin tener un problema, en sí, por su diferencia de identidad; obviando a las personas *diversifóbicas* que sienten temor a todo lo desconocido y no heteronormativizado.

Parece claro que los profesionales que, hoy en día, atienden a estas personas que creen tener un problema, fruto de la marginación que han sufrido en sus

carnes por las mentes obtusas de su alrededor, deberían tener una mejor y muy diferente formación a la que hoy tienen.

No obstante, aparte de los cambios que pudiesen hacerse inmediatamente para paliar problemas y sufrimientos en la sociedad actual, es de suma importancia fomentar cambios en la educación social para que todo tipo de personalidades, cuerpos, identidades, etc. sean aceptadas con «normalidad», pues la multitud de diferencias deberían ser respetadas y empatizadas.

La ley que se olvidó del género

Nuestros políticos quieren ser *progres*. Nuestros políticos han decidido no perder los votos menos conservadores que les auparon al poder, promoviendo la prometida Ley de Identidad de Género al acercarse el final de la anterior legislatura, para que nadie les recuerde que formaba parte de su programa electoral. Esa cosecha de sufragios nos convierte poco menos que en monigotes políticos: se nos quiere hacer creer que nuestra Ley de Identidad de Género nos pone a la altura de otros países europeos, cuando en realidad, si se aplica estrictamente, si se analiza sin criterios partidistas, no es más que una increíble mentira.

Empecemos por examinar los requisitos:

1. La rectificación registral de la mención del sexo se acordará una vez que la persona solicitante acredite:
 - a) Que le ha sido diagnosticada disforia de género. La acreditación del cumplimiento de este requisito se realizará mediante informe de médico o psicólogo clínico, colegiados en España o cuyos títulos hayan sido reconocidos u homologados en España, y que deberá hacer referencia:
 1. A la existencia de disonancia entre el sexo morfológico o género fisiológico inicialmente inscrito y la identidad de género sentida por el solicitante o sexo psicosocial, así como la estabilidad y persistencia de esta disonancia.
2. A la ausencia de trastornos de personalidad que pudieran influir, de forma determinante, en la existencia de la disonancia reseñada en el punto anterior.
 - b) Que ha sido tratada médicamente durante al menos dos años para acomodar sus características físicas a las correspondientes al sexo reclamado. La acreditación del cumplimiento de este requisito se efectuará mediante informe del médico colegiado bajo cuya dirección se haya realizado el tratamiento o, en su defecto, mediante informe de un médico forense especializado.

Empezamos mal. Disforia de género. Un término importado de una entidad privada conservadora norteamericana, y adoptado hace años por algunos psiquiatras para definir un trastorno mental que ellos mismos califican de grave. Es obvio que con esta ley nos quedaremos anclados como enfermos mentales, justo cuando la propia psiquiatría está a punto de eliminar esa consideración, ya que con la próxima publicación del DSM-V dejaremos de serlo en el resto del mundo, al desaparecer ese criterio diagnóstico tal y como ahora figura.

La Ley nos hace pasar por la asunción de tener un desequilibrio mental que conllevaría un rechazo del propio cuerpo, despreciando de modo absoluto el género de la persona más allá del plano físico, e ignorando las tendencias más actuales a este respecto. Nos condenan a llamarnos locos hasta que salga una nueva ley; ésta ha tardado 27 años, así que podemos asumir una larga espera.

Siguiendo con el término de disforia de género, al ser obligatoria la emisión de su diagnóstico, resultará que uno de los puntos en que más enfatizó el legislador, el de que no hará falta operarse para poder cambiar el nombre y el sexo en el DNI, supondrá una contradicción, que en algunos casos rozará el fraude de ley. En sentido estricto, un diagnóstico de disforia de género bien emitido y en el cual, en principio, no ha mentido nadie (ni el médico o psicólogo, ni el paciente) implica que la persona transexual tiene la necesidad imperiosa e inevitable de modificar su cuerpo, a la par que —no hay que olvidarlo— un profundo odio por los genitales con los que nació. De manera que si a una persona se le emite el diagnóstico de disforia de género quiere decir que ha pasado por cirugía, o lo hará con toda seguridad.

Por lo tanto, si una persona que no quiera operarse pretende acogerse a la Ley para modificar su documentación, debe mentir, o conseguir que quien emite el diagnóstico pase por alto ese detalle: de otro modo no se puede llevar a cabo la modificación registral, ya que el legislador ha basado el reconocimiento del género de una persona en una prueba pericial cuya propia naturaleza contradice el supuesto espíritu de la Ley.

Pero el texto legal riza el rizo al referirse a la disonancia entre el sexo morfológico o género fisiológico, el cuerpo, vaya, y la identidad de género sentida por el solicitante. Interesante, pues una vez más recalca la importancia del aspecto físico, ignorando cualquier otra consideración.

¿Qué sucede con quienes no son críticos con su morfología física? ¿Si no sienten el menor rechazo por su cuerpo no se les podrá aplicar la Ley? A pesar de la estrechez de miras de los redactores, lo cierto es que son bastantes quienes viven muy bien sin necesidad de operarse ni hormonarse, y sin

sufrir el menor complejo con sus cuerpos. Esta ley desprecia sin la menor duda a todas aquellas personas que rechazan la conexión entre el cuerpo y el género; un colectivo creciente que pone de manifiesto hacia donde deberían ir encaminados nuestros esfuerzos.

Y llegamos así a la traca final, la que exige dos años de tratamiento médico para «acomodar» las características físicas a las del sexo reclamado. Es decir, dos años de hormonación. Lo que de nuevo hace recaer la supremacía para la definición del género, en la apariencia fisiológica por encima de la personalidad y de otras consideraciones psicológicas. Y volvemos a preguntarnos, ¿qué pasa con quien no quiere hormonarse?, ¿qué sucede con aquell@s que se hormonan sólo durante un corto período?

Dos años de hormonas es mucho tiempo para quienes no quieren pasar por ello. Con dos años de hormonas cabe la posibilidad de que las gónadas de la persona, ovarios y testículos, que segregan hormonas, se atrofién por el aumento artificial de un nivel hormonal al que no están acostumbrados ni para el que fueron diseñados, obligando por lo tanto a su extirpación y condenando a la persona a prolongar el tratamiento hormonal el resto de su vida, ya que obviamente no las producirá, pero son necesarias para el buen funcionamiento de nuestro cuerpo.

Pero sigamos por aquí, ya que no acaba ahí la cosa. Resulta que si por cualquier razón no se puede obtener la acreditación del cumplimiento del cambio físico mediante la hormonación, por parte del médico que la llevó a cabo, bien sea por cambio de domicilio, por la antigüedad con que ésta se llevó a cabo, o simplemente porque no hubo médico alguno que controlase el tratamiento, deberá acreditarlo un médico forense especializado. ¿Qué mirará, si ha crecido pelo en la barbilla?, ¿si se han desarrollado las mamas? Algo extremadamente subjetivo, pues hay muchos hombres imberbes y gran número de mujeres con un tamaño de pecho inapreciable.

¿Hará un estudio de niveles hormonales?; tampoco así parece que se pueda alcanzar un resultado objetivo, pues ni los tratamientos son homogéneos, ni las personas reaccionan del mismo modo a las hormonas, ni quedarían vestigios si se llevaron a cabo hace años, caso frecuente entre las personas transexuales de cierta edad que empezaron hace varias décadas y que suspendieron cualquier tratamiento años atrás. Es absurdo, y sinceramente sería preferible que la primera vez que nos tenga que ver un forense sea cuando tengamos un encefalograma plano.

No nos satisface nada esta ley. Por una vez que se podría haber hecho algo para avanzar de verdad, el miedo y la complacencia política nos supondrá un

estancamiento. Hay quienes insisten en que al menos hemos avanzado un poco en el sentido de que ahora ya no se estipula que sea necesaria una operación de reasignación de sexo, pero está implícitamente asumida en la necesidad de un diagnóstico, a no ser que alguien mienta descaradamente. Se nos trata de enfermos mentales por imperativo legal, se nos obliga a hormonarnos, y ni tan sólo nos libramos del forense.

Esto no es avanzar, es estancarse; e incluso ir hacia atrás, en un momento en el que el mundo camina en el sentido opuesto. En breve eliminarán la transexualidad de la lista de patologías psiquiátricas, con la publicación del DSM-V; activistas de todo el mundo, menos anclados en el pasado que los que todos conocemos, reclaman un reconocimiento efectivo del género en base a la definición que del mismo haga cada persona, independiente de su configuración fisiológica. ¿Cuánto tardaremos en tener una nueva ley que se adecue a la situación real?

Se ha accedido a aprobar una Ley «descafeinada» para evitar voces disonantes que recuerden un incumplimiento programático, justo al acercarse las últimas elecciones. Pero no podemos estar satisfechos cuando queda mucho camino por andar, y más con una Ley que nos va a parar los pies por todas partes.

Queda mucho trabajo por hacer en el marco legal. No tenemos los mismos derechos que cualquier otra persona. No los tenemos ya desde el momento en que para poder expresarnos tal y como nos sentimos, y que esto se refleje en algún documento, estamos obligados a pasar por un psiquiatra o un psicólogo, y someternos a su criterio, aparentemente más importante que el nuestro. Por encima de todo creemos que debemos luchar por nuestro derecho como personas, a decidir si queremos o no, si necesitamos o no, una ayuda psicológica para lidiar con uno de los muchos problemas que tenemos a lo largo de nuestra vida y que, en realidad, en la gran mayoría de los casos no es ni tan solo un problema.

La verdadera cuestión está en la intransigencia, la intolerancia, y la transfobia de mucha gente, algo que sólo se vencerá a través de la información y la concienciación social, para lo que es imprescindible mostrar una imagen más natural y menos afectada, exenta de tantas intervenciones escandalosas y de incidentes lamentables con que se ha jalonado la imagen del colectivo en los años precedentes, y que aún hoy en día presenciamos. Cuando aprendamos a respetarnos como personas por encima de cualquier otra cosa es cuando podremos dejar de luchar. Hasta ese momento no podremos cejar en nuestro empeño.

Para ello es fundamental comprender el verdadero significado del término «Identidad de género» y cómo se define, para poder alcanzar un enfoque adecuado, no influido por ideas arcaicas más propias del siglo XIX que del XXI.

Todos los seres humanos definimos nuestro género en un momento dado; desde la más tierna infancia los signos de esta definición pueden ser apreciados por un observador avezado. Como generalmente ese género suele ser coincidente con el sexo que se nos asignó al nacer, los signos no resultan chocantes, y casi nadie es consciente del modo en que se lleva a cabo la definición de la propia identidad de género.

En los casos en los que no se presenta esa coincidencia, los signos son más visibles, aunque no por ello sean fácilmente identificables, pues a menudo se confunden con simples juegos, sin prestarles la atención debida.

En muchos casos, la persistencia de esos signos se convierte en una señal de alarma de que algo extraño sucede, y con demasiada frecuencia se tienden a reprimir en un inútil, absurdo y doloroso intento de reconducir la situación hacia la normalidad que todos los padres siempre han soñado y deseado para sus hijos.

Esa es sin duda la peor de las reacciones posibles, pues la represión de las muestras de identidad sólo retrasará lo inevitable, haciendo que la persona afectada se vea obligada a crecer con un género que no le corresponde, posponiendo durante varios años, incluso décadas, la transición que pondrá las cosas en sus sitio.

De hecho, en todos los casos en los que se ha producido una represión prolongada esa transición ha supuesto una liberación para la persona afectada, que por fin ha podido expresar su identidad de género del modo adecuado, algo que le había sido vedado hasta entonces a diferencia de lo sucedido con quienes le rodean, que nunca tuvieron que sufrir una represión parecida.

En realidad la expresión del género es la culminación del desarrollo de la personalidad de cualquier persona; de ahí que sea tan importante permitir que se lleve a cabo de modo natural, sin impedimentos ni trabas, que nunca serán la ayuda que han pretendido ser, sino todo lo contrario.

Hace algunos años, la resistencia familiar a asumir que un hijo o hija pudiese desarrollar una identidad de género discordante con su asignación sexual, fue la causa de dos fenómenos contrapuestos, pero de resultados igualmente nefastos; el desarraigo familiar precoz, y la transición tardía.

En ocasiones, el rechazo de la propia familia provocaba la huida de casa. El adolescente que veía que sus padres impedían su desarrollo personal, abandonaba el entorno protector para buscar fuera lo que no podía conseguir dentro. Naturalmente la escapada implicaba el final de otros procesos, como el educativo; lo que suponía una interrupción de los estudios que posteriormente causaría estragos.

Pero aún peor era el caso de quienes reaccionaban ante la oposición de sus familias reprimiendo sus impulsos naturales, en un imposible intento de «curarse», tratando de acercarse al estereotipo de «normalidad» que se les imponía desde todos los frentes. Quienes fueron sometidos a este tipo de presiones tardaron años en comprender que los impulsos reprimidos eran necesarios, y cuando llegaban a ese convencimiento, rompían con su entorno de un modo aún más dramático que si lo hubiesen hecho en su adolescencia.

En ambos casos el resultado era el de familias rotas (ascendientes en el primero, y descendientes en el segundo), dolor, insatisfacción, vacío emocional, inseguridad, tristeza, depresión, pérdida de referentes, desencanto y frustración.

En los últimos años el rechazo familiar está empezando a superarse. Es evidente que el conocimiento sobre el tema que han aportado los medios de comunicación, especialmente internet, ha hecho posible que ya no se perciba el fenómeno como un episodio de «posesión infernal», sino más bien como un proceso inevitable. Aún no se ha conseguido que se asuma que es natural, y que no tiene nada de erróneo, y menos aún de patológico, pero es cuestión de tiempo lograrlo.

A pesar de la insistencia de algunos psiquiatras por aferrarse a unas definiciones obsoletas que presuponían que quienes desarrollaban una identidad de género diferente a la genital eran enfermos mentales (algo que esos mismos psiquiatras se esfuerzan en disfrazar de «malestar» para poder seguir teniendo el control sobre las personas afectadas), la comunidad científica en general, y muchos psiquiatras de espíritu menos conservador que los citados, dudan seriamente de esta clasificación y se muestran críticos con esos conceptos caducos.

La definición de la propia identidad de género es un proceso tan natural y personal como puede serlo la elección de una profesión, o la relación emocional con otra persona. En lo único en lo que en realidad se diferencia de estas opciones es que es mucho más constante que aquellas. Es más común que alguien admita haberse equivocado al elegir su profesión o su pareja, que al haber definido su identidad de género. Y si en los dos primeros casos, a nadie se le ocurriría exigir la intervención de una tercera persona que decidiese, sino que se admite que nadie más que el interesado pueda hacerlo,

sorprende cómo en éste se pretende ignorar la personalidad, voluntad y capacidad de la persona afectada, imponiendo un «diagnóstico» y una tutela impropios e inadecuados.

Además, la imposibilidad de que otra persona pueda decidir ese tema de modo infalible queda de manifiesto en el hecho de que los «medios diagnósticos» son arcaicos, poco seguros y absolutamente subjetivos, tan escasamente fiables que no resistirían un estudio independiente que tratase de demostrar su idoneidad. Asombrosamente en el final de la primera década del siglo XXI, seguimos teniendo que soportar este trato inquisitorial, propio de una sociedad medieval.

Es el momento de que el caiga velo de la intolerancia y la intransigencia, que hoy en día ha quedado casi exclusivamente personalizado en este aspecto psiquiátrico que discrimina de un modo decisivo a las personas afectadas, a las que se obliga a ser consideradas oficialmente como enfermos mentales sólo por el hecho de que quieran disponer de una documentación acorde a su género, que les permita llevar a cabo una vida tan convencional como la que pudiera llevar cualquier otra persona.

Es el momento de que se vea a este colectivo como personas y no como casos clínicos; como seres humanos sanos, y no como pacientes a los que hay que diagnosticar y tratar; como hombres y mujeres autónomos, independientes, maduros e inteligentes, y no como a sujetos carentes de capacidad para decidir por sí mismos. Es el momento de poner fin definitivamente a los últimos restos de alienación con la que se ha marcado, desde hace siglos, la vida de quienes de un modo u otro, no eran como la mayoría, sin tratar de comprender si esa diferencia era la que se suponía, o era más bien consecuencia del miedo a lo desconocido que ha acompañado al hombre desde el inicio de los tiempos.

En el futuro deberíamos trabajar precisamente por esto; por la despsiquiatrización de la transexualidad, para que se nos deje de considerar enfermos mentales; por la obtención plena de nuestros derechos, para que nos permitan alcanzar una verdadera igualdad socio-laboral; por la necesidad de acceder a una hormonación informada, en la que se tengan en cuenta nuestras peculiaridades físicas y psíquicas; por unos profesionales médicos que conozcan bien su trabajo, para que no receten a todo el mundo la misma dosis de hormonas sin atender a las peculiaridades físicas y psíquicas de cada persona, y para que no recurran a medicamentos obsoletos que se están retirando en casi todo el mundo; por una ley que proteja a todos y no deje a nadie de lado; por el derecho a ser iguales, sin que para ello debamos ser todos lo mismo.

Aún queda mucho por hacer, y estamos ante una generación que no termina de comprender nuestra complacencia y nuestro rigor ante algo que ellos viven de un modo más natural, menos crítico y libre del dogmatismo que durante años se nos ha impuesto. No podemos dejarles un legado de desesperanza, ni podemos aferrarnos a nuestros sillones si no somos capaces de comprender las verdaderas demandas de quienes forman el colectivo hoy en día, y lo seguirán haciendo durante los próximos cincuenta años.

Es un reto ante el que no podemos cerrar los ojos ni quedarnos sin hacer nada. Es una visión de verdadero futuro, y no un eco del pasado. Hace diez años esta Ley hubiese sido realmente un avance; hoy en día es pobre y nace pasada de moda, pues quedará anticuada antes de haber podido aplicarse suficientemente. Y no podemos esperar a ese día para empezar a pensar en el relevo.

Marxismo y desarrollo*

BOB SUTCLIFFE¹

Ideas iniciales de Marx

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas. F. Engels, *Discurso ante la tumba de Marx*.

* Publicado originalmente en K.Drott y J.Ros (edit.) *International Handbook of Development Economics* Edward Elgar. Traducción del inglés de Albert Recio.

1. Agradezco los comentarios realizados por Andrew Glyn y Arthur McEwan a la versión original de este trabajo.

La loa de Engels, en el funeral de Marx en 1883, subraya el papel de Marx como un preminente teórico del desarrollo en general y de la importancia que tiene para el marxismo el desarrollo económico. En este artículo trataré de presentar la evolución de las ideas de Marx y la consiguiente adaptación de sus ideas por parte de sus seguidores.

Marx percibió la historia de la humanidad como una gigantesca espiral que trazaría el desarrollo de la productividad del trabajo (las fuerzas productivas) en relación con la cambiante estructura social en la que tiene lugar (las relaciones sociales de producción). Las fuerzas productivas tienden a crecer a lo largo de la historia,² pero su velocidad varía dependiendo de que las relaciones sociales imperantes generen un clima favorable o desfavorable al progreso material. En momentos cruciales las fuerzas de producción se sienten bloqueadas por las relaciones sociales lo que genera presiones para un cambio revolucionario de sistema social, por ejemplo del feudalismo al capitalismo. Este hecho constituye un elemento crucial en el desarrollo de la humanidad.

El capitalismo, al constituir un sistema basado en la búsqueda de la rentabilidad en condiciones competitivas, puede generar un impulso sustancial al desarrollo de las fuerzas productivas de tal magnitud que puede llegar a eliminarse la necesidad y el trabajo involuntario. Pero el capitalismo es al mismo tiempo un sistema de desigualdad extrema, que polariza la sociedad en una minoría de propietarios y una inmensa mayoría de proletarios sin propiedad. Bajo el capitalismo la eliminación de la necesidad es sólo una posibilidad, únicamente realizable tras una transición a una sociedad plenamente socialista. Así, Marx concibe la sociedad humana como una combinación de un avance persistente a través del eje del conocimiento científico y el progreso material y un proceso circular que partiría del comunismo primitivo y que, tras el paso por diferentes tipos de sociedad de clase, alcanzaría un nuevo comunismo igualitario que estaría asociado a un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.³

Marx percibía al capitalismo como un sistema despreciable, porque se basaba en la explotación y generaba desigualdades, pero también lo percibía como históricamente progresivo porque desarrollaba las fuerzas productivas a niveles sin precedentes y al mismo tiempo generaba sus propios «sepultureros», la clase proletaria.

2. Es lo que Cohen llama «tesis del desarrollo de Marx». Vid. Cohen, 1978, especialmente capítulos 6 y 7.

3. Para el debate sobre los diferentes tipos de «desarrollo», véase Cohen, 1978 y Cowen y Shenton, 1996, pp. 117-129.

Desde sus primeros escritos hasta la publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867, Marx tuvo tres grandes expectativas. La primera (*repetición*) fue que el acelerado proceso de industrialización capitalista que observó en Reino Unido pronto tendría réplicas en otras partes del mundo. Así escribió que «El país industrialmente más desarrollado no hace más que mostrar al que es menos desarrollado el cuadro de su propio porvenir». (Prólogo a la primera edición alemana del primer tomo de *El Capital*)

La segunda premonición (*universalización*) fue que el ritmo del crecimiento capitalista no conduciría a crear estados capitalistas independientes sino a generar un único sistema mundial interdependiente.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita [...]. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas [...] que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo [...]. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. (Manifiesto del Partido Comunista)

La tercera creencia (*utopía*) era que una revolución mundial del proletariado acabaría por «expropiar a los expropiadores» e instituir una sociedad libre, no sujeta a la necesidad y donde cada persona pudiera realizar sus propias capacidades. En esta utopía,⁴ desaparecería la actual división del trabajo, una pluralidad de actividades implicaría que «el trabajo no fuera solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital» y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades! (K. Marx, Glosas Marginales al Programa del Partido Obrero Aleman [Programa de Gotha])

¿Segundas ideas?

La divisa favorita de Marx era *de omnibus dubitandum*, y en sus escritos posteriores a menudo surgen nuevas ideas sobre sus tres expectativas de desarrollo. No sólo porque los acontecimientos evolucionaban más lentamente

4. Para aquel que dude de que el marxismo pueda ser considerado un pensamiento utópico (en el sentido positivo) recomiendo la lectura de Geras, 2000.

de lo que él había previsto, sino también porque su trabajo teórico le iba sugiriendo posibles contradicciones en sus predicciones iniciales. El tono apremiante y universalista que cubre sus obras iniciales dio paso a un tratamiento más complejo de las fuerzas que conducen al monopolio y la concentración de capitales así como las crisis económicas que frenan o detienen el crecimiento de las economías capitalistas antes que estén creadas las condiciones productivas que hacen posible el comunismo.

El mayor impulso para repensar sus expectativas surgió al tratar de aplicar las ideas marxistas al análisis de la política contemporánea. Entre ellas su posición frente al imperialismo británico en la India, la cuestión general de la liberación nacional y las perspectivas de transición al socialismo en Rusia. Inicialmente Marx había creído que:

«...al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución» (K. Marx, «La dominación británica en la India», 1969 [1853a]).

Y había previsto confiadamente que «la burguesía industrial ha descubierto que sus intereses vitales reclaman la transformación de la India en un país productor, y que para ello es preciso ante todo proporcionarle medios de riego y vías de comunicación interior. Los industriales se proponen cubrir la India con una red de ferrocarriles. Y lo harán; con lo que se obtendrán resultados inapreciables» (K. Marx, «Futuros resultados de la dominación británica en la India»).

Con el paso del tiempo fue dando más importancia a los crímenes y menos a la esperanza en una transformación económica, lo que le llevó a simpatizar más abiertamente con la lucha anticolonial. En 1881, dos años antes de su muerte, su posición había cambiado tanto en el tono como en el contenido: «Lo que Gran Bretaña toma de ellos [de los indios] sin compensación alguna supera la renta total de más de 60 millones de trabajadores agrícolas e industriales indios. Es un proceso sangrante con venganza» (Marx, 1975 [1881]).

Las posiciones de Marx y Engels evolucionaron paralelamente frente a otros movimientos nacionalistas a los que anteriormente se habían opuesto. Apoyaron la autodeterminación de Irlanda porque el fracaso en resolver la cuestión irlandesa erosionaba la unidad de la clase obrera de Reino Unido, el país en el que ellos tenían más esperanzas para el advenimiento del socialismo.

«La emancipación nacional de Irlanda no es una cuestión abstracta de justicia o humanismo sino la primera condición para su propia emancipación [de los trabajadores británicos]» (Marx, 1975 [1870]). Y su apoyo a la liberación nacional polaca la hicieron bajo el supuesto de que serviría para debilitar la Rusia zarista, imperio al que consideraban el bastión principal del conservadurismo europeo.

Marx y Engels, pues, dieron su apoyo al nacionalismo como un medio para neutralizar una vía de fisura entre el proletariado o para debilitar un sector particular de la clase dominante mundial, pero no porque pensaran en la necesidad de estrategias de desarrollo capitalista nacional. Marx fue un crítico feroz de los escritos de Friedrich List (1856) defensor de una estrategia proteccionista y desarrollista para Alemania y Estados Unidos (véase al respecto, Cowen y Shenton 1996, pp.154-69) y nunca abandonó la idea de que el desarrollo debía ser universal.

En 1881 la revolucionaria rusa Vera Zasulich buscó la orientación de Marx en el debate entre los marxistas rusos, que defendían el desarrollo capitalista, y los Narodniks que creían que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia y en consecuencia optaban en una transición directa al socialismo basada en las comunas campesinas. La cuestión dejó perplejo a Marx y su respuesta no supuso una reafirmación de sus anteriores ideas; después de estudiar seriamente la cuestión sólo fue capaz de escribir nada menos que cinco borradores a Zasulich sin adoptar una posición definitiva. (Shanin, 1983).

Algunos han interpretado estos cambios coherentes con sus más optimistas ideas iniciales (por ejemplo, Melotti, 1977); otros, en cambio, consideran que Marx se acercaba hacia posiciones más radicalmente diferentes (en interpretaciones diversas Booth, 1985; Lim, 1992; y Shanin, 1983). Realmente Marx se planteó reexaminar sus predicciones iniciales a la luz de los acontecimientos históricos y adoptar una mayor flexibilidad táctica. Pero aunque su pensamiento evolucionó no hay ninguna prueba convincente de que cambiara sus ideas fundamentales sobre la ambigua progresividad del capitalismo, su oposición a las vías de desarrollo nacional o la naturaleza del objetivo del desarrollo socialista.⁵

Sin embargo, al analizar la cuestión rusa, Marx tuvo que plantearse la posibilidad de que el capitalismo pudiera no ser el único responsable del desarrollo mundial. Esta posibilidad comportaba que quizás algo diferente del capi-

5. Una buena discusión de las cuestiones planteadas en estas dos primeras secciones se halla en Patnaik, 2005.

talismo pudiera llevar a cabo el desarrollo de las fuerzas productivas- una cuestión a la que tuvieron que enfrentarse posteriormente sus seguidores.

Los seguidores de Marx: desarrollo e imperialismo

Quince años después de la muerte de Marx, Lenin seguía defendiendo frente a los Narodniks que en Rusia el capitalismo, a pesar de su carácter brutal e incompleto, era una fuerza históricamente progresista, lo que implicaba que el impulso revolucionario debía provenir de la clase obrera (Lenin, 1977 [1899]). La teoría del desarrollo combinado y desigual de Trotsky constituyó una vía complementaria para situar las peculiaridades de Rusia en el contexto de las expectativas de Marx. Su argumentación se basó en considerar que la historia nunca se desarrolla como una serie exacta de transformaciones simultáneas o se repite exactamente en los países atrasados (Trotsky, 1969 [1906] y 1977 [1930]). Estos últimos pueden avanzar a saltos desiguales, etapas desiguales en el camino al desarrollo en los países más avanzados pueden combinarse con las de los países retrasados en «una amalgama de formas arcaicas y más avanzadas» (Trotsky, 1977 [1930], p. 27), Trotsky utilizó esta idea para explicar porque un país tecnológicamente atrasado como Rusia podía ser políticamente avanzado y para defender que la revolución era necesariamente internacional. Una nación revolucionaria económicamente retrasada podría beneficiarse de las fuerzas productivas de las naciones más avanzadas.⁶

La cuestión central a la que se enfrentaron los marxistas de la generación posterior a Marx fue el imperialismo (un buen compendio en Brewer, 1990). En los primeros años del siglo XX las formas de desarrollo basadas en el nacionalismo y el proteccionismo, las mismas que había defendido List y a las que se había opuesto Marx, habían generado un reducido número de países punteros que combatían entre sí por la hegemonía mundial y trataban de dominar a los imperios rivales. Es lo que Lenin denominó *El imperialismo, última fase del capitalismo* (Lenin [1916]), título del libro en el que defendía la idea de que la 1ª Guerra Mundial era un combate mortal entre capitalistas al que la clase obrera debía enfrentarse a su propia burguesía transformando la guerra interimperialista en una serie de guerras civiles revolucionarias. *Imperialismo* llegaba a la conclusión que, en conjunto, la «etapa monopolista» del capitalismo ya no podía considerarse progresiva; no sólo porque se hubiera detenido el desarrollo económico en todo el mundo sino porque la guerra entre las potencias imperialistas podía destruir más de lo que creaba. La permanente guerra fratricida entre imperios hería gravemente la visión de

6. Para el análisis del desarrollo desigual y combinado, véase Elster, 1986 y Löwy, 1981.

Marx de un proces de universalización bajo relaciones capitalistas. Este análisis constituía un elemento central en la base teórica de la estrategia política que condujo a la revolución bolchevique de 1917. Al trocear la expectativa de universalización, Lenin transformó la naturaleza de la utopía.

El libro de Lenin y el de su camarada bolchevique Nicolai Bujarin [1915] estaban claramente influidos por el socialdemócrata Rudolf Hilferding, cuya importante obra *Capitalismo Financiero* fue publicada en 1910 (Hilferding, 1981 [1910]). Basándose en los últimos escritos de Marx, Hilferding proporcionó un detallado análisis de la nueva fase monopolista del capitalismo. El capital financiero era el bloque creado en todos los países avanzados entre el capital industrial, comercial y bancario —la «sagrada trinidad»— al que el estado se rendía como un fiel servidor. Hilferding argumentó que la época del capital financiero significaba que la expectativa de la repetición de Marx sólo había funcionado en unos pocos países y que, hasta cierto punto, había dado paso a nuevos obstáculos al desarrollo de los más débiles. Dio un sentido global a una serie completa de previsiones que acabarían por constituirse en lugares comunes:

En la medida en que la exportación de capital sirve básicamente para el desarrollo de un sistema de comunicaciones y al impulso de la industria de bienes de consumo en un país atrasado, contribuye al desarrollo económico en forma capitalista de este país. Sin embargo [...] el volumen de capital que fluye al exterior [...] frena el ritmo de acumulación, y con ello el desarrollo del capitalismo, en el país deudor. En territorios económicamente grandes la asimilación del capital extranjero se realiza con facilidad [...] En territorios económicamente pequeños, por el contrario, esta asimilación es mucho más difícil debido a la mucho más lenta y difícil emergencia de un capitalismo local. Esta asimilación deviene prácticamente imposible cuando cambia el carácter de las exportaciones de capital, y la clase capitalista de los grandes países tiene menos interés en desarrollar la industria de bienes de consumo en otros países que en obtener el control de materias primas para el uso de sus propias manufacturas. [El] desarrollo capitalista [de los países europeos más débiles] así como su desarrollo político y financiero queda malformado desde sus inicios. Como contribuyentes al capital extranjero, ellos devienen estados de segunda, dependientes de la protección de los grandes poderes. (Hilferding, 1981 [1910], pp. 329-30)

Rosa Luxemburgo, otra teórica del imperialismo en la misma época, también percibió la exportación de capital como un perjuicio para los países periféricos. (como Egipto o Sudáfrica), especialmente para las clases pobres que a menudo se veían forzadas a pagar por las deudas generadas y dilapidadas por sus

clases dirigentes (Luxemburg, 1951 [1913]). Pero su teoría del imperialismo sólo estaba remotamente conectada con las de Hilferding, Lenin y Bujarin. Considerando que el capitalismo padece una endémica falta de demanda (subconsumo), Rosa Luxemburgo consideraba que para evitar su colapso el capitalismo estaba abocado a una permanente absorción de áreas y actividades no capitalistas. El imperialismo no tenía nada que ver con el monopolio y los estados, era un fenómeno sistémico del modo de producción capitalista, buscando siempre con rapacidad la plusvalía generada por otros modos de producción. Pero este proceso —en buena medida una nueva versión de la acumulación primitiva de Marx— no podría continuar ininterrumpidamente desde el momento que todo el mundo fuera absorbido por el sistema capitalista; en ese caso, era inevitable el colapso.

Aunque Luxemburgo no compartía, por razones diversas, la visión de Lenin de que el capitalismo había pasado de una fase progresista a una retrógrada, coincidía con él en que la sociedad humana se aproximaba a un precipicio en el que todo el desarrollo histórico de las fuerzas productivas se vería amenazado y, por ello, se planteaba el dilema «socialismo o barbarie». En esto ambos diferían de muchos socialistas conservadores que seguían creyendo que el capitalismo, en gran parte por sí mismo, podía desarrollar las fuerzas productivas y la clase obrera hasta que el socialismo fuera a la vez posible e inevitable.

Entre estas dos corrientes estaba Karl Kautsky, que, enojando mucho a Lenin, argumentó que el período de enfrentamiento entre las grandes potencias daría lugar a un período de cooperación entre ellas. (Kautsky, 1970 [1914]). Este «superimperialismo» podía ser en muchos aspectos peor que el imperialismo, especialmente en las áreas del mundo menos desarrolladas, susceptibles de ser explotadas en común por la alianza ultraimperialista. De una forma muy diferente a la de Hilferding, también Kautsky anticipa en muchos aspectos la forma como muchos marxistas y radicales de izquierda analizaron el mundo cincuenta años después.

Imprevisiblemente, a la luz de estos debates sobre el imperialismo, y en condiciones que no cumplían las previsiones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo, los marxistas se encontraron con la responsabilidad de dirigir una economía que requería imperiosamente el desarrollo.

¿Una vía no capitalista?

Los nuevos dirigentes bolcheviques tomaron el poder en Rusia a pesar de seguir creyendo que la transición al socialismo requería de un importante desarrollo

previo de las fuerzas productivas que debía producirse a escala global. Una vez se desvaneció la esperanza de otras revoluciones en Europa, el nuevo estado comunista tuvo que buscar la forma de sobrevivir y, de ser posible, progresar. Tras el corto período del «comunismo de guerra», caracterizado por una estatalización casi completa y el colapso de los intercambios regulares, llegó en 1921 la Nueva Política Económica (NEP), menos ambiciosa y más estabilizadora, bajo la cual la autonomía del mercado fue en gran parte reestablecida.

Entre el establecimiento de la NEP y la toma completa del poder por parte de Stalin en 1928, hubo un corto periodo de respiro en el que tuvo lugar un serio debate entre marxistas sobre cuestiones de desarrollo. Los protagonistas principales fueron Bujarin y Preobrazhensky. El primero, progresivamente fue alineándose con la idea de la necesidad del desarrollo previo de la agricultura capitalista como precondition necesaria para una eventual industrialización, y, con ello, considerando la vía pro-mercado de la NEP como una necesidad a largo plazo. Preobrazhensky, más próximo a la oposición de izquierdas, defendía una industrialización más rápida, financiada por el excedente extraído a la agricultura. En un debate que no ha perdido relevancia,⁷ ambos trataban de encontrar una forma de conseguir lo que Marx pensaba que haría el capitalismo –la creación de las condiciones materiales para el socialismo– si bien diferían sobre la posibilidad de que ello pudiera alcanzarse imitando el desarrollo capitalista o siguiendo una nueva ruta no-capitalista. (Un debate parecido entre marxistas tuvo lugar en los primeros años de la revolución cubana).⁸

También en la década de los veinte, G. A. Feldman diseñó un modelo bisectorial, basado en los esquemas del volumen II de *El Capital*, como un método de planificación económica socialista (Ellman, 1987a). Sus métodos fueron en parte incorporados a la política de planificación soviética y posteriormente generaron interés fuera de la URSS, influyendo especialmente en los primeros planificadores indios, especialmente P.C. Mahalanobis, y estudiosos marxistas del desarrollo (Ehrlich, 1978; Chakravarty, 1987; Sen, 1987). Feldman fue purgado y Bujarin y Preobrazhensky asesinados cuando Stalin

7. Véase: Filtzer (ed.) 1980; Ehrlich, 1950 y 1960; Day, 1975, pp. 196-219; Cohen, 1973; Haynel, 1995; Bujarin, 1979.

8. Los actores principales en este debate fueron el Che Guevara (entonces Ministro de Industria), Carlos Rafael Rodríguez, ligado al viejo Partido Comunista Cubano que dio su apoyo a Castro, y una serie de teóricos marxistas extranjeros entre los que se encontraban Ernest Mandel y Charles Bettelheim. De nuevo volvieron a debatir sobre viejos temas: el papel del estado y el mercado, el equilibrio entre industria y agricultura, y (quizás la cuestión más original), el equilibrio entre incentivos morales y materiales. Estos debates aún resultan interesantes a pesar de que en Cuba pronto pasaron a la historia y la isla pasó a ser muy dependiente de la URSS y a alinearse con sus posiciones internacionales. Ver Brundenius, 1986 y Martínez Alier, 1972, cap. 6.

impuso el «socialismo en un solo país», que significó abandono definitivo de la perspectiva del desarrollo universalista.

La industrialización soviética sobrevivió al trauma de la colectivización agrícola forzada, a la crisis económica mundial de los treinta y a tres años de invasión nazi. Se consolidó un modelo de economía soviética basado en planificación altamente centralizada, casi completa autarquía, altas tasas de inversión, concentración en la producción de bienes de equipo e industria pesada orientados a crear una potente base productiva que permitiera maximizar el producto y el consumo a largo plazo (Bardhan, 1986). El país emergió de la Segunda Guerra Mundial con reforzada capacidad industrial y tecnológica. La planificación soviética alcanzó una reputación positiva en el preciso momento que se producía el colapso del colonialismo y la necesidad de desarrollar países pobres entraba en la agenda internacional.⁹ Tanto la India como China adoptaron algunos aspectos del modelo soviético, aunque lejos de trasplantarlo con éxito. Sin embargo, la aparente existencia de una vía no capitalista de industrialización, tuvo un impacto notable sobre el pensamiento marxista del desarrollo bajo el capitalismo.

Marxismo y Tercer Mundo: ¿polarización o convergencia?

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial un número creciente de marxistas empezaron a plantear, frente al coro de desarrollistas optimistas provenientes de las fuentes oficiales de Occidente, que el capitalismo era incapaz de generar desarrollo en las áreas más pobres del planeta. En lugar de ello crearía una creciente polarización entre los países desarrollados y subdesarrollados.

Reflexiones previas sobre el imperialismo aplicables a un mundo descolonizado se podían encontrar en la literatura marxista a lo largo de casi un siglo, incluidos escritos del propio Marx. Lenin defendía que, a pesar de su papel relativamente progresista, el capitalismo ruso era incompleto. Hilferding se acercó a la elaboración de una teoría de la polarización. En los documentos de la Tercera Internacional esta misma idea aparece en documentos de finales de la década de los veinte (Palma, 1978)¹⁰ y aún anteriormente aparecía

9. Sobre la economía soviética y los métodos de planificación, véase Davies, 1998; Davies, Harrison y Wheatcroft (ed.), 1993; Nove, 1992; Allen, 2003; Gregory (ed.), 2001.

10. La idea de la polarización salió reforzada en el Congreso de 1928, en parte como una cínica maniobra para debilitar a Bukharin y sus seguidores, los cuales creían que aún era posible y deseable el desarrollo capitalista. Desapareció del comunismo oficial tras la alianza de la URSS con las democracias liberales en 1941.

con fuerza en los escritos de los comunistas chinos. Pero esta idea se vería reforzada en los trabajos de marxistas y pensadores radicales posteriores a 1950. Se tornó enormemente influyente entre movimientos de masas e intelectuales radicales en todo el mundo antes de que otros marxistas la criticaran duramente. Su legado es aún muy vivo en la sensibilidad de la antiglobalización.

Algunos elementos de la teoría de la polarización ya circulaban entre los intelectuales latinoamericanos cuando Paul Baran elaboró, en la década de los cincuenta, una formulación explícitamente marxista, concluyendo que «el sistema capitalista, que fue un potente motor para el desarrollo, se ha acabado por convertir en un obstáculo, igualmente enorme, para el mismo» (Baran, 1973 [1957], p. 402; ver asimismo Baran, 1952). La razón es la eclosión del capitalismo monopolista, una nueva etapa del sistema caracterizada por las tendencias al subconsumo y la crisis en los centros del capitalismo, solo mitigada por el gasto público, el militarismo y la explotación de las minorías étnicas y los países atrasados.¹¹

Por el contrario, otros teóricos de la polarización lo vieron como un proceso que se había ido gestando en los últimos cuatro siglos de existencia de un mercado mundial, por medio del cual un reducido número de países centrales había conseguido transferir recursos desde la periferia por medio del saqueo, el intercambio desigual y posteriormente la inversión y el endeudamiento. Particularmente influyentes fueron los trabajos de André Gunder Frank, iniciados como una crítica a las teorías modernizadoras de W.W. Rostow y a las posiciones antirevolucionarias de los partidos comunistas latinoamericanos. Frank transformó el propio concepto de «subdesarrollo» cambiando la idea de un estadio de pre-desarrollo a otra centrada en los efectos del desarrollo capitalista a escala mundial. Su propósito era anatemizar lo que él llamó, en una memorable definición, el «desarrollo del subdesarrollo» a lo largo de siglos de historia capitalista. (Frank 1966 y 1969). Su nombre se asoció a la teoría de la dependencia, influyente en diversas disciplinas académicas –en particular en economía, sociología y teoría de las relaciones internacionales (ver Kay, 1989 y Larrain, 1989). Ideas parecidas se encuentran en la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein, influido por la visión histórica de largo plazo de Fernand Braudel (Wallerstein, 1979 y 1983). Samir Amin dedujo la idea de polarización de su análisis de la acumulación a escala mundial (Amin, 1974). Los defensores de estas teorías diferían entre sí a la hora

11. Esta tesis aparece de forma rudimentaria en «La política económica del crecimiento» de Baran y mucho más desarrollada en su libro posterior con Sweezy (Baran y Sweezy 1966), uno de los pocos análisis globales del capitalismo después de 1950.

de considerar cual había sido la relación del desarrollo con el capitalismo. Para algunos sólo había significado empobrecimiento, para otros una forma más compleja y variable de desarrollo dependiente (ver Evans, 1979 y Cardoso y Faletto, 1979). La mayoría creía que el desarrollo de los países pobres no sería posible sin poner límites a su imbricación al desigual mercado capitalista mundial, una acuñada claramente en el título del libro de Amin *La desconexión* (Amin, 1990). Muchos defendieron el proteccionismo, citando a Friedrich List y Alexander Hamilton como notables precedentes históricos. Otros, incluido Baran, propugnaron una vía reproductora de la industrialización soviética.

Aunque no todos los partidarios de la teoría de la dependencia se consideran marxistas, en la forma que se autodefinió Baran,¹² la mayoría han estado muy influenciados por el marxismo y han sido clasificados como «neo-marxistas» (por Hirschman, 1981 y Brewer, 1990, entre otros). Como Marx, han analizado el mundo desde una larga perspectiva histórica, han puesto al capitalismo en el centro de su análisis, han encontrado alguna de las causas del subdesarrollo en los escritos del propio Marx (por ejemplo, el saqueo de la riqueza de las regiones pobres, que constituye uno de los elementos de la acumulación primitiva de capital para Marx), han asignado algún papel a las clases sociales (especialmente a la debilidad de la burguesía dependiente) y han planteado una teoría de la polarización entre naciones y continentes que puede considerarse una versión transfigurada de la propia concepción de Marx de un capitalismo que crea a la vez pobreza y riqueza. Pero la mayor parte de las teorías de la polarización realzan más las desigualdades entre estados que entre clases.

Mientras que Marx percibió al capitalismo, a pesar de sus barbaridades, como sustancialmente progresivo, la mayoría de los teóricos de la polarización lo niegan. Tanto Lenin por unas razones como posteriormente Baran por otras, consideraron que en la fase sobre la que ellos escribían el capitalismo había dejado de ser progresista. Y para muchos partidarios de la dependencia el capitalismo nunca lo ha sido. Los teóricos de la dependencia han sido criticados por otros marxistas por partir de una visión invariable del capitalismo a través de la historia. Estos críticos consideran que la teoría de la dependencia se equivoca por no reconocer que la esencia del capitalismo es el capital productivo que extrae plusvalía de los trabajadores, en lugar del mercado y el intercambio. Esto les conduce a situar erróneamente el origen de la gran polarización mundial del capitalismo en el siglo XVI con la formación de los mercados mundiales. Y por

12. Entre los teóricos del desarrollo más claramente marxistas están Marini (1991) y dos Santos (1970). G. Kay (1975), a pesar de ser un crítico de la teoría de la dependencia, desarrolló una teoría explícitamente marxista que relacionaba el modelo histórico de acumulación de capital con las restricciones al desarrollo, especialmente en África.

ello, atribuyen el subdesarrollo al saqueo y al intercambio desigual en lugar de a elementos más esenciales del modo de producción capitalista, del mismo modo que sobrevaloran el papel de los estados y subestiman el papel de las clases en la generación y en la lucha contra las desigualdades mundiales.¹³

La mayoría de teorías de la polarización, sean o no marxistas, presuponen que el mundo es muy diferente del que analizó Marx. Sin embargo, algunos críticos a las teorías de la polarización no comparten esta perspectiva. Los historiadores «post-imperialistas» han considerado que la expectativa de la universalización de Marx, la fusión de los países capitalistas en un único sistema global, ya se ha producido (Sklar, 1976; Becker *et al.*, 1987). Su objeto de análisis se centra en la emergencia de una única clase capitalista mundial. Más recientemente, dentro de la ampliamente discutida hipótesis de lo global, Hardt y Negri han sostenido la existencia de una clase no dirigente mundial, «la multitud», que es el resultado más coherente de la globalización y el declive de los estados-nación. Su concepción claramente global del desarrollo está implícita en sus principales demandas políticas —como la libertad total de las personas para cruzar fronteras y las demandas de garantías salariales básicas y de acceso al bienestar (Hardt y Negri, 2000).

La propuesta más influyente de «retorno a Marx» ha sido la de Bill Warren en su provocativo libro titulado *Imperialismo, Pionero del Capitalismo* (Warren, 1980; también, Warren, 1973), en parte porque constituye un ataque frontal a los teóricos de la polarización realizado con el mismo tono desafiante como el que éstos han aplicado a las políticas de los partidos comunistas latinoamericanos. Warren sostiene que las posibilidades de desarrollo capitalista son realmente buenas, que en parte se han realizado tras la Segunda Guerra Mundial, que el colonialismo incluso permitió romper obstáculos al progreso social como había previsto Marx, que los obstáculos al desarrollo capitalista no se encuentran tanto en las relaciones con los países desarrollados sino que deben encontrarse «en las propias contradicciones del Tercer Mundo», que las políticas de los países desarrollados tienden más a promover la industrialización de los subdesarrollados que a frenarla, y que las «cadenas de *dependencia* (o subordinación) que unen al Tercer Mundo y el mundo imperialista han sido erosionadas, y en parte continúan debilitándose, con el ascenso del capitalismo indígena».¹⁴ En otras palabras, defiende

13. Dos ejemplos de este tipo de críticas se encuentran en Laclau, 1971 y Brenner, 1977. Estas críticas plantean la cuestión de cómo definir el modo de producción capitalista, lo que conecta con un debate más amplio sobre la relevancia de los modos de producción y sus interrelaciones. Hay un sumario de estos debates y más referencias en Foster Carter, 1978 y Brewer, 1990, pp. 226-231.

14. Ver Warren, 1990, pp 9-10. Sigo en gran parte la síntesis de Booth, 1985, p. 766.

la validez de las ideas originarias de Marx y que el pensamiento marxista a partir de Lenin no es más que una larga historia de errores.

A diferencia de otras críticas, el ataque de Warren a la teoría de la dependencia se basó en gran parte en bases empíricas. Destacó que los resultados económicos y sociales de los países del Tercer Mundo no fueron tan malos como defendían los teóricos de la dependencia. A pesar de que bastantes comentaristas aparentemente neutrales han aceptado estas conclusiones (por ejemplo Booth, 1985 y Brewer, 1990), debe recordarse que desde 1950 han aumentado claramente las diferencias en términos agregados entre países desarrollados y subdesarrollados al menos hasta la década de los noventa. El PIB per cápita conjunto de África, América Latina y Asia (excepto Japón) cayó todos los años entre 1950 y 1990 en relación al del Norte (EEUU, Canadá, Unión Europea y Japón). Si se excluye China, ha continuado cayendo hasta 2001 y, posiblemente, en años sucesivos (tal como se puede calcular a partir de Maddison, 2003).

Sin embargo, a pesar de que la evidencia en la que se basa Warren parece poco convincente para 1970, el rápido desarrollo de algunos países asiáticos a finales del siglo XX, parecen darle un apoyo sólido. Pero para muchos observadores el desarrollo asiático no tiene nada que ver con el capitalismo de libre mercado ya que en todos ellos han contado con una intervención pública potente y buenas dosis de proteccionismo. Con todo, tres décadas de desarrollo imparable en China y otras partes de Asia parecen suficientes para refutar el carácter global de la hipótesis de la polarización entre países desarrollados y subdesarrollados, de la misma forma que el continuo declive de África y partes de América Latina refuta la hipótesis contraria (Leys y Saul, 1999).

Los años posteriores a 1980 han representado un período de extrema divergencia no tanto entre países desarrollados y subdesarrollados, sino especialmente entre diferentes grupos de países subdesarrollados. Mientras que el PIB per cápita de China (medido en paridad de poder adquisitivo) ha aumentado un 667% entre 1980 y 2004, el de América Latina solo lo ha hecho un 12% y el de África se ha reducido en un 6% (Banco Mundial, 2005). Las diferencias en este período sugieren una realidad mucho más compleja que las que suponen tanto la teoría de la polarización como la de la convergencia. La dicotomía que ha terminado con lo que unos describen como un punto muerto (Booth, 1985) o un jaque mate mutuo (Munck, 1999) necesita ser superada.

No solo hay tendencias contradictorias en el desarrollo de lo que llamamos Tercer Mundo, sino que además los extremos están completamente alejados

entre sí. En un extremo está el África Meridional donde no sólo está creciendo la pobreza, sino que además una parte de sus sociedades está infectada por un virus letal que está cambiando su modelo social y reduciendo la esperanza de vida por decenios. En el otro extremo, China, donde ha tenido lugar la mayor oleada de industrialización capitalista de la historia, bajo la irónica dirección de unos líderes que, sin empacho alguno por su parte, siguen autocalificándose de marxistas. El PIB total de China ha pasado de representar el 12% del de Estados Unidos en 1978, al 62% en 2004 y en pocos años se situará a la par (Banco Mundial, 2005). Este trascendental desplazamiento del centro de gravedad de la acumulación capitalista mundial nos retrotrae a las viejas proposiciones marxistas y a los debates sobre el desarrollo. El avance de China sugiere, que se ha desplazado desde los países desarrollados el centro geográfico de la acumulación capitalista, ¿Alcanzará China (y otros países asiáticos) el nivel económico de los EEUU y cuestionará su hegemonía? ¿Se convertirá en un poder imperialista? ¿Su hambre de materias primas provocará el desarrollo de partes de África? ¿O asistiremos a nuevas formas de polarización? ¿Y cuál será el papel histórico de la clase obrera china? Estas eran las cuestiones que Marx se preguntaba en el siglo XIX. Los marxistas de hoy deben tratar de encontrar nuevas respuestas.

Utopía, producción y redistribución

Desde 1980 ha declinado la influencia del marxismo en cuestiones de desarrollo. La recuperación neoliberal y el colapso del socialismo realmente existente han desplazado la balanza a favor de los partidarios del capitalismo. Pero también debido a que el largo debate sobre el imperialismo no preparó bien a los marxistas para realizar aportaciones relevantes en cuestiones despreciadas que ahora han adquirido relevancia. Nuevos debates fueron provocados por personas de otras tendencias y corrientes heterodoxas, que a menudo orientaron su ofensiva no sólo contra las visiones convencionales del desarrollo sino también contra los marxistas.¹⁵

15. Para el análisis del declive de la teoría marxista del desarrollo, véase Bernstein, 2005, el cual analiza el auge y declive del marxismo en los estudios académicos y para-académicos del desarrollo y Leys (1996) el cual contempla el declive de la teoría marxista del desarrollo como parte de la defunción de la teoría del desarrollo en su conjunto. Concluye que «existe una imperiosa necesidad de revitalizar la teoría del desarrollo, no como una rama de las ciencias sociales orientadas a la intervención política en el marco incuestionable del orden capitalista, sino como una parte del análisis crítico de la dinámica contemporánea de este mismo orden con imperativas propuestas políticas para la supervivencia de una vida civilizada y decente, no sólo en las antiguas colonias». Las nuevas orientaciones del marxismo y el pensamiento crítico sobre el desarrollo también se analizan en Munck y O'Hearn (1999) y Schurman (1993).

En primer lugar la crítica feminista al marxismo al subrayar que la emancipación de las mujeres no puede reducirse a una cuestión general de clase y desarrollo. Es una parte central por la lucha y la realización de una utopía socialista (una buena recopilación de argumentos se halla en Parport *et al.*, 2000).

Segundo, la opinión mayoritaria en las ciencias ambientales es que la universalización del desarrollo, en su sentido más amplio, es probablemente inalcanzable. Sin embargo, una serie de autores ofrecen respuestas marxistas a éste y otros dilemas ambientales (ver Foster, 2000; Löwy, 2002; Martínez Alier, 1991; O'Connor, 1998), pero sigue siendo un objetivo minoritario.

Una tercera cuestión, que en parte incluye las dos anteriores, es la del propio objetivo del desarrollo. Las teorías de la polarización y la convergencia comparten una concepción implícita del desarrollo entendido como llegar a alcanzar lo que ya han obtenido los países desarrollados. Los teóricos de la convergencia predicen que más países pueden alcanzar este objetivo; los de la polarización lo niegan. Ninguno de los dos contiene una crítica sustancial del tipo de economía y sociedad a alcanzar. Booth critica a ambas por su «teleología sistémica», pero quizás se trata sobre todo de un fallo compartido en no cuestionarse la naturaleza del objetivo. El debate sobre el «desarrollo humano», lanzado en 1990 por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, y basado en la noción de «desarrollo como libertad» de A.K.Sen, fue un intento, bastante limitado, de influir en esta cuestión. Críticos heterodoxos más fundamentalistas han despreciado todas las imágenes tradicionales del desarrollo (incluidas las marxistas) calificándolas de distopías. Desde perspectivas post-desarrollistas, o incluso anti-desarrollistas, se ha negado el objetivo del desarrollo y se ha tratado de delinear un modelo más modesto que habitualmente se basa en las pequeñas comunidades, el mantenimiento de las culturas tradicionales, el equilibrio con la naturaleza y cuestiones por el estilo.

Por tanto feministas, ambientalistas, post-modernos y otros críticos radicales de la ortodoxia económica y social han criticado, a veces con razón, las concepciones marxistas del desarrollo por ser tan machistas, eurocéntricas o insostenibles como las ortodoxas. Han generado alguna reflexión autocrítica sobre las limitaciones de los enfoques marxistas del desarrollo. Lo que en cierto sentido hacen todas estas corrientes es resituarse una cuestión central para el pensamiento original de Marx sobre el desarrollo, la definición de utopía.

Corremos algún peligro, si partiendo de los aspectos válidos de estas críticas, concluimos que toda la concepción del desarrollo, en su versión marxista ortodoxa, puede tirarse como agua sucia. El bebé que debemos salvar es la intuición fundamental de Marx, destacada por Engels en su loa, de que la utopía debe asentarse en una apropiada fundamentación material, económica

y productiva global. Hay algunos aspectos del proyecto de modernización económica, tan a menudo vilipendiado, que depurados de sus aspectos de desigualdad, imperialismo e insostenibilidad, deben formar parte del viaje hacia la emancipación social. Sin embargo, la productividad humana es hoy tan elevada que las fuerzas productivas son más que suficientes para cubrir todas las necesidades humanas razonables si fuera diferente la composición y distribución del producto mundial. Y debido a que la distribución es tan desigual estas fuerzas están siendo utilizadas para producir a escala masiva «necesidades» irresponsables y destructivas (lo que algunos han llamado «sobredesarrollo»). Si la cuestión del desarrollo se plantea, en la forma que hizo Marx, en cómo trasladar la productividad capitalista a la utopía socialista, el principal objetivo del desarrollo a escala mundial se convierte hoy, menos en la cuestión del crecimiento y más en la de la distribución.

Bibliografía

- Las cifras entre corchetes corresponden al año de publicación original. Muchos de los escritos de Marx, Engels y los autores marxistas anteriores a 1950, y algunos pocos posteriores, están disponibles en internet en el indispensable sitio del Marxists Internet Archive (www.marxists.org).
- ALLEN R. C. (2003), *From Farm to Factory*, Princeton N.J., Princeton University Press.
- AMIN, S. (1974), *Accumulation on a World Scale*, New York, Monthly Review Press.
- (1990), *Delinking*, London: Zed Books.
- BARAN, P.A. (1952), «On the Political Economy of Backwardness», *Manchester School of Economics and Social Studies* 20, January, 66–84.
- (1973[1957]) *The Political Economy of Growth*, Harmondsworth, Penguin Books, p. 402 [originally published by *Monthly Review Press* in 1957].
- BARAN, P.A. and SWEEZY, P.M. (1966), *Monopoly Capital: an essay on the American economic and social order*, New York, Monthly Review Press, 1966.
- BARDHAN, P. (1986), «Marxist ideas in development economics: an evaluation», in John Roemer (ed), *Analytical Marxism*, Cambridge: Cambridge University Press; Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp.64–77.
- BECKER, D.G.; FRIEDEN, J. S. SCHATZ, P. and SKLAR, R. (eds.) (1987), *Postimperialism: international capitalism and development in the late twentieth century*, Boulder, Lynne Rienner, 1987.
- BERNSTEIN, H. (2005), «Development Studies and the Marxists», in U. Kothari (ed), *A Radical History of Development Studies: individuals, institutions and ideologies*, London and New York: Zed Books.

- BOOTH, D. (1985), «Marxism and Development Sociology: interpreting the impasse», *World Development*, Vol 13, No 7, pp.761–87.
- BRENNER, R. (1977), «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review* 104, pp. 25-92.
- BREWER, A. (1990), *Marxist Theories of Imperialism: a critical survey*, London and New York, Routledge.
- BRUNDENIUS, C. (1984), *Revolutionary Cuba: the challenge of economic growth with equity*, Boulder, Lynn Rienner.
- BUKHARIN, N. (1979), «Notes of an economist», *Economy and Society*, vol 8, Issue 4, November, pp. 473–500.
- BUKHARIN N. [1915], *Imperialism and World Economy*, New York: Monthly Review Press (no date).
- CARDOSO, F.E. and FALETTO, E. (1979). *Dependency and Development in Latin America*, Berkley and London: University of California Press.
- CHAKRAVARTY, S. (1987), «Mahalanobis, Prasanta Chandra» in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol III, pp. 276–7.
- COHEN, S.F. (1973), *Bukharin and the Bolshevik Revolution: a political biography 1888–1938*, New York, Knopf.
- COHEN, G.A. (1978), *Karl Marx's Theory of History: a defence*, Oxford, Clarendon Press 1978.
- COWEN, M.P. and R.W.Shenton (1996), *Doctrines of Development*, London and New York, Routledge.
- DAVIES, R.W (1998), *Soviet Economic Development from Lenin to Kruschev*, Cambridge UK: Cambridge University Press.
- DAVIES, R.W.; HARRISON, Mark, and WHEATCROFT, S.G. (eds) (1993), *The Economic Transformation of the Soviet Union 1913–1945*, Cambridge UK, Cambridge University Press.
- DAY, R. (1975), «Preobrazhensky and the theory of the transition period», *Soviet Studies*, 27(2), April, pp. 196–219.
- DOS SANTOS, T. (1970), «The Structure of Dependence», *American Economic Review*, vol. 60 May, pp. 231–36.
- ELLMAN, M. (1987a), 'Fel'dman, Gigorii Alexandrovich' in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol II, pp. 299–300.
- (1987b), «Preobrazhensky, Evgeni Alexeyevich» in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol III, pp. 945–6.

- ELSTER, J. (1986), «The theory of combined and uneven development: a critique», in John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Paris and Cambridge, Maison de Sciences de l'homme, pp. 54–63.
- ENGELS, F. (1975 [1883]), «Draft of a speech at Marx's graveside», in Marx and Engels, *Collected Works*, London, Lawrence and Wishart, Vol 24, p.467 (also available at <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1883/death/justice.htm>).
- EHRlich, A. (1950), «Preobrazhenski and the economics of Soviet industrialization», *Quarterly Journal of Economics*, 64(1), pp. 57–88.
- (1960), *The Soviet Industrialization Debate 1924–1928*, Cambridge MA.
- (1978), «Dobb and the Marx–Feldman model: a problem in Soviet economic strategy», *Cambridge Journal of Economics*, 1978, Vol 2, 2, pp. 203–14.
- EVANS, P.B. (1979), *Dependent Development: the alliance of multinational, state, and local capital in Brazil*, Princeton, Princeton University Press.
- FILTZER, D.A. (ed.) (1980), *The Crisis of Soviet Industrialization*, London, Macmillan.
- FOSTER, J. B. (2000), *Marx's ecology: Materialism and nature*, New York: Monthly Review Press.
- FOSTER-CARTER, A. (1978), «The Modes of Production Controversy», *New Left Review*, 107, pp. 47-77.
- FRANK, A. G. (1969), «Sociology of underdevelopment and underdevelopment of sociology», in Andre Gunder Frank, *Latin America: Underdevelopment or revolution*, Monthly Review (originalmente publicado en 1967 en *Catalyst*).
- (1966), «The Development of Underdevelopment», *Monthly Review*, September, pp. 17–31.
- GERAS, N. (2000), «Minimum utopia: ten theses», in Leo Panitch and Colin Leys (eds), *Socialist Register 2000*, London, Merlin, p. 41–52.
- GREGORY, P. (2001), *Behind the Façade of Stalin's Command Economy: Evidence from the Soviet State and Party Archives*, Stanford, Hoover Books online.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2000), *Empire*, Cambridge MA and London, Harvard University Press.
- HAYNES, M.J. (1985), *Nikolai Bukharin and the Transition from Capitalism to Socialism*, London, Croom Helm.
- HILFERDING, R. (edited by T. Bottomore) (1981 [1910]), *Finance Capital: a study of the latest phase of capitalist development*, London, Boston and Henley, Routledge and Kegan Paul.
- HIRSCHMANN, A.O. (1981), «The rise and decline of development economics», in A.O. Hirschmann, *Essays in Trespassing: economics to politics and beyond*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1–24.
- KAUTSKY, K. (1970[1914]), «Ultraimperialism», *New Left Review*, 59, Jan-Feb., 41–46.

- KAY, C. (1989), *Latin American Theories of Development and Underdevelopment* London, Routledge.
- KAY, G. (1975), *Development and Underdevelopment: a Marxist analysis*, London, Macmillan.
- LACLAU, E. (1971), «Feudalism and Capitalism in Latin America», *New Left Review*, 67, pp. 19–38.
- LARRAIN, J. (1989), *Theories of Development: Capitalism, Colonialism and Dependency*, Oxford, Polity Press.
- LENIN, V.I. (1977[1899]), *The Development of Capitalism in Russia: the process of the formation of a home market for large-scale industry*, Moscow, Progress Publishers.
- [1916], *Imperialism the Highest stage of capitalism* en V.I.Lenin, *Collected Works*, Vol. 22, Moscow: Progress Publishers, pp. 185–304; also available at <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc/index.htm>.
- LEYS, C. and SAUL J. (1999), «Sub-saharan Africa in global capitalism», *Monthly Review*, July–Aug., pp. 13–30.
- (1996), «The Rise and Fall of Development Theory», en Colin Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, Nairobi, Bloomington & Indianapolis, Oxford: EAEP, Indiana University Press, James Currey.
- LIM, J.-J. (1992), «Marx's Theory of Imperialism and the Irish National Question», *Science & Society*, Vol 56, n° 2, Summer, pp. 168-9.
- LIST, F. (1856), *The National System of Political Economy*, Philadelphia, J.P. Lipincott and Co.
- LÖWY, M. (1981), *The Politics of Combined and Uneven Development: the theory of Permanent Revolution*, London, Verso.
- (2002), «Marx to ecosocialism», *Capitalism Nature Socialism*, Vol. 13, n° 1, March, pp. 121–133.
- LUXEMBURG, R. (1951 [1913]), *The Accumulation of Capital*, London, Routledge and Kegan Paul.
- MADDISON, A. (2003), *World Historical Statistics*, CD version, Paris, OECD.
- MARINI, R.M. (1991), *Dialectica de la Dependencia*, Mexico City, Era.
- MARTINEZ ALIER, J. (1991), «Ecology and the poor: A neglected dimension of Latin American history», *Journal of Latin American Studies*, 23(3), pp. 621-639.
- MARTINEZ ALIER, J. y V. (1972), *Cuba: economia y sociedad*, Paris: Ruedo Ibérico.
- MARX, K. (1985[1875]), «Critique of the Gotha Programme», en David McLellan (ed.), *Karl Marx, Selected Writings*, Oxford University Press.
- (1969 [1853a]), «The Future of British Rule in India», in Shlomo Avineri (ed.),

- Karl Marx on Colonialism and Modernization, New York: Anchor Books, p. 94 (originalmente publicado en *New York Daily Tribune*, 25, June).
- (1969 [1853b]), «The Future of British Rule in India», in Shlomo Avineri (ed.), *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, New York, Anchor Books, p. 134 (originalmente publicado en *New York Daily Tribune*, 8, August).
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975 [1848]), *The Manifesto of the Communist Party*, en Marx and Engels, *Collected Works*, Vol. 6, London, Lawrence and Wishart, pp. 477–517 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1848/communist-manifesto/index.htm>).
- MARX, K. (1975 [1867]), Preface to *Capital, Vol I*, (First German edition) en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 35, London, Lawrence and Wishart, p. 7 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1867-c1/p1.htm>).
- (1975 [1881]), Letter to Nikolai Danielson, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 46, London, Lawrence and Wishart, p. 60 (también en <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume46/index.htm>).
- (1975 [1870]), Letter to Sigfrid Meyer and August Vogt, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 43, London, Lawrence and Wishart, p. 148 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume43/index.htm>).
- (1975 [1875]), *Critique of the Gotha Programme*, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 24, London, Lawrence and Wishart, pp. 75–99 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume24/index.htm>).
- MELOTTI, U. (1977), *Karl Marx and the Third World*, London and Basingstoke: Macmillan.
- MUNCK, R. (1999), «Deconstructing development discourses: of impasses, alternatives and politics» in R. Munck and D. O’Hearn, *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*, London, Zed Books, pp. 196–210.
- NOVE, A. (1992), *An Economic History of the USSR*, Harmondsworth: Penguin Books.
- O’CONNOR, J. (1998), *Natural Causes: Essays in Ecological Marxism*, New York, Guilford.
- PALMA, G. (1978), «Dependency: A formal theory of underdevelopment or a methodology for the analysis of concrete situations of underdevelopment», *World Development*, 6, pp. 881–924.
- PARPORT, J.L., CONNELLY, M.P. and BARRITEAU, V.E. (eds.) (2000), *Theoretical Perspectives on Gender and Development*, Ottawa, ICRC.
- PATNAIK, P., (2005) «Marx as a development economist», en Jomo K. S. (ed.), *The Pioneers of Development Economics: great economists of development*, New Delhi and London, Tulita Books and Zed Books, pp. 1–9.
- SCHURMAN, F.J. (ed.) (1993), *Beyond the Impasse: new directions in development theory*, London, Zed Books.

- SEN, A. (1987) «Dobb, Maurice» en John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke, Macmillan, Vol. I, 910–12.
- SKLAR, R. (1976), «Postimperialism, a class analysis of multinational corporate expansion», *Comparative Politics*, October, pp. 75–92.
- SHANIN, T. (presenter) (1983), *Late Marx and the Russian Road; Marx and 'the peripheries of capitalism'*, London, Melbourne and Henley: Routledge and Kegan Paul, History Workshop Series.
- TROTSKY, L.(1969[1906]), *Results and Prospects*, en L. Trotsky, *The Permanent Revolution*, New York: Pathfinder Press.
- (1977[1930]), *The History of the Russian Revolution*, London: Pluto Press.
- WALLERSTEIN, I. (1979), *The Capitalist World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1983), *Historical Capitalism*, London, Verso.
- WARREN, B. (1973), «Imperialism and Capitalist Industrialization», *New Left Review*, 81, Sept.–Oct., pp. 3–44;
- (1980) (edited by J. Sender), *Imperialism, Pioneer of Capitalism*, London, Verso.
- World Bank, *World Development Indicators 2005*, online version.

Pane lucrando
Octavi Pellissa y el quehacer remunerado

JOSEP TORRELL

Octavi Pellissa Safont (1935-1992) fue el fundador de una célula de estudiantes comunistas en 1955, en la Universidad de Barcelona (que sería después la primera célula de militantes del PSUC). En enero de 1957, a raíz de la segunda huelga de tranvías, fue detenido y torturado, sin que hablara. En 1958 se exilió en Francia y en la República Democrática Alemana. Desde diciembre de 1966, desde que volvió, destacó como persona clave en Cataluña en la oposición al régimen franquista y, después, como resistente incombustible en la organización de los intelectuales y en el movimiento pacifista y antinuclear. Sobre ello existe información en el artículo necrológico escrito por Xavier Folch en *mientras tanto* núm. 55 (1992) y en mis artículos publicados en *mientras tanto* num. 97 (2005) y *El viejo topo* núm. 219 (2006).¹ La pretensión de este artículo tiende más bien a sacar a la luz la actividad intermitente que le permitió a Pellissa vivir: el trabajo retribuido.

No hay labor más engorrosa que desmentir una verdad a medias. Para bastantes personas que trataron a Octavi Pellissa Safont la afirmación de que era alguien «que no hacía nada» —en el sentido de no trabajar— les parece fuera de discusión. Quienes así piensan no cuestionan su papel político indudable —desde 1955 hasta su muerte—, pero se minusvalora su actividad laboral. Por supuesto, y en esto estarán de acuerdo todos los que le conocieron, a Pellissa no le gustaba mucho trabajar. Para él, el trabajo era un medio de

1. También en la cronología que acompaña la edición de Octavi Pellissa: *Apunts sobre la clandestinitat. Diari 1975-1992*, El Viejo Topo, Barcelona (en prensa).

enriquecerse y de ennoblecerse culturalmente. Para sus compañeros en el Centre de Treball i Documentació —mayoritariamente profesores de universidad y profesiones liberales—, lo que Pellissa consideraba *trabajo*, cariñosamente, no lo era.

Es curioso, pero todas las conversaciones que tuve con Octavi sobre su trabajo tuvieron lugar en el cuartito de secretaría del centro, estando los dos solos, esperando a los demás para empezar una reunión. Quizás fuera porque había un vínculo laboral común —entonces yo trabajaba, además de en el centro, como corrector de estilo y traductor, bastante a destajo—, pero recuerdo más de una vez que la charla derivaba hacia el tema de las editoriales, el encargo de una traducción prometida que no llega o un pago que no se hecho todavía efectivo. De hecho, el último trabajo de Pellissa —una traducción del alemán para Lunwerg Editores— se la pasé yo. No llegó a terminarla: faltaban un par de páginas para llegar al final cuando murió.

En la soledad del atril

Traductor fue siempre una profesión que le tentó... como tentó a tantos otros. Al poco de estar de vuelta en Barcelona, en 1968, tradujo el libro de Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Firmó la traducción O. P. Safont, porque no estaba muy seguro de las consecuencias. Su nombre estaba en todas las listas negras que distribuía la brigada de la policía política. Más que no querer trabajar, a menudo se trató de no poder trabajar. Por lo menos, no en empleos estables.

En 1967, el Ministerio de Información y Turismo dio luz verde a las llamadas Salas Especiales, las predecesoras de los actuales Cines en Versión Original, pero sólo en las grandes ciudades y con un aforo limitado. Una de las distribuidoras especializadas en este tipo de películas era propiedad de miembros de la *gauche divine*, Interarte films, que fue la distribuidora de las primeras obras de Pere Portabella. Parece que Pellissa trabajó traduciendo los subtítulos de algunas películas. Sin embargo, no tuvo continuidad. Es decir: prefirió dejar el trabajo a personas que eran sus amigos, y quedarse al margen. Por lo que se sabe, en una discusión en la que habían amigos suyos, apareció la acusación de intrusismo: el mercado de las películas en versión original, en los años sesenta, era muy precario. Ante la queja, Pellissa optó por lo que sería una línea de conducta suya: no pelearse con los que no eran enemigos. Les cedió el paso y se retiró. No volvió a traducir hasta años más tarde, cambiado el régimen político.

Sin embargo, hay trazos de algún trabajo esporádico. Lidia García-Cairo, su compañera, recuerda que Octavi le habló de haber colaborado en una edito-

rial, un trabajo que, sin embargo, no parece haber durado demasiado. En el momento de conocer a Lidia, en los primeros años setenta del siglo pasado, Pellissa había tenido contactos con Siglo XXI y con Editorial Era, ambas de México, para corregir traducciones, legibles para todo tipo de lectores hispanohablantes. El problema estribaba en que esto era seguramente demasiado caro. Un español en México podría hacerlo perfectamente.

En todo caso, Faustino Lastra, de Siglo XXI, ideó una forma que, si bien no le reportaba ningún sustento, sí conseguía frenar las continuas andanadas de la policía: unas tarjetas que le acreditaban como el gestor comercial de la editorial Siglo XXI en Barcelona. Era plausible, toda vez que la editorial tenía su sede en Madrid. Pero parece un triste sino depender una tarjeta como única salvaguardia contra el acoso de la policía del régimen.

Por lo demás, en esta época, Pellissa vivía con poco, por no decir nada. Tenía dos mudas de camisa y pantalones y poco más. Como todo abrigo, un chaqueta de aquellas que se llamaron *camachos* (por Marcelino Camacho, el dirigente de Comisiones Obreras, que siempre llevaba una). Su mayor gasto era el transporte público y las llamadas telefónicas. Hasta 1973, en que se fue a vivir con Lidia, cada noche llamaba a su casa para informar a su madre de donde iba a pasar la noche. Esto eran, evidentemente, secuelas de su detención en 1957. Menos problemas planteaba la consumición en restaurantes y locales nocturnos como *Bocaccio*. Desde el principio, según cuenta Manuel Esteban, se acordó entre sus amigos que él no pagaba. Pero como el franquismo, eso acabó por terminarse.

Tras las primeras elecciones municipales democráticas, tuvo un empleo visto y no visto en el Ayuntamiento de Barcelona. Se trataba de traducir rápidamente normativas y proyectos al catalán. En la práctica, fue un desastre. El encargo pedía rapidez, y el traductor anteponía pruritos de exactitud y precisión filológica. En realidad, acabó traduciéndolo su compañera. Este trabajo nunca tuvo continuidad.

En los primeros años de la transición estuvo embarcado en una aventura editorial, bastante significativa de su concepción del trabajo como una afición remunerada. En 1975, editorial Grijalbo —que sería substituida por Editorial Crítica, dos años más tarde, con el nuevo régimen político— empezó a publicar en castellano las *Obras de Marx y Engels (OME)*. El empeño estaba dirigido por Manuel Sacristán, pero duró poco. Pronto la editorial declararía su inviabilidad comercial, cuando sólo habían salido doce tomos. Octavi Pellissa estuvo en ese proyecto, pero no formaba parte de los primeros volúmenes. Es posible que Sacristán le reservase la traducción de una parte de la correspondencia, encargándose el propio Sacristán de traducir el resto, según

la hipótesis de Paco Fernández Buey. En cualquier caso, no entraba dentro de los planes editoriales a medio plazo, y por tanto quedó sin firmar contrato. Sin embargo, *ese* era un trabajo interesante y —a pesar de que no había ningún compromiso por escrito ni remuneración— empezó a traducir. La singladura de las OME fue tan breve, que nadie se acordó de aquella traducción.

En el verano de 1980, en pleno traslado de piso para irse a vivir a Badalona, Lidia García-Cairo encontró una caja de cartón repleta de hojas mecanografiadas, que parecía ser el original de una traducción. Preguntado al respecto, Pellissa le contó que ese era el libro de Marx que nadie se acordó de pedirle. No sabemos a ciencia cierta qué libro era, pero todo parece indicar que se perdió definitivamente por aquel entonces. Lo llamativo del caso es que fue una traducción por amor al arte.

Tras esa traducción fallida, en 1983 de la mano de Gonzalo Pontón, empezó a trabajar como traductor para Editorial Crítica. Anteriormente, había traducido *El arte dramático en Valencia, desde los orígenes hasta el siglo XVII*, de Henri Mérimé para la editorial valenciana Alfons el Magnanim, que apareció en 1985. Posteriormente sólo emprendería la colaboración con Editorial Lunwerg, que quedó truncada por su muerte.

Durante su trabajo para crítica terminó unos once libros (entre paréntesis, el año de publicación): *Vocabulario básico, terminología de las obras completas de Karl Marx y Friedrich Engels* de Gérard Bekerman (1983), *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)* de Pierre Bonnassie (1984), *Los cuentos de los hermanos Grimm* de Pierre Peju (1986), *La Primera Guerra Mundial (1914-1918)* de Gerd Hardach (1986), *Los Cataros: herejía y crisis social* de Paul Laval (1988), *Historia de los españoles* de Bartolome Bennasar (1989), *Erasmus de Rotterdam* de Cornelius Augustijn (1990), *La vida mental* de Henry Wallon (para editorial Grijalbo de México, en 1991), *Esbozo biográfico* de John Maynard Keynes (1992) y, finalmente, *La España de la Ilustración (1700-1833)* de Jean-Pierre Amalric y Lucienne Domergue (2001). Por supuesto, este historial dista de parecerse al currículo de un trabajador a destajo, pero compone un perfil que tampoco cuadra con la imagen de alguien que no hace nada.

El trabajo de traductor es agradable, pero muy solitario. Para vencer el aburrimiento que en ocasiones emana del atril, Pellissa tenía algunos remedios particulares: la cocina y el teléfono. La cocina le gustaba y hacía la comida en su casa habitualmente. El teléfono le permitía hablar con otros en esos momentos en que no es posible seguir traduciendo. Pero sus llamadas tenían un tono particular: eran llamadas para hacer algo. Cuando Pellissa llamaba, lo primero que llamaba la atención era el tono irónico y divertido de la conversación; pero

lo segundo era que algo leído en el periódico (u oído en la radio) le había movido a la convicción de que había que hacer algo. Por supuesto, en ocasiones dio en nada al no encontrar interlocutores dispuestos a trabajar en ello, pero las más de las veces fueron actos —y algo más que actos: la campaña contra la OTAN (1986) o la de *Aturem la guerra!*, contra la invasión de Irak (1991)—, que generalmente era el Centre de Treball i Documentació el encargado de organizarlas o el lugar donde se centralizaban.

Octavi Pellissa, guionista

A partir de 1975 y hasta su muerte, Pellissa fue también guionista en las películas de algunos de sus amigos, como Pere Portabella y Carlos Durán. Ocurre, no obstante, que en Cataluña —y en España— el trabajo de guionista está minusvalorado. Es, simplemente, «andar en cosas del cine», que a causa de un viejo —pero muy poderoso— prejuicio es una actividad que no se valora en nada. Esteve Rimbau ha rastreado las consecuencias de este desprecio hacia el cine en la producción catalana de los años sesenta, en su tesis doctoral (evidentemente, inédita: ¿quién iba a publicar semejante requisitoria?). Esta actitud afectó también a la imagen de Pellissa como alguien *que no trabajaba*, aún cuando su aportación fuera decisiva en películas como *L'Agressió quotidiana* (1978) de Carlos Durán o *Pont de Varsòvia* (1989) de Pere Portabella, por ejemplo.

En 1969 hizo un pequeño papel como actor en *Bibici Story* de Carlos Durán, un cortometraje que nunca se estrenó, en el que Pellissa aparecía con una gorra de policía soviético. No estando filmado para ser exhibido, constituye hoy un repaso de lo que en la época era la nómina de la *gauche divine*.

Claro que Pellissa era miembro de esa izquierda y, a la vez, de la otra, de la oposición clandestina al franquismo. Hay indicios que muestran la insidiosa persecución de que fue objeto. El abogado Josep Solé Barbera ideó un sistema para no pagar las multas gubernativas (por ejemplo, las del encierro en Montserrat en enero de 1970 por el juicio contra militantes de ETA). Pero en el caso de Octavi Pellissa hay recibos (de 500 pesetas) de pagos a cuenta de la multa. Aunque no lo dijera —como nunca habló de su tortura—, parece que la actitud de la policía fue particularmente enañada con él, hasta el punto de obligarle a pagar lo que a los demás se les condonaba (fingiendo creerse los recursos que alegaba Solé Barbera).

El siguiente paso de su trayectoria cinematográfica fue el encuentro profesional con Pere Portabella, a quien ya conocía de *Bocaccio* y de las comunes actividades contra el franquismo. Portabella estaba rodando *Informe general sobre algunas de interés para una proyección pública* (1975-1977) y andaba

buscando un buen guionista pero no lo encontraba. Estuvo un tiempo tanteando entre los intelectuales del partido (es decir, del PSUC), entre otros, Juan Ramón Capella, pero sin éxito. Portabella no acaba de encontrar a alguien que pudiese moverse con igual desenvoltura por todos los aspectos de la película. Hasta que encontró a Octavi, que actuaba como coordinador de la célula de cine del PSUC. Como guionista, sabía aportar ideas pero no empeñarse en ellas. Si al director no le gustaban, buscaba otras. Y si al final se decidía por una de las previamente rechazadas, siempre tenía su sonrisa irónica: *Véus? Ja t'ho deia jo!*

En 1977, la célula clandestina del PSUC se convirtió en el Institut del Cine Català (se dice que con la sola incorporación de dos militantes anarquistas y un socialista). En el ambiente revuelto del cambio de régimen, idearon una propuesta para sustituir al NO-DO: los Noticiarios del Cine Catalán, que tuvieron cierta aceptación, entre otras cosas porque eran lo contrario del NO-DO, y sacaban a la luz todas que hasta entonces habían estado ocultas o escondidas. Pellissa tenía la costumbre de ir a todos los rodajes que podía, sin que su nombre quedase reflejado en una función concreta.

En este contexto, Pellissa realizó los guiones de los cortometrajes de Carlos Durán para el Institut, que si estaban acreditados, y que le valieron algunos premios: *La sanitat* (1977), el magnífico *L'Agressió quotidiana* (1978), *El barri del Besòs* (1979), *Escola Publica* (1980) y *Assemblea de Catalunya* (1981). Lo principal de estos documentales, con excepción del último por tratar hechos del pasado reciente, era evitar la voz del locutor fuera de campo. Pero esto era parecía inviable en el caso de *L'Agressió quotidiana*, en la cual se hablaba de la sexualidad sometida y dominada de la mujeres del cinturón obrero de Barcelona, donde nadie quería salir en la película. Para ello, un equipo mayoritariamente compuesto de mujeres, grabó primero la banda de sonido (sin ninguna cámara). Y después rodaron el trabajo cotidiano de mujeres en la zona de Sant Adrià y Badalona. La versión dolida de la propia sexualidad de las mujeres obreras del extrarradio sigue conservando hoy en día el revulsivo para nuestra mirada (probablemente porque de lo que hablan no ha cambiado tanto). Ahora, simplemente se mira hacia otra parte.

Después de esta aventura buscó cobijo en Editorial Crítica, visto que las iniciativas democráticas iban desinflándose a medida que en 1980, tras el golpe, iba imponiéndose una democracia autoritaria. Carlos Durán trabajó para otros como productor ejecutivo, y Pere Portabella había sido senador por la Entesa dels Catalans, y estaba en Madrid. Pellissa fue asesor ocasional de Portabella en algunas de sus mociones y enmiendas, pero no cobró nada por ello, más allá de la opípara comida que les sirvieran en algún restaurante de lujo de la parte alta de Barcelona.

Durán murió en noviembre de 1988, y Pellissa apareció anónimamente en las fotografías publicadas por los periódicos, llevando el ataúd del amigo. Portabella volvió al cine con *Pont de Varsòvia* (1989), y Pellissa regresó a sus funciones de guionista, en una película que contiene lo más parecido a la propia autobiografía. Volvió a trabajar con Portabella en el medimetraje *Art a Catalunya* (1992). Al caer el muro de Berlín, Televisió de Catalunya le contrató para que fuera a Alemania como guionista de *Creació artística i col·lapse de la societat a la RDA* (1990) de Octavi Martí.

¿Escritor?

La faceta más prolija de Pellissa militante es la de idear manifiestos claros y concisos para ser firmados por una amplia multitud de personas (en especial, intelectuales) ante determinados acontecimientos. Esto fue así durante el franquismo y volvió a ponerse de moda a partir de la huelga general del 14 de diciembre de 1988. Poco antes, en una reunión en el centro, el secretario general de Comisiones Obreras, Josep Lluís López Bulla, se quejó de que no había ningún movimiento intelectual de apoyo a la convocatoria. El centro se ofreció para intentar paliarlo. Se creó una comisión conjunta entre centro y sindicato, formada por cuatro personas (por el centro, Pellissa y yo). Cuando salió la lista, la prensa quedó sorprendida (entre otras cosas, por la personalidad de los firmantes) y la publicó como noticia, incluso en las ediciones para el extranjero. Para Pellissa esto reabría una forma de oposición que parecía periclitada. Aunque eso no era ningún trabajo pagado.

Una de las cosas más paradójicas es que cuando recabando información a sus amigos y compañeros, niegan casi todos que Pellissa escribiera nada, ni siquiera para los periódicos. Pero la realidad es otra, ligeramente diferente.

El mayor éxito de público en la historia del centro fueron las Jornadas sobre la Paz y el Desarme, organizadas con ayuda del CANC y comenzadas el lunes 21 de mayo de 1984 en el Palacio de Congresos de Montjuic. Pellissa desarrolló una intensa labor propagandística de esas jornadas, sobre todo por la radio. El mismo día 21 de mayo salió una entrevista en la última página de *El Noticiero Universal*, titulada «Octavi Pellissa y los cerebros de la diáspora», firmado por Josep María Cortés. El éxito de las jornadas convirtió a Rafael Grasa (por el CANC) y a Octavi (por el CTD) en personas públicas. Pellissa intentó aprovecharse de esa fama momentánea, que le permitía acceder a la prensa.

Publicó artículos polemizando con Fernando Claudín (en *Liberación*) y sobre la política internacional (en *El món* y *El país*), antes del verano. En diciembre publicó «*Infome general: un protagonista, el proceso democrático*» en *Libera-*

ción. Al año siguiente, en mayo, publicó con Ramon Garrabou, «Fer política y no ontologia: l'altra guerra del CTD» en la revista *El Món*, que fue censurado. Intentaron se le publicará una carta de protesta, pero fue inútil. Finalmente, en febrero de 1988, publicó «La faula de la candelera» en el *Diari de Barcelona*, por amistad con el director. Sin embargo, es muy probable que esta relación no sea exhaustiva. También publicó una «Imatge personal» en el programa de mano de la *Filmoteca, programa número 11*, 5-11 de diciembre de 1988, dedicado a Carlos Durán. Más allá de estos artículos periodísticos el único texto que aparece con su firma es el prólogo al libro *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, que firman conjuntamente Ramon Garrabou, Joaquim Lleixa y Octavi Pellissa, publicado por Editorial Crítica.

Seguramente la lista de los trabajos emprendidos por Pellissa desde su vuelta del exilio en la República Democrática Alemana es bastante exacta. A eso, cabe añadir sus trabajos como traductor simultáneo para las autoridades alemanas durante su exilio. A través de su amistad con Mercedes Álvarez, obtuvo la posibilidad de trabajar de intérprete (con delegaciones cubanas, por ejemplo). Posteriormente, entre 1962 y 1966, estuvo trabajando con la Federación Internacional de Mujeres Democráticas y con la Unión Internacional de los Estudiantes (con quienes viajó a Leningrado, Moscú, a Bulgaria, a Helsinki y a El Cairo). Pellissa tenía buen recuerdo que estos viajes (que le permitieron estar muy cerca de Nikita Jruschov, según solía contar). También estaba bastante contento con su retribución.

Pero eso no es todo. Hubo un trabajo previo, que suele quedarse en el olvido. Hace cincuenta años, en el exilio en París, Octavi Pellissa escribió un librito por encargo, pero que ilustra bastante bien las cuitas de un muchacho de veintitrés años alejado de su tierra por el exilio.

Hace cincuenta años

En París, Pellissa necesitaba dinero de bolsillo para satisfacer las demandas de un joven de veinte y pocos años. Francesc Vicens, que coordinaba los intelectuales en el ilegal partido comunista catalán, era también el coordinador editorial de la empresa Ediciones G.P., que publicaba la Enciclopedia Pulga, una colección que gozaba de gran aceptación entre la población. Su puede calcular su importancia viendo los montoncitos de libros que aún se apilan en las librerías de viejo de Barcelona o en el popular Mercado de San Antonio.

Eran libritos de 10'5 por 7'5 centímetros, y su precio oscilaba, según el según el número de páginas, de una y media a cinco pesetas. Vicens le propuso a Pellissa la confección de un volumen, y Pellissa aceptó *de pane lucrando*, pues no tenía otro medio para vivir (salvo lo poco que le pasaba el partido).

El volumen en cuestión era sobre Enrique Granados. Una vez impreso ocupaba 64 paginitas y costaba dos pesetas. Vicens le comunicó el miedo a la reacción de la policía franquista, una vez que vieran su nombre como autor del librito, y fue el mismo Vicens quién le propuso que lo publicara con seudónimo. Pellissa estuvo de acuerdo en eso. Vicens lo publicó con el pseudónimo más inexpugnable e indescifrable que había: con su propio nombre. La práctica debió ser habitual, dada la abundancia de «F. Vicens» que aparecen como autores de los pequeños libros con temática muy diferente. El seudónimo escogido fue tan hábil que el libro nunca permitió a nadie suponer que su autor era Octavi Pellissa, salvo a sus amigos más íntimos, contado como chascarrillo a su vuelta a Barcelona.

Esos libritos eran poco más que copias de sesudos volúmenes convenientemente aligerados. Pellissa recordaba luego que su principal interés había sido meter —un poco con calzador— la historia del movimiento obrero y también —menos forzosamente— el nacimiento del nacionalismo catalán. De la explotación capitalista dice: «Del enriquecimiento de la vida en todas sus dimensiones que se opera en este momento, ellos [*la clase obrera*] no tienen noticias. Sólo afecta a uno de los datos del problema, a la parte más privilegiada económicamente de aquella sociedad, que fue la que monopolizó todos los beneficios. En cambio, los obreros no tomaron parte en el acto del reparto de las ganancias. Esto contribuyó a abonar el campo de la discordia» (págs. 24-25).

«Estamos en la época de las Internacionales» proclama en el párrafo siguiente. La coletilla referida al agitador extranjero le permite acabar con un tímido llamamiento al socialismo, bastante fuera de lugar dado el lugar que lo albergaba: «Entre los trabajadores corre el rumor, lanzado por una potente voz extranjera, de que uniendo esfuerzos se puede rebasar el actual estado de sufrimientos, ignorancia, miseria y sustituirlo por el reino de la igualdad basada en el trabajo, por una sociedad sin clases» (pág. 25).

También hay algo más. Quizás sea un síntoma del tiempo, pero estos párrafos que acabamos de citar guardan un extraño parecido, sobre todo el primero, con el estilo argumentativo que fue propio de su maestro y amigo en la singladura contra el franquismo: Manuel Sacristán Luzón, y del que se conservan numerosos textos de esa época para ver las concomitancias estilísticas. O, por ejemplo, hablando de la formación pianística de Granados, Pellissa afirma que «le impone un rigor conceptual que elevará su sensibilidad a más altas perspectivas» (pág. 7), donde la primera parte de la frase tiene un regusto a las enseñanzas de Sacristán y poco que ver con la enseñanza del piano.

Hay también pasos involuntariamente significativos. No siendo músico —ni experto en música, ni siquiera buen conocedor de Granados—, el criterio de

verdad queda a merced de otros parámetros. Por ejemplo, los personales, aquellos que guardan relación con ambas biografías, la de Granados y la suya. Así, repara en la importancia del capitán del ejército que llama la atención sobre las dotes musicales del niño (pág. 6-7), transposición del «oncle Simonet» o «senyor Simonet» —siempre le trató con especial cariño— que batalló porque Octavi, un niño de Ginestar, fuese a Barcelona a estudiar bachillerato. El ambiente del recién llegado a París también aparece en las conversaciones que atribuye a Granados, donde transparenta la nostalgia por el país que se vio obligado a abandonar (págs. 14-17). O la rabia ante la atonía de la Barcelona de finales de 1950 («Nuestro silencio actual —escribe— no se corresponde con la gran vitalidad y algazara de entonces», pág. 20).

Finalmente, hay algunos párrafos que establecen un puente con los últimos años de su actividad política. En el momento de situar la muerte de Enrique Granados, aprovecha también para hacer un alegato contra las guerras (la primera guerra mundial, o cualquier otra): «Estamos en plena guerra mundial. En medio de la locura desatada, cientos de miles de miles de hombres de buena fe se están matando, destruyéndose sus países y jugando a odiarse. ¿Quién ha provocado este estado de cosas? ¿Quién es el responsable de la desolación y el pánico que se extiende por todo el Continente? Es el dinero. Estamos en plena timocracia» (págs. 58-59). Pasaron más de cuarenta años, pero parece que aún resuena la voz serena de Octavi Pellissa advirtiendo (en el mitin *¿Para que sirvió la guerra?*) que, para justificar la guerra, los gobernantes han de mentir y ocultar la verdad.

Al finalizar el libro, hay algo que no se recuerda ya. Se trata del exergo que precede al cuerpo del texto. Un exergo que, en este caso, queda en suspenso, sin hallar sentido en lo que se dice de Granados y de su época. Sólo adquiere significado poniéndolo en relación con el autor y no con el biografiado. Se trata de una cita de Richter —suponemos que el pianista Sviatoslav Richter, por el contexto musical—, que dice: «No esperemos circunstancias extraordinarias para hacer buenas acciones; tratemos de hacerlas diariamente». Sin embargo, no hay ningún paso de la biografía de Granados que tenga que ver con esa máxima. En cambio, sí los hay en la vida del joven militante comunista. Por ejemplo, el ser torturado y no delatar a ninguno de sus compañeros (con lo que se salvó la organización estudiantil en que militaba). El sufrimiento de la tortura era algo que indudablemente le acompañó largo tiempo. Y también lo no dicho: las consecuencias de haber obrado como lo había hecho, que marcaron toda su vida. En la lejanía de París, las palabras de Richter suponían una respuesta tentativa a la pregunta que le atormentaba interiormente.

Barcelona, mayo de 2008

Se ha apagado una voz imprescindible

En recuerdo de David Anisi

El 13 de septiembre falleció en Salamanca, David Anisi. Había nacido en Madrid en 1949. Era una noticia esperada desde que un mes antes le habían detectado un cáncer en situación irreversible. David hubiera sido un intelectual de referencia en una sociedad más racional. Posiblemente ni siquiera alcanzó el reconocimiento que merecía entre la gente de izquierdas a la que se dirigía. A pesar de la claridad de sus libros, aún hoy imprescindibles para alguien que quiera aprender de verdad economía crítica o simplemente pensar en como cambiar la sociedad. Al rigor intelectual se sumaba su capacidad literaria, perceptible incluso en la elección de algunos de los títulos de sus obras. Si «Modelos económicos», «Tiempo y técnica» «Introducción a los modelos macroeconómicos» resultan muy técnicos, «Trabajar con red» «Jerarquía, mercado y valores» o «Creadores de escasez» constituyen a la par magníficas reflexiones sobre nuestra sociedad y análisis certeros sobre la contrarrevolución neoliberal. Son libros que resultan actuales. Aunque su labor principal era la universidad (la Autónoma de Madrid y a partir de 1991 la de Salamanca) dedicó buena parte de sus esfuerzos a los movimientos sociales. La lista de ponencias y comunicaciones a cursos sindicales, o de izquierda lo muestran (en su página web, <http://web.usal.es/~anisi/>, está colgada su última presentación, en el mismo mes fatídico que supo de su enfermedad). Aunque su reconocida fobia al protagonismo le hacían a menudo invisible, hoy su reflexión hubiera sido más que imprescindible para reencontrar vías de salida a la nueva crisis social.

En los últimos años, volcó importantes esfuerzos a elaborar textos literarios de demolición del dogma ultraliberal. Primero fueron los «Cuentos económi-

cos» (2005) y posteriormente las crónicas de «Fin de semana» que fue enviando a los amigos a lo largo del curso pasado. Muestras del mejor pensamiento crítico y de su amor a una humanidad doliente. Casi todos sus trabajos siguen colgados en su página de la Universidad de Salamanca. Creo que muestran mejor que otra cosa su valor moral y su altura intelectual. Su sensibilidad, que se hacía evidente en el trato personal. Por esto creemos que el mejor homenaje que le podemos hacer es reproducir dos de estas reflexiones de «fin de semana» que serán seguro una invitación a leer lo sustancial de sus trabajos.

Albert Recio

Los monos (22 de mayo de 2008)

Circula por Internet una historia, con múltiples versiones, y con un autor original del que desconozco su nombre pero a quien admiro profundamente.

Cuenta esa historia que alguien pone en un foso a unos cuantos monos a los que se alimenta muy escasamente con cacahuets. En el medio del foso hay una escalera que usan los monos para sus juegos y acrobacias.

Pasados unos días y empezando a hacer el hambre sus estragos, se coloca al final de la escalera un gran racimo de plátanos.

Inmediatamente uno de los monos comienza a subir como un loco a por los plátanos, y en ese momento se les rocía a todos con agua helada.

Por supuesto el mono desiste de su ascensión, y junto con los otros corre a refugiarse en las esquinas del foso.

Nunca más volverán a ser torturados. No hará falta.

Con los estómagos medio vacíos mirarán con anhelo el racimo de plátanos colocados sobre la escalera pero nadie se atreverá a subir por ella sabiendo lo que a todos les espera si lo hace.

Unos cuantos días después se saca del foso a uno de los monos y se le sustituye por otro que nada sabe de la historia. Este, ve el racimo de plátanos y corre a por ellos. Antes de que llegue al comienzo de la escalera los otros monos se lanzan a por él y le dan una soberana paliza para hacerle desistir del intento.

A partir de ese momento el mono nuevo adopta el mismo comportamiento de los demás ante los plátanos, aunque por razones distintas: ellos por miedo a la ducha de agua fría y él por miedo a la paliza de sus compañeros.

Tras unos días se vuelve a sustituir a uno de los monos veteranos por otro nuevo. Este, inmediatamente, se lanza a por los plátanos, y los demás a por él, y resulta que el que más le sacude es precisamente el que ni siquiera sabe porqué le pega.

Así, paulatinamente, se van cambiando unos monos por otros, con las sucesivas llegadas perplejas, los sucesivos intentos de acceder a los plátanos por parte del recién llegado, y las sucesivas palizas, y así hasta que al final no queda en el foso ninguno de aquellos primeros que fueron regados con agua helada.

Ninguno intenta subir a por los plátanos. Hambrientos, vagan por el foso mirando de vez en cuando a los plátanos como algo inalcanzable, y, probablemente, pasado un tiempo, ni siquiera los ven.

Siempre me pregunté dónde están nuestros plátanos. ¿A qué cosas que están a nuestro alcance renunciamos porque pensamos que son imposibles sin saber exactamente por qué lo son? ¿qué objetivos en lo económico, en lo social, en lo medioambiental o en lo personal se han convertido en algo tan imposible como el manojito de plátanos para nuestros monos?

Que tengáis un buen finde.

Pobres, ilegales, raros (*17 de enero de 2008*)

Hay bienes valiosísimos a los que tenemos acceso porque tenemos derecho, como una operación de apendicitis; hay bienes a los que tenemos acceso porque los adquirimos, como una bufanda; y hay bienes a los que tenemos acceso porque alguien nos los regala, como un beso.

Otra vez nos encontramos, como casi siempre, con los tres imperios: el de la ley, el del dinero, y el de las creencias. La operación te la realizan porque como ciudadano tienes derecho, la bufanda la adquieres porque tienes dinero y el beso lo consigues porque una variedad de tus características personales hacen que alguien te quiera.

El mundo de los derechos es estricto. Nadie en el hospital público te pedirá tu tarjeta de crédito para atenderte, ni se te operará o no en función de lo simpático que seas.

Como estricto es también el mundo del mercado en el que no se te pedirá que muestres el pasaporte para comprar la bufanda, ni tampoco te harán un precio especial por ser alto, gordito o tímido.

Y como también ocurre en el mundo valorativo en el que tus amigos no sabrán el estado de tu cuenta corriente, y en el que las madres seguirán a nuestro lado por más encerrados que estemos en una cárcel, o perseguidos por la justicia.

Así, en estas sociedades Europeas en las que vivimos ahora apartados momentáneamente de la barbarie, el hecho de ser pobre, en el sentido de carecer de dinero, no conduce de por sí a la desgracia o la exclusión. Doña Remedios, digamos, puede ser pobre puesto que sólo cuenta con una pensión asistencial, pero Doña Remedios sabe que tiene acceso a la asistencia médica, a la protección policial, a la defensa jurídica y a muchas otras cosas, por el simple hecho de que puede mostrar un documento que la acredita como ciudadana de la Unión Europea. Y además doña Remedios, aunque no tenga familia, goza del respeto de sus vecinos, puede hablar con ellos y pasar el tiempo feliz cotilleando de lo que le plazca. Doña Remedios es pobre pero en absoluto es una excluida.

Doña Remedios es pobre, pero es legal y es una persona «normal» dentro de su contexto. Otra cosa distinta sería si Doña Remedios aparte de pobre fuera una alcohólica, o se vistiera de forma estrafalaria, o no compartiese con sus vecinos cosas tan convencionalmente normales como comportamiento sexual, creencias, lengua o color de la piel. Y de la misma forma que alguien raro pero acaudalado se le cataloga como «snob», seguro que a esta buena mujer si así actuase, prontamente la desaparecería lo de «Doña» y comenzaría a llamársela «La Reme».

La exclusión es pobreza y algo más.

Un pobre es simplemente alguien que está apartado de aquello que se puede conseguir en el mercado. La exclusión aparece en el momento en que ese individuo, por soledad o peculiaridad, queda apartado de todo aquello que proviene del retículo valorativo; o bien que por su situación de ilegalidad, queda alejado de toda la red de protección social a la que se accede por el mero hecho de ser un residente legal en un país de la Unión Europea.

La exclusión social total se centra, consecuentemente, en aquellos que además de pobres, son ilegales y raros.

Como quizá aquel, primero golfillo, luego quizá bufón, pobre y feo que Velázquez inmortalizó como «El Niño de Vallecas» y que nuestro buen León Felipe reflejó en su poema.

Que tengáis un buen finde.

RESEÑAS

LA DIVERSIDAD SEXUAL EN EL EMBUDO DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO

ANTONIO GIMÉNEZ MERINO

Laurentino Vélez-Pelligrini, *Minorías sexuales y sociología de la diferencia. Gays, lesbianas y transexuales ante el debate indentitario*, Montesinos, Barcelona, 2008, 434 págs.

Hay que celebrar la aparición de esta densa e impresionante obra (por su erudición, por la enorme información que contiene y por la variedad de disciplinas que toca) sobre minorías sexuales, destinada a convertirse en un texto de referencia en los estudios de género en nuestro país. Su autor es tributario del pensamiento post-estructuralista francés, habiendo participado de la enseñanza de sociólogos de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de la talla de Michel Wiewiorka, Pierre Bourdieu o Jacques Derrida. Una formación que corrió en paralelo a la militancia política de Vélez-Pelligrini en el seno

del imaginativo, plural y activo, aunque hoy en crisis, movimiento de respuesta a la ola homófoba que levantó la pandemia del sida en los años noventa. Ambos aspectos se dejan sentir en este libro: en la actitud de distanciamiento radical de su autor frente al pensamiento clasificatorio, en particular en lo referente a opciones e identidades sexuales, y en la querencia por el análisis descodificador y simbólico de las categorías sociales más extendidas en los estudios y en la praxis política en torno al género.

Sería un error pensar —como es habitual dentro del conjunto de islas que componen el actual archipiélago de los estudios de género— que se trata de una obra de interés exclusivo para gentes que *entienden*. Por el contrario, se trata de un libro importante para todo aquél implicado directa o in-

directamente en la transformación del sistema de género hegemónico al aportar numerosas ideas, desde el lado de las minorías sexuales, para el desmantelamiento teórico y práctico de un orden cultural y simbólico (el heteronormativismo) productor de misoginia, homofobia, lesbofobia y transfobia.

El principal hilo conductor del libro es la polémica registrada en el campo de las minorías sexuales entre las corrientes «asimiliacionistas», sostenedoras de un igualitarismo en el plano formal de los derechos en atención a una (supuesta) «comunidad de valores», y las «diferencialistas», defensoras de la necesidad de extender socialmente las significaciones plurales derivadas de la praxis sexual (real) del universo gay, lesbiano y transexual (GLT). Una polémica que en cierto modo recuerda a la registrada en el campo del feminismo entre las corrientes igualitaristas y aquéllas que han hecho bandera de la diferencia sexual.

La importancia de la cuestión planteada por Vélez-Pelligrini es manifiesta si atendemos al contexto actual de generalización de unas políticas de igualdad de género que, siendo importantes en términos de redistribución de recursos, no han abordado aún en profundidad la necesaria transformación de la ética dominante en el campo de la masculinidad. «Mujeres», «homosexuales» o «transexuales» son contemplados normativamente como sujetos problemáticos o débiles merecedores de medidas reparativas de su posición infe-

rior en las relaciones jerárquicas de poder patriarcal, y no como portadores de una moral antipatriarcal.

En este sentido, el libro admite tímidamente el carácter globalmente positivo de los cambios sociales y legales en curso en relación a la normalización de sexualidades anómicas, hasta hace poco perseguidas, aunque su objetivo prioritario es poner en tela de juicio este proceso partiendo de la hipótesis de que tras el aparente ciclo crítico que atraviesa la masculinidad tradicional hay en realidad una reconstrucción fáctica del poder masculino. Frente a la amenaza que supone para éste la progresiva visibilidad y reconocimiento social y legal de las minorías sexuales, la estrategia de dotarlas de derechos civiles como el matrimonio o la adopción es interpretada aquí como una reconducción de las formas alternativas de afectividad presentes en la cultura gay, lesbiana y transexual a las formas heteronormativas de institucionalización del amor, de modo que las primeras quedarían públicamente invisibilizadas.

Esto explica el fuerte rechazo de Vélez-Pelligrini, desde un punto de vista cultural y simbólico, a la actitud «asimiliacionista» de los sectores que han hecho bandera de la normalización de las minorías mediante la extensión de instituciones jurídicas históricamente diseñadas desde una racionalidad heteronormativa (y que comportan valores como la monogamia, la fidelidad obligatoria, el parentesco, o la ritualidad, ajenos a la tradición de las minorías sexuales). Para llegar a este

punto, razona el autor, ha sido necesario construir una identidad ficticia, respetable, para «la comunidad gay» o «la comunidad lesbiana», que de este modo han pasado a convertirse en sujetos de derechos a despecho de su diversidad interna y de sus potenciales para ofrecer una alternativa cultural y social al binarismo de género (la diada complementaria entre «la» masculinidad y «la» feminidad) propio del heteronormativismo.

El libro aparece formalmente dividido en dos grandes partes: una centrada en la polémica entre «individualistas» y «comunitaristas» y otra en la entablada entre «asimilacionistas» y «diferencialistas». La primera remite al modo problemático en que las minorías sexuales han gestionado su relación identitaria de auto-reconocimiento (negándola en pro de una integración social de los individuos de manera autónoma de su grupo de pertenencia, en base al concepto de ciudadanía, o afirmándola en términos de identidad cultural y cohesión grupal). Mientras que la segunda polémica remite a la voluntad (mayoritaria hoy en España) de presentar a las minorías como respetables y normalizadas, con el matrimonio homosexual como referencia, lo que ha sido criticado por un sector del movimiento GLT por suponer una neutralización de la diversidad de formas de entender la afectividad, en relación a la heteronormativa, de la que son portadoras las minorías sexuales.

En cuanto al primer aspecto, el autor critica a la par a individualistas y

comunitaristas: a los primeros por su ingenua aspiración a la igualación jurídica con las personas heterosexuales, omitiendo el carácter heteronormativo de los sistemas jurídicos modernos; a los segundos, por esencializar la sexualidad propia mediante la falaz idea de una comunidad cohesionada Vélez-Pelligrini muestra convincentemente, en términos históricos, el carácter contingente del «comunitarismo» gay y lesbiano, sólo verdaderamente operativo en situaciones agudas de discriminación (como la de los años más duros de la pandemia del sida). Ciertamente es que la homofobia y la lesbofobia presente en institutos básicos de la agregación colectiva (trabajo, escuela, familia, deporte, etc.) impulsa a las minorías hacia la *comunidad de iguales*, pero en opinión del autor ésta obedece más a una necesidad de refugio en «redes de caída» que a un sentimiento de pertenencia a una verdadera comunidad. La tesis defendida es que las estructuras sociales del mundo gay y lesbiano están actualmente dominadas por una dinámica individualista en la que imperan el hedonismo y el consumismo propios de nuestro tiempo, como pone de relieve la importancia adquirida por el llamado «gaybusiness».

La crítica al vínculo entre derechos de las minorías y la ciudadanía formal por la invisibilización que esto comporta para la alteridad GLB y la idea de que resulta imposible predicar la existencia de una comunidad compacta vertebran la tesis de Vélez-Pelligrini contraria a la estrategia «asimilacionista» emprendida por el sector más visible del mundo GLT, cristalizada en

las leyes 13/2005 y 3/2007, de matrimonio homosexual e identidad de género respectivamente. En cuanto a la primera, lleva razón el autor al criticar la reproducción que el matrimonio homosexual supone de un modelo de convivencia con una estructura psicológica, afectiva y social similar al de la familia tradicional, por lo que contribuiría no a disociar del imaginario colectivo el clásico binarismo de género Masculino/Femenino (ahora representado por la dicotomía *Butch/Femme* o *Macho activo y Loca pasiva*, lo que tiene poco que ver con la realidad de las relaciones homosexuales) y sí a echar tierra sobre la multidireccionalidad de las situaciones de discriminación padecidas efectivamente por las minorías sexuales. Con esto, se nos acerca a la comprensión de las limitaciones teóricas de los tan aclamados «Nuevos Modelos Familiares».

La crítica de Vélez-Pelligrini a las corrientes «asimilacionistas», sin embargo, adolece en este punto de un defecto común al enfoque discursivo aplicado al género popularizado por Foucault y la filosofía francesa que le ha seguido: la poca atención a la conveniencia de identificar aquellos procesos sociales con mayor capacidad para imponer una redistribución igualitaria de recursos, teniendo en cuenta la manifiesta situación de discriminación en relación al varón heterosexual que siguen padeciendo no sólo las minorías sexuales sino también las mujeres en general. En el campo del análisis feminista, se puede discutir sobre la eficacia simbólica y práctica de la ley de igualdad o

la ley contra la violencia doméstica, pero difícilmente sobre el hecho de que estas reformas han aumentado (aunque tímidamente) las posibilidades de participación y autodefensa de las mujeres en relación a los hombres. Del mismo modo, se puede argumentar que la reforma del código civil de 2005, universalizadora de la institución matrimonial y de los efectos jurídicos que le son inherentes, aunque hace pasar a las minorías sexuales por el cedazo del heteronormativismo (como ejemplifica la resistencia práctica de muchos operadores a la aplicación de estos nuevos derechos) comporta también la posibilidad inmediata de solicitar un proceso de adopción o de reconocimiento de herencia para dos convivientes del mismo sexo, cuestión de justicia social básica que hasta hace poco resultaba punto menos que imposible.

Por otro lado, en el plano cultural, en el que mejor se mueve esta obra, también es conveniente recordar, con P. Bourdieu, el efecto «oficializador» de la regulación jurídica de las relaciones sociales en el sentido de tornar legítimas, o por lo menos pensables y decibles socialmente, prácticas anteriormente no reconocidas como tales por el cuerpo social. Estoy de acuerdo con Vélez-Pelligrini en que el «matrimonio homosexual» es una institución que contiene una praxis heteronormativa (bajo ella es difícil no asignar a cada uno de los contrayentes homosexuales un rol de género distinto), pero este cambio institucional puede estar operando en dirección a generalizar la percepción del hecho

homosexual en el mejor sentido posible, es decir, en la consideración social de éste como un atributo cualquiera, «normal», de la personalidad.

En suma, este estudio *queer*, y los cada vez más abundantes sobre masculinidades, entronca bien con el feminismo político y cultural del que son herederos, al constituir una crítica complementaria y necesaria al sujeto

patriarcal. La contribución básica de estos estudios consiste en mostrar la conexión esencial entre la construcción de la masculinidad hegemónica y la homofobia, o miedo cultural de los hombres a ser percibidos como seres emasculados, inferiores y vulnerables por el mero hecho de relacionarse con otros hombres más allá de lo socialmente tolerado.

GHANDI: UNA ANTOLOGÍA

PERE ORTEGA

Mahatma Gandhi: *Política de la No-violencia*, edición a cargo de Rubén Campos Palarea, Madrid, Los Libros de la Catarata, Colección Clásicos del Pensamiento Crítico, 2008.

La obra de Gandhi, a pesar de ser abundante (98 volúmenes),¹ es poco conocida en nuestro país. Esto es debido a que, si bien escribió mucho, su obra se encuentra repartida en infinidad de artículos de prensa, cartas, conferencias y discursos políticos. Entre los escasos textos traducidos a las lenguas peninsulares, existen diversas recopilaciones, una guía de salud y su obra más conocida, la *Autobiografía*,² por cierto no muy bien traducida ni editada. Ésta es,

sin duda, el mejor compendio de su pensamiento, pero parcial, pues tan solo recoge una parte de su vida. Gandhi la escribió a los 57 años y murió a los 78, quedando sin cubrir por tanto los 21 años que median entre lo uno y lo otro que además se corresponde con una etapa de su vida de intensa actuación y producción.

Seguramente, la profusión y dispersión de escritos es una de las causas que explicaría la dificultad de encontrar libros bien editados en nuestro país sobre el pensamiento de Gandhi. Éste abarca, cuando menos, cuatro grandes temas: la búsqueda de la verdad a través de Dios, de indudable cariz místico; las reflexiones políticas acerca de la independencia de la India; las desigualdades en la sociedad india, entre castas, entre hombre y mujer, y las derivadas de la relación entre trabajo y capital; y, por último, todo lo que tiene que ver con

1. *The Collector Works of Mahatma Gandhi*, Government of India Publications Division, Nueva Delhi, 1999.

2. *Historia de mis experimentos con la verdad*, diversas ediciones.

la preparación del cuerpo y el espíritu para luchar por los objetivos de transformación social. Casi nada. Cuatro grandes aspectos que Gandhi consideraba indisolubles. Desde su óptica, luchar por la transformación social exigía un dominio completo de los apetitos carnales, lo que incluía un rechazo a todo alimento proveniente de animales (huevos y leche incluidos), especies y alimentos cocinados; más el dominio de la mente mediante la meditación, el yoga y la lectura de los textos clásicos del pensamiento religioso hindú, cristiano y musulmán.

De ahí el interés de la edición de los textos presentados por Rubén Campos Palarea, los cuales han sido traducidos del inglés por él mismo, lo que garantiza un mayor rigor y otorga cohesión a la antología que reseñamos. Aborda el núcleo central del pensamiento político y social de Gandhi, la noviolencia, como bien indica su título. Eso también significa que no abarca el resto de asuntos apuntados más arriba: la reflexión sobre la verdad a través de Dios³ y el autodomínio de cuerpo y mente. Pero la antología nos ofrece alguno de sus escritos menos conocidos entre nosotros. Se incluyen, por ejemplo, las conclusiones finales de su libro *El autogobierno indio*, un texto importante no traducido al español que permite entender mejor la visión de Gandhi sobre las cuestiones

sociales y económicas. Ahí Gandhi señala la estrategia a seguir para alcanzar la independencia de la India, propugnando el rechazo de la educación, la sanidad, el trabajo en industrias inglesas o bien mediante la práctica del hilado artesanal. En el mismo sentido, el *Programa Constructivo* y el discurso *Seva Sangh*, ambos muy relevantes para comprender sus propuestas para conseguir, no sólo el fin del dominio británico, sino también una mayor igualdad social, económica y política. Un ideario que, en su día, resultó incómodo tanto para las elites indias, tan conservadoras, como para el marxista Nehru, pero que todos ellos acabaron aceptando a la vista del éxito de sus campañas, en especial la *satyagraha* de la sal. De ella, precisamente, se incluye su famoso y quizás más conocido *Discurso en Dandi en la satyagraha de la sal*.

Como todo gran pensador, Gandhi fue un creador de lenguaje. Suyos son algunos conceptos asociados a la noviolencia hoy muy conocidos, como *ahimsa* y *satyagraha*, a los que Rubén Campos dedica una parte de la introducción. *Ahimsa*, traducido entre nosotros como *no violencia*, proviene de los textos vedas (1200 a.c.). Su sentido literal significa *no matar* y se inspira en la idea de que la vida debe ser respetada por su naturaleza divina. Es el fundamento básico del rechazo gandhiano a cualquier tipo de violencia contra las personas, tanto física, como cultural, psíquica o estructural, la cual consideraba que había que erradicar para conseguir la igualdad entre las personas. *Satya*-

3. Existen dos compilaciones de sus textos editadas por Sal Terrae, *Escritos esenciales* y *El camino hacia Dios*.

graha agrupa dos términos del sánscrito, *satya* (verdad) y *agraha* (fuerza). Significa la búsqueda de la verdad impulsada por la fuerza interior que conduce a actuar en conciencia. Entre nosotros se ha traducido en ocasiones como *objeción de conciencia* y en otras como *resistencia pacífica* frente a aquellas reglas o leyes que vulneren valores morales socialmente aceptados.

La fuerza de esos dos principios son los que inspiraron las grandes movilizaciones sociales contra las leyes del Imperio británico, como *la marcha de la sal*, que movilizó a millones de personas contra el impuesto británico de la sal; el boicot a la escolarización británica o a las manufacturas inglesas, en especial las textiles, que lo llevaron en diversas ocasiones a la prisión. El discurso gandhiano era un mensaje muy enraizado en el espíritu indio, que lo conectaba con todas las gentes más humildes y que lo convirtió en un gran conductor de masas.

Sobre Gandhi corren muchos estereotipos, como que era un tipo estafalario, de difícil seguimiento debido a las radicales formas de vivir que impuso a sus seguidores. Se le reprocha que su doctrina sólo fuera posible en una India rural y atrasada, pero de difícil aplicación en sociedades más desarrolladas; que la noviolencia que predicaba no es factible contra los regímenes despóticos (Hitler o Stalin). Gandhi predicó, escribió y actuó para emancipar la India, pero su pensamiento estaba abierto a toda la humanidad. Recordemos algunos aspectos de su

trayectoria vital. No vestía otra ropa que la hilada por él mismo. No creía en la escuela regulada (educó él mismo a sus hijos), tampoco creía en la medicina occidental y practicaba la medicina natural. Era contrario a la propiedad privada, la división en castas y el patriarcado. Amaba a su pueblo, pero también a sus rivales. De Gran Bretaña rechazaba su imperialismo pero admiraba el orden nacido de su revolución democrática. Admiraba las ideas socialistas como se desprende de sus escritos sobre la igualdad social y económica titulados *Programa constructivo*. Él, a pesar de creer en la noviolencia como la única fuerza capaz de emancipar al género humano, aceptaba la violencia como autodefensa, y en más de una ocasión escribió que prefería la lucha del violento a la cobardía del sumiso (en *La doctrina de la espada*, por ejemplo). A pesar del precedente de participar en la primera guerra mundial creando un cuerpo de camilleros al servicio de los británicos, se opuso con firmeza a participar en la segunda guerra mundial debido a que había perdido toda su fe en Gran Bretaña. Por esa época vaticinó que, al margen de su resultado, al final de la guerra la India alcanzaría la independencia. Su posición suscitó una gran polémica en el seno del Partido de Congreso, dividido entre su propuesta y la de los partidarios de intervenir en la guerra al lado de Inglaterra. En las antología que reseñamos, se incluye el discurso *Abandonad la India*, donde Gandhi expuso sus razones para no apoyar a Gran Bretaña y a Estados Unidos, dos potencias imperialistas, por sus acti-

tudes racistas de sometimiento de otros pueblos mientras decían luchar por la libertad. A su vez en ese texto deja claras las diferencias entre el imperialismo británico y el fascismo del Eje alemán/italiano/japonés, y añadió que sólo un pueblo libre puede luchar por la libertad.

Sin duda, la figura y obra de un hombre de un ascetismo tan extremo no son fáciles de resumir. Esta antología

es sólo una excelente introducción a la complejidad de su pensamiento que precisaría ser complementada con otras traducciones. Pero, a pesar de eso, tiene la indudable utilidad de contribuir a que sus propuestas sigan presentes en momentos de desconcierto. Pues cualquier alternativa política que se precie tendrá que contar con ellas, en especial con una de sus célebres máximas: *El fin está en los medios como el árbol está en la simiente.*

CITA

Debemos partir de la premisa de que todos los cuerpos humanos son, fundamentalmente, dependientes y vulnerables. Nuestra condición común es, precisamente, esta indefensión compartida, que resulta muy evidente en la susceptibilidad de nuestros deseos y relaciones, en nuestro miedo al rechazo y a la pérdida, y en experimentar nuestra permanente vulnerabilidad física. Consecuentemente, es importante apuntar que los hombres sienten temor, trauma y daño corporal al igual que las mujeres. [...]

Si los hombres se aferran a la masculinidad normativa, las penas y preocupaciones que tendrán que aprender a padecer (y a minimizar, incluso a negar desde el primer momento) serán consecuencia, predominantemente, de las acciones y del discurso de sus compañeros varones. Situar el reciente énfasis en «la masculinidad en crisis» en este contexto más amplio de una común vulnerabilidad humana podría ayudar a paliar las maneras en las que los hombres se sienten amenazados, simplemente, como hombres.

LYNNE SEGAL

mientrastanto.e

Mientras tanto está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual, quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

suscripciones@mientrastanto.org

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre
Dirección C.P.
Población Provincia
NIF Teléfono
Profesión Ocupación

SUSCRIPCIÓN POR 4 NÚMEROS
DESDE EL PRÓXIMO NÚMERO

- primera suscripción
 renovación

Tarifa:

- España 22 euros
 Europa 30 euros
 Resto del mundo 37 euros

NÚMEROS ATRASADOS QUE SE DESEA RECIBIR

.....
.....
Números atrasados hasta el nº 89 (en existencia) 3 euros

SUGERENCIAS

Apartado de Correos 30059, Barcelona

SUSCRIPCIONES

e-mail: comandes@icariaeditorial.com

e-mail: icaria@icariaeditorial.com

Tel.: (34) 93 301 17 23/26 (Lunes a viernes de 9 a 17 h.)

Fax: (34) 93 295 49 16

Forma de pago:

- Talón adjunto a nombre de Icaria editorial
- Transferencia a la c/c de Icaria editorial n.º 2013 0717 61 0200380950, de la Caja de Ahorros de Cataluña - Girona, 15 - 08010 Barcelona.

Domiciliación bancaria:

lcta. o cc.

n.º _____
 entidad oficina control n.º lcta. o c.c.

Visa N.º tarjeta Fecha de caducidad

(Para facilitar la gestión bancaria, le rogamos que rellene cuidadosamente cada casilla con el dígito correspondiente. Consulte con su entidad bancaria sin tiene alguna duda.)

dirección
agencia
entidad

ORDEN DE PAGO

Sr. director del Banco o Caja

Dirección.....

Sírvase atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por la revista *mientras tanto*.

Titular de la cuenta

Dirección.....

Número de la cuenta

Atentamente,

(firma)
